

el regreso
de
logan mont blanc

CICATRICES



ANDREA ADRICH

Autora con más de 300.000 ejemplares
vendidos en Amazon

el regreso
de
logan mont blanc

CICATRICES

ANDREA ADRICH

Copyright © Edición original 2021 por Andrea Adrich
Todos los derechos están reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Esta es una novela ficticia en su totalidad. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Primera edición: julio 2021

Título: El regreso de Logan Mont Blanc

Puedes seguir a la autora a través de Facebook y así conocer todas sus novedades y sus próximas publicaciones.

<https://www.facebook.com/andrea.adrich.andrea/>

GRACIAS POR COMPRAR ESTE EBOOK

Nota de la autora:

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[CAPÍTULO 52](#)

[CAPÍTULO 53](#)

[CAPÍTULO 54](#)

[CAPÍTULO 55](#)

[CAPÍTULO 56](#)

[CAPÍTULO 57](#)

[CAPÍTULO 58](#)

[CAPÍTULO 59](#)

[CAPÍTULO 60](#)

[CAPÍTULO 61](#)

[CAPÍTULO 62](#)

[CAPÍTULO 63](#)

[CAPÍTULO 64](#)

[CAPÍTULO 65](#)

[CAPÍTULO 66](#)

[CAPÍTULO 67](#)

[CAPÍTULO 68](#)

[CAPÍTULO 69](#)

[CAPÍTULO 70](#)

[CAPÍTULO 71](#)

[CAPÍTULO 72](#)

[CAPÍTULO 73](#)

[CAPÍTULO 74](#)

[CAPÍTULO 75](#)

[CAPÍTULO 76](#)

[CAPÍTULO 77](#)

[CAPÍTULO 78](#)

[CAPÍTULO 79](#)

[CAPÍTULO 80](#)

[CAPÍTULO 81](#)

[CAPÍTULO 82](#)

[CAPÍTULO 83](#)

[CAPÍTULO 84](#)

[CAPÍTULO 85](#)

[CAPÍTULO 86](#)

[EPÍLOGO](#)

Nota de la autora:

Hace algún tiempo se me ocurrieron varias historias en las que alguno de los protagonistas tenía cicatrices físicas. Quiero ir reuniendo esas historias en una serie que lleva por nombre CICATRICES. Todos los libros son independientes y autoconclusivos. Las historias no tienen nada que ver unas con otras. Los protagonistas no se conocen, no son familia ni amigos, ni son *spin off* ni historias de personajes secundarios. El único punto de conexión entre ellas, lo único que tienen en común son las cicatrices físicas que posee alguno de los dos protagonistas, o el femenino o el masculino, y que han marcado su vida además de su cuerpo.

El primero de esta serie se llama UN CORAZÓN PARA BRUCE SANDERS, publicado en el mes de febrero de 2021 en Amazon; el segundo lo tienes en las manos.

Espero que lo disfrutes mucho.

¡Te deseo una feliz lectura!

CAPÍTULO 1

LIZZIE

Recuerdo la primera vez que vi a Logan Mont Blanc. Su nombre suena bien, ¿verdad? Suena a personaje histórico, a general de ejércitos, a protagonista de novela romántica... Cada una de las sílabas resuena con fuerza en los oídos, como dándote un pequeño golpecito: Logan Mont Blanc. Logan Mont Blanc... Pero sigo, que me conozco y enseguida pierdo el norte.

Decía que recuerdo la primera vez que vi a Logan Mont Blanc. Lo recuerdo perfectamente. Está clavado en mis retinas y lo estará para siempre.

En las mías, y en las de todos los que ese día estábamos en la sala de juntas de *Mont Blanc Enterprise*. Había oído hablar de él, por supuesto. ¿Quién no? Era el hijo ilegítimo de Jeff Mont Blanc, uno de los hombres más poderosos de Estados Unidos. Un magnate de la moda cuyo imperio textil podía compararse con el de H&M, Luxottica, LHMV o el propio Inditex. *Mont Blanc Enterprise* era un conglomerado de marcas de ropa, zapatos, complementos y bisutería con sección de caballero, señora y niño, que facturaba cientos de millones de dólares al año.

Hasta ese entonces Jeff Mont Blanc era uno de los hombres más poderosos del país, porque los últimos años su fortuna había sufrido un importantísimo revés a causa de las malas decisiones que habían tomado sus hijos, los considerados legítimos, que habían llevado a la quiebra a la empresa. No se puede decir que fueran unos visionarios para esto de los negocios, y ya solo quedaban las reminiscencias y la fama de lo que un día fue.

Pero la vida tiene multitud de formas de darte lecciones y el karma de hacerte pagar las injusticias que has cometido con otros, y como una maquiavélica broma del destino, el futuro de *Mont Blanc Enterprise* ahora estaba en manos de Logan Mont Blanc. Sí, como lo leéis.

Todo un golpe de efecto.

Hay cierta justicia poética en que el futuro de tu empresa dependa del hijo al que nunca has reconocido como tal y al que has despreciado casi por deporte delante de todo el que has podido. No se puede decir que Jeff Mont Blanc fuera a recibir el premio al padre del año.

Hay mucho de intrigas palaciegas alrededor de esta familia de casta y copete, pero suele haberlas siempre que concurren a un tiempo dinero, poder, influencias y hombres que no saben dejar la bragueta quieta.

Disculparme por no haberme presentado todavía. Soy Elizabeth Summers, Lizzie para los amigos, la hija del socio minoritario de *Mont Blanc Enterprise*.

No quiero continuar desgranando esta historia sin deciros antes lo que es *Mont Blanc Enterprise* para mí, lo que significa. Se resume en dos palabras: mi vida.

Alguien puede pensar que el trabajo nunca debería ser lo más importante para una persona, y quizá tengáis razón, pero, en mi caso y dados los últimos acontecimientos que me habían sucedido, prefería que mi vida girara en torno a algo consistente y constante como el trabajo y no a algo tan volátil y caprichoso como el amor, por ejemplo.

Mont Blanc Enterprise era todo por lo que había luchado y el eje firme sobre el que pivotaba mi existencia. Era así, hasta que apareció él. Hasta que apareció Logan Mont Blanc.

Su llegada hizo tambalear todo.

ABSOLUTAMENTE TODO.

Desde los cimientos.

De pronto, lo que había conseguido y por lo que tantísimo había luchado con uñas y dientes empezó a moverse bajo mis pies, amenazando con desplomarse. ¿Qué sería de mi vida si *Mont Blanc Enterprise* caía? Me había dedicado a esa empresa en cuerpo y alma, sobre todo los dos últimos años, desde que Steven me había dejado plantada en el altar.

Estáis leyendo bien. En el altar.

Si pensabais que eso de dejar plantado a alguien en la iglesia cual abeto de Navidad era cosa de películas o de novelas, os equivocáis. Hay personas (si se pueden llamar como tal) que, aun teniendo días, semanas, ¡incluso meses! para dejarte antes, deciden hacerlo el mismo día que te vas a casar. Es retorcido, cruel y humillante y un putadón, pero es así. Mucha gente no tiene un mínimo de tacto (ni de decencia), o tienen el mismo que un orangután. Steven tenía bastante de orangután, la verdad. Y lo siento por el pobre animal.

Aquella mañana Logan Mont Blanc entró en la sala de juntas con un séquito de hombres trajeados detrás de él. El murmullo de las conversaciones se transformó en un silencio sepulcral cuando apareció.

—Lo siento, señor Mont Blanc, no he podido evitar que entre —dijo la apurada secretaria de Jeff, con la respiración entrecortada y el rostro rojo de vergüenza.

Estaba tan sofocada que durante unos instantes pensé que iba a desmayarse.

Jeff no dijo nada, se limitó a asentir levemente con la cabeza para que la secretaria se marchara. La chica no tardó ni medio minuto en largarse. Yo también lo hubiera hecho si hubiera podido. Se avecinaba tormenta, y los truenos venían con Logan.

—¿Nadie me va a dar la bienvenida? —preguntó con ironía y media sonrisa en los labios.

Avanzaba por la estancia como un ángel vengador; magnánimo, regio, señorial; indiferente al malestar que provocaba su presencia, centrado en el nuevo territorio conquistado. Iba vestido con un traje negro de impecable corte, como si fuera una armadura y nosotros el enemigo a abatir. En ese momento lo éramos. Todos y cada uno de nosotros éramos sus adversarios.

Lo miramos con perplejidad. Estábamos demasiado atónitos como para molestarnos en ocultar la sorpresa que nos había causado su presencia.

Logan Mont Blanc tenía el pelo completamente negro y los ojos de un dorado oscuro, como el oro viejo.

Nunca he sido una persona frívola o superficial. Siempre he presumido de mi pragmatismo, pero tengo que reconocer que una parte de mí que hasta ese entonces desconocía, estaba fijándose en el escultural cuerpo de Logan Mont Blanc.

Era alto, atlético y jodidamente guapo, más de lo que os podéis imaginar. Si no fuera porque era incapaz de mover un solo músculo (parecía que me había quedado petrificada), me hubiera puesto a babear como una idiota.

Los hermanos Mont Blanc eran muy atractivos y siempre se encontraban en la lista de los hombres más elegantes y guapos del país, pero Logan se llevaba la palma. De lejos. Muy, muy de lejos.

Poseía los rasgos característicos de los Mont Blanc, pero elevados a mil.

Era imponente y descarado, con una sonrisa cargada de ironía, que levantaba ligeramente las comisuras de su boca, y una mirada lobuna, como de depredador salvaje.

Madre mía, su presencia llenaba cada rincón de la enorme sala de juntas, robándonos el

oxígeno a todos los que estábamos allí.

—No eres bienvenido —dijo Jeff en tono áspero.

—Tú siempre tan amable —respondió Logan con una nota de burla en la voz.

Sin pedir permiso (tampoco lo necesitaba), retiró una de las sillas que estaba vacía y se sentó alrededor de la mesa. La tensión que había en el ambiente se podía respirar. Era material, palpable, y parecía tener una textura densa que viciaba la sala.

—No es el... momento —intervino Rod en tono grave, uno de sus medio hermanos.

Logan cruzó los brazos por encima del pecho. La tela de la chaqueta se tensó sobre sus músculos. Me fijé que en su rostro ya no había ni rastro de la ironía que mostraba cuando había entrado. Ahora se veía pétreo, como uno de esos bustos de granito que hay en los museos.

—Creo que todavía no os habéis enterado de qué va esto. —Su voz pareció tronar entre las paredes de la sala de juntas—. En unos días esta empresa será mía —continuó hablando—. Es decir, en unos días vuestro futuro estará en mis manos.

No miento si digo que en ese momento todos tragamos saliva. Los rostros de los Mont Blanc empezaron a mostrar expresiones de impaciencia e inquietud. No era para menos. Lo que menos hubiera pensado cualquiera de ellos es que el imperio que habían construido acabaría en el hermano bastardo.

Yo no era una Mont Blanc y mi padre tenía un paquete de acciones mínimo en la empresa, pero aquello nos iba a salpicar, por supuesto, y no de refilón, sino de lleno. Sobre todo a mí. Logan Mont Blanc había regresado dispuesto a todo, a llevarse por delante lo que fuera necesario. Y aunque no tenía nada personal contra mí, su venganza acabaría también conmigo.

Había venido a hacer sangre y estaba segura de que no se iría hasta que aquello no pareciera una matanza.

—Encontraremos otro comprador —intervino Henry, otro de los hermanos. Lo dijo con la frialdad típica suya.

Henry era un juerguista con demasiado atractivo y demasiado dinero, para quien las mujeres siempre eran más importantes que los negocios. Mataría por echar un polvo. Le gustaba más una fiesta que un lápiz a un tonto. Su actitud pasiva e indiferente respecto a la empresa y a todo lo que fuera trabajar (era como un perezoso moviéndose lentamente por los árboles), había sido una de las causas por las que ahora nos encontrábamos en esta situación tan peliaguda.

—¿Otro comprador? —Logan soltó una carcajada seca—. ¿Quién va a querer esto? —preguntó, abarcando con los brazos la sala de juntas—. *Mont Blanc Enterprise* no es más que un castillo en ruinas. Un despojo. Ya no queda nada de lo que un día fue.

Admito que me dolía que hablara así de la empresa. No podía quitarle razón, porque era cierto que en los últimos años *Mont Blanc Enterprise* se había convertido en una empresa ruinosa, muy lejos de lo que era. Pero también era mi empresa, aunque solo fuera un pedacito, y llegar donde había llegado me había costado sangre, sudor y lágrimas, porque mi padre nunca fue partidario de que formara parte del negocio. Para él, con ideales muy chapados a la antigua, las mujeres teníamos que dedicarnos a otros menesteres y no a las finanzas. Me había pasado toda la vida haciendo méritos para demostrarle que valía para ser la directora adjunta de Mont Blanc Enterprise. A él y a todo el mundo. Ser la hija de uno de los socios y mujer no me puso las cosas tan fáciles como a los hijos de Jeff Mont Blanc.

Pero en aquel momento todo se reducía a eso, a lo que decía Logan. Lo que yo había construido por un lado, los legítimos Mont Blanc lo habían jodido por otro con sus malas praxis y sus malas cabezas. Ellos mismos habían servido la empresa en bandeja de plata al que

consideraban su mayor enemigo, al hijo bastardo de su padre.

—¡No te voy a permitir que hables así del imperio que he levantado! —gritó Jeff con voz estruendosa, dando una fuerte palmada en la mesa.

—¿Imperio? ¿Qué imperio? —Logan soltó un bufido—. Ya no queda nada. Tus hijos *legítimos* —pronunció la palabra «legítimos» con un matiz de desdén que no se molestó en disimular lo más mínimo—... se han encargado de acabar con él. —Los tres hermanos, Rod, Henry y Joe le fulminaron con la mirada, pero a Logan no pareció importarle. Él estaba por encima de todo, por encima del bien y del mal—... y tu hijo bastardo se va a encargar de dar a tu imperio la estocada final para que caiga.

Se me heló la sangre en las venas. No me vi la cara, pero probablemente la tenía descompuesta, al igual que la del resto de las personas que nos encontrábamos en aquella sala de juntas.

—¡Lárgate! —bramó Jeff de pronto con el rostro transfigurado por la ira.

Se levantó de la silla y dio un puñetazo en la mesa mientras los ojos le echaban chispas. Juro que si hubiera podido matar a Logan en ese instante lo hubiera hecho. Lentamente y con sus propias manos. Henry, sentado a su derecha, puso la mano sobre su brazo.

—Padre, por favor... —trató de tranquilizarlo—. Es lo que pretende, sacarnos de quicio. No le des el gusto.

En los labios de Logan asomó una media sonrisa con un cariz salvaje.

Sí, quería ponernos nerviosos, quería descolocarnos, quería que supiéramos dónde nos habíamos metido y en manos de quién estábamos: en las suyas. Y no iban a ser piadosas con nosotros, precisamente.

Logan Mont Blanc, que se había puesto el apellido porque un juez así lo había estipulado, dándole la razón cuando presentó la demanda de paternidad, y no porque Jeff estuviera de acuerdo o se hubiera ofrecido a hacerse la prueba de ADN, había regresado para hacer añicos lo poco que quedaba del imperio de su padre. Lo tenía muy claro. Cualquiera podía ver su férrea determinación en sus preciosos ojos de color del oro viejo. Había venido a destrozarnos, y yo estaba completamente segura de que lo iba a conseguir. Iba a actuar como el caballo de Atila, por donde pasara no iba a volver a haber vida.

Sentí un pellizco en el estómago.

Era injusto que me metiera a mí en el saco, que me incluyera en su venganza. Yo no era una Mont Blanc (¡a Dios gracias!), solo era la hija de un socio minoritario que había comprado un pequeño paquete de acciones diez años atrás por la amistad que unía a mi padre con Jeff, pero me las iba a hacer pagar igual que si fuera uno de ellos.

Logan echó hacia atrás la silla y se incorporó. Eran imaginaciones mías, pero me parecía aún más alto que cuando había entrado. Rod, Henry y Joe eran altos, pero Logan les sacaba unos cuantos centímetros.

—En unos días volveréis a saber de mí —dijo, como si pronunciara una sentencia.

Hizo una señal con la mano a los hombres que lo acompañaban y echó a andar hacia la puerta. Antes, nuestros ojos se encontraron un breve instante. Yo me mantenía de pie (justo cuando entró estaba presentando los datos del último trimestre), inmóvil frente a los ventanales. Fue un breve instante, como os he dicho, pero suficiente para darme cuenta de que no había reparado en mí hasta ese momento.

Mi corazón se aceleró a lo bestia dentro del pecho, poniéndome al borde del infarto. Logan Mont Blanc era abrumador, se le mirase por donde se le mirase. Tanto era así que no me moví

(no era capaz), ni siquiera pestañeé. Simplemente lo miré, como quien mira a un toro que se está preparando para embestirte. Después se giró y salió de la sala de juntas.

CAPÍTULO 2

LIZZIE

El silencio que siguió a su partida fue, no sé cómo explicarlo para que me entendáis... Pero podría decir que fue atronador. Un silencio de esos espesos y vacío de todo, que se te mete hasta el fondo del oído y que, paradójicamente, produce un ruido ensordecedor y clamoroso. Si alguien hubiera tirado un alfiler, lo hubiéramos oído caer al suelo.

Logan Mont Blanc no solo me había impresionado a mí. No. Nos había dejado a todos los presentes sin palabras y me atrevería a decir que sin capacidad de reacción, porque durante un rato nadie se movió.

No sé cuánto rato estuvimos así. Logan pareció llevarse con él la noción del tiempo.

Finalmente Jeff retiró la silla hacia atrás con cara de malas pulgas y, lanzando al aire un bufido, se levantó de la mesa y se fue sin decir ni pío. Sus tres hijos y el resto de los miembros del Consejo de Administración salieron por patas detrás de él, formando una especie de procesión religiosa y dejándome sola en la sala de juntas.

Hasta ese momento no me había dado cuenta de que había estado conteniendo el aliento en el fondo de la garganta. Solté el aire que tenía en los pulmones y me dejé caer en una silla. Me sentí como un globo al que acababan de desinflar.

—Joder... —musité para mí, al tiempo que me pasaba las manos por el pelo.

Alcé la cabeza por inercia cuando sentí que alguien abría la puerta. Era mi hermana Judy.

Entró en la sala de juntas vestida impecablemente con un elegante mono de raso de color azul eléctrico con escote *halter* y unos zapatos de taconazo negro. El pelo, de un rubio ceniza, lo llevaba recogido en una coleta alta y tirante. Si algo es mi hermana es guapa.

Ella trabajaba en el departamento de marketing y publicidad. Judy es dos años más pequeña que yo y posee un alma eminentemente creativa y un talento como pocas personas. Puede que hable desde el amor de hermana, pero de que tiene talento, lo tiene.

—¿Ese que ha salido con un séquito de hombres trajeados es...? —comenzó mientras avanzaba hacia mí.

No la dejé terminar de hacer la pregunta, directamente le respondí.

—Logan Mont Blanc —dije.

—Joooder, ¡pedazo maromo! —exclamó, alucinada.

He de aclarar que mi hermana es muy expresiva en sus elocuciones y que le encanta soltar tacos. Se justifica diciendo que son concisos, que explican a la perfección lo que quiere decir y que la calman. Cosas de Judy. A mi madre la pone enferma, contrarresta sus argumentos señalando que así no hablan las «señoritas». Cosas de mi madre y de su concepto de cómo tiene que ser o no una mujer para ser considerada «señorita». Siempre anda regañándola como si fuera una niña pequeña, pero a nuestra edad poca carrera va a hacer de ella que no haya hecho ya. Judy es como es. Lo malo es que yo paso mucho tiempo con ella, todo se pega menos la hermosura, ya sabéis, y al final termino soltando tantos tacos como ella. La verdad es que a mí también me calman.

Judy se sentó con una pierna en el borde de la mesa.

—¿Lo has visto bien? —me preguntó.

—A la perfección —contesté.

—Oh, oh... No ha venido a traer buenas noticias, ¿verdad? —intuyó mi hermana al observar mi careto.

Moví la cabeza.

—No.

—¿Y a qué venido?

—Él es quien se va a hacer cargo de la deuda de *Mont Blanc Enterprise*.

Judy abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes.

—Entonces, ¿es cierto lo que decían? ¿Que el hijo bastardo de Jeff iba a comprar la empresa?

—Sí, es cierto. —Miré a mi hermana mientras me mordisqueaba el labio—. ¿Y sabes una cosa, Judy?

—¿Qué?

—Que estamos jodidos, pero jodidos de verdad —respondí muy seria.

La visita de Logan Mont Blanc me había producido un profundo desasosiego, porque sabía que nos iba a traer problemas. Muchos, muchos problemas.

—¿Por qué? —dijo mi hermana.

—Porque ha venido buscando venganza y tengo la sensación de que está dispuesto a todo con tal de conseguirla. Nos va a llevar por delante —afirmé en tono contundente.

—¿No crees que estás exagerando un poco? —dijo Judy, intentando quitar hierro al asunto.

—No, Judy. Logan Mont Blanc lo ha dicho muy claro, que venía a dar la estocada final para que la empresa finalmente caiga.

La cara de Judy cambió, mostrando una expresión de preocupación.

—Joder, sí que viene pisando fuerte, sí —comentó. Alzó los ojos y los clavó en los míos—. Lizzie, ¿nos va a arruinar?

Solo tuve valor para guardar silencio, porque me daba miedo contestar a esa pregunta. Me daba muchísimo miedo. No os imagináis cuánto. Nuestro patrimonio familiar estaba allí, en *Mont Blanc Enterprise*. Mi padre invirtió todo lo que tenía en la compra de las acciones. Si *Mont Blanc Enterprise* caía, mi familia caía. La perspectiva daba escalofríos.

—¡Por Dios, Lizzie! —dijo Judy con el ceño fruncido, al advertir la gravedad de la situación en la que nos encontrábamos.

Dejé escapar un suspiro de frustración.

—¿Y no se puede hacer nada? No sé... ¿buscar otro comprador o un concurso de acreedores? —Mi hermana volvió a tomar la palabra.

Negué con la cabeza sin dejar de mordisquearme el labio de abajo.

—La noticia de la mala situación de la empresa ha corrido como la pólvora y nadie está dispuesto a hacerse cargo de un negocio que está en la ruina y que no da más que pérdidas. Los números no mienten. El único interesado es Logan Mont Blanc y solo porque quiere acabar con ella, porque es un medio para su fin —le expliqué.

—¿Qué crees que va a hacer con la empresa cuando sea suya?

—Si es inteligente, y te aseguro que lo es —maticé—, despedazarla y venderla por partes.

—¿Como un coche que se desguaza y se vende por piezas? —Judy estaba flipando en colores.

—Sí, exactamente.

Estaba convencida de que esa sería la opción que tomaría Logan Mont Blanc. Era un lince para los negocios. Mientras sus hermanos se lapidaban la fortuna de su padre, él se hacía con la suya propia y no había parado hasta convertirse en uno de los hombres más poderosos del país.

Que quede aquí, entre nosotras, pero si hay un hijo de Jeff Mont Blanc que había heredado su olfato para el dinero, ese era Logan, desde luego. Nada que ver con sus medio hermanos, a los que se lo habían dado todo hecho. Creo que lo mismo que alimentaba la sed de venganza de Logan era lo que había alimentado su tesón para hacerse con una de las mayores fortunas de Estados Unidos.

Judy se pasó la mano por la frente mientras mi angustia crecía por momentos. Debió de ver el modo en que cambiaba la expresión de mi cara. Alargó la mano por encima de la mesa y me agarró el brazo.

—Lizzie, encontraremos una solución. No te preocupes... —dijo.

—Se avecinan malos tiempos —reconocí. Ya no podía esconder más los miedos que aleteaban dentro de mí. No podía seguir callándomelo más tiempo—. Logan Mont Blanc ha venido a por todas y no va a descansar hasta que destruya *Mont Blanc Enterprise*.

Durante unos segundos guardé silencio. Paseé la mirada a por la sala de juntas. Todavía había en el aire algo de su presencia. Todavía el silencio que había dejado seguía haciendo ruido.

—No debería decir esto —reflexioné—, pero hay una parte de mí que entiende a Logan.

—¿Se te ha ido la cabeza?

—No —contesté—. Tenías que haber visto con que desprecio lo tratan, Judy, incluso su propio padre. Si yo fuera él, probablemente también querría arrasar con todo. Se lo merecen.

—Pero nosotras no —se apresuró a decir mi hermana.

—Pero estamos dentro del pack.

Judy chasqueó la lengua.

—Ojalá se llegue a un acuerdo.

—Dudo que Logan Mont Blanc esté por la labor de hacer acuerdos con sus hermanos.

CAPÍTULO 3

LOGAN

Quería vengarme de los Mont Blanc desde hace tantos años que ya ni me acordaba. Muchas veces la memoria se pierde entre los recovecos del tiempo, que deja de tener precisión en el mundo real. Sí recordaba como si fuera ayer el hecho que actuó de detonante para que la única meta en mi vida fuera la venganza. Para que ese, y no otro, fuera mi único objetivo: el día que fui a pedir ayuda a mi padre y, no solo me la negó, sino que me echó a patadas de la misma empresa a la que me dirigía en ese momento y que iba a hundir sin contemplaciones. Porque si de algo estaba seguro es de que no iba a tener ningún tipo de miramiento ni piedad. Esas palabras no entraban en mi vocabulario cuando de los Mont Blanc se trataba, aunque yo fuera uno de ellos.

Esa era mi misión, mi meta, el fin al que iban enfocadas todas mis acciones y mis deseos. La venganza. El colofón con el que había soñado desde que tenía memoria. Reducir *Mont Blanc Enterprise* a cenizas y sumir el imperio que había levantado el hombre que la sangre convertía en mi padre en la nada más absoluta. Iba a encargarme personalmente y a conciencia de que nadie volviera a hablar de su empresa, como si nunca hubiera existido.

No se merecía menos. El trato vejatorio y humillante que me había dado mi padre biológico desde que supo de mi existencia era casi deshumanizado. Pero que me tratara como si fuera escoria, como si no fuera sangre de su sangre, no fue lo que me impulsó a querer destruirlo, fue que dejara morir a mi madre en la cama de un hospital.

El poderosísimo, por aquel entonces, Jeff Mont Blanc, tuvo la suficiente sangre fría para negarse a pagar el tratamiento que necesitaba mi madre para curarse del linfoma que tenía. Un hombre que facturaba millones de dólares al día (sí, habéis leído bien, millones de dólares), no quiso costear una medicación de solo unos pocos miles, la mañana que, llorando, fui a pedirle que ayudara a mi madre, a la que era la madre de su hijo, a la mujer con la que había mantenido una relación durante años.

Lo que conseguí, siendo apenas un crío de once años, fue que me echara a la calle como si fuera un perro apestado. Los guardias de seguridad me lanzaron (literalmente) fuera del mastodóntico edificio de Park Avenue mientras mi padre miraba la escena con una impasibilidad de hielo en los ojos (del mismo color que los míos), como lo haría un monstruo, como lo que es.

Recuerdo que llovía a cántaros. Recuerdo que el cielo lucía unos nubarrones negrísimos y que Nueva York estaba inmersa en una suerte de diluvio universal que amenazaba con sumergirla, como un pueblo que termina en el fondo de un lago. Recuerdo que me levanté empapado del suelo, con las rodillas doloridas porque habían chocado contra el duro asfalto, llorando como no había llorado en mi vida por no haber conseguido que Jeff Mont Blanc me ayudara a salvar a mi madre, y me fui al hospital, donde agonizaba.

Frente a la torre de pisos, con el agua escurriendo por mi cuerpo, me juré que mi padre me las pagaría. No tenía ni idea de cómo lo haría, pero me las pagaría. La próxima vez que regresara a *Mont Blanc Enterprise* sería en unas condiciones muy distintas.

Y lo había hecho.

Había regresado.

Con un plan metódicamente estudiado.

Un plan que contemplaba todos los escenarios posibles para que las cosas salieran como tenían que salir, para reducir la empresa de mi padre a cenizas.

—John, ¿puedes parar en el Frisson Espresso para coger un café? —pregunté a mi chófer.

—Por supuesto, señor. ¿Quiere que baje yo a por él? —se ofreció.

—No, gracias.

John asintió.

El Frisson Espresso es uno de esos lugares de Manhattan, encantadores por su sencillez, donde se puede leer el nombre en un letrero colgado con un par de cadenitas en la fachada, como los de los comercios antiguos o los de las películas del Oeste, y que se mueven hacia adelante y hacia atrás cuando hay viento.

Es un sitio pequeño, con mesas y taburetes de roble y paredes blancas de ladrillo cara vista y en el que sirven el mejor café de toda la ciudad. Pero si hay algo que me gusta especialmente del Frisson Espresso es su familiaridad. En el mundo en el que me muevo, donde se piensa poco en el prójimo, se agradece el calor humano con el que te atienden sus dueños. Y era esa cualidad la que me hacía pasarme por allí para coger un café.

John se desvió hacia la derecha y paró justo en frente de la puerta. Me apeé del coche y entré en la cafetería.

—Buenos días, Logan —me saludó Flora, nada más de traspasar el umbral.

Flora era la dueña del local junto a su marido. Ambos, cubanos de nacimiento, formaban un matrimonio de esos bien avenido con tres décadas a las espaldas, y con el que era un gusto conversar.

—Buenos días —respondí.

—¿Uno cargado sin azúcar?

La asiduidad con la que solía ir al Frisson Espresso había provocado que la dueña conociera mis gustos respecto al café.

—Hoy que sea doble, por favor —le pedí.

Flora arrugó un poco el ceño mientras me miraba.

—¿Te espera un día duro? —me preguntó en tono maternal.

Asentí con la cabeza sin darle mayor importancia. Me había hecho ya con la ingente deuda de *Mont Blanc Enterprise*. La empresa que levantó mi padre ya era mía y necesitaba un poco de cafeína para darles a él y a mis medio hermanos la buena noticia. Pero todavía quedaba camino por recorrer. Despedazarla y vender los trozos hasta que no quedara nada de ella era el siguiente paso.

Flora preparó el café a mi gusto y me lo dejó sobre el mostrador. Saqué de la cartera un billete de veinte dólares y se lo tendí, cogí el vaso de cartón para llevar.

—Que tengas buen día —le deseé antes de girarme.

—¿No esperas a que te dé el cambio?

—Quédatelo —contesté.

—Muchas gracias —dijo una agradecida Flora.

Le guiñé un ojo con complicidad y me di media vuelta enfilando la puerta.

—Que te sea leve —vociferó cuando ya salía.

Sonreí y di un sorbo de mi café antes de meterme de nuevo en el coche. No había nada mejor que un buen chute de cafeína para empezar la mañana. Aunque mi mañana estaba siendo perfecta

sabiendo que era el nuevo dueño de *Mont Blanc Enterprise*.

John se bajó del coche cuando me vio y se apresuró a abrirme la puerta de atrás. Le di las gracias y me acomodé en el asiento trasero.

—A la empresa —ordené después de que rodeara el vehículo y se sentara tras el volante.

El chófer puso en marcha el motor y enseguida se incorporó a la calzada, donde el tráfico era abundante y pesaroso, pero ¿cuándo no lo era en Nueva York? La ciudad que tenía fama de no dormir nunca.

Crucé las puertas de la entrada principal cuando el portero las abrió a mi paso, y me fijé en el vestíbulo. Era inevitable no hacerlo. Sus paredes contenían una buena parte de la historia del imperio Mont Blanc. En una de ellas, con el fondo gris, podían verse los países en los que la compañía tenía presencia y en otra podían leerse todos los premios y galardones que había recibido desde su creación, coronados por el retrato de Jeff Mont Blanc y sus tres *retoños*.

Sonreí para mis adentros preguntándome qué cojones hacían las fotografías de Rod, Henry y Joe en el vestíbulo cuando ellos habían sido los que habían llevado a la empresa a la bancarrota.

Era de chiste.

CAPÍTULO 4

LIZZIE

Estaba nerviosa, lo admito. Pero tenía razones de sobra para estarlo. Unos días atrás Jeff Mont Blanc y sus hijos, como dueños de la mayoría de las acciones, se habían visto obligados a firmar el contrato para vender finalmente la empresa a Logan, tal y como él había pronosticado.

Sin embargo, ahí no terminaba la cosa. Qué va. Cuando hay por medio un patrimonio tan extenso y unas deudas de tantísimos millones de dólares como había, las cosas no son tan fáciles. Ni mucho menos. Quedaban por delante semanas de duras negociaciones para tratar de que la hecatombe fuera lo menos sanguinaria posible. Aunque yo estaba segura de que Logan Mont Blanc iba a ser un hueso duro de roer. Lo alimentaba el odio, y ese sentimiento puede ser muy intenso. Más que el amor.

Evidentemente yo tenía que hacer todo lo posible para salvar la parte que pertenecía a mi familia y, por supuesto, iba a poner todo de mí para llegar a un acuerdo con Logan Mont Blanc. Tenía que evitar a toda costa que despedazara la empresa y la vendiera por partes. Ese era mi cometido.

Esperamos la llegada de Logan en la sala de juntas. Mientras yo me mantenía en silencio, Rod, Henry y Joe cuchicheaban. En aquel momento, sus susurros eran como esas moscas cojoneras que no te dejan de tocar las narices y de posarse encima con su molesto zumbido cuando estás despertándote. ¿Es que no se podían callar? ¿Qué pretendían arreglar ahora o de qué se iban a quejar después de haber llevado a su padre a la ruina?

Logan llegó tarde. Algo así como media hora. Yo creo que lo hizo a propósito y que no tenía nada que ver con un problema de impuntualidad o de tráfico, por mucho que hubiera en Nueva York. Lo hizo para vacilarnos, para darnos a entender quién mandaba y para dejarnos claro que ahora el que tenía el poder era él. Sobra decir que era cierto.

La puerta de la sala de juntas finalmente se abrió y Logan Mont Blanc entró. Iba vestido con un traje gris oscuro, camisa blanca, chaleco, corbata plateada y actitud de emperador. Los murmullos que llenaban el aire se apagaron de golpe. Era algo que solía suceder cuando aparecía, que la gente cerraba la boca, como si no hacerlo fuera a llevarlos a la guillotina.

La tensión en el ambiente era tanta que podía cortarse con un cuchillo.

Yo estaba sentada con la espalda muy recta en la silla y con el pulso a mil por hora martilleando mis sienes. Logan Mont Blanc no solo me ponía nerviosa por el nuevo puesto que había adquirido en la empresa. Tenía en mí un efecto extraño que no alcanzaba a entender. Y digo que era extraño porque estaba acostumbrada a tratar en mi día a día con hombres como él. Ejecutivos ricos y agresivos, y peces gordos de toda índole que daban la vida por sus empresas, pero yo nunca me he dejado amedrentar por nadie. No obstante había algo en él que me alteraba el pulso y que no podía explicar por qué coño me sucedía.

Mientras avanzaba hacia un asiento libre carraspeé y me removí en el sitio, ciertamente incómoda. ¿Qué me ponía tan nerviosa? ¿El modo en el que el traje se pegaba a su cuerpo, resaltando su musculación? ¿Su porte regio? ¿La seguridad en sí mismo que desprendía? ¿La

manera en que nos observaba con sus ojos del color del oro viejo?

Lo miré de arriba abajo. Joder, era formidable. Quizá este adjetivo no es el más apropiado para describir a una persona, pero es lo único que se me ocurría. Logan Mont Blanc era como una de esas obras que está considerada maravilla del mundo.

Nadie lo saludó y nadie le dio la bienvenida. Tanto su padre como sus hermanos dejaron claro que no era bien recibido. Sin embargo no parecía que a Logan le importase demasiado, a juzgar por la expresión de su rostro. A esas alturas de la película debía de estar curado de espanto con los Mont Blanc.

—¿Qué vas a hacer con mi empresa? —le preguntó directamente Jeff, cuando Logan se acomodó en una de las sillas.

Desplegó en sus labios una sonrisilla burlona.

—Ya no es tu empresa —dijo con voz tranquila.

Jeff apretó las mandíbulas y lo fulminó con la mirada.

—¿Qué vas a hacer con *Mont Blanc Enterprise*? —El que tomó el relevo para hablar fue Rod, el mediano de los hermanos.

—Despedazarla y tirar los trozos —contestó Logan.

—Eres un buitre —intervino Jeff.

—Curioso que eso me lo diga alguien como tú, que levantaste tu imperio engañando, sobornando y extorsionando a la gente. Han sido tus malas artes y la ineptitud de tus hijos legítimos los que te han llevado a la ruina.

—¡Ya, joder! —gritó Henry, incorporándose de golpe de la silla—. No eres más que un pobre diablo.

Logan chasqueó la lengua contra el paladar. En sus ojos había un brillo de diversión. A él ya no le afectaba nada de lo que pudieran decirle, ni siquiera los insultos.

—Deberías tratar de que nos lleváramos bien, hermanito. Al fin y al cabo, tu futuro está en mis manos —dijo.

Henry apretó los dientes. Durante unos instantes pensé que iban a estallarle en mil pedazos.

—No me llames «hermanito», yo no soy tu hermano —siseó, como si Logan le hubiera hecho la mayor ofensa del mundo.

—Un juez no dice lo mismo —arguyó él sin que se le moviera la ropa—. Y la sangre tampoco.

Henry volvió a sentarse. No tenía mucho que hacer ni que decir, la verdad. Logan tenía argumentos de sobra para callarle la boca.

Me pregunté si ni Jeff ni sus hijos sentirían la llamada de la sangre con respecto a Logan. Si al final no verían que era familia, uno de los suyos..., o si eso de la famosa llamada de la sangre no era una patraña más en cuanto hay dinero de por medio. Era indecente que lo miraran como si fuera un paria, como si perteneciera a una casta más baja que la de ellos. Logan Mont Blanc podía ser muchas cosas, pero no era un «pobre diablo», como había dicho Henry. Él solito había levantado su propio imperio mientras que ellos habían lapidado el de su padre. Quizá eso era lo que les jodía.

—No puedes vender la empresa por partes —intervino Joe, tratando de ser comedido.

—¿Por qué?

—Sería más rentable si la reflataras.

—¿Y para qué quiero yo esta empresa?

—¿Cómo que para qué la quieres? ¿Es que no tienes visión de negocios? —le echó en cara

Joe.

—Es que *Mont Blanc Enterprise* para mí no es un negocio, es mi venganza —aclaró Logan—. No tengo ningún interés en sacar beneficio alguno, solo quiero que desaparezca... para siempre.

—No puedes estar hablando en serio... —dijo Jeff, negando con la cabeza.

—No he hablado más en serio en toda mi vida —afirmó Logan sin rastro de humor en la voz—. No sé qué cojones se os ha podido pasar por la cabeza para pensar que iba a hacer otra cosa distinta. Quiero la destrucción de *Mont Blanc Enterprise*, y solo voy a tardar unas semanas en hacerlo.

El estómago me dio un vuelco. Estaba perdida. Mi familia estaba perdida si la intención de Logan era acabar con la empresa.

Jeff se levantó de golpe de la silla, haciendo un ruido estrepitoso con las patas de madera.

—No me voy a quedar para seguir escuchándote —dijo con desdén.

—Eres libre de marcharte —lo incitó Logan.

Miré a uno y a otro. Era un auténtico duelo de titanes. El ruido de las espadas podría escucharse desde el otro lado de Nueva York. Pero la victoria estaba cantada.

Jeff no se lo pensó dos veces, se giró y se fue.

Logan lanzó un vistazo a los presentes.

—¿Alguien más desea marcharse? —preguntó.

Nadie hizo nada. La gente se limitó a agachar la cabeza, incluidos sus hermanos.

Logan tomó de nuevo la palabra.

—Bien. Necesito que alguien se encargue de ponerme al día con los detalles.

¿Os acordáis cuando el profesor preguntaba algo y nadie lo miraba por miedo a que te tocara a ti? Pues estábamos en la misma situación.

El silencio se alargó durante un rato, un rato que a mí se me antojó eterno, hasta que algo me hizo levantar la cabeza. Todos los ojos de los que estaban en la sala de juntas se dirigían a mí. Tragué saliva.

«No, joder. No pueden estar pensando en mí», me dije.

—La señorita Summers, directora adjunta, te pondrá al corriente de todo —respondió Henry.

¿Qué?! ¿Por qué me tenía que comer yo ese marrón? ¿Por qué? Ellos eran los dueños. La empresa era suya y esta mierda que nos estábamos comiendo era por su puta culpa, por ineptos, como bien había dicho Logan Mont Blanc.

Cabrón.

Henry y también sus hermanos.

Me dieron ganas de quitarme el zapato y tirárselo. Con un poco de suerte y algo de puntería el tacón se le clavaría en el ojo y dejaría de molestar.

La mirada dorada de Logan se centró en mí. Exclusivamente en mí. Tenía la cabeza ligeramente ladeada, esperando pacientemente mi contestación.

Me aclaré la garganta.

—Claro —dije.

—Bien. —Logan se incorporó, estirándose los bordes de la chaqueta del traje con las manos.

Cogí el móvil de encima de la mesa y unas carpetas con documentación y me levanté de la silla bajo sus atentos ojos, que no se apartaban de mí. El corazón empezó a latirme con fuerza.

CAPÍTULO 5

LIZZIE

—Si me acompaña... —dije, haciendo un ademán con la mano.

Logan se giró y echó a andar hacia la puerta. Aproveché para lanzar una mirada de reojo por última vez a Rod, Henry y Joe, queriéndoles matar. De verdad. ¿Cómo me ponían en aquella tesitura?

Después caí en que tal vez yo era la opción menos mala de todas. Si alguno de ellos hubiera tenido contacto con Logan, había muchas probabilidades de que todo acabara como *La matanza de Texas*. No lo soportaban, y Logan tampoco parecía tenerlos en buena estima.

—Después de usted —dijo, abriendo la puerta para cederme el paso.

—Gracias —contesté.

Abandoné la sala de juntas con Logan Mont Blanc a un paso detrás de mí. Me ponía nerviosa saber que lo tenía a solo unos palmos. Irradiaba algo extraño, una suerte de magnetismo que lo engullía todo.

—¿Es usted la hija de Hank Summers? —me preguntó, poniéndose a mi altura.

—Sí. Soy Elizabeth Summers —le confirmé.

—Tengo entendido que su padre posee el seis por ciento de las acciones? Bueno, poseía...

No voy a decir que no me jodió que rectificara el tiempo del verbo y que usara el pasado. Y lo peor es que tenía razón.

Carraspeé.

—Sí, así es.

Ninguno de los dos dijo nada, pero me quedo clarísimo que Logan Mont Blanc había hecho los deberes.

—Llevaré estos documentos a mi despacho y después le enseñaré las instalaciones —dije.

—Perfecto.

Seguimos en silencio por el pasillo hasta llegar a mi despacho. Abrí la puerta y accedimos a su interior.

—Necesitaré un despacho en el que trabajar el tiempo que voy a estar aquí —anunció Logan a mi espalda.

—Le buscaré uno de acuerdo con sus exigencias —dije en tono profesional mientras depositaba en mi mesa las carpetas que llevaba en la mano.

—Me gusta este —soltó, con una nota de suficiencia en la voz.

Me giré hacia él. Tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón del traje y paseaba la vista por la estancia, estudiando cada rincón.

—¿Perdone?

Sus ojos se posaron en mí con una intensidad que me pareció inquietante. Dios mío, ¿cómo podía su mirada tener tanta fuerza? Un calor raro me recorrió el cuerpo de los pies a la cabeza, como chocolate caliente cayendo sobre una bola de helado de nata.

—Que me gusta este —repitió—. Es grande, luminoso y tiene unas bonitas vistas.

—Pero le he dicho que este es mi despacho.

—Y yo le he dicho que me gusta —afirmó—. Su nombre era Eleonor, ¿verdad?

¿Eleonor? ¿Eleonor?

Estaba flipando, os lo juro. ¿No se sabía mi nombre? ¿Se lo acababa de decir y no se acordaba? Aquello me sentó como una patada en el hígado, más incluso que quisiera quedarse con mi despacho.

—Elizabeth. Me llamo Elizabeth, pero usted puede llamarme señorita Summers —dije con un punto de mordacidad, y aunque traté de no sonar molesta. Soné así. Fui incapaz de evitarlo. Era malísima ocultando mis emociones.

Logan sonrió sin despegar los labios. ¿Era una nota de diversión lo que percibí en sus ojos? ¿Se estaba quedando conmigo, o qué pasaba?

—Como desee —dijo sin inmutarse—. Me gusta este despacho, como le he dicho, pero estoy seguro de que usted, señorita Summers, buscará uno que se adecúe a mis exigencias.

¿Así que Logan Mont Blanc era un tocapelotas? Vaya, vaya... Ya tenía en común algo con sus hermanos. Porque Rod, Henry y Joe eran unos negados para los negocios, pero no tenían precio como moscas cojoneras. Parecían haberse sacado un máster. Y algo me decía que Logan valía por los tres.

Tendría que armarme de mucha paciencia para mantener la fiesta en paz.

—Tendrá uno listo esta misma tarde —dije, diligente.

—Que las paredes no sean de un color estridente —apuntó.

¿De verdad? ¿Aparte de tocapelotas era un tiquismiquis de mierda?

—Como guste —murmuré—. ¿Algún requisito más? —le pregunté.

—Sí, que sea muy espacioso y que entre mucha luz natural.

Cogí un block de notas y un bolígrafo de encima de mi escritorio.

—¿Algo más? —dije, con más aspereza de la que pretendía. No quería llevarme mal con Logan Mont Blanc, pero no sabía si él iba a colaborar.

—A ser posible con las mismas vistas que tiene este. Siempre me ha gustado Park Avenue.

Me apresuré a apuntarlo en el bloc junto con las condiciones anteriores.

—Bien.

—Y que esté cerca del suyo —añadió.

Tomé aire disimuladamente y comencé a contar hasta diez: uno, dos, tres, cuatro, cinco... ¿Es que no iba a dejar de dictarme requisitos?

—Si es usted con quien voy a tratar los asuntos de la empresa mientras esté aquí, lo mejor es que nuestros despachos estén cerca el uno del otro. No quiero tener que venir desde la otra punta del edificio si quiero pedirle que me traiga un café.

Dejé de escribir de golpe y levanté la cabeza como un resorte. ¿Había dicho café? ¿En serio? ¿Quién demonios se pensaba que era?

Tuve que volver a contar hasta diez mientras exhalaba lentamente el aire.

—Le recomiendo que contrate una secretaria para esa tarea, señor Mont Blanc. Yo no soy su asistente personal —le aclaré con toda la calma que fui capaz de reunir, que no era mucha en ese momento.

—¿No me va a traer un café si se lo ordeno?

Arqueé una ceja.

¿Me estaba poniendo a prueba? ¿Era eso? ¿Estaba intentando saber cuánto tiempo aguantaría antes de saltarle encima y morderle la yugular? ¿O es que aparte de tocapelotas, también era un

cretino?

—Le repito que yo no soy su asistente personal —respondí—. Contrate una secretaria. Puedo llamar al Departamento de Recursos Humanos para que le busquen una adecuada, y si no le convence la idea, tiene máquinas de café en todas las plantas del edificio —agregué.

CAPÍTULO 6

LOGAN

La señorita Summers me miraba con sus ojos grises como si quisiera tirármelo a la yugular y morderla. Lo veía en la tensión de sus mandíbulas y en la forma en la que parecía estar contando internamente hasta diez antes de contestarme. Si hubiera tenido un ladrillo a mano, estoy seguro de que me lo hubiera estrellado contra la cabeza.

No la culpo. Estaba siendo un poco cabrón con ella. Vale, un poco bastante, pero es que me divertía ver sus reacciones y ¿por qué no confesarlo?, sacarla de sus casillas. Así tan estirada, tan formal, tan pija como era, resultaba todo un espectáculo. Además, al igual que mis medio hermanos, era el enemigo a abatir, mi adversario en toda aquella guerra, y eso no se me podía olvidar nunca. No, no se me podía olvidar de ninguna manera. Y señalo esto porque había algo en el movimiento de su trasero cuando caminaba que me subía la temperatura.

La señorita Summers era alta, delgada, con piernas interminables y siempre iba perfecta, como una de esas modelos que anuncian maquillaje. Con todos y cada uno de los pelos de su cabellera morena lisos y en su sitio. No había nada que no estuviera donde tenía que estar. Me pregunté si después de un buen revolcón seguiría tan inmaculada e impecable, o si acabaría con la melena revuelta.

Debía tener cuidado con mis pensamientos y con las imágenes que se cruzaban por mi cabeza.

No sabía nada de ella, excepto que era hija del socio minoritario de la empresa. Pero no era difícil adivinar que se trataba de una niña rica, mimada, caprichosa y seguramente malcriada. Una «hija de papá» a la que su progenitor había dado el puesto de directora adjunta, probablemente sin más méritos que el de ser su hija y haber nacido en una familia de bien.

La señorita Summers y mis hermanos bebían (se aprovechaban) de la misma fuente: el dinero de sus padres y las influencias que tenían o habían tenido estos, sin preocuparse en buscar medios propios de vida.

Sí, tenía prejuicios contra ellos. Muchos. Equivocadamente o no, me reventaban esos «hijos de papá» a los que se les había dado todo hecho y que no habían tenido que esforzarse lo más mínimo para llegar donde habían llegado, mientras los demás habíamos tenido que currarnos cada centavo que habíamos ganado con sangre, sudor y lágrimas. Pero nadie dijo que la vida fuera justa, ¿no?

La injusticia del cosmos se había cebado conmigo en muchas ocasiones, pero ahora las cosas habían cambiado y todavía iban a cambiar más. Yo iba a demostrarles lo hija de puta que puede ser la vida.

Pero volviendo a la escena...

No pude evitar sonreír ante su perspicaz respuesta. Lo de las máquinas de café había sido un comentario ingenioso. Sí, lo había sido. La señorita Summers tenía su punto, lo reconozco.

—No me gusta el café de máquina. Uno no sabe si bebe café o raticida —comenté.

—Entonces baje a la cafetería de la empresa, está en la planta baja. Nada más de entrar en el edificio a la izquierda. Es el dueño, así que se lo servirán gratis —me respondió con ironía.

Mi sonrisa se amplió, pero la oculté detrás de mi mano. No podía permitir que la señorita Summers creyera que me podía ganar terreno o simpatizar conmigo. Yo no estaba allí para hacer amigos.

—Lo mejor será que llame a Recursos Humanos para que me busquen una asistente personal —dije.

—Me encargaré ahora mismo —contestó la señorita Summers con su habitual tono profesional.

Me aparté la manga de la camisa y consulté mi reloj de muñeca.

—Tengo que irme —anuncié—. Espero que para esta tarde esté listo mi despacho.

—Lo estará, no se preocupe.

—Nos vemos luego —me despedí.

—Adiós.

Me giré sobre mis talones con el principio de una sonrisa en los labios y convencido de que en cuanto saliera por la puerta, la señorita Summers se pondría a gritar.

CAPÍTULO 7

LIZZIE

La puerta del despacho se cerró, y ya sola en su interior, me entraron unas enormes ganas de dar rienda suelta a la impotencia que tenía dentro y gritar. Gritar como una loca. ¿Qué se había pensado Logan Mont Blanc? ¿Qué yo era su secretaria personal? ¿Qué estaba en la empresa para servirle a él?

—Agrrr... —Apreté los dientes y lancé al aire un gruñido exasperado. Me colmaba la paciencia.

Me di media vuelta, descolgué el auricular del teléfono fijo de mi despacho y marqué la extensión del despacho de mi hermana.

—Departamento de Marketing de *Mont Blanc Enterprise*—respondió.

—¿Tienes un rato para mí? —le pregunté directamente, sin saludarla siquiera.

—¿Lizzie?

—Sí, soy yo.

—¿Qué te pasa?

—Mejor bajo y te lo cuento. ¿Estás libre?

—Sí, pásate por aquí, si quieres.

—Voy ahora.

Colgué la llamada y me fui a ver a mi hermana. Su despacho estaba unas plantas más abajo del mío.

Toqué a la puerta con los nudillos y asomé la cabeza con cautela. Estaba sola.

—¿Se puede? —dije.

—Sí, pasa. —Hizo una señal con la mano, invitándome a entrar.

—¡No lo trago! —dije con vehemencia, en cuanto cerré la puerta tras de mí—. Te juro que no lo trago.

—¿A quién? ¿De quién hablas? ¿Has vuelto a discutir con el cretino de Henry? —me preguntó Judy.

—No, no estoy hablando de Henry.

—Entonces, ¿de quién estás hablando?

Me dejé caer en uno de los sillones de cuero blanco que había delante de su mesa.

—De Logan Mont Blanc. Estoy hablando de Logan Mont Blanc. No lo trago. Te lo juro, no lo trago —repetí.

—Pero ¿qué ha pasado? No entiendo nada. ¿Habéis discutido? No me digas que ya habéis discutido, Lizzie...

—No, no hemos discutido —respondí—. Pero me han dado ganas de tirarle la grapadora a la cabeza.

A mi hermana se le escapó una risilla por lo bajini, que trató de disimular, pero que no lo consiguió. Ella lo encontraba gracioso, pero os aseguro que yo estaba que trinaba. Indignada hasta decir basta.

—¿En serio? —preguntó.

Abrí los brazos.

—Que el tío se ha debido de pensar que soy su asistente personal o su criada. Al principio quería quedarse con mi despacho, como si no hubiera despachos de sobra en el edificio, y después me ha dicho que quiere que estemos cerca por si me tiene que pedir que le lleve un café. ¡Qué le lleve un café! —exclamé con rabia—. Joder, Judy, tú mejor que nadie sabes lo que me ha costado llegar a ser directora adjunta de *Mont Blanc Enterprise*, que tuve que luchar contra la oposición de papá y de los hermanos Mont Blanc..., porque creían que no tenía las capacidades suficientes para desempeñar ese puesto. Y ahora viene este... —apreté los dientes—... Dios, no sé ni cómo nombrarlo, y me relega al puesto de secretaria. Pero ¿qué diablos se ha pensado?

Bufé.

—Bueno, Lizzie, él es ahora el dueño de todo esto.

Chasquéé la lengua.

—Ya lo sé, pero que sea el dueño no le da derecho a tratarme como si el puesto de directora adjunta me lo hubieran dado a dedo o me lo hubieran regalado, porque no es así —argumenté.

—No le des importancia, cielo. Todos sabemos lo que vales —dijo Judy.

—Sí, ya... —mascullé. La sangre empezó a hervirme de nuevo en las venas—. ¿Sabes otra cosa que me ha jodido? Que no se acuerda de mi nombre. Le he dicho que me llamo Elizabeth Summers y él me ha llamado Eleonor. Eleonor —dije indignada—. ¿Qué tiene que ver Elizabeth con Eleonor?

—¿Que los dos empiezan por la letra E? —dijo mi hermana, como si se tratase de un concurso. La fulminé con la mirada—. Vamos, Lizzie, una equivocación la tiene cualquiera —apuntó.

Sacudí la cabeza.

—Vamos a acabar mal, Judy. Logan Mont Blanc y yo vamos a acabar muy mal —afirmé.

—No seas exagerada.

—No exagero. No lo trago y lo peor es que por culpa de Henry tengo que encargarme de ponerlo al día. Él fue el que me propuso, aunque ni siquiera me lo consultó. ¿Por qué no lo hace uno de ellos? Joder, en el fondo es su hermano.

—En estos momentos no estás siendo muy racional, Lizzie. Sí, es su hermano, pero un hermano al que no reconocen como tal y al que... detestan. Porque todos aquí lo detestan. Si cualquiera de ellos tiene el más mínimo contacto con Logan directamente se armaría la mundial. Saldríamos en los telediarios.

Dejé escapar un suspiro, resignada. Tenía que admitir que Judy tenía razón. Fue ahí cuando me di cuenta de que yo era la opción menos mala de todas las que se podían dar.

—Tienes razón, pero aun eso me saca de mis casillas.

Judy echó el torso hacia atrás y se recostó en la silla.

—Yo creo que lo hace a propósito.

Arrugué la frente.

—¿A propósito?

—Sí, yo lo veo como una declaración de intenciones —explicó—. La empresa es suya, pero está en territorio hostil. Para Logan todos somos sus enemigos, y nos va a tratar como tal.

Vale, tenía que reconocer que mi hermana volvía a tener razón.

—Voy a tener que armarme de mucha paciencia hasta que todo esto finalmente acabe. Algo me dice que no va a ser un proceso fácil —argüí.

Judy se levantó de su sillón, rodeando es escritorio, y vino a sentarse a mi lado. Alargó los brazos hacia mí y me cogió las manos entre las suyas.

—Claro que no lo va a ser. Logan Mont Blanc no nos lo va a poner fácil, pero no estás sola en esto, Lizzie. —Me acarició cariñosamente la piel del dorso de la mano con el pulgar mientras me ofrecía una sonrisa de comprensión—. Recuérdalo, por favor —me quiso dejar claro—. Tú eres quien está dando la cara porque eres la directora adjunta de la empresa y quien nos representa porque papá se jubiló, pero detrás está tu familia. Papá, mamá y yo.

Sonreí débilmente.

—Lo sé.

—No quiero que conviertas esto en un problema exclusivamente tuyo, porque no lo es, ni que te obsesiones con ello.

—Tranquila, no lo haré.

—Prométemelo.

—Judy, por favor...

—Lizzie, prométemelo —insistió seria.

Mi hermana podía ser muy terca cuando se lo proponía. Más que yo, incluso. Pero, sobre todo, tenía razones suficientes para pedirme que le prometiera lo que me estaba diciendo.

Puse los ojos en blanco.

—Te lo prometo —dije finalmente.

Judy soltó el aire de los pulmones con un suspiro.

—Tenemos que ser realistas. Este barco ya se ha ido a la deriva, ya no nos pertenece... Lo único que podemos hacer es recoger los restos del naufragio. Logan Mont Blanc no nos va a permitir otra cosa.

CAPÍTULO 8

LIZZIE

La conversación con Judy me tranquilizó... en cierta manera. Pero tenía una desazón que no me podía quitar de la cabeza, ni aunque me la hubiera arrancado de cuajo. Y no era Logan Mont Blanc, sino mi padre. Yo no era responsable de lo que estaba sucediendo, pero me sentía culpable de encontrarnos en aquella posición tan débil dentro de la empresa.

Bien es cierto que yo no necesitaba mucho componente exterior para tener aquel sentimiento. Había crecido pensando que todo era culpa mía, al contrario que el resto de los humanos, que tienden a pensar que la culpa de lo que les pasa es de los demás. Siempre.

Mi padre sabía perfectamente cómo eran los hermanos Mont Blanc. Sabía de sobra cómo se las gastaban Rod, Henry y Joe (permitiéndose ir por el mundo sin responder ante nada ni nadie y gastándose el dinero de su padre como les apetecía: a espuertas), pero estaba convencida de que en alguna parte de su cabeza, también me responsabilizaba a mí de la caída de la empresa y de no haber podido salvaguardar nuestro patrimonio dentro de ella. Pero ¿qué podía hacer yo? La última palabra la tenían ellos y pocas veces consideraban mis opiniones, por tener solo una pequeña participación de las acciones.

Mi padre es machista. Lo digo abiertamente y sin cortarme un pelo. Como tantos y tantos hombres, y lo peor es que no puedo escudarlo diciendo que pertenece a otra época y bla, bla, bla..., porque no es un anciano. Él piensa que las mujeres no estamos cualificadas para las finanzas. No podemos ser altas ejecutivas. Piensa que no se nos dan tan bien los números como otras cosas. Es insultante, lo sé.

A mi hermana no le puso impedimento alguno ni se quejó cuando anunció en casa que quería estudiar Marketing y Publicidad. Todo lo que fuera «crear» y dar alas a la creatividad, mi padre lo veía bien para una mujer. Tela marinera. En cambio, conmigo puso el grito en el cielo cuando le dije que quería estudiar Administración y Dirección de Empresas. Lo primero que me espetó en la cara fue que no pensara que iba a trabajar en su empresa, y añadió «solo por ser mi hija». *Mont Blanc Enterprise* era demasiado grande para mí. Sus palabras fueron como una patada en el estómago. Me quedé hasta sin aire.

A Jeff Mont Blanc no le iban a dar ningún premio al padre del año, pero al mío tampoco, desde luego. No hay nada peor que tus progenitores frustren tus sueños.

Pero a mí a terca no me gana nadie (bueno, a veces Judy), y por mis huevos que iba a estudiar Administración y Dirección de Empresas. Ya lo creo que iba a estudiarlo. Basta que nos digan lo que no tenemos que hacer, para hacerlo más. ¿No os ha pasado?

Yo pocas veces he dejado que me digan lo que tengo que hacer, y en esa ocasión no iba a ser menos. Había tomado una decisión y la iba a llevar hasta sus últimas consecuencias. Fueran las que fueran. Y las consecuencias fueron duras. Mi padre no me lo hizo pasar nada bien.

He preferido los libros a las fiestas, las reuniones con unos pocos amigos a las juergas con decenas de imbéciles. Me gustaba mi carrera, me encantaba, y aunque me gradué magna cum laude, a mi padre le dio igual. No era suficiente. NUNCA era suficiente. Por más honores que

hiciera.

Al contrario que los hermanos Mont Blanc, yo no he sido una «niña de papá» a la que le han regalado todo, a la que le han dado la vida resuelta. Ni a mí ni a mi hermana. A ambas nos había costado un triunfo estar donde estábamos. El puesto que habíamos conseguido había sido a fuerza de trabajo, tesón y sacrificio. Pero mejor desgrano eso en otro momento.

Después de hablar con Judy, busqué un despacho que se acomodara a los requisitos que Logan Mont Blanc había pedido. No fue una tarea difícil, lo confieso. El edificio donde estaba la empresa tenía muchas oficinas vacías. Un buen número de ellas se habían quedado sin utilidad durante los últimos meses, debido a los empleados que nos habíamos visto obligados a despedir por la quiebra.

Se encontraba a unos metros del mío, estaba bien iluminado, era grande y las paredes estaban pintadas de gris oscuro. Pero si no le gustaban, siempre podía mandar pintarlas de otro color. Al fin y al cabo, era el dueño.

—¿Qué haces aquí, Lizzie? —me preguntó Henry, al pasar por el pasillo.

Había ordenado al personal de mantenimiento que cambiaran los muebles por unos más nuevos de otro despacho, y me encontraba dándoles las correspondientes indicaciones para que todo estuviera listo cuando Logan regresara.

—Preparando un despacho para Logan —contesté.

—¿Te lo ha mandado él?

—¿Tú qué crees? ¿Crees que lo hago por gusto? —dije molesta.

—No eres su secretaria.

Joder, ahora el buen Henry me salía con esas.

—Teníais que ser vosotros los que os hubierais comido este marrón y, sin embargo, me lo estoy comiendo yo —le eché en cara.

No podía ni quería quedarme callada.

—¿Y qué cojones querías que hiciéramos?

—Apechugar con las consecuencias —respondí.

Todo lo que estaba ocurriendo era por su maldita culpa, ellos nos habían metido en aquella mierda, y yo ya no tenía nada que perder, así que no iba a callarme. Por mí podía arder *Mont Blanc Enterprise* entera.

—Mis hermanos y yo no vamos a dejar de chocar nunca con ese bastardo. Es nuestra mayor pesadilla —dijo Henry con desprecio.

—Y vosotros la suya —dije sin pensar muy bien qué salía de mi boca.

Henry arrugó ligeramente las cejas negras y pobladas, descolocado.

—¿De parte de quién estás, Lizzie? —preguntó, pronunciando las palabras despacio.

—No estoy de la suya, si es lo que pretendes dar a entender con tu pregunta, pero tampoco estoy de la vuestra. Tú y tus hermanos nos habéis dejado hundidos hasta el cuello. Nos habéis dejado con el culo al aire.

Henry farfulló algo entre dientes que no entendí, pero que supuse que no era bueno. Los hermanos Mont Blanc eran pura arrogancia, siempre tenían que quedar por encima, como el aceite. Jamás reconocerían que la empresa se había ido a pique por su ineptitud. Tenían demasiado orgullo para hacerlo.

Abrió la boca para decir algo, pero lo interrumpieron.

—Señorita Summers... —La voz grave de Logan resonó en el despacho. Miré por encima del hombro de Henry—. Estaba buscándola —dijo al alcanzarnos. Miró alternativamente a Henry y

a mí y creo que notó que pasaba algo entre nosotros—. ¿Va todo bien? —preguntó.

—Sí —asentí.

Henry no se molestó en contestar. Él era así. Dedicó una mirada despectiva a Logan, dio media vuelta y se fue en silencio.

Disimuladamente, solté el aire que tenía en los pulmones mientras los ojos de Logan se posaban en mí.

CAPÍTULO 9

LOGAN

—¿Está bien?

Repetí la pregunta porque no parecía que estuviera bien, la verdad. Tenía el rostro ligeramente sonrojado y parecía agobiada. Además, no sabía el motivo, pero estaba discutiendo con Henry cuando llegué. No era de extrañar, por otra parte. El ambiente se había caldeado mucho desde mi llegada y el horno no parecía estar para bollos. La situación no tenía que ser fácil para nadie, aunque ese no era mi problema. Yo ahora estaba en el otro lado.

El impresentable de Henry se largó del despacho en cuanto entré, como si apestara o le fuera a pegar una enfermedad venérea. Pero mi *queridísima* familia paterna era así. Menos mal que nada de lo que hacían me afectaba. Estaba inmunizado contra su desprecio.

—Sí, perfectamente —respondió la señorita Summers, algo inquieta.

Se estiró la americana del traje, tomó aire y levantó el rostro.

—Este es el despacho que he mandado preparar para usted. Creo que cumple con todos los requisitos que me dijo —volvió a adoptar su tono de voz profesional—. Se ha cambiado el mobiliario por uno más moderno de otro despacho. Espero que sea de su agrado.

Eché un vistazo a mi alrededor.

—No está mal —comenté.

La señorita Summers giró el rostro hacia mí. Estaría dispuesta a dispararme si tuviera una pistola.

—¿No está mal? ¿Hay algún requisito que no haya cumplido? —me preguntó, picada—. Es luminoso, amplio, está a unos pocos metros del mío y las paredes no tienen colores estridentes, tal como mandó. Si no le gusta el gris oscuro, puede encargar al personal de mantenimiento que lo cambien por un tono a su gusto.

Me fascinaba la facilidad con la que la señorita Summers entraba al trapo. Si supiera que lo hacía a propósito, para vacilarla (no porque tuviera algo personal contra ella), estoy convencido de que no dejaría entrever sus sentimientos con la facilidad con la que lo hacía.

—Es un gris demasiado oscuro... —comenté.

—Mande que lo pinten de amarillo pollo. ¿Qué le parece el amarillo pollo?

No pude evitar sonreír.

—Es usted muy sarcástica, señorita Summers —dije.

—Y usted muy pesado, señor Mont Blanc. Va a estar aquí solo unas semanas, ¿qué más le da el color de las paredes? Como si son marrón cagatera.

Tuve que morderme los labios para sofocar una carcajada.

—No se ofenda —dije al cabo de un rato.

—Oh, no me ofendo —replicó con despreocupación. Fingiéndola, más bien—. Estoy encantada de servirle para algo.

—Tiene razón. Mi estancia aquí no va a durar más de unas cuantas semanas. Me da igual de qué color sean las paredes.

Fui consciente de que cuando dije aquellas palabras algo se transformó en la expresión de su rostro, una especie de sombra se alojó en sus dulces rasgos, como si se hubiera dado cuenta de lo que significaban, como si el peso de cada sílaba hubiera caído sobre ella.

Decidí cambiar de tema.

—¿Ha llamado a Recursos Humanos para lo de mi secretaria? —le pregunté.

La señorita Summers se recompuso, escondiendo tras su máscara de profesionalidad lo que estaba sintiendo en ese momento.

—Sí, ya se han puesto a ello. Mañana entrevistarán a las primeras candidatas —respondió.

—Perfecto.

Observé que, a pesar de querer mantenerse imperturbable, no lo estaba consiguiendo. Quizá una discusión con Henry y un rato conmigo eran más que suficientes. Lo mejor era darle una tregua.

—Gracias —le agradecí, ya sin rastro de juego irónico en mi entonación.

Asintió en silencio.

—Si necesita algo más... —Se quedó en mitad del despacho, esperando.

—No.

—Entonces me voy, tengo cosas que hacer.

—Bien.

Eché a andar encaramada en sus altos tacones de aguja, dando pasos de gacela. Al pasar delante de mí el olor de su caro perfume me golpeó las fosas nasales. Olía a un sensual cóctel de flores exóticas, pimienta rosa, azahar, jazmín y... notas de café. El carisma que le aportaba esa fragancia a su ya fuerza era embriagador.

Recientes estudios habían descubierto que la parte donde el cerebro distingue los olores está conectada directamente con el centro emocional. Esa es la razón por la que ciertos aromas pueden evocar emociones en nosotros y por qué los asociamos a recuerdos.

En ese mismo instante supe que aquella fragancia me recordaría siempre a la señorita Summers, pero no tenía ni idea de por qué. Ella no era más que una mujer como cualquier otra.

La puerta se cerró y yo me quedé en mitad de aquel despacho vacío que había preparado para mí. Respiré hondo mientras escuchaba el lejano rumor que hacía el ajetreo de la ciudad.

Mi teléfono sonó en el bolsillo interior de mi chaqueta. Llevé la mano hasta él y lo extraje.

—Dime, Simon —dije al descolgar al que era mi abogado y una de mis manos derechas.

—Señor Mont Blanc, el acuerdo con la compañía australiana ya está firmado.

—¿Con las condiciones que pedimos? —le pregunté.

Me dirigí caminando hacia los ventanales que ocupaban una de las paredes del despacho.

—Sí, finalmente han accedido —contestó—. Éramos su mejor opción.

—Perfecto, Simon. Si ya habéis terminado allí, quiero que tú y el resto del equipo vengáis a Nueva York. Hay trabajo que hacer aquí —dije, mientras contemplaba las regias siluetas de los edificios.

—¿Las cosas están mal?

—No, pero no creo que tarden mucho en ponerse mal. Mis hermanos no tienen ninguna intención de facilitar las negociaciones de la compraventa y yo, por supuesto, tampoco voy a ponérselo fácil.

No sé la razón, pero al decir aquello la imagen de la señorita Summers atravesó mi cabeza. ¿Hasta qué punto me facilitaría o complicaría ella las cosas? ¿Aunque pequeña, su familia tenía participación en la empresa?

—Señor Mont Blanc, ¿está ahí? —La pregunta de Simon al otro lado de la línea telefónica me devolvió a la realidad.

—Sí, estoy aquí.

—Le decía que pondremos rumbo a Nueva York hoy mismo, si le parece bien.

—Sí, quiero que estéis aquí cuanto antes —contesté.

—Bien, pondré en conocimiento del equipo sus indicaciones.

CAPÍTULO 10

LIZZIE

Logan Mont Blanc me sacaba de quicio. Definitivamente. ¿Que las paredes del despacho le parecían oscuras? ¿Oscuras? ¿No decía que no le gustaban con colores estridentes? ¿De qué coño iba? ¿Pretendía volverme loca? ¿Era eso?

Solté una especie de gruñido cuando cerré la puerta y me fui a mi despacho, aunque lo que me apetecía era subir a la azotea y dar cuatro gritos bien dados.

Lo peor es que no me podía deshacer de él, y cada vez odiaba más a los Mont Blanc por haberme puesto al frente de aquella situación y ellos haber salido de rositas.

Al día siguiente tenía a Logan a primera hora en mi despacho.

—Logan Mont Blanc está en tu despacho —me anunció Mery, mi secretaria, cuando llegué aquella mañana. Apretó los labios con pudor y se encogió un poco en el asiento—. No sé si he hecho bien dejándolo entrar... —dijo.

—Sí, has hecho bien —contesté—. Él ahora es el dueño de todo esto, tiene derecho a estar donde quiera —dije.

—Menos mal —suspiró Mery. Bajó el tono de voz para que solo pudiera escucharla yo—. No podemos simpatizar con él porque es el enemigo, pero ¿has visto lo buenísimo que está, Lizzie? Dios, parece un actor de Hollywood.

Me fijé en Mery. Aunque era mi secretaria, entre nosotras había la suficiente confianza como para que me hiciera aquel tipo de comentario, porque llevaba trabajando para mí varios años y entre nosotras había surgido en ese tiempo una complicidad que iba más allá de la relación estrictamente profesional.

Estaba babeando. Juraría que si hubiera abierto la boca la hubiera visto salivar, como si tuviera enfrente un succulento bistec. Me recordó a ese emoticono de WhatsApp al que se le escurre la baba. ¿Logan Mont Blanc tenía aquel efecto en todas las mujeres? ¿En mi hermana? ¿En mi secretaria? ¿En mí? Sí, en mí, porque yo también había babeado por él el primer día que lo había visto, pese a que era «el enemigo», como muy bien había dicho Mery.

—Mery, por favor... —mascullé, pero simplemente porque no quería responder a su pregunta.

Alzó las manos, mostrándome las palmas.

—Sé que no debería pensar en él de ese modo, pero es que, joder, tengo ojos en la cara, y estos ojitos... —se los señaló con el dedo índice con un gesto teatral—... ven que el tío está para mojar pan.

Claro que Logan Mont Blanc estaba para mojar pan; para rebañar y para chuparse los dedos. Habría que estar ciega para no verlo.

Me limité a negar con la cabeza despreocupadamente. Tampoco quería hacer ningún comentario al respecto. Logan Mont Blanc era el enemigo. EL ENEMIGO.

—Voy a ver qué quiere —dije.

Mery asintió.

Me di media vuelta y enfilé los pasos hacia el despacho. Antes de abrir la puerta me detuve unos instantes para tomar aire. Con Logan Mont Blanc nunca sabías qué podía pasar. Era tan imprevisible como un tornado.

Hice girar el pomo y entré.

Se encontraba sentado en una de las sillas que había frente a mi mesa, trasteando con el móvil.

—Buenos días —lo saludé mientras avanzaba por el despacho hacia él.

Giró el rostro en mi dirección.

—Buenos días, señorita Summers.

El olor de su fragancia impregnaba cada molécula de aire. Me pregunté si se bañaba en testosterona, porque cada vez que lo veía algo se agitaba dentro de mí. Algo original, primitivo, animal...

Rodeé la mesa y me senté en el sillón de cuero, frente a él.

—¿Necesita algo, señor Mont Blanc? —le pregunté en tono profesional.

—Sí —respondió.

Sonreí para mis adentros.

«Sí, claro que sí», pensé en silencio. ¿Cómo iba a estarse quieto y callado? ¿Sin darme el coñazo?

—Dígame —lo animé.

Cuanto antes termináramos mejor.

—Necesito que me ponga al día sobre los contratos que tiene la empresa con los proveedores.

—Prepararé toda la información y se la tendré lista...

—En un par de horas —se adelantó a decir Logan.

Me quedé mirándolo unos instantes.

—En un par de horas —repetí resignada.

—Pásese por mi despacho.

¿Por qué me daba órdenes como si fuera su empleada?

—¿No puede venir aquí? —le pregunté.

—Sí, igual que usted puede ir a mi despacho. Hay la misma distancia.

Arqueeé una ceja.

—Y porque hay la misma distancia, puede venir a mi despacho. La información ocupa varios archivadores de peso.

—Quiero verla en mi despacho en un par de horas, señorita Summers —sentenció.

¿Pero quién narices se había creído que era para darme órdenes como si trabajara para él? Su prepotencia me sentó a cuerno quemado.

—No soy su empleada, señor Mont Blanc —le recordé, porque parecía que se le había olvidado.

—La empresa es ahora mía —fue su comentario.

Bufé.

—Pero eso no me convierte en su empleada. Mi vida no está en sus manos.

—Eso no es del todo cierto —dijo con suficiencia.

Me repateaba que tuviera razón, y por eso mismo no iba a dejar que pasara por encima de mí, o corría el peligro de sentar un precedente y que eso se convirtiera en costumbre.

—No tengo ningún deber de ir a su despacho. Si quiere que le muestre los contratos de los proveedores tendrá que venir aquí —dije como última palabra.

Logan Mont Blanc echó la silla hacia atrás y se levantó. Seguí con la mirada el movimiento de su cuerpo.

—En dos horas la espero en mi despacho —dijo mientras se abrochaba con galantería el botón de la chaqueta—. No dudaré en venir a por usted si no va.

Crucé los brazos por debajo del pecho y solté una pequeña carcajada.

—¿Y qué va a hacer? ¿Va a llevarme a la fuerza como si fuera una niña pequeña?

Me miró fijamente a los ojos. La mirada era tan intensa que me costó sostenérsela.

—Haga la prueba —me desafió justo en el momento en que iba a apartar la vista.

Y sin más, se dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta. El sonido de sus carísimos zapatos de John Lobb repiqueteaban en el suelo al son de sus cadenciosos pasos.

Apreté los dientes hasta que finalmente salió de mi despacho.

¿Os he dicho que odiaba a Logan Mont Blanc? ¿No? Pues os lo digo: odiaba a ese hombre y todavía iba a odiarlo mucho más.

CAPÍTULO 11

LIZZIE

Me pasé las siguientes dos horas buscando, recabando y preparando la información que me había pedido, y me esmeré en tenerlo todo listo como no me he esmerado en nada en mi vida, pero no iba a darle pie a que pusiera cualquier tipo de objeción a mi trabajo. Ya casi se había convertido en algo personal. O él o yo.

Sobra decir que no tenía intención alguna de ir a su despacho, ni a las dos horas ni a las tres horas ni a ninguna. No le iba a consentir que me tratara como si fuera su empleada. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

Si él me desafiaba, yo iba a desafiarlo más. No me iba a quedar atrás, por supuesto.

Me sorprendió cuando entró en mi despacho sin ni siquiera molestarse en llamar o sin que Mery lo anunciara. Alcé el rostro y dejé lo que estaba haciendo.

Su expresión era seria. Mientras avanzaba me dije que no me dejaría amedrentar por él, que seguramente era lo que pretendía.

—Señorita Summers, creo que le había dejado claro que en dos horas quería verla en mi despacho —dijo.

—Y yo le he dejado claro que no iba a ir. Le repito que no soy su empleada —atajé.

Pensé que al final se vendría a razones y que se sentaría en una de las sillas que había delante de mi mesa. Pero para mi asombro no fue así.

Yo tenía en las manos varios archivadores (de los gordos), preparados para empezar a mostrarle la información que me había solicitado, cuando rodeó el escritorio, agarró uno de los reposabrazos de mi sillón de cuero con su enorme mano y empezó a tirar de él. Por poco no se me salen los ojos de las órbitas cuando caí en la cuenta de cuál era su intención.

—Pero ¿qué hace? —le pregunté al tiempo que atravesábamos el despacho.

—¿No lo ve? —dijo con ironía.

—No me lo puedo creer... —mascullé.

Y no me lo podía creer, me estaba arrastrando hasta su despacho.

—Pare. ¡Le digo que pare! —le exigí.

Pero continuó arrastrándome con la silla.

Cuando salimos del despacho me encontré con la mirada de perplejidad de Mery, que contemplaba la escena sin dar crédito a lo que estaba viendo.

Dios, qué vergüenza. Deseaba que la Tierra me tragara. ¿Qué diría el resto de los empleados si me viera así? Joder, aquello no era serio.

Durante unos segundos pensé en la posibilidad de bajarme de alguna manera. No sé... saltando o algo. Pero con los tacones de aguja que llevaba puestos y cargada hasta arriba con los archivadores, lo más seguro es que acabara con los dientes clavados en el suelo o el cuello dislocado.

Miré a Mery, suplicando su ayuda con la mirada, pero ella se encogió de hombros. ¿Qué iba a hacer? ¿Decirle al loco de Logan Mont Blanc que parara para que me bajase? ¿Que se estaba

comportando como un ser infantil?

Y a todas estás, Logan seguía tirando de la silla. ¿Y si le arañaba la mano o se la mordía para que soltara el reposabrazos? Deseché la idea de inmediato. No era una salvaje. ¿Cómo iba a arañarle o a morderle?

—Pare, señor Mont Blanc —volví a pedirle.

—Pararé cuando lleguemos a mi despacho —dijo.

Por suerte cuando cruzamos el pasillo no nos encontramos con nadie. Gracias a Dios, ¿Qué pensaría Jeff Mont Blanc? ¿O Rod, Henry y Joe?

A esas alturas no es que me importara demasiado, porque no tenía nada que perder, pero no era plan de que me vieran así con Logan, correteando por el pasillo con mi sillón de cuero como si fuéramos un par de críos. No estábamos jugando, pero lo parecía.

Cuando me quise dar cuenta entramos en su despacho. Llevó el sillón hasta la mesa, apartó una de las sillas y me colocó de frente.

Me levanté como si me hubieran pinchado en el culo con un alfiler. Los archivadores resbalaron de mis rodillas y golpearon contra el suelo.

—¿Cómo se atreve? —ladré con rabia, apoyando las palmas de las manos sobre la superficie de madera de la mesa.

Logan Mont Blanc imitó mi gesto. Descansó las manos en el otro lado de la mesa y se inclinó sobre mí. Nuestros rostros se quedaron a unos pocos centímetros.

—No me desafíe, señorita Summers —dijo.

—Ni usted a mí, señor Mont Blanc.

Durante unos segundos nos miramos como si estuviéramos inmersos en un duelo del Lejano Oeste, midiéndonos el uno al otro con los ojos. Los suyos estaban entornados y poseían una expresión indescriptible de color oro.

El ambiente se enrareció de pronto y Nueva York desapareció a nuestro alrededor. Yo empecé a tensarme y a ponerme nerviosa. Tenía la sensación de que iban a saltar chispas de mi cuerpo en cualquier momento. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué estaba tomando forma entre nosotros? Casi no podía respirar de la presión que sentía en los pulmones.

Los dos parecimos darnos cuenta al mismo tiempo, porque nos erguimos, poniendo de inmediato distancia entre nosotros.

Carraspeé.

Había algo dentro de mí que me picaba, que me molestaba, como un sarpullido.

Para disimular lo que me estaba sucediendo agarré los bordes de la chaqueta y tiré de ella hacia abajo para estirla. Como pude, me recompuse.

—Es como un crío —dije indignada—. ¿Cómo se le ocurre traerme a rastras con el sillón? Somos adultos. Deberíamos comportarnos como tal.

—No vuelva a desobedecerme —dijo Logan Mont Blanc.

Puse los ojos en blanco, cansada.

—Y vuelta la burra al trigo —dijo con un punto de desesperación en la voz (porque empezaba verdaderamente a desesperarme). ¿Es que iba a estar todos los días con la misma cantaleta?—. Se equivoca si piensa que voy a obedecerle, señor Mont Blanc. Le repito, y se lo repetiré hasta que le entre en la cabeza, que yo no soy su empleada. Usted no está aquí en calidad de jefe. Además, va a echar abajo *Mont Blanc Enterprise*. ¿Por qué habría de congraciarme con usted?

—Porque todavía queda un largo periodo de negociaciones, señorita Summers —repuso con cierto retintín—. Tengo entendido que su hermana trabaja también en la empresa... —Se

encogió de hombros—. No sé... Quizá podría pensarme la posibilidad de contratarlas.

Hizo que me rechinaran los dientes el tono condescendiente que estaba utilizando. De buena gana le hubiera hecho tragarse sus palabras.

—No creo que mi hermana quiera trabajar para usted y sobra decir que yo tampoco —espeté sin cortarme un pelo—. No me pondría jamás a sus órdenes, señor Mont Blanc —afirmé directa y rotunda.

Las comisuras de Logan se elevaron con una sonrisa teñida de mordacidad.

—Pues a mí no me importaría tenerla a mis órdenes —dijo, y su entonación dejaba clara una segunda intención, que tenía poco que ver con algo profesional.

No entendí por qué, pero noté cómo mis mejillas se encendían. Aunque la palabra encender no era la adecuada. No. Me ardían, como si hubieran acercado una llama a ellas. ¿Era por la insinuación que había velada en sus palabras?

Negué para mí.

No era bueno ir por ese camino. No lo era.

—No le voy a dar ese gusto. No he luchado durante años con uñas y dientes para ser directora adjunta de *Mont Blanc Enterprise* para que venga ahora usted a tratarme como si fuera una secretaria. Yo soy quien da las órdenes no quien las acata.

De ninguna manera iba a callarme con él.

—¿Ha luchado con uñas y dientes para ser directora adjunta?

¿Era sarcasmo lo que había en su voz? ¿Escepticismo?

—Sí —respondí rotunda.

—Es la hija de Hank Summers, uno de los socios de la empresa... ¿Me va a decir que ha tenido que ganarse el puesto?

¿Qué?

Tuve que tragar saliva rápidamente o le acabaría escupiendo. Aquello era el colmo del colmo; me estaba prejuzgando.

CAPÍTULO 12

LOGAN

Los ojos grises como el mercurio y rodeados de densas pestañas de la señorita Summer echaban chispas en ese momento. Me estaba fulminando con ellos. Me hubiera matado de haber tenido ese poder.

—¿Qué mierda se ha pensado usted? —soltó, visiblemente indignada.

Bueno, más que indignada, indignadísima, diría yo.

Confieso que me sorprendía lo natural que se mostraba a la hora de discutir. Lejos de la pedantería y la extremadamente buena educación de la que suelen presumir los de su clase, que nunca dicen una palabra malsonante ni suben el tono un solo decibelio, como si al hacerlo se fueran a romper en pedazos de tan finos como son.

—Que su padre la puso a dedo en ese puesto del que tanto presume —contesté.

Su rostro se contrajo en una mueca.

—¿Y lo dice así? ¿Sin despeinarse?

—Es lo que pienso.

—Pues se equivoca —me rebatió la señorita Summers con aplomo.

No pude evitar sonreír con una mezcla de ironía e incredulidad.

—Le repito la pregunta: ¿me va a decir que ha tenido que ganarse el puesto como lo hubiera hecho una persona sin sus privilegios?

—A pulso me lo he ganado —contestó, alzando el dedo índice—. A pulso —enfaticó—. Mi padre jamás nos ha puesto las cosas fáciles ni a mi hermana ni a mí, pero a mí, sobre todo.

—Lo siento, pero no la creo.

Y no la creía.

Estaba seguro de que a la señorita Summers se lo habían dado todo hecho (igual que a su hermana), que no había tenido que mover un dedo para ocupar el puesto que ocupaba, que la habían colocado ahí simplemente porque sí, por ser hija, en este caso, de Hank Summers, socio de *Mont Blanc Enterprise*.

Pero nunca lo reconocería, por supuesto. ¿Quién lo haría en su lugar? Nadie en su sano juicio admitiría que ostenta un cargo para el que no ha tenido que hacer ningún mérito. Sería de tontos. Era mejor fingir que se habían esforzado mucho en llegar donde habían llegado, que su padre se lo había puesto difícil, aunque no fuera cierto, pero de cara a la galería quedaba mucho mejor.

La señorita Summers bufó y pese a la indignación que mostraba su rostro, yo seguía en mis trece pensando que era la típica «hija de papá», caprichosa y frívola, una *esnob* a la que le habían regalado la vida, y sin más virtudes que la de ser hija de un hombre rico y haber nacido en una familia adinerada.

—Si me cree o no es su problema, no el mío —dijo sin amedrentarse. Incluso creo que percibí que levantó ligeramente la barbilla en un gesto de orgullo—. No voy a detallarle mi currículum. Pero, debería de tener cuidado...

Fruncí el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Por si no se ha dado cuenta, me está prejuzgando, señor Mont Blanc, y de todas las personas del mundo, usted es la menos indicada para dejarse llevar por los prejuicios.

—No se lo tome como algo personal, no tengo nada en contra de usted —dije en tono tranquilo.

Y era verdad, no tenía nada en contra de ella.

—Pues lo parece —repuso.

—Mi guerra es contra los Mont Blanc. Usted, señorita Summers, es solo un daño colateral en esta historia.

—Bonita forma de definirme —señaló.

Se cruzó de brazos. Lo que provocó que sus pechos se alzaran ligeramente. Fue imposible no mirarlos. De verdad. Imposible. Eran redondos, tersos y perfectos. Sobre todo, perfectos para mis manos.

La tela de la ajustada camisa ejecutiva blanca que llevaba puesta se tensó a la altura de los pezones. La imagen me hizo sentir calor. Pero lo peor no fue eso, lo peor fue que, para mi asombro, mi entrepierna se sacudió.

No podía ser, joder.

—Repito, no se lo tome como algo personal —dije.

La señorita Summers cogió aire, como si con el gesto se estuviese imbuyendo paciencia.

—No voy a discutir con usted. Me pidió los contratos que la empresa tiene firmados con los proveedores... —empezó.

Se agachó y recogió los archivadores que se habían caído al suelo. Los puso encima de la mesa dando un golpe.

—Y aquí los tiene —dijo—. Y ahora si me disculpa.

Se giró con la pretensión de marcharse de mi despacho.

—¿Cómo que si la disculpo? —pregunté.

Reconozco que mi voz sonó más seca de lo que pretendía que hubiera sonado.

La señorita Summers detuvo sus pasos en seco y volvió el rostro para mirarme por encima del hombro. Tampoco en aquella ocasión la mirada que me dedicó era amable.

—¿No pretenderá largarse y dejarme con este montón de archivadores? —dije.

Terminó de girar el cuerpo hacia mí.

—¿Y usted no pretenderá que me quede aquí toda la mañana desmenuzándole la información?

—Pues sí, eso es precisamente lo que pretendo —contesté con naturalidad.

—Señor Mont Blanc, no aguantamos diez minutos juntos sin acabar discutiendo, ¿cómo cree que vamos a estar una mañana entera?

—No lo sé, señorita Summers —dije lentamente, utilizando el mismo tono de retintín que había utilizado ella—. Pero alguien tiene que ponerme al día con la información de la empresa para ver cuántas deudas tengo que seguir liquidando, y los Mont Blanc la han designado para ello. Yo no tengo la culpa. Sea como sea estamos condenados a entendernos.

Observé su cara mientras la estudiaba. Por su expresión, hubiera jurado que en aquel momento se estaba cagando en todos y cada uno de mis hermanos, y no era de extrañar, si tengo que ser sincero. Habían sido tan cobardes de dejar que fuera ella la que lidiara conmigo, la que se enfrentara a mí, pero como le dije, yo no tenía la culpa.

Pareció pensárselo, porque exhaló una bocanada de aire y deshizo sus pasos.

—Terminemos con esto cuanto antes —la oí farfullar, al tiempo que tomaba asiento en una de

las sillas situadas frente a mi mesa.

—No voy a torturarla, así que no hable como si fuera a hacerlo —apunté.

—Es algo parecido —murmuró, echando la silla hacia adelante.

Me quité la chaqueta y la dejé cuidadosamente estirada en el respaldo del sillón.

—Ya verá como al final le caigo bien —volví a hablar mientras me remangaba la camisa.

La señorita Summers me lanzó un vistazo de soslayo con los ojos entornados.

—No lo creo —afirmó—. Nos falta mucho para ser amigos.

Me limité a sonreír. La idea de pasar varias horas a solas con la señorita Summers no me disgustaba en absoluto, aunque acabáramos discutiendo, como bien decía. Pero es que discutir con ella era divertido, o por lo menos a mí me divertía (llamadme masoquista). Aunque no estoy seguro de que por su parte fuera igual.

CAPÍTULO 13

LIZZIE

¿Cómo podía tener una sonrisa tan jodidamente encantadora?

Era un gesto seductor, sexy; abierto, en el que dejaba a la vista sus dos filas de dientes. Blancos y perfectamente alineados, claro, y que se extendía por su rostro hasta atontarte. Por lo menos era así como me dejaba a mí, atontada perdida. Joder, hacía que desaparecieran todos los problemas del mundo.

Logan Mont Blanc era muy guapo, demasiado guapo.

«No le mires directamente», me aconsejé a mí misma.

Y no podía mirarlo porque su sonrisa era letal, y por si no fuera suficiente, se había deshecho de la chaqueta del traje y se había remangado la camisa hasta los codos. Con lo que me pone a mí un hombre remangándose la camisa.

¡Dios mío querido!

La musculación que se presumía bajo la tela blanca me cortaba la respiración. Y eso que solo me lo estaba imaginando.

Durante unos instantes deseé acariciarle el brazo para ver si el bíceps era tan duro como parecía. Lo cual era ridículo. Os aseguro que no me reconocía en la reacción que tenía delante de Logan Mont Blanc.

Lo mejor era no mirarle ni a la cara ni a ningún lado, y aunque traté de no mirarlo, fui incapaz de no dejar escapar un vistazo de reojo.

Finalmente deslicé la vista hasta la pila de archivadores que había dejado sobre la mesa y cogí uno de ellos. Me lo acerqué y lo abrí.

—Muchos de los proveedores han dejado de suministrarnos materias primas debido al... —me daba vergüenza verbalizarlo. Todavía me producía mucho pudor pensar en la situación a la que habíamos llegado—... a los impagos que la empresa ha tenido a lo largo de los dos últimos años —desembuché finalmente.

—Lo sé —dijo Logan—. Por eso quiero saber cuántos proveedores hay sin pagar y cuál es el montante total. Tengo que saldar todas las deudas que tiene *Mont Blanc Enterprise*, si quiero hacer algo provechoso con ella. De otro modo nadie con sentido común se interesará.

«Lo que quieres es hacerla pedazos y revenderlos para que no quede nada de ella», me dije.

—Entiendo... —susurré con impotencia.

Algo debió cambiar en mi expresión, porque Logan me preguntó si estaba bien. Respondí que «sí», pero en realidad no estaba bien. ¿Cómo podía estarlo cuando mi futuro profesional se iba al garete? *Mont Blanc Enterprise* era mi vida, me había dejado la piel en aquella empresa y ahora tenía que ver cómo la destruían.

—Podemos sacar una lista de los proveedores a los que se les debe dinero —dije, para cambiar de tema.

—Me parece una buena idea —contestó Logan.

Alcé los ojos.

—¿Por qué me mira así? —me preguntó.

—Me extraña que no ponga ninguna objeción.

—Señorita Summers, yo no le llevo la contraria por sistema, como hace usted.

Apreté los labios con expresión de pocos amigos.

—¿Por qué siempre termina fastidiándolo?

Ladeó la cabeza.

—No se enfade, es una broma. ¿No tiene sentido del humor?

Sacudí la cabeza. Lo mejor era dejarlo por imposible. Porque era imposible.

Logan rodeó la mesa y se acercó. Cuando se colocó detrás de mí me puse rígida. ¿Por qué? No lo sé. Pero estaba como un garrote. Su cercanía me tensaba.

Quizá fuera por el olor de su colonia, por su exacerbada masculinidad, por el magnetismo que desprendía cada poro de su piel, por su sonrisa, o por el exceso de testosterona que parecía poseer y que llenaba el despacho. Podían ser tantas cosas...

—Podemos especificar en la lista qué cantidad se le debe a cada proveedor —dijo.

Su penetrante voz se me coló hasta lo más profundo de los huesos. Resonó en su interior como si fueran un instrumento musical perfectamente afinado.

Su aliento, cálido y suave, resbaló por mi cuello, provocándome un intenso escalofrío que me atravesó de la cabeza a los pies.

—Sí —atiné a responder. Mi cerebro no daba para más en esos momentos—. ¿Le importaría alcanzarme unos cuantos folios? Dejé un taco al lado de la fotocopidora cuando se cambió el mobiliario del despacho.

—Claro —dijo Logan.

Aproveché que se alejaba para recomponerme rápidamente de alguna manera.

Respiré hondo y me pasé la mano por la parte del cuello donde me había rozado su aliento. Cerré los ojos e irremediablemente rememoré el momento. Era increíble que reaccionara así, que mi cuerpo reaccionara así a Logan Mont Blanc. Sobre todo cuando tendría que serme totalmente indiferente.

—Aquí tiene —dijo.

Abrí los párpados de golpe. Delante de mí tenía un taco de folios y varios bolígrafos de distintos colores.

—Gracias —susurré mientras lo cogía.

—Creo que trabajaremos mejor en la mesa de conferencias. Tendremos más espacio —sugirió Logan—. ¿Estás de acuerdo?

—Sí.

Se me quedó mirando.

—Vaya, por fin he logrado que esté de acuerdo con algo de lo que digo —dijo en tono distendido.

—Yo tampoco le llevo la contraria por sistema —repuse. Aunque no sé si eso era del todo cierto—. Pero también le digo que no se acostumbre.

Otra vez volvió a sonreír de esa manera que sonreía él y otra vez me derretí por dentro. Yo misma iba a empezar a pensar de mí que era estúpida.

Quise con todas mis ganas taparme la cara con un archivador y gritar, para ver si así me deshacía del exorcismo de Logan Mont Blanc. Pero lo que hice fue empujar la silla hacia atrás y levantarme para disimular el estado de azoramiento en el que estaba. Era el puto efecto de su sonrisa, entre otras cosas...

Me di la vuelta con algunos de los archivadores en las manos (el resto los llevaba Logan) y me dirigí a la mesa de conferencias. Un mueble enorme, pesado y de forma ovalada, de roble oscuro situado en uno de los rincones del despacho.

Logan siguió mis pasos, que repicaban en el suelo con cadencia por culpa de mis zapatos *peep toes*. Saber que estaba detrás de mí, a solo un metro, no me tranquilizaba. Al contrario, me ponía nerviosa, porque me imaginaba su mirada clavada en mi culo. Entendedme, lo que me ponía nerviosa no es que mirara, sino el hecho de que quería que lo que estaba mirando le gustara. De idiotas, ¿verdad?

Me senté en la primera silla que pillé y apoyé los archivadores en la mesa. Cuando me quise dar cuenta Logan se había acomodado a mi lado.

La mañana iba a ser muy larga estando tan cerca de aquel Mont Blanc.

CAPÍTULO 14

LOGAN

Supuse que la señorita Summers no ignoraba que la estaba mirando. No sé si lo hacía a propósito o no, pero el contoneo de sus caderas era hipnótico. Me hipnotizaba, sí, como el movimiento de un péndulo. Y al igual que un péndulo, sus caderas oscilaban sinuosamente de un lado a otro.

Podría contemplarla caminando kilómetros y kilómetros y no me cansaría. Lo juro.

Repasé con la mirada sus largas piernas (porque mira que las tenía largas la condenada de ella), hasta llegar a los zapatos. Mis ojos no perdían detalle. Ni uno solo.

La falda lápiz (creo que se llaman así) en color azul cobalto, y que se ceñía a sus formas hasta volverte loco. La camisa ejecutiva blanca, las medias y los zapatos. Dios, los zapatos estilizaban su figura hasta el infinito.

Recuerdo que pensé que encaramada en aquellos taconazos podría conquistar el mundo si se lo propusiera.

Con esfuerzo me obligué a desviar la mirada al suelo y me froté los ojos con los dedos como si pretendiera salir de una ensoñación o de un hechizo, el que parecía que me había lanzado la señorita Summers.

¿Qué hacía yo fijándome en ella de esa manera? Ella era una mujer prohibida para mí.

Durante un segundo se me pasó por la cabeza que tal vez mis medio hermanos la habían designado precisamente a ella para ponerme al día sobre la empresa, para hacerme caer en la tentación, para que sucumbiera a su belleza. Porque la señorita Summers era muy guapa, demasiado guapa.

Estaban muy equivocados si esa era su pretensión. Después pensé que son unos cobardes y que su decisión no tenía que ver con nada de eso, sino con el hecho de sacudirse el marrón de encima, como era su costumbre. Ninguno de ellos era tan inteligente como para elucubrar una treta semejante.

Pero me tenía que andar al loro. Muy, muy al loro. La señorita Summers no me era tan indiferente como me debería ser. Entre nosotros había miradas, instantes, situaciones que... No sé muy bien cómo explicar, pero que parecían parar el tiempo, congelarlo para que jugáramos con él.

Me había pasado unos minutos antes. Cuando me coloqué a su espalda. Su pelo caía en cascada sobre sus hombros, de un modo tan grácil que me habían entrado ganas de acariciarlo, de introducir los dedos entre los mechones negros para notar su suavidad.

El olor de su champú mezclado con el de su fragancia; ese cóctel de flores exóticas, pimienta rosa, azahar, jazmín y ligeras notas de café, me habían transportado a otro mundo. A uno en el que solo estábamos ella y yo. Sin embargo, yo tenía que mantener los pies en este, en el real. Yo tenía que mantener los pies en la tierra. La señorita Summers pertenecía al bando contrario. Aunque fuera indirectamente, no lo niego, era una adversaria como lo eran mi padre y mis hermanos. Eso era indiscutible. Era así, se mirara cómo se mirara.

—¿Está aquí, señor Mont Blanc? —La pregunta de la señorita Summers me escupió a la realidad.

Giré el rostro hacia ella y traté de centrarme en lo que estábamos haciendo.

—Sí —respondí.

La señorita Summers no se mostraba muy convencida con mi respuesta. Lo noté en la expresión de su cara, pero no dijo nada. Quizá si poníamos los dos de nuestra parte, no acabaríamos discutiendo o lanzándonos rayos láser por los ojos, como sucedía siempre.

A veces me asaltaba la sensación de que teníamos tanta energía que terminábamos echando chispas, como si no la pudiéramos contener en nuestros cuerpos.

Sí, vale, puede que estuviera desvariando.

CAPÍTULO 15

LIZZIE

—Lizzie... —Escuché el chasquido de unos dedos delante de mi cara y pestañee un par de veces tratando de enfocar—. Lizzie, ¿dónde estás? —me preguntó mi hermana, que se encontraba a unos metros de mí.

Por fin reaccioné.

—Aquí, estoy aquí —contesté.

Estaba en mitad del pasillo, camino de mi despacho.

—Pues no lo parece. Más bien parece que acabas de aterrizar de Júpiter.

No digo que no tuviera razón.

—¿Qué quieres, Judy?

—Venía a buscarte para ver si quieres bajar conmigo a tomar un café. Llevo una tarde de locos...

—¿Por qué? —me interesé.

—La gente no para de hacer preguntas, Lizzie —respondió—. Y yo no sé qué mierda responderles, la verdad. —Alzó un hombro—. ¿Es que Jeff y sus hijos no han hablado todavía con el personal para contarles cómo está la situación?

—No lo sé —dije.

Judy puso los brazos en jarra.

—No me jodas que están esperando a que también lo hagas tú.

La expresión del rostro me cambió de golpe.

—Ni de coña —salté, rotunda—. Yo ya tengo bastante con Logan Mont Blanc.

—Eso fue una patata muy caliente que te pasaron —comentó Judy.

—Por muy directora adjunta que sea, la empresa es suya y los que tienen que informar al personal de cómo están las cosas son ellos. Al fin y al cabo, son los dueños.

—Tienes toda la razón, Lizzie, pero ya sabemos cómo son Rod, Henry y Joe...

—Pues que lo haga Jeff Mont Blanc —atajé.

¿Un hombre como él, que había levantado un imperio como había sido *Mont Blanc Enterprise* y que contaba con pocos escrúpulos, para ser sincera, no tenía las suficientes agallas para decirles a sus empleados la verdad? ¿O es que ya todo le daba absolutamente lo mismo?

—Y hablando de Mont Blanc, ¿qué tal con Logan? —curioseó mi hermana, pinchándose con el codo en el costado.

Suspiré.

—Es un tipo insoportable. El día menos pensado alguno de los dos va a tirar por la ventana al otro —contesté—. Solo nos toleramos en la distancia.

—De verdad que eres muy exagerada.

—Que no, Judy. Te juro que no exagero. —Bajé el tono de voz hasta hacerlo confidencial—. ¿Sabes lo que ha hecho hoy?

—¿Qué?

—Me ha ordenado ir a su despacho, y como no le he obedecido, ha venido al mío y me ha arrastrado con el sillón giratorio hasta el suyo.

La carcajada que soltó Judy se escuchó en todo el pasillo.

—Shhh... —la silencié.

—¿Que ha hecho qué? —dijo con incredulidad.

—Lo que has oído. Me ha arrastrado por todo el pasillo hasta su despacho. Si hubieras visto la cara de la pobre Mery...

—¡Mierda! Y yo me lo he tenido que perder —dijo entre risas.

—Deja de descojonarte —le pedí, taladrándola con la mirada.

—No puedo... Es que me imagino la escena y... —Volvió a estallar en una retahíla de carcajadas.

—Joder, Judy —le recriminé, molesta.

—Está bien, ya me callo —dijo a duras penas.

Apretó los labios y se tapó la boca con la mano, intentando reprimir la risa.

—¿Por qué no bajamos a la cafetería y me lo cuentas todo con detalle?

Me revolví un poco el pelo para desestresarme.

—Sí, me vendrá genial un té.

—Entonces, vamos.

Nos dirigimos a los ascensores y bajamos hasta la cafetería de la empresa, que ocupaba parte de la planta baja.

Fredd, el encargado y además camarero que tiraba los tejos a Judy desde hacía tiempo, nos dio la bienvenida como era habitual en él. Solo le faltaba ponernos una alfombra roja y lanzar pétalos de rosas a nuestro paso. Él era así de teatrero.

—No hay nada mejor para alegrarse el día que ver a las hermanas Summers. Cuanta belleza junta —dijo cuando llegamos a la barra.

—¿Cómo es posible que seas tan adulador? ¿Te pagan a comisión por soltar halagos? —bromeó Judy con él.

Fredd se encogió de hombros mientras le guiñaba un ojo y le ponía una mirada de cordero degollado. Mi hermana se limitó a sacudir la cabeza y a sonreír como diciendo: «siempre estás igual». Pero le gustaba. Lo reconociera o no, ese chico le hacía tilín. Mucho tilín, aunque creo que ni ella misma se había dado cuenta... todavía. Probablemente solo fuera cuestión de tiempo que cayera del guindo.

—¿Qué os pongo? —nos preguntó Fredd.

—Un té matcha para mí —me adelanté a responder, antes de que ellos dos se pusieran a hablar y no dejaran meter baza a nadie.

—Y para ti un café solo con un sobre de azúcar, ¿verdad? —le dijo Fredd a mi hermana.

—Qué bien te lo sabes —contestó ella, orgullosa.

No pude por menos que poner los ojos en blanco (sin que ninguno de los dos me viera, claro).

—Marchando un té matcha y un café solo con un sobre de azúcar —dijo Fredd.

—¿Nos lo acercas a la mesa, por favor? —le preguntó mi hermana.

—Por supuesto —respondió amable Fredd, antes de darse la vuelta hacia la máquina de café para empezar a preparar nuestras consumiciones.

Nos dirigimos a una mesa situada en uno de los rincones del local.

—Cuéntame eso de que Logan Mont Blanc te ha llevado hasta su despacho con el sillón giratorio —dijo Judy.

—Pues eso. No hay mucho más que decir. Entró en mi despacho y empezó a empujar el sillón hasta que llegamos al suyo. Le grité que parara varias veces, pero no me hizo ni puto caso.

—¿Y no pudiste bajar?

—¿Cómo? Llevaba en las manos una pila de archivadores y con estos tacones hubiera dejado media dentadura en el suelo.

Judy se echó a reír.

—Desde luego no estabas en las mejores condiciones para tirarte en plancha.

—No sabes el cabreo que me he pillado.

Judy apoyó la barbilla en la mano y me dedicó una mirada que no supe interpretar, pero que no sé si me gustaba.

—Os comportáis como dos niños —afirmó.

—Él se comporta como un niño —maticé—. Se empeña en tratarme como si fuera su empleada y no lo soy. Yo no trabajo para él.

—Lo que te digo, sois como dos críos.

Fredd llegó con lo que le habíamos pedido.

—Aquí tenéis, chicas —dijo.

—Gracias —dijimos Judy y yo cuando dejó las consumiciones en la mesa.

—A vosotras —contestó.

—Logan Mont Blanc me exaspera, Judy. No sabes cuánto —dije, cuando Fredd se alejó de la mesa y me aseguré de que no podía oírnos.

—Ya... —murmuró ella. Vertió el azucarillo en el café y comenzó a agitarlo con la cucharilla —. Y dime, Lizzie, ¿te revuelve algo por dentro?

Rodé los ojos hacia Judy y le lancé una mirada de soslayo. ¿Que si me revolvía algo por dentro?

—Sí, el estómago —contesté—. A este paso me va a salir una úlcera.

Judy dio un sorbo de su café solo.

—Ay, Lizzie... —dijo, en un tono de voz que quería dar a entender que ella sabía algo que yo no.

—Ay, Lizzie, ¿qué? —la incité a hablar.

—Nada.

—¿Cómo que nada? Habla, Judy, no me puedes dejar así.

—Parece que entre vosotros hay una especie de...

—¿De qué?

—De tensión sexual no resuelta.

Flipé mucho. Pero mucho de verdad.

—Tengo que haberte escuchado mal —dije, ciertamente molesta. ¿Cómo podía mi hermana salir con eso? —. ¿Tensión sexual no resuelta? ¿Entre Logan Mont Blanc y yo? ¿Entre yo y Logan Mont Blanc? —repetí.

Me sentía indignada solo de que mi hermana hubiera puesto semejante idea encima de la mesa.

—Solo hay que veros, Lizzie, estáis todos los días a la gresca —argumentó Judy.

—¡Porque no nos aguantamos! —le rebatí con la vehemencia que te da la obriedad—. Logan Mont Blanc y yo somos como el agua y el aceite. No tenemos la misma densidad. Por eso no podemos mezclarnos, por eso no podemos estar juntos.

Entrelacé los dedos de ambas manos para esbozar una imagen gráfica de lo que quería decir,

pero a mi hermana parecía darle totalmente lo mismo.

—Si en algo sois iguales es en la densidad. Ambos sois muy densos —bromeó.

Bufé haciendo un aspaviento con la cabeza.

—Que somos muy densos los dos, dice... —ironicé. La miré directamente a los ojos—. ¿Acaso se te olvida quién es, Judy? ¿No sabes a qué ha venido Logan Mont Blanc? —lancé al aire.

—Claro que lo sé, Lizzie. Pero la atracción sexual, al igual que el amor, no tiene en cuenta esas cosas. La atracción sexual es algo animal. Feromonas, testosterona, ya se sabe... La química del deseo se escapa de todas las normas de la razón.

—No sé qué tiene ese café, pero estás empezando a desvariar —afirmé, apuntando la taza con el dedo índice.

—Ya verás como el tiempo me acaba dando la razón —insistió obstinadamente en su teoría Judy.

La dejé por no arrancarle la cabeza.

CAPÍTULO 16

LIZZIE

Aquella tarde no estaba para nadie y eso significaba que no estaba para Henry Mont Blanc, bastante tenía ya con Logan y con esa absurda idea de mi hermana de que entre él y yo había tensión sexual no resuelta, y que no me había podido quitar de la cabeza desde que me la había comentado. ¿De dónde se había sacado semejante teoría?

Andaba dándole vueltas cuando Henry llamó a la puerta de mi despacho.

—Adelante —dije.

No sé por qué, pero pensé que sería Logan. Quizá porque los últimos días era con él con el que pasaba la mayor parte del tiempo que estaba en la empresa, y me sorprendió ver que se trataba de Henry.

—¿Puedo? —preguntó.

Hice un gesto con la mano, invitándole a entrar.

—¿Esperabas a otra persona?

Me coloqué detrás de la oreja unos pelitos que se me habían soltado de la coleta alta que me había hecho.

—No esperaba a nadie —respondí, sin mucho entusiasmo.

Henry atravesó el despacho con ese aire de chulería que caracterizaba a él y a sus hermanos. Pese a haber llevado a la empresa a la quiebra, se pavoneaban como si no pasara nada, como si en unas semanas no fuera a quedar nada de ella, como si no le hubieran puesto en bandeja la venganza a su hermano bastardo. ¿Es que no tenían un mínimo de pudor? ¿Un mínimo de vergüenza? ¿De decencia?

Si hubieran sido Dioses y hubiéramos vivido dentro de un mundo mitológico, Zeus los hubiera castigado por tanta arrogancia como tenían. Eran demasiado prepotentes como para reconocer que todo lo que estaba pasando era culpa suya.

Henry se sentó en una de las sillas frente a mi mesa y cruzó las piernas, apoyando uno de los tobillos sobre la rodilla de la otra pierna.

—¿Todavía sigues molesta por haberte elegido para poner al día a Logan sobre los asuntos de la empresa? —me preguntó, al percibir que no tenía el ánimo para muchas tonterías.

Y tengo que decir que no. Aquello ya me daba igual. No podía estar eternamente enfadada.

—No, simplemente no tengo un buen día —contesté.

—¿Por qué?

Dejé sobre la mesa el bolígrafo con el que estaba escribiendo y clavé los ojos en los de Henry.

—¿En serio me lo estás preguntando? A veces parece que no eres consciente de que lo habéis... de que lo hemos perdido todo.

—Todavía no lo hemos perdido.

—¿Qué? —Era alucinante—. ¿Te crees que tu hermano ha comprado la empresa para regalársela?

—No digas que es mi hermano, porque no lo es —se adelantó a decir Henry, molesto por mi afirmación.

—Sí que lo es —le rebatí tajante—. Es tu sangre la que corre también por sus venas.

Y admito que lo hice para joderle, porque me estaba poniendo enferma. Los Mont Blanc ya no eran nada. No tenían nada de lo que estar orgullosos. Habían llevado a pique el imperio que había levantado su padre, y sin embargo actuaban como si el mundo fuera suyo. ¿De qué pasta estaban hechos?

—Es un bastardo —dijo.

—Bastardo o no, lleva tu sangre —insistí.

Lo vi contraer la mandíbula ante mi comentario, pero me dio igual. Llegados a ese punto no tenía nada que perder, y cuando se ha perdido todo, también se ha perdido el miedo. Así que yo ya no tenía miedo. No les debía nada.

—Supongo que tu padre tendrá ahorros o habrá hecho alguna inversión fuera de *Mont Blanc Enterprise*... —dijo, cambiando de tema.

—¿Y si no es así? ¿Y si todo lo que teníamos lo invertimos en esta empresa? ¿Y si no nos queda nada, excepto las migajas que quiera dejarnos generosamente Logan?

—Quizá no habría estado mal que hubierais sido más previsores.

Tuve que aguantarme las ganas de estrangularlo. ¿Qué me estaba diciendo?

Me levanté de golpe del sillón.

—¡¿Cómo puedes tener tan poca vergüenza?! —ladré—. ¿Que teníamos que haber sido más previsores? —Solté una carcajada seca, cargada de sarcasmo—. ¿Te estás oyendo, Henry? ¿Qué teníamos que haber previsto? ¿Que tú y tus hermanos ibais a llevar a la ruina a *Mont Blanc Enterprise*? ¿Eso es lo que teníamos que haber previsto?

—Esas cosas a veces pasan. El mundo financiero es imprevisible... —se limitó a decir.

—¡Y un cuerno! —exclamé enfadada—. ¿Qué estás tratando de dar a entender? ¿Que esta bancarrota es un accidente? ¿Algo casual? ¿Algo que «a veces pasa»? Habéis llevado a la quiebra una empresa que facturaba al año más de mil millones de dólares. ¡Mil millones! ¿Y es algo... casual? —No pude evitar que mi voz sonara mordaz.

Y a pesar de todo me estaba mordiendo la lengua, porque bastantes problemas tenía ya, como para añadir en aquel momento otro con los hermanos Mont Blanc. Pero que no siguieran buscándome, porque probablemente me encontrarían.

—Lizzie, no voy a discutir contigo.

Eso era muy de los hermanos Mont Blanc, por lo menos de los «legítimos». (Lo entrecomillo porque para mí Logan era tan legítimo como Rod, Henry y Joe). Pero como decía, eso de no discutir, de no luchar, de no dar un puto palo al agua, era mucho de los Mont Blanc, sobre todo de Henry, que parecía estar inmerso en una abulia y una desgana perennes.

Desde luego Logan no era como ellos. Se parecía mucho físicamente a sus hermanos. Pelo, ojos, corte de la cara, semblante... Era inevitable verlo en los rasgos de Henry, pero en lo demás era diametralmente opuesto.

Logan, para los negocios, era igual que su padre. Tenía olfato para las inversiones y para las actividades comerciales y él solito había levantado un imperio (imperio de verdad), como en su día lo había hecho Jeff Mont Blanc.

Alimentado o no por la sed de venganza, Logan había conseguido lo que no había logrado ninguno de sus tres hermanos, con haber tenido una vida mucho más fácil. Muchas veces me preguntaba qué pensaría su padre al darse cuenta de que el único hijo que había heredado su

genialidad para los negocios (porque se trataba de un genio), era el bastardo, el que nunca había querido reconocer.

Henry siguió hablando, aunque mejor que no lo hubiera hecho, mejor se hubiera quedado callado.

—Si lo que te preocupa es la situación económica en la que te vas a quedar, sabes que puedes contar conmigo.

Levanté una ceja.

—¿De qué hablas?

—No es nuevo lo que siento por ti, Lizzie.

Oh, no...

Suspiré, cansada de aquel tema que creí que ya había pasado a la historia.

—No empieces otra vez con eso —dije.

Henry desruzó las piernas y echó el cuerpo un poco hacia adelante.

—¿Por qué no? —me preguntó.

Sus ojos me miraron fijamente.

—Porque ya te dejé claro que no me interesas, Henry.

—Llevas demasiado tiempo sola, Lizzie.

Acabáramos.

—Ese es mi problema —respondí molesta—. Además, me gusta estar sola. No sabes la de quebraderos de cabeza y sinsabores que me ahorro...

—¿Sigues enamorada de Steven?

¡¿Qué?!

Me indigné. ¿Quién era él para preguntarme nada sobre Steven o sobre mi vida sentimental? Ni siquiera éramos amigos. No podía ser amiga de Henry, porque nunca perdía ocasión para tirarme los trastos, para tratar de meterme ficha, y lo que no es ficha también. Había llegado a ser cansino, en serio. Sobre todo, porque no era un hombre de enamorarse ni de tener una relación estable de pareja ni nada de eso. Para él las mujeres eran de *usar y tirar*. Insistía conmigo porque probablemente fuera la única que le había dicho que «no», que le había dado calabazas. Pero eso, lo que había detrás de eso, como ya sabemos, no es amor ni nada que se le parezca. Además, no me gustaba. Físicamente era muy guapo, como todos los Mont Blanc, pero su escala de valores y principios dejaba mucho que desear. Su interior no era todo lo bonito que tendría que ser.

—Henry, te estás metiendo donde no te llaman —le advertí, antes de que continuara.

—Lizzie, eres preciosa. Eso es algo que salta a la vista. No puedes seguir anclada en el pasado y echar tu juventud a perder.

Leído así, el mensaje no era malo, pero el tono en el que me lo dijo, en plan «no puedes desaprovechar lo que te ofrezco, porque no vas a encontrar a otro como yo» fue como si me pisara las tripas.

—Es mejor que dejemos este tema. No me voy a poner a debatir, ni contigo ni con nadie, qué tengo o no tengo que hacer con mi juventud o mi vida amorosa.

—Lizzie...

—Henry... —lo corté en seco—. Hasta aquí. Lo hablamos en su día y sabes que no me interesas. No volvamos a lo mismo una y otra vez. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos en estos momentos.

No hizo comentario alguno, aunque no le gustó lo que le dije. Pero eso era asunto suyo. Era muy consciente de qué había por mi parte. Insistir en lo mismo era absurdo. Sin embargo conocía

a Henry y sabía que no lo dejaría así, él nunca dejaba las cosas así.

CAPÍTULO 17

LOGAN

Si había algo que pudiera decirse que iba a pasar de manera matemática, tan riguroso como que dos y dos son cuatro, es que más tarde o más temprano, acabaría teniendo algún encontronazo con mi padre y con mis hermanos. Digo que iba a ser algo matemático porque compartiendo espacio, aunque el edificio donde se encontraba la sede principal de *Mont Blanc Enterprise* en Nueva York era enorme, y tensionándose el ambiente como se estaba tensionando a medida que pasaban los días, era blanco y en botella...

No es que me importara demasiado. No era la primera vez. Había tenido trifulcas con ellos en varias ocasiones, alguna incluso se había hecho pública.

Jeff nunca me reconoció como hijo, ni siquiera cuando lo dictaminó un juez. Por supuesto mis hermanos tampoco me reconocieron como hermano. Lo que sí hicieron, a conciencia, fue menospreciarme, insultarme y vilipendiarne siempre que podían o se les ofrecía la ocasión en los medios de comunicación, diciendo lindezas de mí tales como que era un mentiroso, un bastardo, un oportunista y un «donnadie». Lo que echaban de mi madre por la boca me lo guardo, porque podría escandalizaros. Pero, menos bonita, le cayó de todo. A pesar de que había fallecido. Y es que esta gente no respeta ni la memoria de los muertos. Son así de bajos, así de deplorables como personas. No tienen moral ni la conocen.

Todo fue sumando y haciendo más grande mi sed de venganza. Es de lo que me he alimentado desde que era un crío, hasta convertirme en un Conde de Montecristo moderno que había trazado una escrupulosa venganza contra los que un día me habían hundido y habían insultado a mi madre.

Había llegado mi momento y tanto mi padre como mis medio hermanos lo sabían. Estaba claro que más tarde o más temprano las cosas saltarían por los aires.

Las negociaciones iban a ser duras. Ellos iban a intentar sacarme todo lo que pudieran y yo solo iba a darles las migajas que creyera conveniente. No había llegado hasta allí para ser generoso con los que un día habían intentado destrozarme. No, ni mucho menos. Tenía demasiadas cosas de las que resarcirme.

Mi padre entró en mi despacho sin molestarse en llamar o pedir permiso. Yo en ese momento estaba solo, analizando una documentación, pero le hubiera dado exactamente igual si hubiera estado acompañado o reunido. Se creía que seguía siendo el Jeff Mont Blanc que había levantado aquel imperio que ahora me pertenecía.

Alcé los ojos de los papeles cuando oí el ruido de la puerta abrirse.

—Eres muy mayor para andar diciéndote que se llama a la puerta antes de entrar —dije con voz reposada, dejando los documentos sobre la mesa.

—Déjate de tonterías —gruñó.

Por supuesto no iba a ponerme a su altura (a menos que fuera estrictamente necesario) y no iba a conseguir sacarme de quicio.

—¿A qué debo tu honorable visita? —me burlé.

Me lanzó una mirada con los ojos entornados. Eran como dos dagas.

—Nunca has tenido mucho sentido del humor —añadí.

Siempre he pensado que Jeff se tomaba la vida y el dinero demasiado en serio. Por suerte para mí, yo no me parecía a él en eso. De habérmelo tomado como él, a estas alturas estaría muerto.

—¿Qué quieres de nosotros? —me preguntó, colocándose delante de mi mesa como un toro dispuesto a embestir.

Jeff Mont Blanc seguía conservando una figura atlética y fuerte pese a su edad. Era un hombre alto, con porte de galán de cine y muy atractivo. Mi madre decía que era un *Casanovas*, y aunque sea algo que todavía me retuerza las tripas, estuvo enamorada de él hasta que respiró por última vez. Es inexplicable que mi madre estuviera enamorada de Jeff después de todo lo que le hizo. Pero el amor es incomprensible muchas veces.

—¿Todavía no lo sabes? —No le dejé responder—. Hundirte, y contigo a tus tres... *retoños* legítimos. Esos que te han arruinado, pero de los que estás tan orgulloso —dije.

Naturalmente no iba a callarme lo que pensaba.

—Pues hazlo de una vez. Acaba ya con todo —dijo, apretando los dientes.

—¿Y perderme la agonía? No, no, no —respondí con tranquilidad—. Todavía queda camino por recorrer.

Jeff cambió el peso de un pie a otro.

—¿Camino? ¿Qué camino? —preguntó extrañado.

Retiré la silla y me levanté, irguiéndome en toda mi estatura. Jeff era un hombre alto, pero yo era más alto aún que él. Ya sabemos eso que dicen de que los hijos son más altos que los padres.

Me incliné un poco hacia adelante.

—No solo voy a acabar con tu empresa, también voy a acabar contigo, padre —afirmé, mirándolo directamente a los ojos, cuya tonalidad era igual que la de los míos.

—¡No se te ocurra llamarme así! ¡Yo no soy tu padre! —siseó entre dientes.

Una vena sobresalió en su frente.

—Sí lo eres. Así lo dijo un juez.

—Me da igual lo que dijera un juez. Jamás te reconoceré como mi hijo. Jamás.

Había más veneno en sus palabras que en los colmillos de una serpiente de cascabel.

Dejó escapar una risotada. No podía venirme ahora con esas cosas.

—¿Crees que busco tu amor paternal o alguna clase de cariño por tu parte? ¿A estas alturas? —La expresión de mi rostro se tornó seria—. No —negué, al mismo tiempo que gesticulaba con la cabeza—. Nunca he buscado nada de eso en ti. Desde que tengo uso de razón he sido consciente de que eres un miserable como persona, como hombre y como padre.

—¿Eso es lo que te decía tu madre de mí? ¿Qué era un miserable? —me preguntó.

—No, mi madre jamás me habló mal de ti. Ella te quiso hasta el último de sus días, y probablemente no habrías encontrado un amor más honesto que el que ella te profesaba.

—¿Crees que en algún momento me la hubiera tomado en serio? —dijo, filtrando entre sus palabras una nota de burla.

Aquella pregunta me dolió. Me dolió en lo más profundo del alma. La indiferencia hacia mí no me afectaba en absoluto, pero la indiferencia hacia mi madre y esa burla soterrada en sus palabras sí me hacía daño, mucho, porque ella fue una persona buena que no merecía toparse con un hijo de puta como lo era Jeff Mont Blanc.

Contraje las mandíbulas en silencio. La bilis me subió a la garganta, dejándome un regusto amargo en la boca, y la sangre empezó a borbotear en mis venas, como la lava en la cima de un

volcán. Sin embargo no iba a dejar que mi cara reflejara lo que sentía ni a mostrar mi debilidad delante de Jeff Mont Blanc. Lo conocía muy bien y era un hombre que cuando descubría las debilidades de los demás, los atacaba por ahí. Ahí es donde golpeaba, y yo no se lo iba a permitir.

Me incliné un poco más hacia él por encima de la mesa.

—No voy a tener piedad contigo, Jeff Mont Blanc —susurré en tono amenazante.

—¿Todo esto es porque no pagué el tratamiento de tu madre? No tenía ningún deber con ella. ¿Por qué debería haberlo hecho?

—Por humanidad y porque era la madre de uno de tus hijos —respondí contundente—. Solo eran unos pocos miles de dólares, Jeff *Mont Blanc* —enfaticé el apellido—, y tú ganabas millones al día. ¡Millones! ¿Qué suponían para ti unos pocos miles de dólares? —le eché en cara.

—Su enfermedad no era mi problema —se defendió.

Era más miserable y más hijo de puta de lo que pensaba.

—Me echaste a la calle a patadas cuando solo era un crío, me despreciaste y te burlaste de mí, y eso lo vas a pagar muy caro. —Entorné los ojos y le lancé una mirada lobuna—. Tú dejaste morir a mi madre y a mí me trataste como si fuera un perro en vez de tu hijo, y yo ahora voy a acabar contigo y con tus arrogantes *retoños*. —Cogí aire mientras me erguía y ponía distancia con él.

—¿Y cómo lo vas a hacer? Ya nos has arrebatado la empresa. ¿Qué más puedes hacer?

—Sé que habéis hecho ciertos... chanchullos durante estos meses de atrás para intentar mantener la empresa a flote, y sé que no han sido cosas legales —solté.

—¿De qué cojones estás hablando? ¿Cómo te atreves a insinuar algo de ese calibre?

—No estoy insinuando nada, te estoy diciendo que eres un corrupto y que voy a hacer que lo pagues.

El rostro de Jeff se congestionó.

—Ten cuidado con amenazarme, que no se te olvide que soy un Mont Blanc.

Sonreí, con la ironía reflejada en mis ojos.

—Y que a ti no se te olvide que yo también.

CAPÍTULO 18

LIZZIE

—Vale, te llamo para concretar la hora —dije.

Estaba hablando por teléfono con un cliente de la empresa, cuando Judy entró en mi despacho sin llamar y con el rostro desencajado. Parecía que se le había aparecido un espíritu y venía a refugiarse.

—Siento entrar así —dijo.

Le hice una señal con la mano para que bajara la voz mientras me despedía del cliente.

—Hasta mañana.

Colgué el móvil y lo dejé en la mesa.

—¿Qué te pasa?

Judy se acercó.

—¿No te has enterado?

—¿De qué? —pregunté.

—Jeff y Logan están discutiendo en el despacho de Logan. Los gritos se oyen por todo el pasillo —dijo mi hermana.

—Estaba hablando por teléfono con Joss, el de *Diamond Clothes*, que me ha llamado, y no lo he oído —comenté.

—Tienen una bronca tremenda, Lizzie. Están temblando hasta los cimientos del edificio.

—Es que son dos pesos muy pesados —dije—. ¿Has podido escuchar algo de lo que decían?

Sé que no debía y no me tenía por una persona cotilla, pero reconozco que me picaba la curiosidad.

—No mucho, porque enseguida me he metido en tu despacho. No me apetecía estar pululando por el pasillo, pero han dicho algo de la madre de Logan y una enfermedad...

Me mordí el labio.

—¿Crees que se podrá escuchar algo desde aquí? —le pregunté.

Dios, me podía la curiosidad.

—No sé, pero podemos ver... —dijo Judy, cómplice conmigo.

Me levanté del sillón, rodeé la mesa y cuando alcancé a Judy corrimos hacia la puerta del despacho. Pegamos la oreja a la madera, como cuando éramos pequeñas la noche de Reyes para ver si los escuchábamos trastear por la casa.

Guardamos silencio durante un rato.

—¿Oyes algo? —susurré.

—No mucho.

—A lo mejor ya han dejado de discutir.

Permanecimos calladas otro rato más.

Agudicé el oído todo lo que pude y traté de captar algo de lo que pudiera estar pasando al otro lado. Se escuchaban algunas palabras sueltas, malsonantes, pasadas de decibelios, lo que nos llevó a la conclusión de que la bronca continuaba. Sin embargo era imposible captar exactamente

qué estaban diciendo.

De repente unos nudillos tocaron la puerta. El golpeteo hizo que me retumbara toda la cabeza. Judy y yo proferimos un grito por la sorpresa y el susto que nos pegamos, igual que si estuviéramos en una película de miedo.

—Lizzie, soy Mery —oímos decir a mi secretaria desde el otro lado. Estaba claro que había escuchado nuestro grito.

—Joder, casi me da un infarto —susurró mi hermana con la mano en el pecho.

—Y a mí —dije.

El corazón se me iba a salir por la boca. Latía desbocado en mi garganta.

Judy dio un par de pasos hacia atrás y yo abrí la puerta.

—Pasa —le indiqué a Mery.

—¿Está todo bien? —nos preguntó, ya dentro del despacho.

Judy y yo intercambiamos una mirada.

—Sí, todo está bien. Es que estábamos hablando muy cerca de la puerta y nos hemos asustado al oír los golpes.

Mery pareció quedarse conforme con la explicación que le di. Era mejor decir eso a que estábamos espiando. Sonaba muy mal confesar que estábamos haciendo de *Mata Haris* cutres.

—Lo siento —se disculpó.

Moví la mano.

—No, tranquila, la culpa ha sido nuestra.

—Te traigo los informes que me pediste, los de Joss Mills —dijo, alargando la mano hacia mí.

Cogí las carpetas que me ofrecía.

—Gracias —le agradecí.

He de admitir que me moría de ganas de preguntarle a Mery si había oído algo de la bronca entre Logan y Jeff, pero Judy se me adelantó.

—Mery, ¿has escuchado la bronca entre Jeff y Logan Mont Blanc?

—Sí, y está siendo muy fuerte. No me gustaría estar en ese despacho en estos momentos —contestó.

—¿Sabes por qué están discutiendo? —le pregunté.

—No, pero sí que he oído que Jeff Mont Blanc decía que no le amenazara, que era un Mont Blanc, y Logan ha dicho que no se olvidara de que él también.

Judy silbó elocuentemente.

—En fin, sigo con mis tareas —dijo Mery.

Mery salió del despacho y cerré la puerta tras ella.

—Todo lo que está ocurriendo es más serio de lo que parece, Judy —tomé la palabra—. Logan no es un desconocido cualquiera que ha comprado la empresa. Reconocido o no, es hijo de Jeff, y se está enfrentando a su padre y a sus hermanos. No dejan de llevar la misma sangre; no dejan de ser familia, aunque... se odien.

La palabra «odiar» es muy fuerte, muy intensa, muy grande, muy impetuosa. Pero es la única que podía describir con exactitud la relación que había entre Logan, su padre y sus hermanos. Se odiaban a muerte.

—Es verdad. El asunto es más complicado de lo que parece a simple vista. Además, Logan quiere venganza, y eso empeora las cosas —comentó Judy. Se recostó en el borde de la mesa de conferencias de mi despacho—. Estoy segura de que no va a parar hasta que no acabe con todos.

—Alzó la mirada hacia mí y se mordió el labio. Había una hebra de preocupación en sus ojos—. Y eso nos incluye a nosotras —agregó.

Me hubiera encantado haberle dicho que aquello era una locura, que se equivocaba, que nosotras no teníamos nada que ver con la guerra existente entre ellos, y era cierto que no teníamos nada que ver, pero estábamos en medio. En mitad de una tierra de nadie que, sin ser enemigos declarados, nos convertía en blanco, en diana.

A Jeff y a sus hijos les daba ya igual todo y Logan había venido dispuesto a llevarse por delante lo que se pusiera en su camino.

Caminé hacia el sofá de cuero gris oscuro que había en mi despacho, me dejé caer en él y me tapé la cara con las manos.

—Qué mal va a acabar todo esto, Judy, qué mal —murmuré entre los dedos, agobiada.

Resoplé.

Mi hermana trataba de ocultar lo que pensaba detrás de una máscara de aparente calma (supongo que para que yo no me tirara de los pelos), pero no siempre lo conseguía, y aquella era una de esas veces. Judy estaba preocupada por la situación y eso aumentó mi preocupación.

CAPÍTULO 19

LOGAN

La discusión con Jeff Mont Blanc me había tensionado todos los músculos. Había sido un encontronazo fuerte y agresivo y como era de esperar, no había ido bien, había terminado abruptamente con él marchándose de mi despacho dando un portazo. Así que aproveché el descanso de la comida para ir al gimnasio y quemar un poco de energía.

Había uno de una prestigiosa cadena en la misma Park Avenue en la que daban sesiones individuales y no era preciso estar inscrito.

Necesitaba desahogarme y el ejercicio siempre era una buena terapia.

Me cambié de ropa en los vestuarios y me fui directamente a la cinta de correr, sin hacer un calentamiento antes. Me subí a la máquina y fui aumentando la velocidad de giro del tapiz hasta alcanzar los veinte kilómetros hora. Quizá era demasiado, pero tenía que arrancarme como fuera toda la tensión acumulada.

No había amenazado a mi padre en balde. Nunca lo hacía en vano. Sabía que había hecho un montón de maniobras fuera del marco de la ley para intentar reflotar la empresa, aunque a la vista estaba que no lo había logrado, pero lo había intentado, que no era poco. Rod, Henry y Joe estaban al tanto de esos tejemanejes. Es más, ellos también habían participado de ellos. Pero me pregunté, mientras corría por la cinta, si también lo había estado el padre de la señorita Summers. Me pregunté si ese hombre era tan corrupto como lo era mi padre biológico.

Ignoraba la razón, pero no me gustaría que estuviera implicado. Aunque si un día había hecho tratos con Jeff, comprando algunas de las acciones de *Mont Blanc Enterprise*, tal vez fuera porque eran iguales.

Sacudí la cabeza.

Fuera como fuese, la idea no me gustaba. No quería que el padre de la señorita Summers estuviera metido en aquella truculenta trama. Y aunque no debería ni tendría que importarme lo más mínimo, no quería que sufriera. Dadas las circunstancias no tenía mucha lógica, pero era así.

Después de una buena sesión de ejercicio en el gimnasio en la que me deshice de toda la tensión que le sobrara a mi cuerpo, regresé a las oficinas. Se notaba que el personal había salido a comer, porque los pasillos tenían poco trasiego.

En la recepción cogí un ascensor y subí hasta la última planta, donde estaba mi despacho. Cuando se abrieron las puertas metálicas y salí al pasillo, el silencio reinaba casi en cada rincón.

Un movimiento llamó mi atención y mis ojos se deslizaron hasta el final del pasillo.

Allí estaba la señorita Summers, agachada sobre la máquina de café, con su falda negra por las rodillas, su blusita ajustada y sus interminables piernas.

Una sonrisa apareció de la nada en mi boca. Ni siquiera me di cuenta de que estaba sonriendo. El gesto había surgido solo, sin necesidad de excusa aparente. Simplemente porque sí.

Una empleada apareció en escena con una carpeta de solapas blancas en las manos. Se acercó a la señorita Summers y le comentó algo. Ella se giró sonriendo hacia la mujer. Ambas estuvieron unos minutos hablando acerca del contenido que había en los documentos de la

carpeta, hasta que finalmente la mujer le dio las gracias y se marchó.

Me gustaba mirar a la señorita Summers. Movía/revolvía algo dentro de mí. Algo que no tenía una explicación racional pero que resultaba agradable. De hecho, tuve que hacer un esfuerzo para apartar la vista y dejar de observarla. Parecía un voyeur.

Pero aquella no fue la única vez en que me tuve que obligar a dejar de mirarla (aunque os lo contaré en otro momento). No sabía qué narices me pasaba. De verdad que no lo sabía.

A última hora de la tarde fui a su despacho para pedirle las últimas declaraciones de Hacienda de *Mont Blanc Enterprise* para pasárselas a mi equipo de asesores, que ya estaban instalados en la empresa y habían empezado a trabajar.

—Adelante —dijo, cuando llamé a la puerta con un par de golpecitos con los nudillos.

—Buenas tardes —la saludé al entrar.

Dejó lo que estaba haciendo y alzó la cabeza.

—Buenas tardes —correspondió, irguiéndose en el sillón.

—Señorita Summers, necesito que me facilite las últimas declaraciones de Hacienda de la empresa —dije—. Me las ha requerido mi equipo de asesores.

—Señor Mont Blanc, puede solicitárselas al departamento financiero —contestó—. O a su... eficiente, maravillosa y guapa secretaria. Estoy segura de que le ayudará sin ningún problema —añadió con retintín en la voz.

Esbocé una leve sonrisa.

—Prefiero encargárselo a usted, aunque también estoy seguro de que mi eficiente, maravillosa y guapa secretaria cumplirá a la perfección mi orden... —dije.

—Claro, parece muy competente —comentó la señorita Summers, sin variar el tono sarcástico con el que estaba hablando.

—Competente y, como bien ha dicho, guapa —enfaticé a propósito, consciente de que algo de mi nueva secretaria le molestaba—. Es muy bonita.

—Sí, para ponerla de adorno encima de un piano de cola —masculló entre dientes.

Cogió los papeles que tenía encima de la mesa y sin ton ni son empezó a golpearlos con fuerza contra la superficie de madera como si quisiera colocarlos, aunque creo que lo que realmente quería era lanzármelos a la cara.

—¿Por eso la ha escogido, señor Mont Blanc? ¿Por ser guapa? —me preguntó en tono mordaz—. ¿Esa es la cualidad imprescindible que deben tener sus empleadas para que usted las elija?

No pude evitar soltar una risilla. Ni siquiera había sido yo quien había elegido a mi nueva secretaria, lo había hecho el Departamento de Recursos Humanos en base a los requisitos que yo había solicitado, pero en ningún caso uno de ellos era que fuera guapa. ¿Tan superficial se creía la señorita Summers que era?

Para ser sincero, he de decir que no le había prestado mucha atención a mi secretaria más allá de la relación profesional que nos unía. Que fuera guapa o fea me importaba un bledo.

Y aunque podría (y debería) haberla sacado de su error, no lo hice. Quizá fueran imaginaciones mías, pero parecía que estaba... celosa.

Me incliné un poco hacia la mesa y entorné lentamente los ojos sin dejar de mirarla.

—Señorita Summers, ¿está celosa? —le pregunté, con intención de sacarla de sus casillas.

CAPÍTULO 20

LIZZIE

Di un respingo.

¿Celosa? ¿Celosa? ¿Había oído bien? ¿Logan Mont Blanc me había preguntado si yo estaba celosa? ¿De quién? ¿De su estilosa, guapa y algo lagarta secretaria? Porque algo lagarta era. La había visto insinuarse delante de él como si no hubiera otro hombre sobre la faz de la tierra. Solo le había faltado restregarle los pechos por la cara para que le prestara atención, o asfixiarle con ellos.

Fue una mañana en que la puerta del despacho de Logan estaba abierta. Iba a pedirle la firma para unos documentos que la necesitaban como el nuevo dueño de *Mont Blanc Enterprise* que era, y me encontré con su secretaria exhibiéndose delante de él como si fuera un succulento pastel de nata.

Tendría que haber entrado en el despacho sin más. Total, ¿qué más me daba? No era de mi incumbencia si aquella tía estaba dispuesta a exprimirle como un limón si le pillara por banda. Probablemente le dejaría sin un solo espermatozoide en el cuerpo si Logan se lo permitiera. Sin embargo me quedé quieta en medio del pasillo, en silencio mientras los observaba, esperando, quizá, a que les cayera un rayo encima y les partiera en dos.

Pero lo del rayo no sucedió, claro, y la secretaria siguió insinuándose y yo continué allí de pie, hasta que Logan levantó la vista y me vio. Frunció el ceño, supongo que preguntándose qué hacía ahí plantada como un abeto navideño. Entonces le dediqué una sonrisa llena de mordacidad, me di media vuelta (muy digna yo) y volví a mi despacho con los documentos sin firmar y una mala leche de órdago. Porque si algo lograba Logan Mont Blanc es ponerme de mala leche.

—¿Celosa de su secretaria? Eso es lo que le gustaría, ¿verdad? —le pregunté al tiempo que guardaba los documentos en una carpeta—. Le gustaría mucho que estuviera celosa. Pues siento desilusionarlo, pero no, no lo estoy. Supongo que estará acostumbrado a que todas las mujeres beban los vientos por usted. Desde ya le digo que no es mi caso. —Lo miré, tratando de que mi cara no delatara nada que no quería revelar—. No es mi tipo, señor Mont Blanc.

Algo cambió en su rostro ante mis últimas palabras, como si no le hubiera gustado lo que había dicho.

—¿Ah no? ¿Y qué hombre es su tipo, señorita Summers? —dijo molesto.

¡Logan Mont Blanc se había picado!

¡Toma, ya no era solo yo!

—Alguien opuesto totalmente a usted... y preferiblemente con cerebro —respondí con orgullo y aplomo.

Me levanté del sillón giratorio, me di media vuelta fingiendo despreocupación y enfilé los pasos hacia los archivadores, situados junto a la pared, a mi espalda. En las manos llevaba la documentación sobre la que había estado trabajando.

Abrí el armario, y pese a que aquellos papeles no tenían que guardarse en él, pasé con los

dedos las distintas carpetas para ganar tiempo. De algún modo tenía que cortar aquella conversación. Cuando me pareció que ya llevaba algún tiempo mareando las carpetas, metí en el archivador los papeles, memorizando en qué lugar exacto para poder sacarlos después. ¿Cómo podía estar haciendo aquel tipo de cosas a mi edad?

—¿Le gustan feos, antipáticos y patanes?

Me sobresalté al escuchar a Logan detrás de mí. Muy cerca. Demasiado cerca. Joder, no lo había sentido y de pronto estaba a solo unos pocos centímetros. Casi podía notar su respiración en mi nuca.

Cogí aire, fuerza y me giré.

Estaba imponente. ERA imponente. Su atractivo físico comenzaba a ser algo molesto.

No miento si digo que me miraba como lo haría un depredador con un ratoncillo. Sus ojos, dorados y astutos como los de un león, me observaban tratando de leer lo que pasaba por mi mente.

Me obligué a mantener la calma, pese a que en ese momento los latidos de mi corazón eran salvajes. Retumbaban a lo largo de mi cuerpo como tambores de guerra.

Su rostro se cernió sobre el mío.

—Dígame, señorita Summers, ¿le gustan feos, antipáticos y patanes? —repitió la pregunta.

Carraspeé para aclararme la garganta, pero no era capaz de hilar nada sensato en mi cabeza. Dios, el magnetismo de su cuerpo y el olor de su colonia eran narcotizantes. Me sentía mareada, aturdida. ¿Cómo podía tener en mí aquel efecto tan devastador? Porque así era Logan Mont Blanc, devastador, como un tornado.

Alcé un poco la barbilla.

—¿Por qué habría de importarle cómo me gustan los hombres? —atiné a decir con cierta suspicacia.

La respuesta tardó unos instantes en llegar a los labios entreabiertos de Logan.

—Es cierto, no me importa —dijo con voz deliberadamente pausada. Se acercó de forma peligrosa a mí.

Tanto que se me cortó la respiración. De nuevo me obligué a guardar la compostura. Me estaba costando un huevo... Oh, joder, no quería pensarlo.

—Además... usted tampoco es mi tipo —tomó de nuevo la palabra. Durante unos segundos guardó silencio sin apartar los ojos de los míos. Los suyos me quemaban, como si estuvieran hechos de llamas, y añadió (creo que con mucha mala baba)—: Elsa.

¿Elsa? Pero ¿qué mierda le pasaba a este tío con los nombres?

No me molesté en corregirlo. ¿Para qué? Si caía en saco roto. Me limité a esquivarlo y a irme. Y eso que era mi despacho, pero con tal de no seguir viéndole la cara hubiera saltado por la ventana.

CAPÍTULO 21

LOGAN

Cuando oí el portazo me giré. Me quedé un rato mirando la puerta por la que había salido la señorita Summers. Solté el aire de los pulmones.

—Ay, Elizabeth Anne Summers Cooper, ¿qué me está pasando contigo?

Me acaricié el pelo con la mano.

¿Por qué me metía en aquellos terrenos tan pantanosos? ¿Por qué? ¿Qué me impulsaba a ello?

Sabía sobradamente su nombre. ¿Cómo no iba a sabérmelo? Sin embargo tenía un afán casi enfermizo por vacilarla llamándola con todos los nombres que se me ocurrían menos con el suyo.

Y es que se le encendían los ojos cuando lo hacía. Saltaban chispas de ellos cada vez que la llamaba por otro nombre. Que Dios me perdone, pero me encantaba. No sabéis cuánto.

Iba a ir al infierno por ello, pero no podía evitarlo. Y que dijera que no era su tipo me había sentado fatal. ¿Que no era su tipo? ¿No le gustaban los hombres como yo? Entonces, ¿cómo cojones le gustaban?

Lancé un vistazo al despacho. Ya no tenía nada que hacer allí. Tomé una bocanada de aire y eché a andar hacia la puerta.

—Señor Mont Blanc, le estaba buscando —me dijo Simon—. He ido a su despacho...

—Me encontraba en el despacho de la señorita Summers —respondí.

—¿Tiene ya la documentación referente a las declaraciones de Hacienda de la empresa? —me preguntó mi abogado.

Había ido a ver a la señorita Summers precisamente para pedirle esos papeles y, sin embargo, como había ocurrido otras veces, nos habíamos ido por otros derroteros que nada tenían que ver con lo laboral, y lo hacíamos con una facilidad pasmosa. Empezábamos hablando de trabajo y, sin saber cómo, terminábamos hablando, de una u otra manera, de nosotros. Y, francamente, no sabía de qué forma tomármelo ni qué significado tenía. Nunca me había pasado nada semejante. Era de locos.

—Todavía no la tengo, Simon —contesté—. Pero llamaré al Departamento Financiero para que la vayan preparando —opté por tomar prestada una de las opciones que me había ofrecido la señorita Summers, porque mucho me temía que en esos momentos no estaba para andar cumpliendo mis órdenes.

—Puedo llamar yo, si lo prefiere —dijo mi abogado.

—No, lo haré yo —me adelanté—. Mañana los tendrás listos.

—Perfecto.

—¿Quieres algo más, Simon?

—Sí, hablarle sobre los últimos empresarios interesados en comprar partes de *Mont Blanc Enterprise*.

—¿Han aparecido compradores nuevos? —pregunté.

—Sí, y algunos de ellos son bastante interesantes. Hay un grupo saudí interesado en los activos de la marca.

CAPÍTULO 22

LIZZIE

Abrí la puerta del despacho de Judy de golpe, sin importarme si era un buen o un mal momento, si estaba con alguien o no, y entré como si fuera el Demonio de Tasmania de la *Warner Bros*, gruñendo, refunfuñando enfurecida y en forma de tornado. Arrasando, vamos.

Iba tan cabreada que ni siquiera me había molestado en bajar por el ascensor, había cogido las escaleras hasta su planta, para ver si de ese modo quemaba toda la rabia que tenía dentro.

—¡Lo odio! —exploté. Mi hermana abrió mucho los ojos—. Lo odio, lo odio, lo odio, lo odio... —repetí una y otra vez, avanzando por la estancia como si quisiera romper el suelo en pedazos.

—Yo también me alegro de verte, hermanita —dijo.

Lancé al aire un sonoro bufido por respuesta.

Judy se recostó en el sillón y desplegó en su cara una expresión que venía a decir: «a ver, ¿qué ha ocurrido ahora?».

—¿Qué ha pasado esta vez? —me preguntó con tranquilidad, consciente de que el culpable de mi estado era, ¿cómo no?, Logan Mont Blanc. El maldito e insufrible Logan Mont Blanc.

Me planté delante de su mesa. Tenía los puños apretados a ambos costados.

—Odio a Logan Mont Blanc con todas mis fuerzas —volví a decir, por si con la retahíla anterior no había tenido suficiente para que quedara meridianamente claro.

—¿Por qué lo odias ahora?

Por tantas y tantas y tantas cosas que no sabía por dónde empezar. La lista era interminable.

—Porque es... —Apreté los dientes y ahogué en la garganta el exabrupto que quería salir de mi boca. Me llevé las manos a la cabeza—. Diosss, estaría todo el día dedicándole insultos y me quedaría corta.

Mi hermana permaneció en un silencio sepulcral, dejándome que hablara y me desahogara. Porque es lo que necesitaba, soltar todo lo que tenía dentro, que era un auténtico barrullo de sensaciones.

—Sigue sin saberse mi nombre, Judy —continué, mostrando mi indignación—. Hoy me ha llamado Elsa. Elsa —Bufé, gesticulando con los brazos—. ¿Se cree que soy la protagonista de *Frozen*?

Empecé a ir de un lado a otro del despacho mientras mi hermana me seguía con la mirada.

—¿Y qué es lo que tanto te molesta de no saberse tu nombre? ¿La indiferencia que supone? ¿La falta de interés en ti? —me preguntó.

—Sí. —Mi subconsciente respondió antes de que lo hiciera mi parte consciente—. ¡No! —rectifiqué rápidamente. Dejé salir el aire de los pulmones—. Joder, Judy, a nadie le gusta que no se acuerden de su nombre, sobre todo cuando se lo has repetido a la otra persona unas cuantas veces. ¿Qué tengo que hacer? Pegarme un cartelito en el pecho con mi nombre escrito.

—No es mala idea.

—¡Judy! —Mi hermana rio—. Pero eso no es lo peor... Lo peor es que me ha preguntado,

con todos sus huevos, que si estoy celosa de su secretaria. ¿Te lo puedes creer?! —A esas alturas mi indignación había alcanzado cotas altísimas.

—¿Y lo estás?

La pregunta de Judy hizo que me detuviera en seco en mitad del despacho. Giré el rostro y le dediqué una mirada de incredulidad.

—¡No! —exclamé con vehemencia, como si quisiera que me oyeran en la primera planta. Fruncí la cara en una mueca estrambótica—. ¡Claro que no! No para de insinuarse a Logan, pero ese no es mi problema —añadí, y empecé de nuevo a dar vueltas por el despacho—. Le sonrío, se pasea delante de él como si fuera un tentador pastelito de nata... Solo falta restregarle las tetas por la cara para que se fije en ella, pero como te digo, ese no es mi problema. A mí me da igual —afirmé con toda la indiferencia que fui capaz de reunir.

—Para darte igual, te has fijado mucho en ella —comentó mi hermana, como el que no quiere la cosa.

Volví a detenerme.

—Judy, no estás ayudando nada a que se me pase el cabreo —dije.

—Lo siento, Lizzie, pero es que sí que parece que estás celosa.

—¡Qué no, Judy, qué no! —negué otra vez—. Que se la puede tirar si quiere. Allá él si le gustan ese tipo de mujeres. Además, Logan Mont Blanc no es mi tipo.

No sé por qué, pero me empeñaba una y otra vez en decir que Logan no era mi tipo, cuando era algo que ni siquiera había pensado. Lo había soltado automáticamente, para joderle un poco, si es que se le podía joder de alguna forma.

Mi hermana dejó escapar una risilla.

—Cariño, Logan Mont Blanc es el tipo de hombre de cualquier mujer. A ninguna le vendría mal. ¿Es que no lo has visto bien?

—El mío no —contesté rotunda—. Es un idiota, y a mí no me gustan los idiotas.

Con Steven como rey de los idiotas ya había tenido bastante en mi vida.

—Si tú lo dices...

—Joder, Judy, ¿y tú de parte de quién estás? —le pregunté algo molesta por su constante escepticismo.

—De la tuya, siempre, cariño. —Se echó un poco hacia adelante y el cuero del sillón crujió al moverse—. Pero es que tú y Logan os traéis un rollo muy raro.

Puse los ojos en blanco y fingí gimotear.

—¿No me vas a venir otra vez con eso de que entre nosotros hay una tensión sexual no resuelta? —le pregunté.

—Perdona que te lo diga, pero es que es lo que parece. Deberíais echar un polvo, así se os pasaría la tontería que tenéis encima —afirmó Judy.

Me obligué a respirar con calma para no saltarle a la yugular también a ella.

—¿Echar un polvo? ¿Con Logan Mont Blanc?

—Sí, es la única manera de que esa tensión sexual desaparezca.

Carraspeé.

—Judy, te voy a hacer una pregunta...

—Dime.

—¿Te drogas?

Judy se me quedó mirando hasta que echó la cabeza hacia atrás y estalló en una sonora carcajada.

—Por Dios, Lizzie... ¿Qué pregunta es esa? —dijo, intentando aguantarse la risa.

—Es que hablas como si estuvieras bajo los efectos de alguna sustancia... ilegal.

—Deja de decir tonterías.

—Las tonterías las estás diciendo tú. ¿Que lo que necesitamos Logan y yo es echar un polvo?

—Sí, uno de estos de romper el somier de la cama, de los que hacen saltar todos los muelles.

Me quedé mirándola como si le hubieran salido dos cabezas.

—Estás loca —dije. Me froté la frente—. No sé qué hago hablando contigo, si siempre terminas diciéndome lo mismo. Es de locos.

Me giré con intención de irme, pero Judy se levantó del sillón y vino corriendo hacia mí.

—Venga, Lizzie, sígueme contando qué ha pasado —dijo, poniéndose delante de mí.

Traté de esquivarla.

—No, Judy, no te voy a contar nada más.

Ella me agarró de los brazos.

—Venga, no seas mala.

Puso un puchero, como cuando éramos pequeñas. Y es que a mí los pucheros de mi hermana me derriten. Puede conseguir lo que quiera de mí haciéndome un puchero y poniendo ojitos de cordero degollado. Soy así de floja.

—Está bien —accedí al final.

—Esta es mi hermanita —dijo Judy con una sonrisa de oreja a oreja.

Ella volvió a su sillón, yo me acomodé en una de las sillas que había delante de su mesa y terminé de relatarle lo que había pasado entre Logan y yo.

CAPÍTULO 23

LOGAN

Durante unos días no vi a la señorita Summers. Creo que los dos hicimos por no encontrarnos. Ella porque estaba cabreada conmigo y supongo que no querría verme ni en pintura y yo porque entendí que lo mejor era dejar pasar los días para que se le diluyera el enfado, por lo menos un poco..., pero el ambiente entre nosotros se iba caldeando de una forma extraña. Cuando estábamos juntos porque estábamos juntos y cuando estábamos separados porque estábamos separados...

Eran alrededor de las tres de la tarde, yo había regresado de comer en uno de los restaurantes de Park Avenue cercanos a la empresa con un cliente de mis otros negocios y la sobremesa se había alargado un poco más de lo habitual en mí.

Me dirigía al despacho de Simon cuando sonó mi teléfono. Paré en mitad del pasillo y busqué el móvil. Lo estaba sacando del bolsillo del pantalón cuando apareció la señorita Summers, salió de un despacho que no era el suyo y llevaba una carpeta de la mano.

Juro que me pareció que todo iba, de repente, a cámara lenta, como si hubieran frenado las vueltas que da la Tierra alrededor del sol.

Irguió levemente la barbilla, se estiró y pasó por delante de mí como si fuera una puta Diosa del Olimpo. Digna como ella sola.

Si me hubieran dado un golpe con un bate de béisbol en la cabeza no me hubiera quedado tan agilipollado como me quedé. Se me secó hasta la garganta.

Iba con un vestido ajustado negro de manga larga, falda de tubo por las rodillas, ceñida a sus caderas de movimiento oscilante, y unas botas altas con tacón de vértigo. Joder, con las botas. Para colmo, se había recogido el pelo en una coleta alta tirante y su cuello quedaba al descubierto para ser... mordido.

No dijo nada, se limitó a levantar la cabeza y seguir su paso sin que nada la obstaculizara. Yo ni siquiera tenía capacidad para articular palabra alguna. Lo único que hacía era mirarla e imaginarme las mil formas en que la follaría. En esos momentos, por ejemplo, contra la pared. La pondría de espaldas a mí, le separaría las piernas y la embestiría desde atrás con dureza hasta que gritara de placer.

Después de levantarle el vestido hasta la cintura, mis vistas serían su culo, sus largas piernas con las botas y mi polla entrando y saliendo una vez y otra de ella.

Tragué saliva.

Joder, ¿de dónde cojones salían aquellas imágenes? ¿De dónde surgían con esa intensidad? ¿Qué las provocaba?

Un fuerte deseo se apoderó de mí. Mi miembro se removió debajo de la tela del pantalón. Tenía una erección.

No podía permitir que la señorita Summers me afectara de aquella forma. Necesitaba centrarme y algo de autodisciplina si no quería que eso terminara tan mal como podía terminar si se me pasaba por la cabeza enredarme con ella.

Nada podía obrar que me olvidara de lo que había ido a hacer a aquel lugar.

Fue imposible que le quitara los ojos de encima hasta que se metió en uno de los ascensores con la misma dignidad con la que había hecho el paseíllo hasta llegar a él.

Solo pude resoplar, darme la vuelta y largarme de allí, con mi erección por bandera.

Si fuera sensato, lo mejor que podía hacer sería olvidarme de ella y concentrarme en mi venganza. Pero no lo era. A veces no era nada sensato.

Pero la cosa no acabó en eso.

Claro que no.

Por supuesto que no.

Había algo (un ente, un ser, que sé yo) en algún lado, que se había propuesto joderme la vida, y parecía haber puesto a la señorita Summers en mi camino para llevar a cabo su macabro propósito. Bien podía haber sido mi nueva secretaria, ¿no? Puestos a elegir... Pues no, tenía que ser Elizabeth Summers, la hija del socio minoritario de *Mont Blanc Enterprise*.

Salí de mi despacho y me dirigí al de la señorita Summers. Levanté el brazo y toqué con los nudillos. Era última hora de la tarde, pero sabía que todavía estaba allí porque había visto un pequeño haz de luz saliendo por debajo de la puerta.

—Adelante —contestó al otro lado.

Giré el pomo y abrí.

—¿Se puede? —pregunté.

—Sí.

Iba en son de paz. Me había obligado a mí mismo a no hablar de otra cosa que no fuera trabajo y a dejar a un lado ironías y sarcasmos.

—Señorita Summers, necesito la lista que hicimos el otro día sobre los clientes con los que la empresa tiene pagos pendientes.

—Ahora mismo se la doy —dijo en tono profesional.

Giró el sillón hacia mí y se levantó. Mis ojos se fueron directamente a sus pies cuando vi que estaba descalza, solo con las medias. Uno de esos modelos que tiene la costura atrás.

Madre mía.

Nunca he sido fetichista de los pies, o no especialmente, pero estaba tan concentrado mirando los de la señorita Summers que incluso me fijé en que tenía las uñas pintadas de rojo.

Ella se quedó paralizada unos segundos en mitad del despacho, al darse cuenta de que en algún momento se había quitado las botas y de que estaba descalza delante de mí. No era muy profesional, pero a mí me parecía erótico. O es que de ella ya había empezado a resultarme erótico todo, hasta verla sonarse los mocos.

Cuando alcé la vista hasta su rostro, sus mejillas estaban manchadas de un leve rubor.

—Las jornadas son muy largas y los tacones tan altos, que a veces acaban destrozándome los pies... —se excusó cogiendo las botas del suelo.

Sin embargo no necesitaba excusarse. De buen grado yo me hubiera ofrecido voluntario para darle un masaje en ellos.

—Lo entiendo —me limité a mascullar.

Se sentó de nuevo en el sillón y comenzó a ponérselas bajo mi atenta, atentísima mirada.

Ver cómo se subía la cremallera y cómo el cuero iba ajustándose poco a poco a la curvatura de la pierna fue... No sé de qué modo describirlo... sin parecer un salido mental. Pero por alguna razón que desconocía me estaba poniendo malo.

Me moví en el sitio, inquieto.

Tal vez estaba en mi cabeza, pero tuve la sensación de que la señorita Summers no ignoraba que el gesto me estaba revolucionando todo lo que a un hombre se le puede revolucionar por dentro, y con la siguiente bota se demoró en la acción un poco más de lo necesario, o quizá era yo que estaba a tope.

La mente me traicionó golpeándome con una imagen de ella desnuda, solo con las botas puestas, follándomela mientras me rodeaba la cintura con las piernas.

—Señor Mont Blanc, ¿está bien?

Su voz me hizo poner los pies en el suelo de nuevo. Parpadeé y me obligué a centrarme. ¿Cómo podía perder el norte de aquella manera? Joder, era un hombre hecho y derecho con autocontrol... hasta ese momento, porque volvía a estar empalmado.

Respiré y mantuve la compostura todo lo mejor que fui capaz.

—Sí, me he distraído pensando en un informe que tengo que preparar a mi equipo de asesores —mentí como un bellaco, porque si no mentía, iba a quedar como un cerdo.

—Aquí tiene —dijo.

La señorita Summers alargó la mano y me tendió el archivador en el que unos días antes habíamos guardado la información actualizada de los clientes con los que la empresa tenía deudas pendientes.

—Gracias —dije.

No iba a quedarme allí un minuto más. No podía. Si lo hacía, si me quedaba un segundo más, acabaría empotrando a la señorita Summers contra la pared y follándola como si no hubiera un mañana ni un pasado mañana. Así que cogí el archivador, me di media vuelta y me fui como alma que lleva el diablo.

—Que tenga una buena noche —me despedí con prisa.

—Igualmente —contestó ella.

CAPÍTULO 24

LIZZIE

La puerta se cerró y yo sonreí para mí con malicia (y satisfacción, lo confieso).

Se lo debía.

¿Qué se pensaba? ¿Que no me había dado cuenta de cómo me miraba mientras me ponía las botas?

Tal vez no recordara mi nombre (que ya me jodía), pero aquella escena no la iba a olvidar nunca. Me había encargado personalmente de que no se le borrara de la cabeza. Había colaborado a propósito para ello subiendo la cremallera de la bota y ajustándola a la pierna relativamente despacio, porque era consciente de que lo que veía le estaba gustando.

Si quería guerra, iba a tener guerra.

Al principio me había dado vergüenza levantarme del sillón y darme cuenta de que me había quitado las botas porque me estaban matando y que estaba descalza, pero luego había advertido el efecto que ponérmelas estaba causando en Logan y había decidido, con bastante mala baba por mi parte, que le iba a dar un escarmiento.

¿No decía que no era su tipo? Pues después de aquello se lo iba a replantear. Ya lo creo que se lo iba a replantear.

Di media vuelta y me dejé caer en el sillón.

—¡Chúpate esa, Logan Mont Blanc! —dije con una sonrisa que casi me iba a dar la vuelta a la cara.

Ya en mi piso me quité de nuevo las botas. Quedaban de lujo, pero eran jodidamente incómodas para llevarlas más de diez horas seguidas puestas. Me machacaban los pies, y no sería porque no estuviera acostumbrada a llevar tacones altos en mi día a día. Sin embargo era la directora adjunta de una multinacional y mi puesto requería cierto código de vestimenta, que no incluía unas confortables zapatillas de deporte. Además, aunque los zapatos me destrocen los pies, me encantan. ¿Qué le voy a hacer? Las mujeres tenemos algo de masoquistas cuando nos calzamos unos bonitos tacones. Una parte bastante amplia de mi vestidor estaba dedicada exclusivamente a la enorme colección de zapatos que tenía. Así que era bastante masoquista, sí.

De paso me deshice del sujetador. No era tan incómodo como las botas, pero también tenía lo suyo. Todos los sujetadores lo tienen, y qué liberación sientes cuando te los quitas y los lanzas por ahí. Es como si te nacieran alas y pudieras echar a volar.

No tenía nada que celebrar, excepto el escarmiento que le había dado a Logan Mont Blanc, que no era moco de pavo. El pobre había salido pitando de mi despacho, como si le quemaran los pies... o la entrepierna. A saber si no era eso lo que le pasaba, que le estaba picando la entrepierna... Admito que pensarlo me hizo esbozar una sonrisa malévola en los labios.

Y aunque no tenía nada que celebrar, como digo, me preparé una copa de vino, que de vez en cuando no venía mal deleitar el paladar.

Nunca me faltaba un Gran Reserva en el botellero de la cocina, regalo de alguno de los

clientes de la empresa en agradecimiento por un trabajo bien hecho o un buen trato.

Fui descalza hasta la cocina y eché un vistazo a las botellas que tenía, hasta que me decidí por un tinto Castillo Ygay. Un vino de Rioja de fama reconocida que me regaló un empresario cuando viajé a España para visitar una de nuestras tiendas allí.

La saqué del botellero y la descorché, después de rebuscar en el cajón durante media vida el puñetero abridor, que se resistía a aparecer.

Pensé en Steven, mi ex. Él siempre era el que se encargaba de elegir el vino adecuado cuando había algo especial que celebrar. No era enólogo profesional, pero sí un experto. En cierta manera el vino siempre hacía que mi mente lo trajera de nuevo.

Sacudí la cabeza para intentar que los recuerdos no me atraparan. Era mejor no pensar en él. No me hacía bien. Ninguno. Me recordaba cosas que había hecho que no me gustaba recordar y de las que estaba muy arrepentida.

Tiré de las mangas del vestido para que me taparan las muñecas.

Suspiré resignada. El pasado no se podía cambiar. Nada podía hacer que Steven no me dejara plantada en el altar el día de nuestra boda ni que borrara de la cara de los invitados la humillación a la que me sometió no habiéndome dejado antes. Cogí una copa del armario con todo dando vueltas en mi cabeza y vertí en ella el vino.

La intensidad aromática de trufa, frutos rojos, incienso y especias subió hasta mis fosas nasales. Levanté la copa, me la llevé a la nariz (un gesto automático, que hacía ya sin darme cuenta) y aspiré. Steven me había enseñado a catar vino, aunque fuera de forma algo rudimentaria, en mi caso. Pero aún eso, sabía que aquel Castillo Ygay era un vino que lucía músculo. Impecable. Seductor.

Lo dejé oxigenar unos minutos mientras encendía el equipo de música y ponía algo de Goapele. Una cantante estadounidense de Soul y R&B.

Su voz aterciopelada comenzó a sonar en el salón con la canción *Closer*.

Caminé hasta los ventanales de la terraza y observé la magnificencia de Nueva York de noche. Decenas de destellos ambarinos coloreaban su oscuridad como si fueran miles de luciérnagas delante de un telón negro.

Di un trago de vino, paladeándolo con gusto. Cerré los ojos lentamente y durante unos instantes me dejé llevar por la música imaginándome que era feliz. Por fin. Quería creer que lo era. Lo necesitaba, quizás. Hacía mucho tiempo que la felicidad me había dado de lado. Tal vez desde que Steven había desaparecido de mi vida de aquellas malas maneras y se me había roto el mundo en pedazos. En tantos que me había sido imposible recuperarlos todos para volverlo a reconstruir y dejarlo como estaba.

Ya nada era como antes, sin duda.

Ni mi mundo.

Ni mi vida.

Ni yo misma.

Todavía me culpaba. Sí, después de dos años, todavía lo hacía. Me aferraba a esa tendencia que tenemos las mujeres a culparnos de todo o a que nos hagan sentirnos culpables de todo.

Había días en que seguía preguntándome qué había hecho tan mal como para que mi novio, con el que llevaba cinco años saliendo, me dejara plantada en el altar, delante de los centenares de personas que habían ido a ver nuestro enlace matrimonial.

Era una tortura cuando me atacaban esos pensamientos, pero no por ser una tortura dejaba de ser real, dejaba de ser mi realidad.

Closer terminó y empezó a escucharse *Secret*.

CAPÍTULO 25

LIZZIE

Abrí los ojos lentamente y miré a mi alrededor con expresión somnolienta.

La botella de vino y la copa por la mitad aparecieron en mi campo visual, sobre la mesa, iluminados por un débil haz de luz que proporcionaba el resplandor de la luna que entraba por los ventanales. La voz de Goapele seguía escuchándose de fondo en el salón. A saber cuántas vueltas había dado el disco ya porque *Closer* estaba sonando de nuevo.

Me había quedado dormida en el sofá.

«No, joder.»

Era muy estricta con mis horarios. Más bien tenía que serlo. Sobre todo con los nocturnos (por salud mental, y esto es cierto) y hacía meses que no me quedaba dormida en el sofá hasta las tantas.

Me incorporé y me senté en el borde mientras me frotaba la cara con las manos. Inhalé una bocanada de aire y lo expulsé.

Al final había sido una noche melancólica en la que no había podido esquivar los recuerdos todo lo que me hubiera gustado y habían acabado apoderándose de mí.

Bostecé y consulté la hora en mi reloj de pulsera. Eran las tres y media de la madrugada. Había estado mucho tiempo dormida en el sofá.

Al levantarme me chascaron todas las vértebras. Todas y cada una de ellas. Moví el cuello de un lado a otro y me lo acaricié con la mano para desentumecerlo. Me dolía el cuerpo una barbaridad de la mala postura que había tenido, y es que una ya no tenía dieciocho años...

En la habitación me quité el vestido, me puse el pijama y finalmente me metí en la cama.

A la mañana siguiente entré en la empresa con unas gafas de sol con los cristales del tamaño de dos ruedas de camión. A lo actriz de Hollywood. Después de meterme en la cama no había pegado mucho ojo que digamos. Me había pasado parte del resto de la noche dando vueltas para un lado y para otro, desvelada. Incluso me levanté y me preparé un vaso de leche calentita, pero nada, no había forma. El sueño se me había esfumado y no tenía pintas de regresar.

Y lo peor es que la falta de sueño me produce al día siguiente unos síntomas parecidos a la resaca. No tan bestias pero me dejan por los suelos.

—Madre mía, Elizabeth Anne Summer Cooper llegando tarde diez minutos al trabajo —se burló mi hermana en cuanto salí del ascensor—. ¿Estás bien? ¿Ha habido un terremoto? ¿Un tornado? ¿Te ha abducido un platillo volador?

—Deja de mofarte, por favor —le pedí con poca amabilidad en la entonación.

—Y encima vienes enfadada...

Me bajé las gafas de sol un poco para dejar al descubierto los ojos.

—No estoy para bromitas. Apenas he pegado ojo. Me quedé dormida en el sofá y luego en la cama me desvelé y no fui capaz de conciliar el sueño.

Mi hermana se alarmó al escucharme.

—Lizzie, ¿estás bien? —se preocupó.

—Sí, por supuesto —traté de tranquilizarla.

Aquello que para cualquier mortal era algo normal, para mí había sido un verdadero problema (y un calvario) en el pasado. De ahí la preocupación que mostraba Judy.

—¿Te tomaste las pastillas?

Me subí las gafas de sol y me las puse en la cabeza como si fuera una diadema.

—Dejé las pastillas para dormir hace meses. No voy a retomar las tomas por una noche de desvelo —contesté, restándole importancia.

—Pero, Lizzie...

Le sonreí comprensivamente. Me ponía en su lugar y entendía a la perfección su extrema preocupación por mí. A mí me pasaría con ella exactamente lo mismo.

—Judy, cariño, es solo una noche de desvelo, como la puedes tener tú —la corté con suavidad—. De verdad. Llegué cansada y el propio cansancio no me dejó dormir todo lo que necesitaba.

—Lizzie, tienes que cuidar tus horarios de sueño.

—Sí, lo sé. Me bebí una copita de vino al llegar a casa y yo creo que me produjo modorra, por eso me dormí en el sofá.

No quería que Judy se preocupara más de lo necesario, así que me guardé para mí que había estado pensando en Steven.

—¿De verdad? —me dijo.

—De verdad —respondí firme.

Me agarró las manos y me acarició cariñosamente las muñecas con el pulgar.

—Si alguna vez... te sientes mal... Ya sabes... Me vas a llamar, ¿verdad?

Sus ojitos brillaban llenos de ese amor fraternal que nos habíamos profesado siempre.

—Te lo prometo. Si algún día me siento mal, te llamaré —dije.

—A la hora que sea.

—A la hora que sea —repetí.

—Sabes que iría al fin del mundo por ti.

—Y yo por ti, mi niña —afirmé.

Sonreímos, porque a las dos nos vino lo mismo a la cabeza.

—Y cruzaría el océano en los bigotes de una gamba —dijimos las dos al mismo tiempo, mientras nos descojonábamos de risa. Era una frase que siempre nos decíamos cuando éramos pequeñas para mostrarnos cuánto nos queríamos y lo que estábamos dispuestas a hacer la una por la otra.

Alargué los brazos y la estreché contra mi cuerpo.

—Te quiero mucho, Judy.

—Y yo te quiero mucho a ti, Lizzie. —Cuando deshicimos el abrazo, dijo—: ¿Estás muy ocupada o tienes un ratito para bajar a la cafetería? Había subido a buscarte, por eso estoy en tu planta.

Cogí la muñeca de Judy y miré su reloj.

—Me da tiempo a tomarme un café —contesté—. Y hoy voy a hacer un esfuerzo y me voy a tomar un café en vez de un té matcha, a ver si consigo quitarme esta empanada que tengo encima.

—Te estás volviendo una rebelde —bromeó mi hermana, ya más tranquila después de nuestra conversación.

Me quité las gafas de sol de la cabeza, me las guardé en el bolso y junto con ella nos

dirigimos a la zona de los ascensores.

No habíamos dado cuatro pasos cuando sonó la voz de Logan Mont Blanc detrás de nosotras.

—Señorita Summers...

Puse los ojos en blanco. Me giré hacia él respirando hondo.

—Dígame —dije, mordiéndome la lengua para no escupirle que me dejara en paz.

—Buenos días —nos saludó.

—Buenos días.

Miró a Judy, que también lo saludó. Llegado ese momento lo más normal era presentarlos.

—Señor Mont Blanc, ella es mi hermana, *Judy Summers* —dije, pronunciando «Judy» de un modo enfático para que no se le olvidara. Tenía tan mala memoria para los nombres...—. Judy, él es Logan Mont Blanc.

Logan se adelantó a estirar la mano hacia mi hermana.

—Es un placer conocerla, Judy —dijo con voz amable.

Qué encantador podía ser cuando quería. Y qué cabrón, también.

Judy le estrechó la mano.

En el rostro de rasgos cincelados de Logan hizo aparición una sonrisa de esas que ponían a babear a las mujeres, y mi hermana, claro, cayó en ella. Se hundió hasta el fondo, más bien.

—Para mí también es un placer, señor Mont Blanc —balbuceó.

Y realmente fue un balbuceo. Inteligible por los pelos. ¿Dónde estaba la compostura férrea de mi hermana? ¿Y por qué le estaba poniendo ojitos?

Disimuladamente, le di un pequeño codazo en las costillas, a ver si así reaccionaba y salía del trance en el que parecía que estaba inmersa por culpa de Logan.

Por suerte, reaccionó, irguiéndose como si acabara de caer de una nube de algodón.

Logan le soltó la mano y se dirigió a mí.

—Señorita Summers, necesito... —Dios, como odiaba esa palabra. Me encantaría abofetearle la cara con ella.

—Señor Mont Blanc —lo corté—. Voy a bajar a tomar un café con mi hermana. Serán solo cinco minutos. Cinco. Después le prometo que paso por su despacho y me dice lo que necesita. ¿Vale?

—Como quiera —fue su respuesta—. La esperaré en mi despacho... ansioso —añadió con sorna.

Mi hermana tuvo que morderse el labio para reprimir una carcajada y yo le hubiera tirado una grapadora a la cabeza de haber tenido una a mano.

Me giré sin decir nada y eché a andar por el pasillo. Judy me imitó.

—Señorita Summers...

La voz de Logan Mont Blanc volvió a sonar a mi espalda. Tomé aire de nuevo. Mucho, mucho aire. Iba a darme algo. Algo gordo: un ictus, un infarto, una embolia...

Me giré de nuevo, evitando por todos los medios poner los ojos en blanco.

—Dígame, señor Mont Blanc —traté de sonar amable.

—Ya que baja a la cafetería, ¿podría subirme un café? He venido con prisas y no he desayunado.

En la cara podía leer que lo que estaba diciendo era mentira. Lo estaba haciendo para sacarme de quicio.

—Claro —siseé con teatralidad.

—Que sea doble —indicó.

—Vale.

Di media vuelta y eché a andar.

—Y sin azúcar, por favor.

«Voy a matarlo. Voy a matarlo.»

No dije nada, porque si escuchaba su voz de nuevo, terminaría haciéndole una peineta con el dedo.

CAPÍTULO 26

LIZZIE

Monté en el ascensor con un cabreo monumental. Del tamaño de la catedral de Notre Dame. Enfurruñada total.

—¿No tendrás un poco de veneno en el bolso para echárselo en su café doble sin azúcar? —le pregunté a Judy con acidez, aprovechando que bajábamos solas.

—Sí, claro, todo el mundo lleva en el bolso un frasquito —contestó—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué lo quieres envenenar?

—Logan Mont Blanc es lo que me pasa —afirmé.

—Lizzie, solo te ha pedido un café.

—No, Judy. Me lo ha pedido para fastidiarme. Porque sabe que me molesta —respondí.

—¿Y por qué te molesta? Otras veces has subido cafés para Rod, Henry o Joe y no te has puesto así.

—Pero es que Logan lo hace por lo que le dije cuando me pidió que su despacho estuviera cerca del mío porque necesitaba que le llevara el café. ¿Por qué no se lo pide a la guapita de cara de su secretaria? ¿Eh? Seguro que está encantada de llevarle el café y ponerle la leche.

Judy rio.

—Ay, Lizzie, eres un show. Nunca te había visto así.

Resoplé.

—Es que Logan Mont Blanc me saca de mis casillas. Me alborota todos los chacras. ¡Todos!

—Yo creo que lo que te alborota es otra cosa...

La miré como si quisiera matarla e ignoré su comentario.

—¿Estás de su parte? Ha conseguido engatusarte, ¿verdad?

—A mí no me ha engatusado —negó.

—Sí, sí lo ha hecho. Solo te faltaba babear cuando os habéis dado la mano...

De pronto se le iluminaron los ojos.

—¿Te has fijado en cómo le quedaba el chaleco, la camisa y la corbata? ¿Así ajustadito? —Se pasó las manos por el torso—. No he visto un solo hombre en toda mi vida al que le quede mejor esa combinación. ¡Joooder!

Puse los ojos en blanco y miré al techo del ascensor.

—Lo que pensaba... Te ha llevado a su terreno, por eso sonreías de esa manera. No podemos confraternizar con el enemigo, Judy —la reprendí.

Aunque, ¡maldita fuera!, yo también me había fijado en cómo le quedaba el puto chaleco, la camisa y la corbatita. Para gritar como lo haría una fan enloquecida delante de su estrella de rock favorita.

Ella movió la cabeza, negando.

—Hay que dejarte por imposible, Lizzie.

—¿Tienes laxante? —le pregunté de pronto, porque yo seguía a lo mío, y lo mío en esos momentos era encontrar un modo de fastidiar a Logan Mont Blanc—. Le puedo echar un poco en el café. ¿Te lo imaginas corriendo por el pasillo cagándose por la pata abajo?

—Cállate, por Dios —dijo Judy sin poder aguantarse la risa.

A mí la idea me parecía deliciosa. La saboreé en mi mente como si pudiera ser real.

El ascensor paró en la planta cuarenta y uno y las puertas se abrieron. Entraron un par de ejecutivos del Departamento Financiero.

—Señorita Lizzie, señorita Judy —nos saludaron uno y otro.

—Buenos días —correspondimos nosotras.

Judy no podía parar de reír. Aunque lo intentaba escondiendo la boca detrás de la mano y apretando los labios, se le escapaba alguna risilla que otra imaginándose la escena que le había descrito antes: la de Logan Mont Blanc corriendo por el pasillo. Yo en cambio me relamía pensando si la podía hacer realidad.

Dios, ese hombre sacaba la parte más traviesa de mí, o la más puñetera, como se quisiera ver.

No recuerdo en qué planta el ascensor paró de nuevo y los dos ejecutivos se bajaron después de despedirse amablemente de Judy y de mí.

Pese a que todos aparentábamos que no pasaba nada, que la llegada de Logan Mont Blanc no nos afectaba, sí lo hacía, y mucho. Pero quizá hasta que todo terminara, resultaba más fácil fingir que las cosas iban bien. Sin embargo, había una sombra en el fondo de nuestras miradas, de nuestras expresiones. En las de todos. Bajos, medios y altos cargos, y empleados de primera línea.

En el ambiente había una nube oscura que empañaba el aire, como si este tuviera otro color. Cosa normal, teniendo en cuenta el futuro que nos esperaba. Aunque ya lo intuíamos antes de que Logan llegara a *Mont Blanc Enterprise*. La mala gestión de los hermanos legítimos era algo que arrastraba la empresa desde mucho tiempo atrás. Logan era solo la guinda del pastel.

La siguiente parada fue en la planta baja. Salimos del ascensor en silencio y atravesamos un nutrido grupo de gente que se afanaba por entrar en el cubículo antes de que se cerraran las puertas, poniendo de manifiesto el estrés continuo del día a día de las grandes urbes.

—Te has quedado muy callada, Lizzie, ¿en qué piensas? —me preguntó mi hermana ya de camino a la cafetería.

Durante unos segundos se me había ido de la cabeza la idea de la posible cagalera de Logan.

—En qué va a ser de todos los empleados de esta empresa cuando Logan lleve a cabo su venganza —respondí seria. En ese tema no había cabida para bromas.

—Pues supongo que buscarse la vida en otro lado.

—Pero ¿y las familias, Judy? ¿Los empleados que tienen hijos? Aquí no solo están en juego las vidas de los Mont Blanc; de Jeff, Rod, Henry y Joe, están en juego las vidas de todas las personas que trabajan en esta empresa, que son centenares.

—Que trabajamos —matizó mi hermana muy acertadamente.

—Sí, que trabajamos —rectifiqué—, porque nosotras dos estamos incluidas —dije.

—Yo no sé qué va a pasar —habló Judy con voz pesarosa, respondiendo a mi anterior pregunta.

Lancé un suspiro al aire.

—Me da tanta pena todo —murmuré.

—Y a mí también, pero nosotras no somos responsables de lo que está pasando. Diría que ni siquiera Logan lo es. La culpa es de esos Mont Blanc que no tienen ni puta idea de dirigir y gestionar una empresa del calibre de esta. Ellos son los culpables de esta ruina.

—Tienes razón, y a estas alturas de la película no podemos hacer nada.

Y hablando de los reyes de Roma...

Al entrar en la cafetería nos encontramos con Rod y Joe. A los que saludamos con la cabeza. Me pregunté dónde estaría Henry. No porque tuviera algún interés especial en saberlo, pero es que últimamente donde iba uno de los hermanos, iban los otros dos, y porque si Henry no estaba con ellos estaría haciendo alguna de las suyas. Él nunca estaba en balde en ningún sitio. Era una de esas personas que no daban puntada sin hilo... O quizá estaba durmiendo la borrachera de la noche anterior. Para Henry cualquier noche era buena para montar una fiesta o para ir a alguna de las que hacían sus ricos amigos. No tenía por qué ser fin de semana ni estar de vacaciones. Él era así de chulo. Claro, que así le había ido.

No fue hasta ese momento que no me acordé de la conversación que había tenido con él unos días atrás.

—¿Sabes que el otro día Henry me hizo una especie de proposición? —le dije a Judy, mientras nos dirigíamos a una de las mesas que quedaban libres.

—¿Qué me estás diciendo?

Alcé la mano.

—No pienses mal —dije.

—¿Cómo no voy a pensar mal viniendo de Henry? Ese tío es un crápula.

Como veis, a Judy no le caía muy bien el mayor de los hermanos Mont Blanc, y no voy a ser yo quien diga que no estaba diciendo una verdad como un templo o que no tuviera razones para ello.

Interrumpimos la conversación para sentarnos y para pedirle las consumiciones a Martha, una de las camareras.

—¿Hoy no está Fredd? —preguntó mi hermana, estirando el cuello y mirando a un lado y a otro por encima de mi hombro.

—Probablemente esté de descanso. ¿Tienes algún interés especial porque nos sirva las consumiciones él? —dije.

A Judy se le sonrojaron ligeramente las mejillas.

—No, no, claro que no. Me da igual que nos atienda Martha, él o cualquier otro camarero.

Le dirigí una mirada suspicaz, con una ceja alzada.

—Judy...

—Que no, Lizzie, de verdad, que no tengo ningún interés especial en él —dijo, jugueteando con las mangas del jersey. Se rascó el cuello, nerviosa—. Pero dime, ¿qué te dijo el cretino de Henry?

Me la quedé mirando unos instantes, pero decidí no insistir con ese tema. Ya caería solita.

—Me dijo que teníamos que haber sido un poco previsores... Haber ahorrado o haber hecho inversiones.

—¿Que te dijo qué?

—Lo que estás oyendo.

Judy se recostó en el respaldo.

—No me lo puedo creer. Papá invirtió todo lo que tenía en comprar las acciones de esta empresa.

—Se lo dije, pero al parecer ellos tienen cubiertas las espaldas por otro lado.

—¡Malditos cabrones!

—Judy —traté de amonestarla, pero ella era muy impulsiva.

—Es que son unos cabrones, joder, y unos mierdas. O sea, ¿qué los que más tenemos que perder en todo estos somos nosotras y papá y mamá?

Me mordí el labio y esperé a responder a su pregunta hasta que Martha dejó en la mesa los cafés que habíamos pedido y le dimos las gracias.

—Sí, y el resto de los empleados —le contesté.

Judy bufó enfadada, mientras echaba el sobre de azúcar en el café.

—¿Y qué proposición te hizo? Porque de Henry me espero cualquier cosa —dijo, moviéndolo agitadamente con la cucharilla.

—Que si lo que me preocupaba era la situación económica en la que me iba a quedar que podía contar con él... —lo dejé ahí.

Mi hermana captó de inmediato lo que quería decir Henry y detuvo en seco el movimiento de la cucharilla. Tenía los ojos entornados cuando me miró.

—Ya me imagino de qué manera puedes contar con él... —masculló.

—Sí, de esa misma —afirmé—. Volvió a sacar el tema de lo que siente por mí.

—¿Otra vez?

Asentí con la cabeza.

—Otra vez —dije.

—Qué pesado es. Ya le dejaste claro que no te interesaba.

En aquella ocasión y sin que sirviera de precedente, me había pedido un café con leche, aunque había pedido a Martha que me lo cargara. Pocas cosas había que impidieran que yo bebiera mi té matcha, pero una voccecita interior me decía que aquel día iba a necesitar estar con mis cinco sentidos alerta y con la falta de sueño que tenía encima lo mejor para espabilarme era un café.

—Pero ya lo conoces —dije. Cogí la taza, me la llevé a la boca y di un trago—. No soporta que le haya dicho que «no» —Dejé la taza en el platillo—. Me dijo que llevaba demasiado tiempo sola y me preguntó que si seguía enamorada de Steven.

—Qué atrevimiento el suyo —anotó Judy, reflejando en la voz indignación—. ¿Y qué le dijiste?

—Que se estaba metiendo donde no lo llamaban.

—Hiciste bien en pararle los pies. —Judy guardó silencio unos segundos, que aprovechó para beber un sorbo de su taza—. Por un lado, tengo ganas de que esto acabe, Lizzie —dijo con sinceridad—. Los Mont Blanc nunca nos lo han puesto fácil, sobre todo a ti. ¿Te acuerdas cuando quisieron quitarte tu puesto como directora adjunta después de habértelo ganado a pulso?

—Como para olvidarlo —contesté.

Aquel suceso seguía siendo para mí una espinita clavada.

—Se portaron contigo como unos cerdos —añadió mi hermana.

—Lo peor es que papá estuvo de acuerdo —dije.

—No estuvo acertado en esa ocasión. Es increíble que en el siglo XXI todavía haya gente que piense que una mujer no está capacitada para dirigir una empresa y que eso es cosa de hombres.

—Seguimos viviendo en un mundo machista, un mundo patriarcal en el que los hombres todavía tienen el mando de casi todo —comenté después de dar un trago de mi café.

—Pues a la vista está que hay hombres que no están capacitados para dirigir nada. Solo hay que ver que los hermanos Mont Blanc han llevado a la quiebra el imperio de su padre. Ellos y sus cerebros unineuronales —se mofó.

Supongo que no era correcto reírse, pero no pude evitar soltar una pequeña carcajada. Judy tenía ocurrencias muy buenas.

Un minuto antes de irnos, pedí a Martha que me pusiera el café doble sin azúcar del señor Mont Blanc. Os juro que estuve tentada de hacerme la olvidadiza, excusarme diciendo que no me había acordado, pero conociendo a Logan, no me dejaría en paz. No, no lo haría. Era demasiado irritante.

Por lo que finalmente cogí el vasito de cartón en el que me lo preparó y se lo llevé a su despacho.

—¿Está el señor Mont Blanc? —pregunté a su secretaria, que parecía estar muy afanosa tecleando.

La chica alzó la cabeza por encima de la pantalla del ordenador y sus ojos claros me dedicaron una mirada de interrogación cuando vio el vaso de café que tenía en la mano. Si hubiera llevado una granada no hubiera flipado tanto. ¿Debería haberle dicho que lo que había en el vaso solo era café y no un líquido explosivo letal?

—¿Está el señor Mont Blanc? —repetí, porque daba síntomas de estar un poco espesa.

—Sí —respondió al fin.

Eché a andar sin decir nada.

—Espere, que le aviso su visita —dijo.

—No hace falta —contesté sin detenerme al pasar por delante de ella.

No sé la razón, pero me caía mal.

La puerta del despacho de Logan estaba abierta de par en par. Durante unos segundos se me pasó por la cabeza la idea de entrar sin llamar, pero recordé que ante todo tenía educación. Así que al final ganó mi angelito bueno. Me puse los ojos en blanco a mí misma por guardar la compostura siempre, y opté por ser una profesional y tocar un par de veces con los nudillos.

—Su café —dije al entrar.

Logan dejó de leer los documentos que tenía en la mano y me miró mientras avanzaba hacia él con el vaso de café.

CAPÍTULO 27

LOGAN

Ver caminar a la señorita Summers hacia mí, con sus caderas cimbreantes y sus taconazos, era todo un espectáculo para la vista. Iba ataviada con un pantalón negro ajustado por encima de los tobillos y unos zapatos de salón rojos a juego con la americana.

Dios Santo, todo lo que le haría si no fuera la persona que era. Pestañeé para centrarme. Con qué facilidad se me iba la cabeza cuando la tenía cerca. Nunca me había pasado nada igual. ¿Por qué me pasaba con ella?

Cuando vi el vaso de cartón con el café se me escapó una sonrisilla. Me mordí el labio para que no me viera.

Definitivamente tenía que admitir que había algo en la señorita Summers que me impulsaba a querer tocarle un poquito las narices. Bueno, a tocárselas bastante.

Lo había hecho encargándole que me subiera un café. Yo ya me había tomado mi cargado sin azúcar habitual en el Frisson Espresso, como hacía todas las mañanas, pero sabía que se pondría de uñas si le pedía uno. Y no me equivoqué. Se le había descompuesto la cara y me hubiera matado de no ser delito.

Sí, lo reconozco, Elizabeth Anne Summers Cooper sacaba la parte más traviesa de mí, o la más puñetera, como queráis verlo.

—Aquí tiene, su café doble sin azúcar —dijo con retintín en el tono, dejando el vaso en la mesa.

—Gracias —dije.

Alargué la mano por encima de los papeles y tomé el vaso. El calor traspasaba el cartón. La miré.

—¿Es seguro? —le pregunté.

Ella frunció el ceño, confusa por mi pregunta.

—¿A qué se refiere?

—¿Si lo puedo beber con la seguridad de que no me va a pasar nada?

—No le he echado veneno, si es lo que quiere decir. No acostumbro a envenenar a la gente —espetó.

—¿Ni siquiera a la que le cae mal?

—Ni siquiera a la que me cae mal.

—Pero apuesto a que lo ha pensado... —comenté, mirándola de reojo.

La expresión de su cara me dijo que sí. Sonreí. Evidentemente todo era en clave de broma (o eso esperaba). Había cosas que la señorita Summers no podía ocultar detrás de su precioso rostro.

Me acerqué el vaso a los labios y di un sorbo. No estaba mal.

—Tenga cuidado, no se vaya a quemar la lengua —dijo con esa mordacidad que tanto me gustaba, incluso que tanto me ponía.

—Agradezco que se preocupe por mí —contesté en tono meloso.

—Usted no me preocupa. En realidad me importa un bledo lo que le pase.

—Madre mía, qué dulce es, señorita Summers —ironicé. Hice un mohín fingiendo disgusto —. Me rompe el corazón —dije con sorna—. Empezaba a pensar que le caía bien, a pesar de no ser *su tipo* —agregué con doble intención, enfatizando «su tipo».

Me gustaba tentar a la suerte, lo sé. Lo digo porque había sido por eso, precisamente, por lo que habíamos tenido el último encontronazo.

—Nunca me va a caer bien, señor Mont Blanc —afirmó ella con plena certeza, vocalizando perfectamente las palabras, para que me quedara claro—. Usted y yo somos como el agua y el aceite.

—Si es así, como usted dice, yo me pido ser el aceite. Me encanta estar encima —dije, mirándola por encima del borde del vaso de cartón, antes de dar un trago.

Un rubor oscureció sus pómulos.

—¿Nadie le ha dicho nunca que es un imbécil? —soltó.

Mi comentario la había puesto nerviosa.

—No, usted es la primera —contesté.

—Pues lo es.

Sonreí. Por supuesto en ningún momento me ofendí. Ya nos picábamos lo suficiente y había confianza entre nosotros como para decirnos esas cosas.

—Yo también la quiero, señorita Summers —dije con actitud burlona.

Ella apretó los labios y bufó.

Antes de que pudiera reaccionar se había dado media vuelta y su culo se bamboleaba de un lado a otro hacia la puerta.

—¿Adónde va? —le pregunté.

—A mi despacho, a por unos papeles que tiene que firmar, a ver si mientras voy y vengo se me pasa la mala leche que me pone —me respondió.

Me recosté en el sillón y me eché a reír. No había en el mundo dos personas iguales que Elizabeth Summers. No podía haberlas. Esa mujer estaba siendo todo un descubrimiento.

Estaba dando otro trago de café cuando entró con una carpeta.

—Es necesario que firme esto —dijo.

Alargó el brazo hacia mí y me la tendió.

En aquella ocasión no fueron las uñas rojas y con manicura perfecta, a juego con los zapatos y la americana, lo que llamó mi atención, ni la piel pálida y suave de su mano. No, no fue nada de eso. Fueron las cicatrices rosáceas y ligeramente abultadas que atravesaban su muñeca, y que me quedé mirando en completo silencio hasta que retiró la mano y se apresuró a bajarse la manga de la americana para ocultarlas bajo la tela. Aunque no lo hizo suficientemente rápido como para que no me diera tiempo de captar las líneas finas e irregulares que iban de lado a lado.

Me pregunté a qué podían ser debido y la respuesta me asustó.

No, no podía ser. Tenía que tratarse de las cicatrices de alguna travesura que hubiera hecho de pequeña y que le hubiera dejado esas marcas en la piel. Alguna trastada con consecuencias.

Intenté convencerme de que esa tenía que ser la razón, quería creer que esa era la razón, y no un posible intento de suicidio.

—Tengo... tengo trabajo pendiente —balbuceó inquieta, al tiempo que empezaba a dar pasos hacia atrás.

Se rascó el cuello con los dedos. Me había fijado en que lo hacía siempre que se ponía nerviosa. Era como una especie de manía o de tic.

Se volvió en redondo y echó a andar más rápido, como si deseara escapar.

—Cuando haya firmado los documentos, llévemelos a mi despacho, por favor... —dijo atropelladamente, ya de espaldas a mí.

Algo había cambiado de sopetón en el ambiente. Algo se había transformado y había adquirido una dimensión distinta. El humor se había esfumado y el aire se había cargado de algo que no lograba entender, pero que estaba ahí, aunque no pudiera verlo.

—Sí, claro. En cuanto los lea y los firme se los acerco —dije.

—Gracias.

También me había puesto nervioso, quizá por ver el estado en el que estaba ella, y necesitaba llenar el silencio.

—¿Corren prisa? —le pregunté.

—No, hasta la semana que viene no los tengo que enviar —dijo con prisa.

CAPÍTULO 28

LIZZIE

—Lizzie, ¿estás bien? —me preguntó Mery al pasar por delante de su mesa.

La pobre no me debió ver con buena cara cuando atravesé la recepción.

—Sí —respondí escuetamente, abriendo la puerta de mi despacho.

Cuando entré en él, el corazón me latía a mil por hora. Tenía la sensación de que se me iba a salir por la boca.

Cerré la puerta tras de mí como si me persiguiera alguien. Y lo hacían mis fantasmas. Todos ellos.

Me recosté en la madera maciza y resoplé tratando de tranquilizarme. Inhalé aire profundamente y lo expulsé despacio, como me había enseñado mi psicóloga tantas y tantas veces.

Ya estaba acostumbrada a mis cicatrices (y a lo que significaban), o debería... O tal vez me gustaría estarlo, pero en realidad no era así y solo era un espejismo que se diluía a la mínima.

Y Logan las había visto. Estaba segura de que las había visto. No había sido lo bastante rápida como para esconderlas bajo la manga de la americana.

Giré la mano y con la yema de los dedos me acaricié las líneas rosas que me recorrían la fina piel. Aunque a veces conseguía olvidarme de ellas, aquellas cicatrices en mis muñecas estaban siempre presentes para recordarme la estupidez que había cometido un par de años atrás. Porque había sido una soberana estupidez, por supuesto. Sin embargo, en el momento en el que lo hice no pensaba que lo fuera.

En ese momento para mí era la única solución posible, la única salida que vi para quitarme de encima la maraña enredada, espesa y extremadamente turbulenta que tenía en la cabeza a raíz de la severa depresión en la que me sumí cuando Steven me dejó plantada en el altar.

Todo lo que vino después de aquel acto, la vergüenza, la tremenda humillación que supuso para mí; los cotilleos, las miradas mientras cuchicheaban, las mofas en algunos medios de comunicación, y el propio hecho de que me había abandonado el día de la boda el que creía que era el amor de mi vida, no solo me dejó tocada, sino que me hundió. Totalmente.

Me avergüenza muchísimo hablar de esto y me duele recordarlo. Pero no porque me avergüence o me duela no deja de ser real.

Todo aquello me llevó a querer quitarme del medio para dejar de sufrir de la forma tan cruel en que lo estaba haciendo. Me metí en un pozo tan negro y tan profundo que una mañana en la bañera de casa, me corté las venas con unas cuchillas que me había encargado de afilar personalmente.

Mientras me desangraba, con los brazos sumergidos en el agua para que la sangre no coagulara y la muerte fuera más rápida y no fallar en el intento, solo pensaba en que todo acabaría pronto, que la bruma que tenía en la cabeza desaparecería y que descansaría de una vez por todas sumida en un sueño eterno. Por fin. Ansiaba tanto tener paz que cometí el mayor error de mi vida.

La persona que me salvó fue Judy. Corrió a mi casa al ver que no había ido a trabajar y que no

respondía a ninguna de las cien llamadas de teléfono que me había hecho. Tuvo un pálpito, una corazonada que la incitó a ir a mi casa.

Ella tuvo que ver en directo la dantesca y esperpéntica imagen de su hermana desangrándose, dejándose morir en el interior de una bañera con el agua teñido de rojo por la sangre.

Imaginaos la escena...

Yo ya no escuché sus gritos, no escuché su voz angustiada, empapada en terror llamándome. Suplicándome que por favor no me fuera, que le hacía mucha falta, que le hacía mucha falta a todos. A mi madre, a mi padre...

Yo ya no escuché cuando me preguntaba entre lágrimas que cómo había cometido aquella estupidez, que todavía tenía mucho que vivir, que tenía toda la vida por delante.

Jamás me perdonaré haberla hecho pasar por eso, haberla causado ese dolor tan grande y haber sido la culpable de grabar en su cabeza para siempre aquella imagen dantesca desangrándome.

Me erguí y caminé hasta el sillón, en el que me dejé caer. Me froté la cara con las manos. Aquello pesaba todavía demasiado sobre mis hombros.

Empecé a agobiarme. Esas crisis continuaban visitándome de vez en cuando. Diría que más a menudo de lo que me gustaría. No tenía que pasar nada grave para desencadenarse. Venían, sin más. Sin avisar y sin ser bien recibidas.

Cogí el móvil y llamé a mi hermana.

—Dime, guapa —dijo al descolgar.

—¿Estás ocupada? —le pregunté.

—No especialmente. Acaba de marcharse un cliente. ¿Por qué? ¿Va todo bien?

—¿Puedes venir a mi despacho? —fue mi respuesta.

—Lizzie, ¿estás bien? —La voz de Judy sonaba con un punto de alarma.

—Sí, sí... —Me pasé la mano por la frente—. Pero ¿puedes venir?

—Claro, me tienes allí en un par de minutos.

—Gracias.

Judy llegó a la velocidad del rayo y entró en el despacho sin necesidad de llamar. No hizo falta que hablara, en cuanto me vio supo que me pasaba algo.

—Cariño, ¿qué te pasa? —me preguntó, poniéndose de cuclillas a mi lado.

No sabía qué contestar. No sabía decir qué me pasaba. Lo de siempre.

Levanté la cabeza y simplemente la miré, alzando un poco el hombro. Su imagen estaba borrosa porque tenía los ojos anegados de lágrimas. Por suerte, solo con eso lo entendió todo.

—Vale... Tranquila... —me dijo en tono dulce.

Me rodeó con los brazos y me estrechó muy fuerte contra su cuerpo. Algunas lágrimas empezaron a derramarse por mis mejillas.

Judy sabía muy bien qué me sucedía. Lo había vivido otras veces, y también sabía que no era necesario que le hablara o que le respondiera, simplemente con abrazarme me calmaba y todo parecía volver un poco a su sitio.

—Todo está bien, Lizzie... —susurró bajito, acariciándome cariñosamente la cabeza con la mano—. Todo está bien...

Respiré hondo, tratando de tranquilizarme.

Deshicimos el abrazo y Judy me cogió el rostro entre sus manos.

—Todo está bien, ¿vale? —dijo.

Asentí con la cabeza varias veces.

—Siento haberte hecho venir —me disculpé.

—Es lo que tienes que hacer, llamarme siempre que me necesites. Te lo he dicho mil veces. Me hubiera enfadado contigo si no lo hubieras hecho. Y ahora dime qué ha pasado.

Lancé al aire un suspiro.

—No ha sido nada, Judy —comencé—. Al darle unos documentos a Logan para que los firmara se me ha subido la manga de la americana y ha visto las cicatrices de la muñeca.

—¿Y te ha dicho algo?! ¿Te ha soltado alguna impertinencia?! —saltó Judy, dispuesta a ir a su despacho y cantarle las cuarenta si era necesario.

—No, no, no... —me apresuré a contestar rápidamente, porque la veía atravesando el despacho en busca de Logan Mont Blanc—. No me ha dicho nada. Es solo que... Bueno, me he puesto nerviosa. —Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano—. Ya sabes que no llevo muy bien que me vean las cicatrices...

—Cariño, no pasa nada porque vean tus cicatrices —dijo Judy.

—Me avergüenza —apunté, bajando la mirada hasta mis manos—. Me recuerda lo que hice... La estupidez que estuve a punto de cometer.

Judy me cogió las manos y las apretó entre las suyas.

—Pero eso ya es pasado, Lizzie. Lo has superado. Lo estás superando día a día. —Para mí aquel argumento no era suficiente en ese momento—. Otras personas te han visto las cicatrices y saben la historia que hay detrás, y tú ya lo has aceptado, ¿por qué te importa tanto que Logan las haya visto?

Sorbí por la nariz.

—No sé... Por lo que pueda pensar.

—¿Te importa lo que pueda llegar a pensar Logan Mont Blanc de ti?

¿Me importaba? ¿Por eso había reaccionado de esa manera? No, claro que no. Lo que pensara Logan de mí tenía que darme igual, lo mismo que me daba igual lo que pensarán otras personas. Esa era la única forma que tenía de vivir, ignorando lo que la gente opinara de mí y de lo que intenté hacer un día.

—No... —negué.

—¿Te ha mirado de forma extraña o te ha incomodado?

—No, no, ha sido muy discreto. No ha dicho nada.

—¿Entonces?

Meneé la cabeza, quitándome de golpe todo lo que empezaba a asomarse por ella.

—Supongo que lo que pasa es que hoy no tengo un buen día —comenté.

Judy se me quedó mirando largamente.

—Has dormido poco y eso se nota —dijo.

—Sí, ya sabes cómo me afecta la falta de sueño. Además, anoche estuve pensando en Steven y se me ha juntado todo... —añadí.

No tenía pensado contárselo a Judy, pero el momento, o la presión que sentía por desviar el tema de Logan, hizo que se me escapara.

Judy se levantó y yo seguí el movimiento de su cuerpo con la mirada.

—Me pisa las tripas que dediques un solo minuto de tu tiempo y de tu vida a pensar en ese impresentable —dijo molesta—. No se lo merece. Lo que se merece es irse al infierno por cretino y cabrón de mierda.

Sonreí.

Siempre que mi hermana hablaba de Steven se refería a él en esos términos y con ese tipo de

calificativos. Al final terminaba arrancándome una risilla. Lo siento por Steven si le sangraban los oídos, pero que se jodiera. Bastante me había jodido él a mí.

—A él sí que deberías de haberle echado veneno en el café... —soltó.

—Ay, por Dios, Judy...

Mi hermana entornó los ojos para enfatizar lo siguiente que iba a decir.

—Sí, un veneno de esos que hiciera que se retorciera de dolor.

—Madre mía, como psicópatas no tenemos precio —señalé.

—Es que es lo que se merece, ese tío es un mierda.

—Judy, ya no estoy enamorada de Steven. Hace mucho tiempo que dejé de estarlo, pero hasta cierto punto es normal que piense en él de vez en cuando. Ha formado parte de mi pasado.

—Sí, lo sé, pero me da miedo que... —No se atrevió a concluir la frase.

—No me voy a obsesionar ni con Steven ni con nada de lo que ocurrió. Ya no. No he estado tantos meses en terapia para nada —bromeé.

—No lo permitas —dijo Judy.

—No lo voy a permitir, te lo prometo —dije para que se quedara tranquila y con el firme propósito de cumplir mi promesa—. La Lizzie de hace un par de años no es la Lizzie de ahora. Hoy en día soy mucho más fuerte, aunque tenga estas pequeñas crisis, pero no voy a caer en el pozo en el que caí. Nunca más. —Hice una breve pausa—. Todavía no me perdono por el dolor que te causé y por lo que te hice ver.

—Pues deberías perdonarte porque yo ya lo he olvidado. Lizzie, para mí lo más importante, lo *único* importante es que estás aquí y que sigues luchando. Sabes que te admiro mucho, ¿verdad?

Los ojos se me llenaron de orgullo. Joder, tenía la mejor hermana del mundo. La mejor. Mi recuperación se la debía en parte a ella, porque no me había dejado sola ni un segundo, y eso que fue un proceso muy duro.

—Yo sí que te admiro a ti, pequeñaja —dije.

Nos regalamos una sonrisa la una a la otra.

—¿Estás ya mejor? —me preguntó.

—Sí.

CAPÍTULO 29

LIZZIE

Aquel mismo día por la tarde, Logan se acercó hasta mi despacho para traerme firmada la documentación que le había dejado unas horas antes. Era cierto que no corría prisa, pero en aquella ocasión se había aplicado.

—Señorita Summers, el señor Mont Blanc está aquí, ¿le hago pasar?

Mery utilizaba los formalismos de cara a la galería. La profesionalidad que no faltara nunca en *Mont Blanc Enterprise*, aunque fuéramos un barco a la deriva y a punto de hundirse, y después, en confianza, me llamara por mi nombre de pila.

—Sí, por favor —dije.

Unos instantes más tarde Logan estaba frente a mi mesa, con el mismo chaleco, la misma camisa y la misma corbatita que tanto habían gustado a mi hermana... y a mí.

La camisa, de un color hueso, se ajustaba a los anchos hombros hasta quererte morir. Pero morir de verdad.

A ella le había hecho babear, pero a mí en esos momentos me faltaba poco.

Era el perfecto ángel vengador: guapísimo, elegante, irresistible, travieso... Solo le faltaban las alas negras.

Joder, ¿desde cuándo un hombre «vestido» (o desnudo) me ponía tan... perra? No sé si la palabra «perra» es la más apropiada, pero desde luego es la que más me definía. Además, estamos entre amigas, ¿no? No os lo vais a tomar por el lado que no es.

Bueno, y qué coño, si estaba perra estaba perra y punto. Que no tiene nada de malo. El único que no se podía enterar era Logan.

—Buenas tardes —me saludó.

—Buenas tardes —dije.

—Le traigo la documentación firmada. —Alargó la mano y me tendió la carpeta.

—Gracias, pero no corría prisa —comenté, cogiéndola.

—Sí, me lo dijo...

Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y eso hizo que la tela de la entrepierna se estirara. Creo que aparté la vista antes de que Logan se percatase de que era precisamente ahí donde estaba mirando, pero, mierda, era muy alto y sentada, los ojos me quedaban casi a esa altura.

—En realidad, le he traído los papeles firmados porque necesitaba una excusa para verla... —dijo.

El corazón me dio un brinco dentro del pecho.

—¿Para verme? —repetí, guardándome en el bolsillo la sorpresa que me había provocado su afirmación.

Ante todo, había que mantener las distancias. Logan Mont Blanc era el enemigo. Y esa era una verdad incuestionable.

—Sí, esta mañana... —comenzó, pero se detuvo y prefirió no continuar por ese camino—. Solo quería ver si estaba bien —dijo finalmente.

Me mordisqueé el labio de abajo.

Evidentemente no le iba a decir lo que me había pasado cuando había llegado a mi despacho. Él no tenía la culpa, y tampoco le incumbía. Y, seamos sinceras, yo no estaba preparada para hablar de ello con un desconocido, porque Logan no dejaba de ser un desconocido. La única persona con la que toleraba más o menos tocar el tema sobre mi intento de suicidio era con mi hermana, y la razón se basaba principalmente en que no me juzgaba ni emitía juicios de valor. Nunca lo había hecho, ni siquiera habiéndose encontrado el pastel que se encontró cuando abrió la puerta del cuarto de baño de mi piso.

Con mis padres lo había hablado alguna vez que otra, pero desde el día que pasó, ellos me trataban como si fuera una muñequita frágil y débil a punto de romperse, o como a una niña pequeña a la que este mundo se le queda grande y necesita ayuda para todo, y detestaba ese trato. Eran mis padres, me ponía en su lugar y los entendía, pero lo detestaba por encima de todas las cosas. Así que evitaba tocar el tema desde cualquiera de sus perspectivas, como si no existiera, como si nunca hubiera existido, como si nunca hubiera querido quitarme la vida. Y si me costaba hablarlo con mis seres queridos, haceos una idea del esfuerzo ingente que suponía decirle a los de fuera de casa que un día había intentado suicidarme cortándome las venas. Incluso a mi psicóloga le costó horrores conseguir que lo verbalizara. Era parte del proceso de curación y del tratamiento, pero me producía tanta vergüenza...

—Sí, estoy bien. Gracias —respondí.

—Vale. Me alegro.

—¿Seguro? —le vacilé un poquito, porque se había puesto serio.

Se me quedó mirando unos segundos.

—Señorita Summers, cuando le dije que yo no tenía nada personal en contra de usted, lo decía en serio. Esta guerra es con los Mont Blanc, no con usted —habló en un tono sobrio—. A veces es insoportable, pero la voy llevando. No me queda otro remedio más que aguantarla.

Solté un gruñido, indignada no, lo siguiente.

—¿Que yo soy insoportable? ¿Que no le queda otro remedio más que aguantarme? —repetí. Mi voz se volvió aguda—. El insoportable es usted, señor Mont Blanc. Insoportable y pesado, más que un elefante cogido en brazos.

—Es que nunca obedece mis órdenes.

Puse los ojos en blanco.

—¿Otra vez con lo mismo? —bramé—. Que yo no tengo por qué obedecerle, que no soy su empleada, ¿cuándo le va a entrar en la cabeza? —Me di unos golpecitos con el índice en la sien.

—Sé que no es mi empleada, pero de vez en cuando no estaría mal que me obedeciera.

Aquel hombre me consumía la paciencia, me la consumía entera.

Ladeé la cabeza.

—Señor Mont Blanc, ¿no tiene trabajo que hacer? —le pregunté con sarcasmo, para ver si se iba de mi despacho—. Tiene una empresa que hundir, ¿eso no lo distrae lo suficiente?

Sonrió.

—Tiene un sentido del humor un tanto negro —apuntó sin sacar las manos de los bolsillos.

—Negro tengo ahora mismo el aura —Hice un aspaviento con las manos—. Usted me lo pone de ese color. Negro como las nubes de tormenta. Por favor, vuelva a su trabajo para que tengamos el resto del día en paz.

Quería perderlo de vista lo antes posible.

—Espero que tenga buena tarde, señorita Summers —dijo con ironía en la voz.

—Igualmente, señor Mont Blanc —contesté, utilizando el mismo tono que él, no iba a dejar que quedara por encima de mí. De ninguna manera se lo iba a permitir. Antes muerta.

Se giró sobre sus talones y se alejó acompañado del repiqueteo de los zapatos.

Cuando salió de mi despacho, me dejé caer en el respaldo del sillón de cuero y suspiré sonoramente. Cada día lo detestaba un poco más. ¿Cómo era posible que nunca terminásemos una conversación como dos personas civilizadas? ¿Como dos adultos? Siempre acabábamos a la gresca.

Joder, y luego estaba ese extraño calor en el estómago que sentía cada vez que lo tenía cerca... Me moví incómoda en el sitio.

CAPÍTULO 30

LOGAN

No estaba seguro de si había hecho bien confesándole a la señorita Summers que en el fondo había ido a verla porque quería saber si estaba bien. Probablemente no debería haberlo hecho, probablemente tendría que haberme quedado callado. Uno no debe de mostrar ese tipo de cartas, porque quedan al descubierto determinadas jugadas, pero era la verdad.

Nuestro encuentro de la mañana no me había dejado un buen sabor de boca, por eso, aunque no corriera prisa, había firmado la documentación y se la había llevado esa misma tarde, por eso había ido a su despacho, para comprobar si estaba bien o si, por lo menos, no estaba mal.

Habíamos acabado discutiendo de esa forma en que discutíamos nosotros (irónica y a ratos absurda), así que eso me dio a entender que estaba bien, lo cual me alegraba. Y esto lo digo sinceramente.

No comprendía por qué la señorita Summers me importaba cuando no debería hacerlo, pero fuera por la razón que fuese, era algo que estaba ahí, era algo inevitable, y el propio impulso que nacía de esa inevitabilidad había hecho que fuera a preguntarle cómo se encontraba.

Y después estaban esas cicatrices rosáceas que había visto en su muñeca. La imagen se había quedado grabada en mi cabeza a fuego. Había tratado de sacármela de la mente (porque tampoco me incumbía), pero no había corrido mucha suerte.

No era por nada morboso, pero me turbaban, por lo que pudiera haber detrás de ellas. No me gustaba pensar que la señorita Summers habría querido quitarse de en medio en algún momento de su vida.

¿Por qué? ¿Por qué haría algo semejante?

No la conocía mucho, pero era una tía inteligente, divertida, luchadora y muy guapa. ¿Qué podría haberla llevado a tal extremo, en el caso de que esas cicatrices encerraran un intento de suicidio?

El teléfono fijo del despacho me sacó de mis cavilaciones.

—¿Sí?

—Señor Mont Blanc, su abogado quiere verlo, ¿le hago pasar? —me preguntó mi secretaria.

—Sí, claro —respondí.

Al entrar Simon en el despacho intenté dejar a un lado todo lo que andaba revoloteando por mi cabeza y me centré en el trabajo y en la razón por la que estaba en *Mont Blanc Enterprise*, porque últimamente se me olvidaba con mucha frecuencia.

Cuando terminé de todo lo que tenía que hacer aquel día, ya no quedaba nadie en la empresa. A mi secretaria la había mandado hacer un buen rato a casa y con Simon y el resto del equipo asesor había hecho igual. Me gustaba quedarme solo trabajando a última hora, estar a mi aire, aprovechar que el edificio se vaciaba para disfrutar de su silencio, mientras la noche se hacía con el protagonismo del cielo de Nueva York.

Miré en dirección al despacho de la señorita Summers al salir del mío. Siempre lo hacía. No sería la primera vez que se quedaba trabajando hasta tarde, pero aquella vez no salía luz por

debajo de la puerta, lo que me llevó a pensar que se había marchado.

Bajé en el ascensor hasta el aparcamiento privado de la empresa, que ocupaba cuatro enormes plantas en el subsuelo.

Me acercaba al coche cuando escuché el sonido de un vehículo que se ahogaba antes de ponerse en marcha. Oí un par de intentos más para arrancar el motor, pero ninguno de los dos dio su fruto. Unos segundos después el aire me trajo un gruñido y un ¡mierda!, y reconocí la voz de la señorita Summers.

Se bajó del coche, un Mercedes Benz Clase A de color rojo, y, enfadada, dio un pequeño puntapié al neumático con su elegante zapatito de tacón. El gesto me obligó a sonreír. Aquella chica era de lo que no había.

—¿Tiene algún problema? —le pregunté, acercándome a ella.

Se giró hacia mí, y no supe interpretar con certeza si la expresión de su cara mostraba alivio por verme allí o un cansino «no puede ser». Tal vez había tenido ya suficiente Logan Mont Blanc por ese día.

—El coche no me arranca —respondió.

—Quizá se le ha descargado la batería —dije.

Pasé por delante de la señorita Summers y desde la ventanilla di al contacto, pero no se encendió ningún testigo en el salpicadero que avisara de una posible avería ni el ordenador de a bordo tenía en la pantalla mensaje alguno.

—Puede que sea el alternador, que no carga la batería correctamente.

—Llamaré a la grúa —dijo la señorita Summers.

Metió la mano en el bolso para sacar el teléfono.

—¿Para qué? —le pregunté.

Con el móvil en la mano, alzó los ojos y me miró.

—¿Cómo que para qué? Para que se lleve mi coche al taller.

—¿A estas horas? ¿Por qué no espera a mañana? Total, ahora no se lo van a arreglar —dije—. No se preocupe, yo la acerco a casa.

—Gracias, pero prefiero llamar a un taxi —contestó.

—¿Tan tarde? Llegaría antes a casa si llama a la grúa para que le lleven el coche al taller.

Bufó, cruzándose de brazos.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer? —me preguntó, moviendo ligeramente la pierna.

—Ya se lo he dicho, yo la acerco a casa.

—Pero es que no quiero que me lleve a casa.

—¿Cuándo cojones va a obedecerme?

—Nunca.

Respiré hondo, armándome de paciencia.

—Vale... ¿Cuándo va a seguir mis recomendaciones?

—Nun-ca —respondió, vocalizando perfectamente cada sílaba.

—Bien, entonces llame a la grúa o a un taxi. Haga lo que quiera —dije.

Me di la vuelta y enfilé los pasos hacia mi coche.

—¡¡Joder, lo que me faltaba!! —la exclamación rebotó en las paredes del aparcamiento.

Cuando me giré para ver qué había pasado, vi que el tacón del zapato izquierdo de la señorita Summers se había quedado enganchado en una de las rejillas del suelo. Me apoyé en el capó del coche y durante un rato la estuve mirando mientras, en cuclillas, trataba de liberar el zapato, aunque sin mucho éxito.

Alzó el rostro hacia mí.

—¿Se va a quedar ahí mirando como un pasmarote? —dijo.

Me crucé de brazos con actitud altanera.

—¿Acaso necesita ayuda?

—¿Usted qué cree? —me preguntó con malas pulgas.

—Quítese el zapato y dé un tirón fuerte.

—¡¿Está loco?! —Por poco los ojos no se le salieron de las órbitas—. Rompería el tacón y estos zapatos son unos Christian Louboutin.

—¿Unos Christian qué...? —Sabía sobradamente quien era Christian Louboutin, pero me lo pasaba muy bien vacilándola.

Chasqueó la lengua contra el paladar.

—¡Oh, joder, da igual! ¿Va a ayudarme o no?

—Tal vez si me lo pide con educación...

—¿A qué se refiere?

—Usted es una *niña de bien*, ya sabe a qué me refiero.

—No diga «niña de bien» como si fuera un delito —dijo molesta.

—Las cosas se piden «por favor», señorita Summers. —Me miré las uñas con coquetería para enfadarla aún más.

—¡Me tiene harta, señor Mont Blanc! —dijo, tratando de sacar el zapato de la rejilla y resistiéndose a pedirme ayuda.

—Pues es solo el principio. Nos quedan muchas semanas por delante, señorita Summers.

—¡Váyase a la m...! —apretó los labios con fuerza, callándose en el último momento la palabra «mierda». Dios, hace que me olvide de mis buenos modales —se quejó, tironeando una y otra vez del zapato.

—No se preocupe, yo ya no tengo nada que hacer aquí, así que me voy, aunque no exactamente donde a usted le gustaría —dije.

Y sin más, me erguí en toda mi estatura, al tiempo que sacaba el mando a distancia del bolsillo de mi chaqueta y me daba media vuelta, dispuesto a largarme de allí. Apunté con él al coche y lo pulsé. Un guiño de las luces intermitentes llenó el ambiente de un destello naranja.

Abrí la puerta del copiloto, me quité la chaqueta del traje y la doblé por la mitad para echarla sobre el respaldo del asiento. Odiaba las arrugas en la ropa y las evitaba a toda costa, y de paso, hacía tiempo para que la señorita Summers me pidiera que la ayudara, porque estaba convencido de que lo haría... no tardando mucho.

—Por favor, ayúdeme a sacar el zapato de la rejilla —le oí decir a mi espalda.

Y ahí estaba.

¡Bingo!

Ay, señorita Summers...

Con la puerta del coche abierta, me giré de nuevo y fui hasta ella.

—Ve como todo es más fácil y más rápido si me obedece —dije al alcanzarla, con un brillo divertido en los ojos.

Ella me fulminó con los suyos.

CAPÍTULO 31

LIZZIE

Odiaba a Logan Mont Blanc. Lo odiaba con todas las partes del cuerpo con las que se puede odiar a una persona. No solo con el corazón y la cabeza, lo odiaba también con el hígado, con las tripas, con cada una de mis vísceras (si es posible). Me reventaba que se saliera con la suya, y que me mirara de esa forma canalla con que me miraba.

Dios.

Me daban ganas de gritar. (A ser posible en su oído para dejarlo sordo).

—Sujétese a mi hombro y yo intentaré sacar el tacón de la rejilla —me indicó.

—No vaya a tirar muy fuerte, no quiero terminar en el suelo —comenté.

—Relájese, sé lo que hago.

Se agachó y yo me sujeté a su hombro para no perder el equilibrio, como me dijo, sin poner ninguna objeción.

Mientras trasteaba con mi zapato, intenté no pensar (y no perderme) en lo agradable que resultaba su mano tocándome el pie, en su cuerpo tan cerca del mío, rozándome; en el olor de su fragancia masculina inundando mis fosas nasales y embriagándome como pocas cosas en este mundo.

Durante un nanosegundo pensé que iba a perder el sentido.

—Tenga cuidado —le pedí, observando como faenaba.

Necesitaba quitarme de encima el efecto que tenía sobre mí.

—Tranquila, ya sé que son unos zapatos carísimos. Tendré cuidado.

—Vale.

Trasteó unos instantes más.

—Ya está.

Por fin pudo liberar el dichoso zapato de la rejilla, sin embargo no me soltó. Antes de que pudiera reaccionar, me cogió en brazos. No pude evitar soltar un gritito de la impresión y la sorpresa. Lo que menos esperaba es que me cogiera en volandas. Madre mía, me alzó como si no pesara nada.

—Pero ¿qué hace? —fue lo único que tuve capacidad para decir.

—Voy a meterla en mi coche antes de que empiece a protestar o se le quede otra vez el tacón atascado en la rejilla —contestó.

Por un lado quería que me bajara. Aquello era poco menos que un atraco a mano armada. Me había pillado totalmente desprevenida. Pero por otro os confieso que quería quedarme eternamente en sus brazos.

¿Qué me estaba pasando con Logan Mont Blanc? ¿Por qué sentía todas aquellas cosas cuando lo tenía cerca? La respuesta que asomó a mi cabeza me dejó sin palabras.

Cuando me quise dar cuenta estaba sentada en el asiento del copiloto de su coche.

Logan cogió el cinturón de seguridad y estirándose por encima de mí, me lo abrochó. No me hubiera quejado, aunque hubiera querido, porque se me había volatilizado cualquier capacidad para reaccionar cuando su rostro quedó a unos centímetros del mío. Tan cerca que pude ver la

sombra de barba que le cubría la poderosa mandíbula.

—¿Está cómoda? —me preguntó.

Usé la parte racional de mi cerebro que aún funcionaba para responder.

—Sí.

Carraspeé cuando se separó de mí.

En silencio lo vi rodear el coche, abrir su puerta y ponerse al volante con una elegancia que me hizo tragar saliva. No pude evitar fijarme en que sus dedos eran largos y ágiles. Me obligué a apartar la mirada.

El motor ronroneó al arrancarlo y entonces Logan giró el rostro hacia mí.

—¿No va a protestar? —me preguntó.

No quise mirarlo, preferí seguir con los ojos al frente para mantener la compostura. Logan hacía que perdiera el rumbo de los pensamientos, y lo hacía con demasiada facilidad. Cuando me quería dar cuenta, ¡pum!, ya estaba pensando en lo que no debía.

—¿Serviría de algo? —pregunté a su vez, resignada.

Mi cerebro parecía que había empezado a espabilarse.

—No —contestó él.

Puse los ojos en blanco.

—Entonces, ¿para qué voy a protestar?

—Porque lo hace por sistema.

—Yo no protesto por sistema —le rebatí, volviendo la cabeza hacia él—. Todo lo contrario, soy una persona tolerante y comprensiva, abierta a todas las ideas que la gente quiera aportar. Puede preguntarle a cualquiera, pero es que usted me saca de quicio. Siempre quiere que haga lo que dice, como si fuera palabra sacrosanta, y las cosas no funcionan así.

—Si pudiera me echaría a los leones, como en la Antigua Roma, ¿eh? —comentó—. Dejaría que me despedazaran vivo mientras usted disfrutaría con el espectáculo...

Lo miré de reojo y me quedé pensando en esa posibilidad.

—No me dé ideas —dije en tono de broma.

Logan echó un poco la cabeza hacia atrás y soltó una risotada, mostrando su dentadura perfecta y blanca. El sonido grave y masculino vibró en el pequeño espacio interior del coche.

Era odioso, pero encantador. Joder, era tremendamente encantador. Y eso era lo peor de todo.

Quería odiarlo más, odiarlo de verdad, no solo porque me sacara de mis casillas; y me jodía no poder hacerlo, me jodía que me pareciese encantador, pese a todo, pese a quien era.

Hacía tanto que no me sentía así.

Y eso que mi instinto asesino había vuelto a surgir mientras trataba de sacar el puñetero zapato de la rejilla. Había visto a Logan esbozar una sonrisilla mientras me miraba impasible apoyado en el capó, como si disfrutara al verme en apuros y sabiendo que probablemente él sería el único que podría sacar el zapato de allí sin hacer un destrozo importante en el tacón. ¡Pero eran unos Louboutin! Me habían costado una fortuna en su día, no me podía permitir el lujo de hacerles un simple araño, y menos en las circunstancias en las que estaba (tal vez no volvería a comprarme unos Louboutin en lo que me quedaba de vida) y, además, ¡eran unos de mis preferidos!

Hicimos el camino en silencio, escuchando *Zyon Seven Radio*, una emisora dedicada al pop de la década de los ochenta.

Entre el repertorio sonaron un par de canciones de los primeros tiempos de Madonna y del grupo Roxette, entre otros.

—¿Le gusta la música de los ochenta? —le pregunté, aunque era obvio que sí.

Afirmó con la cabeza sin apartar los ojos de la carretera.

—Es la mejor década musical de la historia. Los mejores grupos y cantantes han sonado en esos años.

—Me gusta Queen —comenté.

—¿A quién no le gusta Queen? Freddy Mercury es la mejor voz masculina de la historia.

—Sí, *Bohemian Rhapsody* es brutal.

—¿La canción o la película?

—Las dos, pero la canción es una genialidad.

—Eso no puedo discutirlo.

Giramos el rostro para mirarnos y sonreímos.

CAPÍTULO 32

LOGAN

Nueva York estaba tranquila, o todo lo tranquila que puede estar una ciudad de su envergadura. No había mucho tráfico y se circulaba sin mayores problemas por las calles. Pero a veces no es necesario que haya mucho movimiento de coches para llevarse un susto. A veces solo son necesarias unas piernas...

A la señorita Summers se le había subido la falda al sentarse, dejando a la vista las rodillas y parte de los muslos. La vista se me fue hacia ellas y quité los ojos de la carretera unos segundos. O eso creí. Pero quizá fueron algo más de unos segundos. No lo sé. Porque cuando me quise dar cuenta me tocó dar un frenazo para no chocar con el coche que estaba parado delante de nosotros, esperando que el semáforo se pusiera en verde, cuando oí gritar a la señorita Summers.

—¡Frene!

Hundí el pie en el pedal del freno y el coche se paró en seco, lo que provocó que la inercia tirara de nuestros cuerpos hacia adelante.

—¡Tenga cuidado! —me amonestó la señorita Summers, que había clavado los dedos en el salpicadero—. ¿En qué demonios va pensando?

«En tus jodidas piernas», respondí en silencio.

—Lo siento... —me disculpé.

—¿Quiere matarme? ¿Eso es lo que quiere? ¿Por eso se ha empeñado en llevarme a casa?

—No, joder... —Me pasé la mano por el pelo—. Es que pensé que el semáforo ya había cambiado —me excusé. La señorita Summers meneó la cabeza—. Relájese —le pedí, al ver que sus manos seguían aferradas al salpicadero.

—¿Cómo quiere que me relaje? Hemos estado a punto de matarnos.

—¡Por Dios Bendito! ¡A punto de matarnos! —me mofé—. No sea exagerada. Está bien, ¿no? Bufó con teatralidad.

—No soy exagerada, si no le llego a avisar nos estampamos.

Sonreí con ironía.

—¿Ha visto el coche en el que vamos? Es como un tanque. No se hubiera enterado del golpe. Ha sido más el susto del frenazo y su chillido —le reproché.

—Ahora voy a tener yo la culpa —se quejó.

Guardé silencio unos instantes y la miré. Se estaba acomodando de nuevo en el asiento.

—De verdad que lo siento. No volverá a pasar —me disculpé otra vez con sinceridad.

No, no volvería a pasar. Lo único que tenía que hacer era no mirar sus piernas. Nunca.

La señorita Summers asintió, conforme.

—El semáforo ya se ha puesto en verde —dijo, más tranquila.

Llevé la vista al frente, arranqué el motor y continué circulando.

La señorita Summers vivía en *Hudson Square*, uno de los barrios más caros y exclusivos de Nueva York. Al lado de TriBeCa y del SoHo. Hay quienes dicen que este barrio y su vecindario es la parte más elegante de la ciudad, y puede que tengan razón.

Gran parte de sus calles están arboladas y las forman edificios de estilo federal, decoradas con detalles del renacimiento griego, de tres o cuatro pisos, construidos durante la primera parte del siglo XIX.

Y ahí vivía ella, en pleno distrito histórico de *Charlton-King-Vandam*, en una casa adosada de ladrillo caravista, ventanas blancas con verjas negras, escaleritas con balaustrada de metal y una puerta oscura enclavada bajo un pequeño pórtico de columnas de estilo griego.

—Es aquí —dijo, señalando con el dedo índice el número 35.

Puse la intermitente y me desvié hacia la derecha, para aparcar el coche en un estacionamiento libre que había frente al edificio.

—Gracias por acercarme —me agradeció.

—Ha sido un placer —dije.

Abrió la puerta y se apeó del coche. La observé subir las escaleras de piedra, buscar la llave en el bolso y abrir. No le quité el ojo de encima hasta que finalmente se metió en casa, y no solo para asegurarme de que llegaba bien, sino porque no podía. En toda mi vida me había pasado algo semejante con una mujer.

Había tenido mis escarceos (nada serio), unas mujeres me habían atraído más que otras, pero ninguna me dejaba con la vista pegada al contoneo de su cuerpo como lo hacía la señorita Summers.

Era hipnótico.

Todo de ella me resultaba así.

Sacudí la cabeza para quitarme todos los pensamientos referentes a ella que tenía encima, giré el volante hacia la izquierda, aceleré y me incorporé de nuevo a la calzada, camino de mi casa.

Al día siguiente estuve bastante ocupado. Papeles por un lado, contratos de mis otros negocios por otro (ahora mi centro de operaciones estaba en *Mont Blanc Enterprise*, hasta que todo aquello acabase), y cuatro reuniones con diferentes empresarios. Entre ellos con el gerente del grupo saudí que estaba interesado en comprar parte de los activos de la marca.

Un caos. Pero en algún momento dentro de toda esa vorágine, la imagen de la señorita Summers aparecía en mi mente.

Surgía sibilina y furtiva, sin previo aviso y se quedaba ahí, agazapada, en silencio. Sin hacer ruido, pero muy presente. Varias veces me descubrí (y sorprendí) pensando en ella, sin venir a cuento.

Y me molestaba, porque la señorita Summers no tenía nada que hacer en mi cabeza. Nada.

A última hora de la tarde me acerqué a su despacho. Ya en la recepción, donde estaba la mesa de su secretaria, empecé a escuchar las voces altisonantes. La señorita Summers estaba discutiendo con alguien.

—Buenas tardes, señor Mont Blanc —me saludó su secretaria.

—Buenas tardes —respondí. Me quedé mirando la puerta del despacho—. ¿Con quién está la señorita Summers? —le pregunté.

Me había parecido la voz de Henry, pero quería asegurarme.

—Con Henry Mont Blanc —contestó la secretaria.

—¿Llevan mucho tiempo discutiendo?

—Un buen rato.

Tuve la sensación de que la secretaria de la señorita Summers estaba nerviosa. La expresión

de su rostro reflejaba inquietud y no dejaba de mordisquearse el labio.

No me lo pensé dos veces.

Eché a andar y abrí la puerta del despacho. No sabía si tenía derecho o no a interrumpir, pero no me estaba gustando ni un pelo el tono que estaba utilizando Henry en la discusión. Fuera cual fuera el motivo, parecía demasiado elevado y demasiado irrespetuoso.

Ambos estaban de pie en mitad del despacho cuando entré, y no sé si eran solo imaginaciones mías, pero me dio la impresión de que Henry estaba muy cerca de la señorita Summers, invadiendo su espacio personal.

Los dos volvieron el rostro hacia mí a la vez.

—¿Va todo bien? —pregunté, mirando exclusivamente a la señorita Summers. Era su respuesta la que me interesaba.

Algo en su cara me contestó que no. Tenía las mejillas sonrojadas, le brillaban los ojos y no parecía muy cómoda.

—¿Cómo se te ocurre entrar sin llamar?! ¿No ves que estamos ocupados?! —me inquirió Henry, con malas pulgas por haberlos interrumpido.

Lentamente arrastré mis ojos hacia él. Hasta ese momento no me había molestado en mirarlo.

—Relaja el tono con el que te diriges a mí —le advertí con voz seria.

Henry frunció el ceño, contrayendo las cejas negras, indignado. Sobra decir que no le hacía ninguna gracia que le hablara en esos términos, pero ese no era mi problema.

La señorita Summers se movió incómoda en el sitio. Intuí que quería quitarse de encima a Henry como fuera, y ese deseo era algo que yo podía cumplir... rápidamente.

—Lárgate —le ordené a mi medio hermano, mirándolo directamente a los ojos.

—¿Qué?! —dijo visiblemente desconcertado, como si no hubiese oído bien o no se creyese que le estuviera diciendo aquello.

—Que te largues —repetí en un tono que no admitía réplica, pero que Henry, claro está, iba a dármele.

—No eres nadie para echarme —dijo con suficiencia y sumo desprecio.

Con ese mismo desprecio con el que me trataban mi padre y Rod y Joe, con el que me habían tratado desde que tenía uso de razón. Era tan intenso, tan violento, tan profundo y estaba tan arraigado en sus entrañas, que a veces daba la sensación de que se podía tocar, como si fuera algo material, sólido; visible.

El amago de una sonrisa cargada de mordacidad llegó hasta mis labios. Pero se quedó en eso, en un leve amago, en un aviso.

—Ahora soy el dueño de esta empresa —afirmé rotundo, porque parecía que se le había olvidado—, y si no te vas de aquí por las buenas, llamaré al personal de seguridad para que te echen por las malas, y no solo del despacho, también del edificio.

Henry me dedicó una mirada como si quisiera matarme en el acto. Sus ojos eran como dos cuchillas perfectamente afiladas. Yo no me inmuté. En mi rostro no se agitó ni un solo músculo. Al ver mi impasibilidad, miró a la señorita Summers. Ignoro si esperaba que intercediera por él o qué, pero ella no dijo nada, permaneció en silencio, esperando a que se fuera.

Di un paso hacia adelante al ver que mi medio hermano no se movía, como si todavía creyera que tenía algún derecho sobre el suelo que pisaba. Si hacía falta, yo mismo le agarraría del brazo y lo sacaría a patadas del despacho. Ganas no me faltaban, os lo aseguro.

—¿Qué te largues! —volví a decir.

Henry apretó los dientes con fuerza y siseó, consciente de que llevaría a cabo mi advertencia

de llamar al personal de seguridad si no se iba.

Miró a la señorita Summers una última vez y, lanzando al aire una especie de gruñido, se giró en redondo sobre sus pies y salió del despacho dando zancadas y cerrando la puerta con un portazo.

Diría que los Mont Blanc llevaban en la sangre la falta de educación, si no fuera porque yo era uno de ellos. Aunque lo que había criado Jeff Mont Blanc eran tiranos y no personas.

Ya a solas, le devolví mi atención a la señorita Summers, y le pregunté:

—¿Está bien?

Se mordisqueó los labios y asintió en silencio inclinando la cabeza. Estaba en medio del despacho, cruzada de brazos como si fuera un escudo protector.

—Sí —contestó, y el monosílabo salió de su boca como si hubiera tenido que atravesar el nudo que tenía en la garganta.

—¿Qué ha pasado? ¿A qué ha sido debida esa discusión, si no es por nada personal? —le pregunté.

Negó débilmente con la cabeza.

—El ambiente está con mucha tensión —fue su escueta respuesta.

Pero algo me decía que eso no era lo único, que había algo más... La expresión de su rostro, su nerviosismo, la inquietud que reflejaban sus ojos grises... Naturalmente no insistí. No era quien para hacerlo. La señorita Summers no tenía ninguna obligación de responderme si no lo creía necesario.

—Señorita Summers, si Jeff o alguno de mis hermanos la molestan a usted o a su hermana, hágamelo saber —dije—. Yo me encargaré de ellos. Ninguno tiene poder sobre usted, ninguno es su jefe ya.

—Todo está bien —comentó—. Si me disculpa un momento...

Pasó por delante de mí.

—Claro —contesté—. Señorita Summers... —Mi voz la detuvo al alcanzar la puerta—, no olvide lo que le he dicho.

No se volvió para mirarme.

—Gracias —dijo.

Abrió y salió del despacho.

CAPÍTULO 33

LIZZIE

Cerré la puerta de mi despacho a mi espalda, dejando a Logan dentro, y me dirigí hacia los servicios de la planta. Mery no estaba sentada detrás de su escritorio, lo que agradecí, así me evitaba preguntas. En esos momentos no tenía muchas ganas de responder a nada. Solo quería estar un momento a solas.

Entré en el servicio, en el que no había nadie, y me acerqué a uno de los sofisticados lavabos de mármol. Estiré la mano y di el grifo del agua fría. Necesitaba refrescarme un poco, espabilarme, así que me mojé los dedos y me los pasé por el cuello y por la nuca.

Me subí un poco las mangas del jersey y coloqué las muñecas bajo el chorro de agua.

Suspiré tratando de contener las lágrimas (no quería llorar), y alcé los ojos para mirarme en el espejo que se extendía de lado a lado de la pared. Tenía las mejillas rojas, la mirada vidriosa y me sentía acalorada. La trifulca con Henry había sido de campeonato.

Nunca había agradecido tanto una interrupción como la de Logan, y no sé la razón, pero me alegré de que fuera él el que entrara en el despacho (incluso aunque lo hiciera sin llamar), quizá porque pensé que sería la única persona capaz de contener a Henry.

Se estaba poniendo... muy cargante, mucho, por decirlo de alguna manera que no hiera susceptibilidades.

La llegada de Logan nos tenía a todos muy nerviosos y aunque Jeff y sus hijos trataban de mostrarse indiferentes a él, como si todo aquello no fuera con ellos, no era cierto. Ni muchísimo menos. Solo era un paripé.

Henry estaba alterado, irritable, y juraría que se había presentado en mi despacho con más alcohol de la cuenta en las venas. No había que ser muy avisado para saber que había trasnochado. Tenía unas ojeras que le llegaban a los pies.

En la empresa se rumoreaba que desde que Logan había regresado, Henry había salido una noche tras otra sin parar, que empalmaba las juergas que se corría y que no quedaba garito de buena o de mala muerte en Nueva York sin visitar, y al parecer tanta fiesta y tanto desorden en su vida estaba empezando a pasarle factura, a juzgar por el modo en el que se comportaba.

La puerta del servicio se abrió en ese instante. Rodé los ojos en su dirección y vi la figura de Mery entrar a través del espejo.

—Estás aquí... —dijo, cuando nuestras miradas se encontraron—. Lizzie, ¿estás bien?

Me giré hacia ella.

—Sí —contesté, cogiendo unos pañuelos de papel para secarme las manos.

—Menuda bronca con Henry Mont Blanc, ¿qué mierda le pasa? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—Supongo que la situación en la que está la empresa y con Logan por aquí, los nervios están a flor de piel.

—Siento no haberte anunciado la entrada de Logan en el despacho, pero no me ha dicho nada, ha echado a andar y ha abierto la puerta sin dejar que te avisara —se disculpó Mery.

Moví la mano.

—Tranquila —dije. Después de secarme las manos, arrugué los pañuelos de papel y los tiré a la papelera—. Y casi prefiero que haya entrado, para que le haya parado los pies a Henry.

—La cosa estaba fea, ¿verdad? Esa es la impresión que daba desde fuera, y creo que es la impresión que ha tenido Logan, por eso ha entrado.

—Sí. Henry tiene la mala manía de meterse donde no lo llaman y de hablar de lo que no le concierne. Sobre todo, últimamente.

Otra vez había vuelto a sacarme el tema de Steven, de él y yo, y de lo que sentía por mí, aparte de otras tantas estupideces.

—Te juro que ha habido algún momento en el que he pensado llamar al personal de seguridad —me confesó Mery.

Y no me extrañaba, la verdad, porque nuestros gritos tendrían que estar oyéndose hasta en la recepción de la entrada.

Me agarré al borde del mármol y me recosté en la encimera.

—Creo que Henry se había pasado con alguna que otra copa —comenté.

Mery abrió sus ojos marrones como platos.

—¿Estaba borracho? —preguntó, atónita.

—No tanto como borracho, pero sí con alguna copa de sobra, como te he dicho. Por lo menos esa es la impresión que me ha dado.

Mery arqueó las cejas perfectamente depiladas en un gesto muy significativo.

—O lo que no es copa... Y ya sabes a qué me refiero —dijo.

Sí, sabía a qué se refería. El alcohol, las prostitutas de lujo y las fiestas en general no eran los únicos vicios de Henry Mont Blanc. O no de los únicos que se hablaba.

—O lo que no es copa —repetí asintiendo, dándole la razón a Mery.

Se acarició la frente con la mano.

—Joder, Lizzie, ¿a qué niveles está llegando ese hombre? Están las cosas como están y él se da más a la juerga y a la mala vida que nunca. No me extrañaría que no haya dormido y que estuviera todavía con la mona de ayer.

—Eso mismo he pensado yo.

Me sorprendí al comprobar lo bien que todas conocíamos a Henry, lo conocíamos como a la palma de nuestra mano. Menuda reputación se gastaba el tipo.

—Es un crápula. Qué manera de joderse la vida habiéndolo tenido todo —comentó Mery.

—A veces pasa cuando no te ha costado un mínimo de esfuerzo y de trabajo conseguir las cosas, cuando te crees que la vida te va a dar todo lo que le pidas sin más, por tu cara bonita.

—Esta gente se ha creído en algún momento Dios.

—Durante mucho tiempo lo han sido, o lo más parecido a Dios que se puede ser. Los Mont Blanc han tenido el mundo entero a sus pies —aseveré.

Y sabía de lo que hablaba.

—Sí, y ahora ese mismo mundo que tenían a sus pies les ha masticado, les ha deglutido y está a punto de cagarlos.

Se me escapó una risilla maliciosa que traté de ocultar con la mano. Fue inevitable. El paralelismo que había hecho Mery de la situación actual de los Mont Blanc era bastante bueno. Después adoptó una expresión seria.

—Me alegro de que Logan Mont Blanc haya puesto a Henry en su sitio. La discusión estaba adquiriendo un tono bastante feo.

—Incluso le ha echado del despacho, le ha dicho que se largara y le ha amenazado con llamar

al personal de seguridad si no se iba por las buenas.

—Por eso Henry ha salido con esa cara de asesino en serie.

—¿Lo has visto?

—Sí, estaba terminando de hacer unas fotocopias de unos documentos para bajarlas al Departamento Financiero —contestó Mery—. Se hubiera llevado por delante a cualquiera que hubiera aparecido en su camino.

—Imagínate, Mery, la persona a la que más detesta echándolo fuera del despacho.

—No me explico cómo pueden odiar tanto a Logan sabiendo que es su hermano.

—Es lo que han visto y lo que les ha enseñado el padre —dije.

—Es normal que Logan quiera acabar con la empresa y no dejar ni las cenizas. Es *vox pópuli* cómo le ha tratado esa gente durante toda su vida. Las humillaciones, los desprecios, los insultos...

—Judy y yo también lo pensamos... Es comprensible que Logan haya venido con ganas de arrasar con todo. —Hice una pausa y miré mi reloj. Habíamos estado más de quince minutos en el servicio. Así no se levantaba un país—. Será mejor que nos pongamos a trabajar, ya hemos cotilleado bastante por hoy —dije, al tiempo que me erguía.

—Entonces, ¿estás bien? —quiso cerciorarse Mery.

—Sí, sí. No voy a dejar que Henry me estropee el día —respondí.

Mery sonrió.

—No merece la pena —dijo.

CAPÍTULO 34

LIZZIE

Los días siguientes estuvieron más tranquilos, aunque era una calma ficticia, irreal, como la que precede a la tormenta. Henry no volvió a aparecer por mi despacho (ni por ningún lado), pero lo haría en algún momento más tarde o más temprano, como era su costumbre como buena mosca cojonera, y yo procuré no encontrármelo. No tenía muchas ganas de verle la cara, la verdad. No después de la bronca que habíamos tenido. Lo mejor era poner distancia entre nosotros y sosegar los ánimos para que la sangre no llegara al río.

Estaba revisando unos informes de cuentas cuando llamaron al despacho.

—Adelante —dije, alzando la cabeza para ver quién era.

Mery asomó su pelo rizado negro y su rostro risueño por la puerta y dijo, con una sonrisa que se extendía de oreja a oreja:

—Eh, Lizzie, mira lo que te han traído...

Terminó de abrir la puerta y entró en el despacho. Os prometo que me quedé ojiplática cuando vi el pedazo ramo de flores que llevaba en las manos. Por poco no se me cayeron los ojos al suelo de la impresión. ¿Había dicho que eran para mí? ¿En serio? ¿No era una equivocación?

Hice rodar el sillón hacia atrás y me levanté para rodear la mesa y ver el ramo de flores de cerca.

—No me digas que no es precioso —comentó Mery, mostrándomelo.

Precioso no era la palabra adecuada. El ramo era una puta pasada. Parecía salido directamente de las novelas de Jane Austen. Estaba compuesto por rosas sweet, crisantemos, tulipanes malva, paniculata... Todo en tonos dulces.

Mery me miró, pero yo no podía dejar de contemplar las flores. La exquisita fragancia que desprendían emergía indiscreta y se expandía por el aire, perfumando el despacho.

—¿Crees que será de Henry para pedirte perdón por la discusión del otro día? —planteó.

Le dirigí una mirada cargada de escepticismo.

—¿Henry enviando flores? Él no haría algo así. —Me incliné y las olí, mientras acariciaba suavemente con los dedos uno de los tulipanes.

—¿Ni siquiera por ti? Tú le gustas —apuntó Mery.

Di media vuelta y me acerqué a una de las estanterías del despacho con la intención de coger un búcaro de bronce, obra de no sé qué diseñador (poco importaba a esas alturas), para poner las flores. Al menos ahora le iba a dar una utilidad más allá de la meramente decorativa.

—Yo no le gusto, solo está encaprichado conmigo porque le he rechazado —contesté, dirigiéndome de nuevo hacia Mery—. Henry solo se gusta a sí mismo.

Tomé el ramo de sus manos y lo metí con cuidado en el búcaro.

Mery agachó un poco la cabeza y rio.

Apoyé el búcaro en la mesa y busqué si el ramo tenía tarjeta. La encontré pegada al bonito papel decorativo de color morado que lo envolvía. La tomé con esmero para no romper el papel y con la uña quité la pequeña gota de lacre que sellaba el sobre blanco. Desde luego no le faltaba detalle.

Impaciente por saber quién me había mandado las flores, pues mi cabeza no lograba atinar con un nombre, saqué el cartoncito y lo leí para mí.

«*Es un placer trabajar contigo.*

Joss».

Sonreí ligeramente.

—¿Quién te las envía? ¿Se puede saber? —preguntó Mery, que estaba tan impaciente como yo.

—Joss —respondí.

—¿Joss Mills? ¿El gerente de *Diamond Clothes*?

—Sí.

—Vaya... Yo sé de una a la que le ha salido un admirador —dijo en tono meloso.

En ese instante tocaron otra vez a la puerta.

—Adelante —dije por segunda vez.

Judy abrió.

—¿Se puede?

—Sí, pasa —respondí, haciendo un ademán con la mano para que entrara.

—¿Y esas flores? —me preguntó, al ver el ramo encima de la mesa, mientras avanzaba hasta nosotras—. Son preciosas.

—Me las ha enviado Joss —contesté.

Mery miró a Judy de reojo antes de que ella hiciera algún comentario.

—A tu hermana le ha salido un admirador —se apresuró a decir, levantando las cejas un par de veces.

Puse los ojos en blanco.

—¡Yo ya te había advertido que le gustabas! —apuntó Judy, como si acabara de descubrir América—. Solo hay que fijarse en la forma en que te mira... Se le ponen los ojillos brillantes. —Empezó a hacer aspavientos con los dedos delante de mí, como si salieran chispas de ellos. Mi hermana estaba loquísima.

—Dejad de decir tonterías y de hacer insinuaciones que no vienen a cuento —las corté—. Solo está agradecido por un trabajo bien hecho.

—Ya, ya... Lo que tú digas... —murmuró Judy.

Le puse la tarjeta a un palmo de distancia de la cara.

—¡Mira! —dije.

—Es un placer trabajar contigo —leyó en voz alta—. Esto no significa que no le gustes —observó.

Sacudí la cabeza, resoplando.

Íbamos a tener tema de conversación a cuenta del dichoso ramo de flores en los sucesivos días para rato. Ya lo creo que sí.

Puse los brazos en jarra y miré a Mery.

—Por cierto, Mery, ¿tú no tenías que estar trabajando? —le pregunté.

Mery se echó a reír.

—Vale, jefa, ya me voy —dijo.

Se giró y se encaminó hacia la puerta.

—¿Y tú qué quieres? —dijo a Judy.

—¿Qué vamos a hacer con la campaña de publicidad que teníamos planeada lanzar para la próxima temporada de verano?

—Supongo que nada. No tiene ningún sentido lanzarla. Lo único a lo que está esperando Logan es a encontrar compradores para vender la empresa.

—¿Entonces cancelo todo lo que teníamos previsto hasta la fecha?

Alcé los hombros.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —dijo.

—Supongo que nada —respondió mi hermana, resignada.

—¿Qué había contratado? —quise saber.

—Prácticamente todo: anuncios en televisión, radio, revistas de moda, banners, vallas... —enumeró.

Me coloqué el pelo detrás de las orejas.

—Joder... —mascullé.

—No te preocupes, Lizzie. Es algo que la gente se espera. Nadie desconoce en qué situación está *Mont Blanc Enterprise*, sobre todo desde que Logan ha comprado la empresa.

Me quedé unos segundos reflexionando las palabras de Judy.

—Sí, saben que tenemos la puntilla echada, que tenemos los días contados —admití con pesadumbre en la voz.

Las circunstancias eran cada vez más críticas.

Cogí una bocanada de aire y lo expulsé ruidosamente.

—No va a ser una sorpresa —agregó Judy.

Y tenía toda la razón. *Mont Blanc Enterprise* estaba en boca de todo el mundo, en el empresarial principalmente. El que más y el que menos sabía que era un barco que se iba a la deriva.

—Supongo que las rescisiones de los contratos con tan poco tiempo de antelación llevarán consigo penalizaciones por incumplimiento —dijo.

—Algunos creo que sí, pero yo no estoy puesta muy al día de esas cosas. A la que se le dan bien es a ti —dijo Judy con el esbozo de una sonrisilla.

—Pásamelos y los echo un vistazo. Si hay que pagar penalizaciones por cancelar esos contratos se lo comentaré a Logan, para que se haga cargo de ellas —repuse.

El teléfono fijo del despacho sonó.

Alargué el brazo por encima de la mesa y lo descolgué.

—¿Sí?

—Señorita Summers, el señor Logan Mont Blanc quiere verla, ¿le hago pasar o le digo que espere?

Con tanto Mont Blanc por metro cuadrado entre padres, hijos legítimos y bastardos, había que especificar con el nombre quienes eran.

Puse la mano en el auricular para taparlo y miré a Judy.

—¿Quieres algo más? Logan está fuera —le pregunté en voz baja.

Mi hermana negó con la cabeza.

—No —vocalizó en silencio.

Asentí y destapé el auricular.

—Hazlo pasar, Mery. Gracias.

—Ahora mismo.

Estiré de nuevo el brazo y colgué el teléfono.

Oímos un toque de nudillos y seguidamente la puerta se abrió.

—Oh, no sabía que estaba con su hermana, puedo venir más tarde... —dijo Logan al entrar en el despacho.

—No, no, yo ya me iba —se adelantó a decir Judy.

Se giró hacia mí con una expresión de deleite en el rostro, haciendo muecas como cuando algo te gusta un montón. Joder, solo le faltaba relamerse. Yo apreté los dientes y la fulminé con la mirada, amonestándola. ¿Es que no se daba cuenta de que Logan la podía ver? ¿Qué pensaría si nos viera haciendo muecas como un par de adolescentes con las hormonas revolucionadas?

—Luego te veo —se despidió al fin, y respiré ciertamente aliviada, porque de mi hermana te puedes esperar cualquier cosa. Creedme.

—Hasta luego —dije.

Judy dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta.

—Hasta luego, señor Mont Blanc —dijo al pasar a su lado.

—Hasta luego —correspondió él, amable.

CAPÍTULO 35

LOGAN

La hermana de la señorita Summers me caía bien. Tenía la sensación de que ambas formaban un buen equipo. De buena gana les ofrecería en firme a las dos un puesto en alguna de mis empresas cuando *Mont Blanc Enterprise* desapareciese, pero la señorita Summers ya me había dejado claro que ni muerta trabajaría para mí. Al parecer, antes preferiría trabajar para el diablo.

Cosas de la señorita Summers, tan explícita ella.

Aunque bien pensado, no estaba muy seguro de si sería buena idea trabajar juntos. Si en la situación en la que nos encontrábamos, estábamos como el perro y el gato, no me quería ni imaginar si fuera mi empleada. Probablemente acabáramos saliendo en algún programa de sucesos.

—Señor Mont Blanc, quería comentarle algo —comenzó.

—Dígame...

La señorita Summers rodeó la mesa y se sentó en el sillón de cuero negro. Entonces lo vi. Un ramo de flores enorme sobre su mesa. Y parecían recientes, de ese mismo día.

—Flores... —se me escapó decir en alto.

—Sí —dijo ella, terminando de acomodarse en el asiento. Ante mi silencio, que debió de ser bastante elocuente, miró el ramo y después a mí—. Desde luego no son rosquillas —añadió.

Sentí una extraña quemazón en el pecho. ¿Quién narices le había enviado flores?

—No, desde luego que no —mascullé—. ¿Tienen la costumbre de decorar los despachos con flores? —le pregunté con sarcasmo.

La señorita Summers volvió a mirarme con expresión desconcertada, lo primero por mi pregunta y lo segundo por el tono en el que la había hecho.

—No, señor Mont Blanc, no tenemos la costumbre de decorar los despachos con flores, y menos en las circunstancias en las que nos encontramos. No estamos para derrochar dinero —contestó pacientemente—. Es un regalo de un cliente.

La quemazón en el pecho se agudizó. Me ardían las venas, aunque no sabía identificar por qué emoción.

—¿Y todos los clientes le regalan flores, señorita Summers?

—No, solo los que son amables.

—Los amables... Ya... ¿Y supongo que ese cliente amable es un hombre?

Percibí un brillo de diversión en los ojos grises de la señorita Summers.

—¿Y a usted qué más le da si es un hombre, una mujer o un elfo del bosque? —dijo—. Quién me regale flores no es asunto suyo.

Me hubiera reído con su chiste, pero en aquel momento no tenía muchas ganas de reír, para ser francos.

—Lo es si se las envían al trabajo —aseveré. No sé qué me pasaba, pero no podía dejar el tema, aun sabiendo que era lo más conveniente—. ¿Y le ha mandado también bombones? Porque los hombres que envían flores suelen acompañarlas con una cajita de bombones.

Estaba seguro de que sí y también de que le habría escrito una tarjetita con un par de frases cursis con las que ella babearía.

La señorita Summersladeó un poco la cabeza.

—Señor Mont Blanc, ¿está celoso? —me preguntó.

¿Celoso? ¿Yo celoso? ¿De que un hombre le hubiera mandado un ramo de flores, una caja de bombones y una tarjetita con unas frasecitas cursis? ¿De dónde se había sacado algo así?

—No estoy celoso —negué.

—Pues yo diría que sí.

—Pues yo le aseguro que no.

—Entonces, ¿a qué viene tanta pregunta? Parece la Santa Inquisición, solo le falta torturarme —dijo.

Se me ocurrían un montón de formas de torturarla... pero de placer. Maldita fuera, ya me estaba desconcentrando otra vez.

—Ya se lo he dicho. Porque se las han enviado al trabajo. ¿Qué pasaría si todos los clientes le enviaran flores? Dígamelo... Se le llenaría el despacho de ramos y esto parecería un jardín botánico.

Una sonrisa maliciosa fue abriéndose paso lentamente en los labios de la señorita Summers.

¡Dios!, no sabéis las ganas que me estaban entrando de quitarle aquella sonrisa de la boca con un beso que la dejara sin aliento.

—Eso es una tontería. Está celoso, reconózcalo —insistió, como si fuera lo más natural del mundo.

Se estaba divirtiendo con mi reacción, y mis ganas de meterle la lengua hasta la campanilla crecían.

—Eso es lo que le gustaría, ¿verdad? Que estuviera celoso... —dije, manteniendo la compostura.

No podía dejar entrever que sí, que probablemente estuviera celoso. Joder, ¿cómo había llegado a sentir celos? ¿Se me había ido la cabeza?

—Y usted estaría encantado de que a mí me gustara que estuviera celoso...

Apreté los dientes con fuerza.

—¿Nunca le han dicho que es jodidamente irritante, señorita Summers? ¿Como las medusas? ¿O como las ortigas? —dije.

Bufó con teatralidad.

—¿Yo irritante? Es usted el que ha empezado esto, haciendo preguntas que no le incumben y diciendo no sé qué bobadas de que mi despacho parecería un jardín botánico si a todos los clientes les diera por regalarme flores, y está montando todo este numerito solo porque está celoso.

—¿Tan celoso como lo está usted de mi secretaria? —le espeté.

Su rostro mudó a una expresión de indignación.

—Yo no estoy celosa de su secretaria —dijo.

—Ni yo de quien quiera que sea el desconocido que le ha enviado flores, bombones y a saber qué más...

—Al final va a ser verdad lo que dicen de usted...

—¿Y qué dicen?

—Que tiene pezuñas, rabo y tridente.

—Pues fíjese que yo creo que la diablo es usted.

—¿Diabla? ¿Yo? ¡Lo que hay que oír! —La señorita Summers lanzó al aire un suspiro de exasperación—. ¿Por qué no me dice de una vez a qué ha venido y se larga de mi despacho?

Consulté mi reloj de muñeca. Había consumido el poco tiempo que tenía antes de irme a una reunión, y lo había hecho hablando de... ¿de qué? ¿De qué había estado hablando exactamente con la señorita Summers? Maldita fuera, ¿es que éramos incapaces de comportarnos como adultos?

—Ya no me da tiempo, vendré en otro momento —dije de mala gana.

Me pasé la mano por el pelo.

—Pues espero que no fuera urgente —se burló la señorita Summers.

Encima con burlitas.

—No, no lo es —refunfuñé.

Me sentaba a cuerno quemado aquella pérdida de control, aquella falta de disciplina, incluso aquella falta de profesionalidad a cuenta de la señorita Summers. El no hablar de lo que tenía pensado hablar y terminar como el rosario de la aurora con ella. Vamos, como siempre que nos juntábamos.

¿En qué momento había pensado que sería buena idea trabajar con ella? No es que no fuera una buena idea, es que era espantosa.

—Que tenga buen día, señor Mont Blanc —dijo a modo de despedida, pero por la entonación estaba lejos de desearme que tuviera un buen día.

Me juego el cuello y no lo pierdo a que, si me caía una maceta en la cabeza al salir del edificio, se alegraría.

—Igualmente, señorita Summers.

Di media vuelta, todavía con las mandíbulas contraídas, y me largué del despacho, tal y como quería la señorita Summers (y yo mismo) que hiciese.

CAPÍTULO 36

LIZZIE

Me eché las manos a la cabeza.

Madre mía, Logan Mont Blanc iba a volverme loca. Pero loca de atar. Loca de darme cabezazos contra las paredes. ¿Por qué siempre acababa con ganas de darle un puñetazo? Más que una alta ejecutiva, parecía una pandillera del sureste del Bronx.

Estaba celoso, dijese lo que dijese o lo negara cuantas veces quisiera, estaba celoso de que Joss me hubiera enviado un ramo de flores. Su perorata me había dejado muerta.

—Que mi despacho parecería un jardín botánico si a todos los clientes les diera por regalarme flores... —mascullé indignada, mientras me movía en el sillón.

Pero ¿qué cojones se había creído? ¿Que podía venir a decirme quién y cuándo podrían regalarme flores?

Y luego había dicho que yo era irritante como una medusa, o como las ortigas. ¿Pero qué atrevimiento era ese?

Me llevé el puño a la boca y me lo mordí para no gritar. A ese nivel me exasperaba.

Y encima no había podido comentarle lo que me había dicho Judy sobre las posibles penalizaciones a las que la empresa tendría que hacer frente por las cancelaciones de los contratos de la campaña de publicidad.

Yo era una profesional, para mí el trabajo era lo primero. Antes el deber que el placer. Tenía un currículum intachable. Era una persona responsable, eficiente y facultada para tratar con diplomacia los asuntos laborales, pero con Logan Mont Blanc todo eso se iba a la mierda. Era imposible. En lugar de hablar de lo que teníamos que hablar, de lo realmente importante en ese momento, habíamos terminado tirándonos pullitas y teniendo una conversación de adolescentes o de besugos, lo que preferáis pensar.

Éramos como el gato y el ratón, estábamos todos los putos días a la gresca. Siempre que nos encontrábamos íbamos armados hasta los dientes. Como si quisiéramos ganarle al otro... ¿qué? ¿Qué tratábamos de esconder detrás de aquel comportamiento?

Me apreté el puente de la nariz con el índice y el pulgar y tomé aire.

Mis ojos repararon de nuevo en las flores. El ramo era precioso. Alargué la mano y acaricié una de las rosas con la yema de los dedos. Sonreí mientras pensaba que es bonito que alguien te regale flores, independientemente del momento o de la relación que se tenga con esa persona, aunque sea laboral y solo te esté agradeciendo un trabajo bien hecho.

Tenía que llamar a Joss para agradecerle el detalle. Era lo mínimo que podía hacer.

Cogí el móvil de encima de la mesa y busqué su número en la agenda. Pulsé el botón de llamada y me llevé el teléfono al oído.

—Buenos días, Lizzie —me saludó, con la amabilidad habitual en él.

—Buenos días, Joss. ¿Qué tal?

—Bien, ¿y tú?

—Bien —respondí—. Te llamo para agradecerte que me hayas enviado un ramo de flores. No sé qué decir... Es precioso, pero, sinceramente, no era necesario.

—¿Te ha gustado? —me preguntó.

Fijé mi mirada en el ramo y volví a repasar con los ojos el conjunto de flores.

—¿Puede haber alguien en el mundo al que no le guste? —pregunté, jugueteando con el bolígrafo que tenía encima de la mesa—. Como te he dicho, es precioso. Me he quedado muy sorprendida cuando lo he visto. No me lo esperaba. Muchas gracias.

—No tienes nada por lo que darme las gracias —dijo Joss con naturalidad—. Es una forma de agradecerte lo bien que me has tratado siempre y lo fácil que ha sido hacer negocios contigo.

Se me hizo un nudo en la garganta. Últimamente estaba muy sensible debido a la situación por la que estaba atravesando.

Me mordisqueé el labio de abajo.

—Lizzie, ¿estás bien? —me preguntó Joss, tras el silencio que había llenado la línea.

Inhalé una bocanada de aire.

—Sí, sí... —afirmé rápidamente, tragándome las lágrimas, aunque me parece que no soné convincente.

—Soy consciente de que no estás pasando un buen momento, Lizzie. La situación no es fácil —comenzó Joss—. Pero cuando todo acabe, sabes que tienes un puesto en mi empresa, si quieres. Te conozco, he trabajado contigo varias veces y sé que eres una persona muy valiosa y una profesional de los pies a la cabeza —dijo.

Sus palabras volvieron a emocionarme. Joder, tenía los sentimientos a flor de piel.

—Muchas gracias, Joss. No sabes cuánto agradezco tus palabras y, por supuesto, tu ofrecimiento.

—Hago la oferta extensiva a tu hermana. También tengo muy buenas referencias de ella. Las dos seréis bienvenidas.

—Gracias —dije de nuevo—. No sé cómo agradecértelo...

—Puedes invitarme un día a cenar.

Quizá Judy y Mery tenían razón y le gustaba a Joss, aunque yo hubiera sido tan tonta de no darme cuenta. A veces vivía en mi propio mundo y no me enteraba de nada.

Joss era un tipo que me caía bien, no voy a mentir. De unos treinta y largos años y con un atractivo indiscutible (alto, moreno y de rasgos marcados), era gerente y dueño de *Diamond Clothes*, una empresa en alza con la que llevábamos trabajando un par de años.

Joss era amable y siempre resultaba un placer tratar con él, pero no sé si quedar para cenar podría ser interpretado como una cita romántica.

—No es obligatorio, Lizzie —dijo sin perder el humor, al ver que no respondía.

Sacudí la cabeza.

—Oh, no, no... es que... me he quedado pensando en otra cosa. Lo siento —me excusé con lo primero que se me ocurrió—. Claro que te invitaré a cenar.

Independientemente de la razón por la que quedáramos, pasaría un buen rato. Joss era también una persona interesante y divertida con la que se podía mantener una buena conversación.

—Perfecto. Esta semana la tengo muy ocupada. ¿Te llamo la que viene y miramos un día? —propuso.

—Sí —afirmé.

—Vale. Ahora tengo que dejarte, Lizzie, me espera una reunión de varias horas con el Consejo de Administración —dijo.

—Vaya... que te sea leve —bromeé.

Sabía lo pesadas e interminables que podían llegar a ser esas reuniones. Joss rio al otro lado

del teléfono. Había entendido mi comentario porque él también sabía cómo eran.

—Gracias —dijo—. Nos vemos la próxima semana.

—Nos vemos —contesté—, y gracias de nuevo por el ramo de flores —añadí.

—Un placer. Adiós —se despidió.

—Adiós.

Colgué la llamada y me quedé un rato en silencio, pensando en si había hecho bien en aceptar cenar con Joss. Hacía mil años que no tenía una cita con un hombre.

«No es una cita», me recordé a mí misma.

CAPÍTULO 37

LIZZIE

No sé cómo lo hacía, pero terminaba el día agotada, tanto física como mentalmente. Entré en el ascensor y recosté la cabeza en la superficie espejada mientras lanzaba al aire un ruidoso suspiro.

Tenía los pies destrozados. Me incliné un poco y me quité los zapatos de tacón. Dios, por poco no tuve un orgasmo cuando mis dedos se descomprimieron. Los moví arriba y abajo. Pero la alegría me duró poco, unos pisos más abajo el ascensor se detuvo y un inoportuno Logan Mont Blanc entró.

—Vaya, la hacía ya en casa, señorita Summers —me dijo con ese tono que a ratos se me antojaba insufrible.

Las puertas de acero se cerraron, recluyéndonos en el ascensor. De pronto me pareció un espacio muy pequeño para quedarnos solos.

La mirada de Logan se deslizó hasta mis pies desnudos. ¿Es que siempre me tenía que pillar descalza?

—Tenía cosas que hacer en el despacho —contesté atropellada, al tiempo que me ponía rápidamente los zapatos, como si quisiera evitar que se diera cuenta de que me los había quitado.

Miró al frente con una sonrisilla en los labios. Aquella sonrisilla a medio camino de la sorna y la mordacidad, también se me antojaba insufrible a veces. Y esa era una de esas veces.

Pero decidí olvidarme de su sonrisa.

Lo normal es que pensara las cosas antes de decirlas y no que me lanzara al ruedo sin más, pero en ocasiones era imposible. Aquel día había estado rumiando algo que se había estado rumoreando en la empresa.

—Señor Mont Blanc, ¿son ciertos los rumores que hay sobre usted? —le pregunté.

—¿Que rumores? ¿Que soy el hijo bastardo de Jeff Mont Blanc? —dijo con ese humor negro que lo caracterizaba.

No me esperaba una respuesta de ese tipo y durante unos segundos me quedé bloqueada, sin saber qué decir.

—No —negué cuando logré reaccionar.

—¿Entonces?

—Que va a despedir a todos los empleados.

—¿Se le olvida que voy a vender la empresa? ¿Por qué habrían de interesarme a mí los empleados?

Bufé, indignada.

—Porque esas personas tienen familia, hijos que alimentar, hipotecas que pagar...

El ascensor se abrió en uno de los sótanos, donde estaban los aparcamientos. Logan salió y detrás fui yo, con el eco de mis tacones repiqueteando en el suelo de cemento.

—Señorita Summers, ese no es mi problema —repuso como si nada, caminando hacia su coche.

—¿Cómo que no es su problema? —inquirí con el ceño fruncido. Le seguí al ver que no me

hacía caso y que no me respondía—. Le he hecho una pregunta, ¿es que no me ha oído? —repetí.

—La oigo y por desgracia también la veo —dijo.

Ignoré su comentario, aunque me dieron ganas de darle una patada en los huevos. A ver si, aparte de oírme y verme, también me sentía.

—Respóndame —exigí.

—No lo es —masculló, sin detenerse.

—Sí que lo es, tiene una responsabilidad con ellos, usted es ahora el dueño.

Logan se paró de golpe y a punto estuve de chocarme contra él. Volvió el rostro hacia mí con una expresión en los ojos que no pude descifrar.

—Señorita Summers, me duele la cabeza y su vocecita persiguiéndome me resulta jodidamente irritante. ¿Puede hacer el favor de callarse?

—Usted no es nadie para mandarme callar —protesté.

Logan cerró los ojos y suspiró, armándose de paciencia.

—Se lo he pedido «por favor» —dijo en tono irónico, echando a andar de nuevo. Yo fui detrás de él, como si fuera su sombra.

—¿Cómo puede ser así?

—Señorita Summers, cálese... —murmuró con los dientes apretados.

—¿No le importa absolutamente nada esa gente? ¿Tan egoísta es? —continué en mis trece.

—Joder, cierre la puta boca...

—¿No le importan sus hijos? ¿Las hipotecas de sus casas? —seguí, persiguiéndolo por todo el garaje.

—¿Es que no va a callarse?

—Esa gente no tiene la culpa de lo que le hayan hecho su padre o sus hermanos...

Logan se giró en redondo hacia mí con un movimiento del que apenas fui consciente, un movimiento tan rápido que no percibí, y cuando me quise dar cuenta me estaba besando. ¡Besando!

De repente el silencio lo envolvió todo a nuestro alrededor mientras sus labios se adueñaban de los míos con un beso que, por la sorpresa, me estaba dejando sin aliento. Me sujetó con firmeza por la nuca moviendo su boca sobre la mía con decisión y firmeza.

Abrí los labios para permitir que su lengua se encontrara con la mía en una danza llena de sensualidad.

Cada movimiento de Logan me empujaba a perderme, a dejarme llevar por mis deseos y a olvidarme de todas mis reservas.

Pero de pronto paró, y en su rostro alcancé a ver una nota de... ¿ironía? ¿sarcasmo?

—Pero ¿qué hace? —fue mi reacción.

—Callarla —respondió.

¡¡¿Qué?!!!

Parpadeé, desconcertada.

Me quedé como si me hubieran tirado en la cara un jarro de agua helada.

—¿Me ha besado para que me calle? —le pregunté.

—No había otra forma.

Joder, me sentí como una gilipollas.

—No me lo puedo creer... —mascullé, enfadada.

Los ojos me echaban chispas. Quería ahogarlo, quería estrangularlo, quería que muriera lenta y dolorosamente.

—Es usted... Joder... —No me salían las palabras—. Oh, Dios... Es... Es... Es un cretino —dije al fin.

—Vamos, no me diga que no le ha gustado —dijo con una nota de diversión en la voz.

Ah, encima con cachondeos.

—¡Claro que no me ha gustado! ¡No me ha gustado nada! —grité.

—No es eso lo que parecía —dijo.

Y reanudó la marcha como si no hubiera pasado nada, como si no nos hubiéramos besado.

—No sabe cómo le odio en estos momentos, señor Mont Blanc —afirmé con vehemencia desde lo más profundo de mis entrañas.

—Mañana hablamos, señorita Summers —dijo él, zanjando el asunto.

Abrió el coche con el mando a distancia. Las luces intermitentes parpadearon y se subió en él.

Apreté los dientes ante su impasibilidad. ¿Cómo me dejaba así? ¿Con aquel hormigueo en el cuerpo? Era un cabrón de mucho cuidado.

Me acerqué a su Audi de altísima gama y le di un bolsazo al capó mientras lo arrancaba. Evidentemente en un vehículo de esas características poco daño iba a hacerle, pero al menos me sirvió de desahogo.

Logan bajó la ventanilla y sacó la cabeza por ella.

—¡Cuidado! —replicó.

Entorné los ojos con expresión furiosa y le apunté con el dedo índice.

—Tenga cuidado usted, señor Mont Blanc, conmigo no se juega —le advertí.

Él deslizó una sonrisa perversa por los labios.

—Me encanta verla enseñar las uñas —dijo, pasando a mi lado con el coche.

Cuando lo vi alejarse lancé al aire un gruñido y di un zapatazo en el suelo.

¡Me desesperaba!

¡Ese hombre me desesperaba!

El silencio llenó el garaje.

Ya en mi coche, me llevé la yema de los dedos a los labios y me los acaricié. En mi boca todavía estaba el sabor de su lengua.

Durante unos segundos cerré los ojos y lo reviví de nuevo... Pero al pensar que me había besado para callarme, me volvió la mala leche.

Arranqué el motor, salí del aparcamiento y me fui.

CAPÍTULO 38

LOGAN

Juro que no sé qué me pasó.

Lo juro.

No me paré a pensar si besarla era una buena o una mala idea. En frío y tratándose de Elizabeth Summers, era la peor idea del mundo. Pero había actuado por impulso. Me giré y mirarle los labios fue mi perdición.

Llevaba mucho tiempo queriendo hacer lo que había hecho, callarla con un beso. Al principio, la sorpresa hizo que se mostrara algo reticente, pero después entreabrió los labios y yo aproveché para hundir la lengua en su boca.

Su boca...

Joder.

Más que una boca era el Paraíso.

La cantidad de cosas (innombrables) que se me ocurrían hacer con ella.

¡Por Dios, Logan, para!

Cuando tomé conciencia de lo que estaba haciendo, de que la estaba besando, me separé de ella como si de pronto sus labios quemasen.

¿Había perdido la cabeza? ¿Qué mierda se me estaba pasando por ella para terminar besando a Elizabeth Summers? ¿Lo había hecho para callarla o porque realmente me apetecía? Pensar que la respuesta podía ser la segunda opción me dejó confuso.

La hubiera vuelto a besar de no ser porque me giré y empecé de nuevo los pasos hacia el coche. Pero mis ojos no dejaban de desviarse una y otra vez a sus labios. Todavía podía recordar su textura: suaves, húmedos, perfectos. Dios, eran perfectos y sabían a ambrosía. A PECADO.

Sacudí la cabeza. ¿Qué me estaba pasando?

Me llevé la mano al cuello y me aflojé el nudo de la corbata dando un par de pequeños tirones. Tenía calor.

Meforcé a racionalizar y a poner sensatez a lo que me había hecho sentir ese beso.

Tal vez necesitaba follar. Hacía algún tiempo que no estaba con una mujer (el trabajo y la venganza contra los Mont Blanc me tenían demasiado ocupado como para planear citas y demás) y las pajas no eran suficiente... según parecía.

Tenía que ser eso. Sí, claro. La abstinencia no era buena. Era la dichosa abstinencia la que estaba haciendo que sintiera por la señorita Summers cosas que no debía sentir, cosas que no me podía permitir.

Respiré hondo e intenté recobrar mi habitual serenidad, pero era difícil contando con que tenía una erección de tres pares de narices en la entrepierna.

—Joder, ¿por un puto beso? —me pregunté a mí mismo malhumorado—. ¿Por un beso medio robado en un parking? ¿En serio?

Chasqué la lengua contra el paladar.

Aquello me ponía de muy mala leche. ¿Tan poco autocontrol poseía? ¿O era el efecto que tenía sobre mí la señorita Summers?

Moví la cabeza. No sé cuál de las dos respuestas era peor.

Revivir el beso hizo que mi polla se sacudiera dentro del pantalón igual que una cobra con vida propia.

Había que joderse.

Apreté los dientes y me aferré al volante con tanta fuerza como si quisiera ahogarlo. No podía dejar que, fuera lo que fuese lo que me provocaba la señorita Summers, creciera. No podía alimentarlo... Sí era tan incauto de hacerlo, podría acabar convirtiéndose en un monstruo que terminara engulléndome.

Me concentré en la carretera mientras veía pasar los altos rascacielos de Nueva York por la luna delantera del coche. La oscuridad de la noche los dotaba de una magnificencia como tenían pocas ciudades en el mundo.

Ese día me prometí a mí mismo que no me permitiría acercarme a Elizabeth Summers más de lo estrictamente necesario, aunque me costara sudor y esfuerzo.

Pero qué equivocado estaba... Qué equivocado.

Ahora sé que lo mejor es no hacerse a uno mismo promesas que sabes que no vas a cumplir. La señorita Summers comenzaba a ser demasiado tentadora para mí.

CAPÍTULO 39

LIZZIE

Tenía pensado ir directamente a casa (antes de que Logan Mont Blanc me besara, claro). Mis planes eran llenar la bañera, echar un par de puñados de sales aromáticas y sumergirme en el agua calentita para relajarme del estrés del día, pero estaba demasiado desazonada (ni siquiera un baño relajante sería efectivo), y necesitaba hablar con alguien. Mejor dicho, lo que necesitaba era despotricar de Logan hasta que me quedara sin saliva en la boca.

Alargué la mano hacia el ordenador de a bordo y llamé a Judy.

—Hola, Lizzie —me saludó.

—Hola, Judy. ¿Estás en casa?

—Sí, acabo de llegar.

—Vale, paso a verte.

—¿Ocurre algo? —me preguntó.

Puse los ojos en blanco y suspiré, frustrada.

—Pasa que Logan me ha besado —le solté de sopetón.

—¿¿Qué estás diciendo?!

—Sí, pero no pienses que es por algo romántico o sexual, me ha besado para... —Pensarlo me hizo contraer la mandíbula de rabia—. Mejor te lo cuento cuando llegue a tu casa.

—No me puedes dejar así, Lizzie —refunfuñó mi hermana al otro lado de la línea telefónica.

—Es mejor que te lo cuente en persona. Estoy al borde de la histeria y no quiero tener un accidente por culpa de ese... cabrón.

—Madre mía, ¿te ha dado un beso o ha intentado matarte? —bromeó Judy.

—Matarlo es lo que quiero hacerle yo —aseveré.

—No está la cosa para mucha fiesta —rio Judy—. Te espero con una cerveza bien fría, ¿vale?

—Sí, por favor —supliqué—. Me vendrá genial una cervecita.

—Hasta ahora —se despidió Judy.

—Hasta ahora —dije.

Di el intermitente a la izquierda y me desvié para poner rumbo a la casa de mi hermana.

Judy vivía en un apartamento de lujo situado en una de las calles principales del SoHo.

Cuando Steven me dejó, vendimos la casa que compartíamos en un barrio residencial, y yo me trasladé a *Charlton-King-Vandam*, en Hudson Square, una zona vecina del SoHo, relativamente cerca del apartamento de mi hermana. Dadas las circunstancias y lo mal que lo pasé con nuestra ruptura (sobre todo por el modo en que sucedió), era lo mejor. Estaríamos juntas, pero no revueltas. Porque Judy y yo nos llevamos muy bien, nos adoramos y daríamos la vida la una por la otra, pero también discutimos y cuando lo hacemos, tiembla el suelo, porque las dos somos de armas tomar.

La noche había teñido Nueva York de negro, convirtiendo la ciudad en un telón multicolor en el que se reflejaba el resplandor de todas las luces de los comercios y de los edificios.

Aparqué mi Mercedes Benz en un estacionamiento que había dejado libre un coche que acababa de salir. Paré el motor y me bajé.

El apartamento de Judy estaba alojado en un edificio de colorida fachada amarilla (al lado había una verde y una roja) y escalera de incendios construido con arquitectura *Cast-Iron*, que debe su nombre al acero fundido con el que se levantaron en la época de la Revolución Industrial.

Seguro que habéis visto alguno de ellos en películas o series, ya que es un lugar muy apreciado por fotógrafos o directores de cine. No hay cinta que se desarrolle en Nueva York en la que no aparezca el SoHo por algún lado, de una u otra manera.

—Piensa una forma en la que me pueda deshacer de un cadáver sin que me descubran —dije a mi hermana nada más de abrirme la puerta.

Judy se echó a reír y yo entré en el piso. Pasé a su lado como si fuera un autómatas. En serio que parecía que estaba planeando el modo de deshacerme de Logan Mont Blanc.

—Por Dios, Lizzie...

—¿No se te ocurre nada? Entonces déjame una almohada en la que poder gritar.

Judy continuó descojonándose viva hasta que llegué al salón. Antes de que hablara, yo tomé la palabra de nuevo. Me giré hacia ella.

—¿Sabes por qué me ha besado? Mejor dicho, ¿sabes para qué me ha besado el muy... el muy cretino? —Me seguía hirviendo la sangre.

—¿Para qué?

—¡Para callarme! —exclamé—. Me ha besado para callarme, Judy. ¿Te das cuenta?

La cara de mi hermana era de desconcierto total. Arrugó el gesto.

—¿Cómo que te ha besado para callarte? ¿De qué hablas, Lizzie?

—Me lo he encontrado en el ascensor y le he preguntado si eran ciertos los rumores de que iba a despedir a todos los empleados. Me ha dicho que a él no le interesaban los empleados y que solo quería vender la empresa. —Apreté los dientes—. Si supieras que indignada me he sentido. ¡¡Dios!! Entonces le he empezado a decir que si no pensaba en los hijos de esos trabajadores, en las hipotecas que tenían que pagar... Él lo único que hacía era mandarme callar.

Judy se echó las manos a la cara, imaginándose lo que vendría después. Me conoce muy bien y sabe que soy más terca que una mula.

—Yo, por supuesto, no le he hecho caso y he seguido...

Mi hermana negó con la cabeza, temiéndose lo peor.

—Lizzie y su lucha por las causas perdidas —murmuró.

Continué hablando.

—Le he dicho que cómo podía ser así..., que cómo podía ser tan egoísta..., y entonces, se ha dado la vuelta y me ha besado. Y el muy cabrón me lo ha dicho así, sin despeinarse ni nada. Cuando le he preguntado que qué hacía, me ha contestado que callarme, que era el único modo. ¿Te lo puedes creer, Judy? ¿Te lo puedes creer?

—¿Y te ha gustado?

Mi subconsciente me traicionó, el muy cabrón de él.

—Sí. ¡No! —rectifiqué rápidamente—. ¡Por supuesto que no!

—Ya... —No me pasó desapercibida la mirada llena de suspicacia que me dirigió Judy—. ¿No te ha gustado nada de nada? —dijo con escepticismo.

—No, nada de nada —negué, gesticulando con las manos—. Pero esa no es la cuestión, Judy.

—¿Y cuál es la cuestión?

—El motivo. Que lo ha hecho para callarme. Solo para callarme.

—Lizzie..., ¿te das cuenta de que no es normal?

—¿El qué? —pregunté.

—Lo que pasa entre vosotros.

—Claro que no es normal —dije con obviedad.

—¿Y no te hace pensar?

CAPÍTULO 40

LIZZIE

—¿Pensar qué? —dije.

—Lizzie, sois dos bombas a punto de estallar —contestó.

Lancé al aire un suspiro cansino porque intuí por dónde iba.

—No, por favor, no vayas otra vez por ahí, no empieces a hablar de ese rollo de que entre nosotros hay tensión sexual no resuelta...

—Joder, ¿por qué te cuesta tanto reconocerlo? —me preguntó Judy.

—Porque no es así —dije, molesta—. Detesto a Logan Mont Blanc. Lo detesto con toda mi alma. —Judy se echó a reír—. ¿Y ahora de que te ríes?

—No puedes negar que Logan te está volviendo la cabeza del revés en el mejor de los sentidos.

—¿En el mejor de los sentidos? —repetí—. Judy, me está costando la salud —dije muy seria, aunque ella no se lo estaba tomando igual que yo, a juzgar por su risa—. Por su culpa voy a vivir diez años menos.

Judy soltó otra risotada.

—Sí, en el mejor de los sentidos —se reafirmó en lo que había dicho—. Desde que pasó lo de Steven te encerraste en ti misma, Lizzie. Tu vida era ir de casa al trabajo y del trabajo a casa...

—Ahora no es muy diferente —la interrumpí.

—Sí, pero tu... anodina existencia ahora tiene un acicate, un estímulo llamado Logan Mont Blanc. Ese hombre te ha revolucionado.

Abrí los ojos como platos con incredulidad. ¿Qué estaba diciendo mi hermana?

—¿Es que no me has escuchado, Judy? Ese hombre me está costando la salud —repetí.

—No, cariño, ese hombre te está dando vida. Por culpa del imbécil de Steven te quedaste sin espíritu, perdiste tu esencia... te volviste una persona apática, seria; dejaste de ser tú, Lizzie.

—¿Y con Logan estoy siendo yo? —le pregunté con escepticismo.

—Bueno, al menos mientras te quejas y despotricas de él te corre sangre por las venas. Logan te enciende.

—¡La mala leche! Eso es lo que me enciende, la mala leche —dije.

—Yo creo que te enciende algo más, pero probablemente te des cuenta con el tiempo... ¿No me digas que el beso no te ha gustado?

—Ya te he dicho que no —negué.

—¿Ni siquiera un poquito? —insistió Judy, juntando el índice y el pulgar.

Tragué saliva. Quizá a Judy podía engañarla (aunque parecía que no), pero no podía engañarme a mí misma. Era inútil. Para ser sincera con vosotras, cuando Logan me había besado había hecho que me olvidara de todo, excepto de lo excitante que era probar sus labios. Pero me jodía que él solo me hubiera besado para callarme, que no hubiera sentido nada con aquel beso, que me lo hubiera dado con el mismo espíritu que una máquina.

Negué para mí. No era buena idea ni conveniente pillarme por Logan Mont Blanc. No, no lo era.

Alcé los ojos y miré a mi hermana.

—¿Para qué vengo a hablar contigo? —pregunté retóricamente, haciéndome la indignada—. Si termino más confundida de lo que estoy.

—¿Confundida? Así que no voy mal encaminada en mis sospechas... —concluyó.

Inhalé una profunda bocanada de aire para armarme de paciencia.

—No, Judy, no —resoplé, apartándome un mechón de pelo de la cara. Ya no sabía qué decir—. Mira, será mejor que me vaya.

Eché a andar hacia la puerta, pero Judy me cogió del brazo y me retuvo cuando había dado un par de pasos.

—Espeera... No te vayas —dijo, tirando de mí con actitud resignada—. Venga, vamos a tomarnos esa cerveza fresquita antes de que se ponga como el caldo de pollo, y me sigues contando qué ha pasado con Logan y con ese beso que no te ha gustado nada.

No estaba segura de si quería seguir hablando de Logan o no, pero la cerveza fresquita era toda una tentación.

—Vale —murmuré.

Volvimos sobre nuestros pasos y cada una nos sentamos en una esquina de los sofás colocados en ángulo recto en el salón.

—Ah, por cierto, esta mañana me ha preguntado Fredd por ti —comenté, cogiendo una de las cervezas que había sobre la mesa auxiliar.

Mi hermana enseguida se puso en alerta. Nerviosa, se llevó la mano al pelo y empezó a jugar con un mechón, enrollándoselo en el dedo índice. Era como una chica de quince años cuando le hablas del chico que le gusta.

—¿Ah sí? —dijo, tratando de parecer despreocupada.

—Sí —respondí, y di un sorbo del botellín.

—¿Y te ha dicho... algo más?

—No, ¿por qué? ¿Querías que me dijera algo más? ¿Que me diera algún mensaje para ti?

Meneó la cabeza.

—Oh, no, no... Es solo... por si te había dicho algo más... —Dio un trago rápido a su cerveza.

La miré durante unos segundos. Al parecer Judy y yo estábamos en la misma situación. Ninguna de las dos iba a reconocer qué sentía realmente por Logan en mi caso y por Fredd en el suyo. Éramos como un par de adolescentes no dejando entrever nuestros sentimientos.

Ya estaba más calmada después de haberme bebido tres cervezas (sin alcohol, que tenía que conducir) y de la charla con Judy. No sé cuánto tiempo nos tiramos hablando, pero recuerdo que cuando miré el reloj era tarde.

—Judy, me voy —dije, incorporándome del sofá—. Si no mañana no va a poder levantarme ni un terremoto.

—¿Estás mejor? —me preguntó ella, imitando mi gesto.

—Sí.

—Lizzie, ¿quieres un consejo?

—Si no es que me tire a Logan Mont Blanc, sí —contesté. Y es que la conocía demasiado bien.

Judy soltó una risotada.

—No, no te voy a decir que te tires a Logan Mont Blanc, aunque sigo pensando que sería una

buenísima idea que os dierais un revolcón.

—Judy...

—No te lo tomes demasiado en serio —dijo, cambiando el tono de voz.

—¿El qué?

—Todo. A Logan, lo que pasa entre vosotros, el beso... —contestó—. Lo que quiero decir es que te lo tomes como un juego. Lizzie, a veces la vida no hay que tomársela muy en serio. No conviene tomársela muy en serio. —Se alzó de hombros—. Logan Mont Blanc solo va a estar aquí unas semanas. Después se irá y volverás a tu vida de antes.

—Pero ya nada será como antes, Judy, *Mont Blanc Enterprise* ya no pertenecerá a nuestras vidas —le recordé.

—No me refiero a eso... —repuso.

Suspiré.

Sabía sobradamente que no era a eso a lo que se refería. Quizá era cierto que me tomaba las cosas demasiado a pecho, o de forma personal. Logan Mont Blanc solo era algo temporal en mi vida. Como bien había dicho Judy, cuando terminara con lo que había venido a hacer, se iría y con toda probabilidad no volvería a verlo nunca, y visto el motivo por el que me había besado, parecía que él tampoco es que me tomara muy en serio, o que se tomara muy en serio las situaciones.

—Vale..., trataré de seguir tu consejo —dije.

Mi capacidad para pensar con sensatez parecía haberse esfumado desde que Logan había puesto un pie en la empresa. Era desconcertante.

—Ah, y deja de ir dando bolsazos a los capós de los coches, que te puedes buscar un problema —bromeó Judy con el índice levantado.

Me tuve que reír cuando recordé el momento. Vaya hostia le había metido al Audi de altísima gama de Logan. Madre mía. Cualquier otro hombre, sabiendo cómo son con sus coches, me hubiera echado a los perros.

Judy empezó a descojonarse conmigo. Cuando se nos pasó el rato de risa y nos centramos, me acarició cariñosamente el brazo.

—Te veo mañana en la oficina.

—Mañana nos vemos. —Sonreí.

Me incliné y nos despedimos con un beso en las mejillas.

CAPÍTULO 41

LIZZIE

Me encantaría empezar este capítulo diciendo que aquella noche dormí como un bebé, que planché a gusto la oreja, pero si lo hiciera, estaría mintiendo como una bellaca. La realidad es que dormí solo a ratos y esos ratos en que pude pegar ojo, el sueño fue inquieto y poco reparador.

El beso de Logan estuvo presente en mi cabeza en cada vuelta que daba en la cama para un lado y para otro tratando de atrapar de alguna forma a Morfeo.

Mira que me cuesta reconocerlo y más confesarlo abiertamente, pero os prometo que estaba como una adolescente la primera vez que la besan. Lo revivía una y otra vez en bucle. ¿Se podía ser más idiota? Teniendo en cuenta que Logan me había besado solo para callarme, supongo que no, que no se podía ser más idiota de lo que yo lo era en aquel momento.

Me jodía que me tuviera en ese estado, pensando en él; pensando en su beso, pero no podía evitarlo.

Aunque lo peor fue al día siguiente. ¿Cómo se supone que tenía que actuar delante de él? ¿Cómo se comporta una ante un tío que la noche anterior te ha plantado un beso en la boca para callarte?

Dios, si es que solo pensar en el motivo hacía que me hirviera la sangre.

¿Actuaba como si no hubiera pasado nada? ¿Indiferente? Quizá eso sería lo más conveniente. No darle importancia. No tomármelo en serio, como me había aconsejado sabiamente Judy. Pero conociéndome como me conocía, eso iba a ser misión imposible.

Sin embargo, entré en mi despacho con el firme propósito (e intención) de intentarlo. Fingiría. Haría como si ese beso no hubiera existido, como si Logan Mont Blanc no me hubiera besado nunca en el aparcamiento privado de la empresa... Otra cosa es que lo consiguiera.

Casualmente me lo encontré cuando estaba sacando un té de la máquina de café de la planta. Estaba a tope de trabajo y no había tenido tiempo ni siquiera de bajar a la cafetería a media mañana.

Lo vi venir de lejos por uno de los pasillos y me volví hacia la máquina fingiendo que no lo había visto. Pero claro, no podía estar de cara a la máquina como quien está castigado de cara a la pared. Aparte, él no iba a dejar pasar la oportunidad para incordiar-me.

—Buenos días, señorita Summers —me saludó.

Di un sorbo del té y me giré hacia él con un golpe de melena. Iba vestido con traje negro, camisa negra, corbata rosa y caros zapatos recién lustrados. Lo maldije hasta la extenuación por ser tan sexy, tan elegante y tan tremendamente guapo. Ojalá no fuera así. Ojalá fuera bajito y feo, y no tuviera ningún encanto. No sé por qué, pero creía que de ese modo se facilitarían las cosas.

Carraspeé antes de hablar.

—Ah, no lo había visto... —Me hice la despistada mientras disimulaba moviendo el té con la cucharilla de plástico—. Buenos días —traté de que mi voz sonara lo más normal posible, pero me salió un tono áspero.

—¿Sigue enfadada por lo de anoche? —me preguntó Logan, con ese deje de diversión que me

ponía enferma.

Empecé a contar hasta diez para calmarme mientras daba otro trago de té.

Un, dos, tres, cuatro...

Seguiría el consejo de Judy. Pero solo se quedó en un burdo intento, porque cuando me quise dar cuenta y antes de que pudiera frenar la lengua, ya le estaba preguntando con expresión poco amable en la cara:

—¿Usted qué cree?

Dibujó una sonrisilla de medio lado en sus sensuales labios. Me parecían mucho más sensuales desde que me había besado.

—Vamos, no es para tanto —dijo—. ¿Acaso no tiene sentido del humor?

Apreté los dientes.

—¿Y usted no tiene sentido común? —pregunté a su vez.

Se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿No sabe eso de que el sentido común es el menos común de los sentidos? —fue su respuesta.

Me exasperaba. Ahora me salía con frases filosóficas. Pero me obligué a mantener la compostura para no tirarle el té a la cara.

—Entonces, si carece de sentido común, al menos debería aprender a controlarse —repuse—. ¿Va callando a las mujeres con besos? ¿Lo hace con todas aquellas a las que no quiere escuchar lo que le dicen? ¿Lo hace también con los hombres? Porque tiene que ser todo un espectáculo verlo —le pregunté con ironía.

—Afortunadamente no suelo encontrarme a gente tan pesada como lo es usted, señorita Summers —dijo—. Estuvo persiguiéndome por todo el garaje...

Fruncí el ceño.

—¡Yo no lo perseguí por el garaje! —Bufé—. Tenemos las plazas de aparcamiento una al lado de la otra, por si no se ha dado cuenta —me defendí.

—Como sea... A veces, usted es... ¿cómo lo describiría? Ah sí, como una piedrecita en el zapato.

Joder, aquello era el colmo.

Los ojos de Logan brillaron con diversión. Me costó la vida mantener el control porque ya estaba que echaba las muelas a esas alturas. Pero no iba consentirle ni una tontería más. Tiré el vaso y lo que me quedaba de té en la papelerita que había al lado de la máquina, y me giré.

—Es usted insufrible —dije con un bufido.

Lo esquivé dispuesta a largarme. No estaba para sus tonterías. El corazón se me detuvo en seco cuando me rodeó con un brazo.

—Espere... —murmuré.

—Déjeme en paz —dije, con una mueca de enfado en la cara. Creo que incluso puse los ojos en blanco, molesta.

Me giró para darme la vuelta hacia él y que lo mirara. Cuando me quise dar cuenta nuestros rostros se habían quedado a unos pocos centímetros. El aroma de su fragancia fue como una bofetada.

Y sus labios... Sus sensuales labios estaban a la altura de mis ojos. Con esfuerzo me obligué a no mirarlos, porque si lo hacía terminaría besándolo. Y me daba absolutamente igual si nos encontrábamos en un pasillo por el que podía pasar cualquiera. Me daba absolutamente igual todo.

Tragué saliva y me aferré a la rabia que me recorría las venas.

—¡Suélteme! —protesté bajito entre dientes. No iba a montar un pollo. No era una verdulera.

—Espere... —repitió en tono conciliador.

Me quedé quieta frente a él con sus manos sujetándome los brazos para que no me fuera. En ese momento nuestros ojos se encontraron. A la luz natural que entraba por los ventanales, los suyos eran como oro fundido.

—Le pido perdón por lo que pasó ayer —dijo. Su cercanía me estaba matando, y su olor, y el contacto de sus manos que era electrizante en mi cuerpo—. Siento haberla besado.

Mi rabia creció. Creció mucho. Creció hasta el infinito.

Yo no quería que sintiera haberme besado, que tuviera que pedirme perdón por ello. Yo lo que quería era que volviera a besarme, que me empujara contra la pared y que me metiera su puta lengua en la boca como la noche anterior. Quería volver a saborear sus labios, quería volver a sentirlo, que hiciera que me olvidara de todo... Quería que me besara porque lo deseaba y no para callarme.

Me tragué todas las ganas que tenía. Pasaron por mi garganta como si fueran piedras.

—Siento haberle dicho que era un capullo de mierda —dije.

Sus cejas negras se fruncieron ligeramente.

—No me dijo que fuera un capullo de mierda en ningún momento —anotó.

Alcé un poco la barbilla.

—Entonces fue algo que pensé —repuse con suficiencia.

Logan no iba a quedar por encima de mí en aquella ocasión. Ni loca.

—Creo que me lo merezco —dijo, sin poder evitar que se le escapara una sonrisa.

Iba a decir algo más, pero en ese instante vi que aparecía por el pasillo Henry.

—¡Joder! —exclamé.

Me aparté de Logan de un salto, como si acabara de recibir la picadura de un escorpión.

Me erguí y carraspeé mientras me estiraba la chaqueta del traje con dedos temblorosos.

—Te estaba buscando —me dijo Henry cuando llegó hasta nosotros, después de dedicarle a Logan una mirada como si le estuviera perdonando la vida. Mirada, por otro lado, que Logan ignoró con una imperturbabilidad envidiable.

Era indignante que lo trataran así. ¿Quiénes se habían creído los Mont Blanc «legítimos» para tratarlo de ese modo? Logan valía más que sus tres hermanos juntos.

Tal vez yo no tendría que defenderlo, pero era una observación objetiva, real.

Recuerdo que muchas veces pensé que, en el lugar de Logan, yo también querría acabar con *Mont Blanc Enterprise*. Ni su padre ni sus hermanos se merecían otra cosa.

—¿Para qué? —le pregunté sin mucho entusiasmo.

—Quiero comentarte algo en privado —respondió—. ¿Tienes diez minutos?

—Sí —dije.

—Vayamos a mi despacho —dijo Henry.

Miré a Logan una última vez y me di la vuelta. Henry hizo lo mismo al tiempo que posaba su mano al final de mi espalda. Gesto que no me gustó un pelo.

—¿Todo bien con el bastardo? —me preguntó de camino a su despacho.

Volví el rostro hacia él.

—¿Por qué tienes que llamarlo así? —solté, sin pensar si era conveniente o no dejar entrever según qué cosas me molestaban.

—Porque lo es —afirmó Henry con voz desdeñosa—. Pero, dime, ¿todo bien con él?

—Todo perfectamente —respondí seca.

En aquel momento no me di cuenta, no sospeché nada, pero debí haberme preguntado por qué no me gustaba que se refirieran a él como «bastardo» y por qué no soportaba que lo trataran tan mal como lo hacían. A mí debería darme igual. Logan Mont Blanc no era nada mío. Al contrario, podría decirse que era enemigo, y sin embargo no me daba igual. Me repateaba que fueran con él tan ofensivos. Logan había tenido la inteligencia y la destreza suficientes para haberse convertido en el hombre que era. Y lo había hecho por méritos propios.

A diferencia de ellos, no había tenido ventajas ni privilegios que lo ayudaran en la vida, pero aun así había logrado ser uno de los hombres más ricos del país.

¿Era eso lo que los molestaba realmente? ¿O era una cuestión de sangre?

—¿Segura? Me ha parecido que estabais muy... cerca —apuntó Henry con voz de sospecha.

Me hubiera encantado decirle que a él no le incumbía si yo estaba muy cerca o no de Logan, pero evidentemente no me apetecía complicar las cosas. Bastante pesado era ya Henry como para darle una razón más. Entonces no me lo quitaría de encima ni con agua caliente.

—¿Se te olvida que fuisteis vosotros los que me ordenasteis que me pusiera a su disposición para ponerle al día sobre los asuntos de la empresa? —le pregunté.

—No se me olvida... —Se inclinó sobre mí—. Pero no conviene confraternizar con el enemigo.

—Henry, no me toques las narices —contesté molesta.

Di un pequeño tirón para quitarme de encima la mano que tenía en mi espalda.

Él esbozó una sonrisilla.

—No te enfades, Lizzie —dijo con voz pausada, como si estuviera intentando hacer entrar en razón a una niña pequeña.

Detestaba esa especie de condescendencia gratuita que a veces dispensaba a los que creía que estaban por debajo de él. Algún día ese ego de dimensiones colosales que tenían los hermanos Mont Blanc (los legítimos) iba a aplastarlos.

—Pues entonces deja de decir tonterías —espeté.

—Está bien, no quiero que terminemos como el otro día —dijo.

CAPÍTULO 42

LOGAN

Vi alejarse por el pasillo a la señorita Summers con Henry y no me gustó, y menos me gustó la mano de él al final de su espalda.

¿Estaba celoso? Probablemente.

Pero la sensación que tenía era muy distinta a la de los estúpidos celos que me habían entrado cuando había visto que un hombre le había regalado un ramo de flores. Esto no tenía nada que ver con eso, que no dejaba de ser una chiquillada.

Henry no me gustaba ni un pelo. Había algo en el modo en que se dirigía a la señorita Summers que hacía saltar mis alarmas. Algo en su forma de mirarla, de acercarse, de hablarle... como si le perteneciera de alguna forma, como si quisiera marcar territorio delante de mí. Solo le faltaba mear a su alrededor.

Y ella parecía tener la misma sensación que yo a juzgar por la incomodidad que se advertía en la expresión de su rostro cada vez que Henry estaba cerca.

En ese instante decidí que vigilaría de cerca a Henry.

—Señor Mont Blanc... —La voz de Simon sonó a mi espalda.

Aparté la vista del pasillo por el que habían desaparecido la señorita Summers y Henry y me giré hacia él. Iba cargado con una pila de carpetas.

—Dime...

—Hemos encontrado algunos problemas en las declaraciones tributarias de los últimos años que ha hecho la empresa a Hacienda —me informó mi abogado.

Suspiré quedamente. ¿Por qué sería que no me sorprendía? ¿Mi padre y mis hermanos defraudando o evadiendo impuestos a Hacienda? Lo asombroso hubiera sido que no lo hubiesen hecho. Eso sí que me hubiera dejado perplejo.

—¿Graves? —me limité a preguntar.

—Bastante.

Tomé aire.

—Vamos a mi despacho —dije.

Simon asintió y ambos pusimos rumbo a mi despacho por el lado contrario por el que se habían ido la señorita Summers y Henry.

Más de tres horas después continuábamos analizando los chanchullos que tenían las declaraciones que habían presentado a Hacienda en el último lustro. Aquello era un completo despropósito, y lo peor es que si no se solucionaba, si no se saneaban las cuentas de la empresa por completo, la venta, aunque fuera por partes, sería inviable. Nadie querría adquirir algo que solo tenía deudas y problemas. Eso ya lo había hecho yo y porque me interesaba, como medio para conseguir un fin, para llevar a cabo mi venganza, pero no porque fuera a obtener beneficio alguno.

Mont Blanc Enterprise estaba en unas condiciones terribles. Mucho peores de lo que cabía esperarse en un principio. Lo que habían hecho mis hermanos con el imperio que había levantado

el que era mi padre biológico no tenía nombre, era incalificable, aunque disparate podría ser una buena forma de adjetivarlo.

Y pese a que aquello requería de toda mi atención, mi cabeza se despistaba a la mínima. La culpable, ¿cómo no?, no era otra que la señorita Summers. Estaba más presente de lo que me gustaría y de lo que me convenía.

Entre las cifras de las declaraciones de Hacienda mi mente divagaba por las sensaciones que me provocaba. Me costaba un mundo mantenerme lejos de ella. En cuanto la había visto en la máquina de café, allá que me había dirigido, y no es que tuviera que decirle nada referente al trabajo, simplemente quería «estar» con ella. Y entrecomillo «estar» para enfatizar de forma especial lo que implica ese verbo.

Habría sido sencillo haberme dado la vuelta y haber tomado otra dirección, pero algo a lo que no sabía dar explicación me atraía a ella de manera inevitable, como un imán a una viruta de hierro.

No había autodisciplina ni autocontrol lo suficientemente fuerte que impidiera que me acercara a la señorita Summers. Y no voy a decir que no me jodía sentir que estaba, en cierto modo, a su merced.

Había querido besarla de nuevo, cuando la había cogido por la cintura y le había dado la vuelta para pedirle perdón. Tenerla tan cerca, entre mis brazos... Era demasiado tentador para mí.

Confieso que no quería pedirle perdón por haberla besado, lo que quería era empotrarla contra la pared y volver a hundir mi lengua en su puta boca.

—Señor Mont Blanc..., señor Mont Blanc... —escuché la voz de Simon.

Parpadeé un par de veces, volviendo a poner los pies en la tierra, y dirigí la mirada hacia él.

—¿Si? —farfullé.

Aquella era una de esas tantas veces en las que había estado divagando como si no existiera otro mundo que el que había en mi cabeza.

—Si quiere, lo podemos dejar para otro momento —dijo mi abogado.

Hasta él se había dado cuenta de que estaba a kilómetros de allí.

Me eché hacia atrás y recosté la espalda en el sillón, resoplando.

—Sí, va a ser lo mejor, Simon. —Me pasé la mano por el cuello y lo giré hacia un lado y hacia otro—. Hoy no tengo la cabeza donde he de tenerla.

—Mañana terminaremos de revisarlo —dijo mi abogado—. Le dejo solo, si le parece...

—Sí, por favor —le pedí.

Simon, con la discreción que lo caracterizaba, recogió en silencio las carpetas que contenían la documentación sobre la que habíamos estado trabajando, las apiló y las dejó en un lado de la mesa ovalada de mi despacho hasta que retomáramos la tarea al día siguiente. Cerró el portátil, lo metió en el correspondiente maletín y se marchó.

Cuando oí el sonido de la puerta cerrarse, yo ya había dado la vuelta al sillón hacia los ventanales.

¡Maldita fuera, otra vez estaba pensando en la señorita Summers!

No me gustaba que merodeara tanto por mi cabeza. No, porque Elizabeth Summers era una mujer completamente prohibida para mí. Pero se me olvidaba cuando la tenía cerca.

Poco aproveché la tarde después de que se marchara Simon.

Lancé al aire un suspiro resignado y me levanté del sillón, después de apagar el ordenador.

Me guardé el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta y coloqué mi mesa por encima.

Al salir del despacho vi que en el de la señorita Summer había todavía luz. Me asombrara que se quedara trabajando fuera del horario cuando ni siquiera mis medio hermanos lo hacían. Ella actuaba como si en unas semanas no fuera a quedar nada de la empresa, como si no fuera a desaparecer. Su tesón y su profesionalidad eran admirables, más que los de los propios dueños.

Tenía pensado pasar de largo. Solo eran unos cuantos pasos hasta los ascensores, pero para cuando me quise dar cuenta, caminaba hacia su despacho.

Estiré la mano y di dos golpes con los nudillos en la puerta.

—Adelante —oí decir al otro lado.

Giré el pomo para abrir y asomé la cabeza. La señorita Summers estaba sentada detrás de su escritorio, estudiando unos documentos en actitud profesional. Cuando me sintió alzó el rostro hacia mí.

Me ponía horrores verla tan aplicada, con su faldita de tubo y su blusita ceñida.

—¿Tiene unos minutos? —le pregunté, tratando de ignorar como la tela le apretaba los pechos.

—Sí, pase —dijo.

Terminé de abrir la puerta, entré y la cerré a mi espalda.

—Usted dirá, señor Mont Blanc.

CAPÍTULO 43

LIZZIE

No sé por qué había pensado que Logan se había marchado ya a casa y que solo me había quedado yo trabajando en el despacho. Pero estaba allí, al otro lado de mi mesa, con ese semblante de modelo de pasarela que tenía.

—Señorita Summers, quiero preguntarle algo... —comenzó, y lo hizo serio, sin esa nota sarcástica en la entonación que lo acompañaba casi siempre.

En mi mente me eché las manos a la cabeza preguntándome qué me diría o con qué me saldría. A saber... Logan Mont Blanc era imprevisible. Pocas veces lograba verlo venir.

—¿Qué pasa con Henry? —dijo de sopetón.

Como, por ejemplo, en aquella ocasión. Lo último que me esperaba es que me preguntara por Henry y que lo hiciera del modo en que lo hizo.

—¿A qué se refiere? —No sabía si hablaba a algo concerniente a la empresa o a otra cosa.

—No me gusta que se acerque a usted —respondió, sin rastro de humor en el tono.

Me quedé de piedra. Parpadeé sorprendida.

—¿Perdón?

—Me ha oído perfectamente, señorita Summers, no me gusta que Henry se acerque a usted —repitió sin el más mínimo titubeo.

—Sí, lo he oído, pero lo que no entiendo es qué le importa a usted quién se me acerque o quién no —dije, empezando a mostrar mi cabreo—. Los celos no le sientan nada bien —añadí con una pizca de burla.

—Esto no tiene nada que ver con los celos.

—¿Ah no? ¿Entonces tiene que ver con esa manía suya de que lo obedezca en todo? —le pregunté.

—No —respondió rápidamente.

Me crucé de brazos.

—Entonces, ¿con qué tiene que ver? Explíquemelo, si es tan amable.

—Tiene que ver con que no me gusta el modo en que la mira, el modo en que la trata, el modo en que le habla, el modo en que... la toca.

Me gustaría decir que aquella era otra de esas conversaciones sin sentido de las nuestras, una nueva pataleta sin explicación aparente que acabaría como el rosario de la aurora, cada uno por su lado, pero no era así. Había un viso grave en la voz de Logan que me decía que no era así.

Al ver que no decía nada, me preguntó:

—¿Usted le gusta? ¿Le gusta a Henry?

Logan era más intuitivo de lo que parecía. Sorprendente para ser un hombre, la verdad.

Me quedé un poco cortada y noté que se me enrojecían las mejillas.

—Sí, bueno... —Me coloqué unos mechones de pelo detrás de las orejas—, hace algún tiempo estuvo interesado en mí —contesté con cierto pudor.

No me sentía cómoda hablando de esas cosas con Logan, y no sabía muy bien la razón.

—Aléjese de Henry todo lo que pueda —repuso.

Yo sabía que Henry no era un alma caritativa, precisamente, y con las últimas broncas que habíamos tenido, menos, pero no me hacía demasiada gracia que Logan me dijera lo que tenía o no que hacer.

—Deje de decirme lo que tengo que hacer y de qué personas tengo que alejarme. No tiene ningún derecho.

—Señorita Summers, conozco muy bien a Henry. Sé qué tipo de hombre es y cómo se las gasta. Es un vividor, un tarambana, un...

—Sé defenderme sola, señor Mont Blanc —lo corté.

Apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y se inclinó hacia mí. La tela de la chaqueta del traje se ajustó a sus hombros, haciendo que parecieran más anchos todavía.

—No quiero que precise de la opción de tener que defenderse de él —dijo.

La intensidad con la que me miró me hizo estremecer, pero continué en mis trece.

—No necesito que nadie me haga de guardaespaldas... ni de niñera.

No sé la razón por la que Logan se tomaba aquellas molestias. No sé si era por un afán suyo de controlarlo todo, de controlarme a mí o qué, pero que me tratara como si fuera una cría me repateaba, porque esa era la manera en que me trataba la mayoría de la gente desde que se habían enterado de lo de mi intento de suicidio, como si no supiera cuidar de mí misma, cuando no tenía nada que ver una cosa con la otra.

Logan no sabía nada de aquello, o sí, no lo sé..., pero me molestaba de igual forma.

Suspiró.

—¿Es que no lo entiende? —me preguntó con una dura expresión reflejada en el rostro.

Me levanté del sillón para estar un poco más a su altura. Él se irguió por completo. Aunque yo medía un metro setenta y cinco y llevaba tacones, Logan todavía me sacaba media cabeza. Era un bigardo de mucho cuidado.

—Señor Mont Blanc, llevo varios años trabajando y tratando con Henry, yo también lo conozco —dije en tono hosco.

—Ahora es distinto... —dejó caer.

—¿Por qué?

—Porque ya no tienen nada que perder. Ninguno de los tres. Ni Rod ni Joe ni Henry —contestó.

Abrí la boca para hablar, pero Logan volvió a tomar la palabra.

—Mire, no entiendo por qué me importa cuando sé que no debería importarme, pero solo le estoy pidiendo que se cuide. Nada más —atajó.

Durante unos segundos nos mantuvimos la mirada. ¿Había realmente preocupación en los ojos de color oro viejo de Logan Mont Blanc?

Cogí aire.

—Está bien, me cuidaré —terminé diciendo finalmente con voz queda.

—Espero que sea verdad y que me haga caso.

Rebajé el tono porque realmente lo vi inquieto con ese tema.

—Sí, le haré caso, no se preocupe.

Logan pareció respirar aliviado.

¿Por qué le afectaba tanto? Henry no era un desconocido para mí. Llevaba tratándole algunos años y sabía cómo era. Podía decir que lo conocía bastante bien. Sin embargo Logan parecía ir más allá. Ignoro si por la animadversión que había entre ellos o porque sabía cosas de Henry que yo no. Por el motivo que fuera, su preocupación (y su advertencia, lejos de los celos) la sentí

sincera y eso me hizo acceder sin protestar a su petición.

—Vale... —dijo con un brillo de satisfacción en los ojos—. ¿Aún no ha terminado el trabajo por hoy? —me preguntó, dirigiendo la mirada dorada a los papeles que tenía encima de la mesa.

—No, me quedan algunas cosas —respondí.

Alzó los ojos hacia mi rostro.

—No tarde mucho en irse a casa —dijo, y su voz sonó ligeramente paternal.

Me sentí como una idiota por gustarme que se preocupara por mí, que me cuidara.

—En cuanto termine esto, me voy —contesté como una niña buena.

Logan me miró durante unos instantes. Por un momento me dio la impresión de que iba a decirme algo más, pero no fue así.

—Hasta mañana, señorita Summers —se despidió finalmente.

—Hasta mañana, señor Mont Blanc —dije.

Se dio media vuelta y se marchó dejando tras de sí una estela perfumada con el olor de su colonia.

Cuando su esbelta figura desapareció y cerró la puerta del despacho, me dejé caer en el sillón y lancé al aire un sonoro suspiro.

Judy tenía razón. La tenía. Más que cien santos. Logan Mont Blanc me estaba volviendo la cabeza del revés. Era como una puta montaña rusa. Tan pronto estábamos arriba como abajo. Y, aunque me costara admitirlo (que me costaba), me daba vida, más de la que había tenido en los dos últimos años.

Después de que Steven me dejara plantada en el altar mi existencia giraba en torno al trabajo. Únicamente. Y había puesto todo mi afán expresamente en que fuera así. Vivía por y para trabajar. No me había molestado en reanudar cualquier vida social que tuviera antes y los hombres que habían mostrado algún interés en mi persona, incluido Henry, no habían tenido ningún atractivo para mí..., hasta que había llegado Logan.

Justo él.

El menos indicado.

El único en el que no debería de haberme fijado.

El que para mí estaba «prohibido».

No prohibido en plan Romeo y Julieta. No era tan trágico. Ni yo era una Capuleto ni él pertenecía a los Montescos. Pero desde luego venirme a fijar en el hombre que había llegado para acabar con la empresa que era en parte de mi padre y en la que yo trabajaba, aunque los dueños fueran los Mont Blanc, tenía guasa y era, cuanto menos, curioso... y un poco retorcido. Una de esas ironías de la vida que no sabes muy bien por dónde coger y cómo tomarte.

Negué con la cabeza y le devolví la atención a los documentos que tenía sobre la mesa. Sin que sirviera de precedente, hice caso a Logan. Terminé lo que me quedaba por hacer y me fui a casa.

CAPÍTULO 44

LOGAN

No sé si la señorita Summers me haría caso y se mantendría alejada (o lo más alejada posible) de Henry. Con lo obstinada que era y lo que disfrutaba llevándome la contraria, ¿quién sabía? Pero es que definitivamente Henry no me gustaba. Tenía demasiada mala reputación como para no andar al loro con él.

De todas formas, independientemente de lo que hiciera ella, yo lo tendría vigilado de cerca, por lo menos dentro de la empresa. Y hablar con la señorita Summers sobre ese tema y ponerla sobre aviso me tranquilizó de alguna manera.

Por primera vez nuestra conversación había sido sensata y había transcurrido por cauces medianamente normales, sin la tragicomedia que conducía siempre nuestros encuentros. Y aquello era todo un éxito tratándose de nosotros dos. Pero es que el tema requería cierta seriedad. No era un juego.

Se había mostrado receptiva a mi consejo, aunque al principio le había costado, pero finalmente había entrado en razón. Supongo que en parte porque ella conocía a Henry lo suficiente como para saber que yo no hablaba en vano.

Y desde luego que no hablaba en vano. Con los Mont Blanc nunca se podía hablar en vano. Había que tener cuidado con ellos. No estaban acostumbrados a no salirse con la suya, a que las cosas no se hicieran de otra manera que no fuera la que ellos querían.

Habían tenido el mundo a sus pies; habían sido poco menos que Dioses. Quien más y quien menos había acabado rendido al apellido Mont Blanc, y supongo que en aquel momento les costaba poner los pies en la tierra, sentirse como simples mortales. Sobre todo cuando se es tan arrogante como lo eran ellos. A veces, cuando se posee tanto dinero y tanto poder, es difícil no olvidarse de que somos seres humanos, nada más.

Por suerte, yo nunca he sucumbido a lo que significa ser un Mont Blanc. Aunque quizá en mi caso pesaba la losa de que era un bastardo (de que me veían como tal) y de que en el fondo detestaba ese apellido. Porque si algo detestaba, era el apellido Mont Blanc, aunque fuera uno de ellos, aunque su sangre corriera por mis venas. Pero eso, como he dicho en alguna ocasión, era un mero accidente biológico.

CAPÍTULO 45

LIZZIE

A la mañana siguiente coincidí con Logan Mont Blanc en el parking, cuando ambos íbamos a coger el ascensor.

—¿Solucionó ya lo del coche? —me preguntó mientras esperábamos.

—Sí, como usted dijo, era el alternador, que no cargaba bien la batería —le expliqué.

El ascensor se detuvo en el sótano en ese instante y las puertas se abrieron. Logan me indicó con un gesto de la mano que pasara en primer lugar.

—Por favor —dijo.

—Gracias —le agradecí, mientras entraba en el cubículo. Logan pasó detrás de mí.

Probablemente a lo largo del día termináramos como terminábamos siempre. No creía que lo de ser civilizados y comportarnos como adultos durara mucho tiempo, para ser sincera.

Lo reconozco, soy una mujer de poca fe.

—Me alegro de que lo haya solucionado —dijo, una vez que las puertas metalizadas se cerraron ante nuestros ojos.

—Gracias.

Dado el estrecho espacio del ascensor, su proximidad me resultaba de algún modo perturbadora, al igual que el aroma de su fragancia. Al principio pensaba vanamente que en algún momento dejaría de ser tan consciente de su presencia. Que aquella devastadora primera impresión que me había causado el día que entró por primera vez en la sala de juntas pasaría pronto. Era evidente que a esas alturas eso era imposible.

Siempre que lo tenía tan cerca necesitaba desviar mi atención de su cuerpo.

—Señor Mont Blanc, tengo que comentarle algunas cosas sobre los contratos de publicidad que teníamos ya concertada para la próxima temporada...

—Tengo varias reuniones, por lo que voy a estar todo el día fuera, pero me pasaré por su despacho a última hora de la tarde —dijo.

—Perfecto. Hablaremos de ello esta tarde.

A mí me venía mejor, así tenía un margen de tiempo para acercarme al despacho de Judy y que me facilitara toda la información para después poder mostrársela a Logan.

El ascensor se detuvo en la última planta. Cuando las puertas se abrieron, esquivamos al grupo de ejecutivos que esperaban para subir en él y nos dirigimos a nuestros despachos.

—Que tenga buen día —se despidió Logan antes de ir al suyo.

Me giré.

—Igualmente —dije.

Antes de ir a mi despacho miré de reojo a su secretaria, que estaba sentada detrás de la mesa con ojos avizores, atenta para cuando llegara Logan. Solo le faltaba hacerle la ola. O era una entusiasta de su trabajo o se le calcinaban las bragas en cuanto lo veía.

No podía evitarlo, pero qué mal me caía.

Genial, ahora estaba celosa de la secretaria de Logan. Todo muy conveniente.

Suspiré.

—Buenos días, Lizzie —me saludó Mery.

—Buenos días —dije.

—Lizzie, tienes que ponerte en contacto con U. S. Bancorp, quieren comentarte un problema que ha surgido con el último préstamo que pidió la empresa. Aquí está el nombre y el número de teléfono de la persona con la que tienes que hablar —dijo Mery, tendiéndome un papel.

Fruncí el ceño.

—¿Yo? De eso se encargan *los hermanísimos* —dije.

Mery hizo una mueca.

—Me ha dicho Rod que te encargues tú —comentó.

Chasqueé la lengua con fastidio.

—Joder, ¿también esto? —me quejé.

¿Es que Rod, Henry y Joe no iban a hacer nada? Qué putos vagos.

El día amenazaba con ser muy largo.

—Lo siento —dijo Mery, encogiéndose ligeramente de hombros.

La miré.

—No, Mery, tú no tienes que disculparte —me apresuré a decir—. No es tu culpa. Es culpa de esos... —apreté los dientes para callarme el exabrupto que estaba a punto de salir de mi boca.

Respiré hondo y tomé el papel que Mery me ofrecía.

—Gracias por darme el recado —murmuré.

Abrí la puerta de mi despacho de mal humor y la cerré de un puntapié. Eso me hizo sentir un poco mejor. Romper la puerta ya no importaba. Por mí como si alguien prendía fuego al edificio entero con *los hermanísimos* dentro.

Qué ganas de que acabara ya toda aquella puta mierda.

Lancé el papel que me había dado Mery sobre la mesa sin ningún cuidado. Abrí el cajón de abajo de un tirón, arrojé dentro el bolso y lo cerré de un golpe tan fuerte que casi lo saqué por el otro lado. Ver que la mesa retumbaba por el empujón me hizo sentir cierta satisfacción, aunque solo fue algo instantáneo.

Estaba más cabreada que una mona.

—Si sigue así va a echar el despacho abajo...

La voz de Logan me sobresaltó. No pensaba verlo de nuevo hasta última hora de la tarde, como habíamos quedado.

Alcé los ojos. Estaba apoyado con un hombro en el marco de madera, llenando casi por completo el hueco de la puerta. En sus ojos había una expresión de condescendencia.

¿Qué hacía en mi despacho? Y, sobre todo, ¿cuánto tiempo llevaba ahí? Por el comentario que había hecho lo suficiente para ver el show que había montado en un momento. ¡Genial!

—Echaría la empresa abajo si pudiese —dije.

Bufé al darme cuenta de que se me había quedado una de las pulseras enganchada en el cajón.

—¿Qué la ha puesto de tan mal humor? —me preguntó Logan.

—¿Mal humor? ¿Cree que estoy de mal humor? —pregunté irónicamente con los dientes apretados. Forcé una sonrisa, intentando liberar la pulsera, pero no pude, lo que hizo que me pusiera de peor humor todavía—. No, estoy de lo más feliz. Feliz como una perdiz. Cada día aquí es una jornada alegre y boyante de... dicha —me burlé.

Di un par de tirones para ver si con suerte se desenganchaba la pulsera sin romperla, pero no había manera. ¿Por qué me venía a pasar aquello precisamente en ese momento?

—¡Joder! —siseé con impotencia—. Este día va de mal en peor.

—¿La ayudo? —Logan estaba a un paso de mí. Observando expectante qué pasaba.

—Se me ha quedado la pulsera enganchada en el tirador del cajón —me limité a decir, frustrada por no poder liberarla por más que lo intentaba.

—A ver qué podemos hacer... —susurró él mientras se ponía de cuclillas delante de mí.

Estiró las manos hasta el tirador del cajón y con los dedos empezó a trastear con la pulsera. Por suerte, la ancha correa del reloj, un Cartier en color hueso, ocultaba las cicatrices de mi muñeca.

Impaciente, suspiré y di otro tirón.

—¡Mierda!

No podía estar tan cerca de Logan Mont Blanc. Dios, era una puta tortura. Ni siquiera podía mirarlo. Si lo hacía, corría el serio peligro de tirarme a su cuello, y en esa ocasión no porque quisiera morderle la yugular. No, no era precisamente eso lo que quería hacerle.

—Tranquila —dijo en tono sosegado.

Nuestros ojos se cruzaron. Nos quedamos en silencio, mirándonos el uno al otro, sin mediar ni una sola palabra. Mi corazón empezó a latir a trompicones. Casi podía sentir cómo la sangre viajaba a toda velocidad por el interior de mis venas.

No tengo ni idea de cuánto tiempo estuvimos así. No sé si fue un rato largo o corto. Solo sé que parecía que ninguno de los dos deseaba apartar la vista del otro.

Finalmente, haciendo un esfuerzo, carraspeé.

—La pulsera —susurré, tratando de volver a la realidad.

—La pulsera... —repitió Logan como un autómata, pero sin saber muy bien qué estaba diciendo, mientras acariciaba mi boca con la mirada.

CAPÍTULO 46

LOGAN

La señorita Summers tenía los ojos más fascinantes que había visto jamás. Eran de una tonalidad gris claro con motitas azules repartidas a lo largo del iris. Me quedé mirándolos y mirándola a ella como un tonto. Tanto fue así que perdí la noción de cualquier estímulo que pudiera provenir del exterior.

Solo la veía a ella.

Nada más que a ella.

Y me costó lo mío volver en mí. ¿Cómo podía apetecerme tantísimo besarla?

Sus labios eran como una suerte de imán para mí. Un canto de sirena que me atraía hacia ella casi como si fuera un encantamiento de magia al que no pudiera resistirme.

—Señor Mont Blanc, la pulsera... —repitió, llamando mi atención.

Entonces reaccioné.

—Sí, claro... —murmuré.

Carraspeé un par de veces y como pude me sacudí el aturdimiento que tenía encima. Aunque algo me decía que la señorita Summers estaba en circunstancias parecidas a las mías. Puede que solo fueran imaginaciones mías, pero también parecía algo turbada.

Me llamé al orden a mí mismo para concentrarme.

Me incliné un poco y continué trasteando. El rocé fortuito de mis dedos con la suave piel de sus manos era electrificante.

Un minuto después finalmente conseguí desenganchar la dichosa pulsera del tirador del cajón.

—Creo que está —anuncié.

La señorita Summers hizo rodear la pulsera en su muñeca para comprobar que estaba en perfecto estado.

—Gracias —dijo, sonriendo levemente.

Me incorporé.

—¿Y ahora va a decirme cuál es la razón de su mal humor? —le pregunté, dando un par de pasos hacia atrás a modo de distancia de seguridad para evitar hacer cosas que no debía.

—Sus hermanos —respondió—. Son... Agrrr... —gruñó cerrando los puños—. Quiero matarlos.

Enarqué las cejas, asombrado porque se refiriera a mis hermanos como eso, como «hermanos». Puede sonar ridículo porque realmente ese era el parentesco que nos unía, pero a estas alturas de la película sabéis a qué me refiero. Nadie se atrevería a calificarlos como tal, y trascurridos unos segundos la señorita Summers pareció caer.

—Lo siento... —se disculpó—. No debo hablar así de ellos.

—¿De verdad cree que me importa que hable mal de Rod, Henry y Joe? —dije.

—Bueno..., tienen la misma sangre —dijo la señorita Summers.

Sonreí.

—La sangre entre ellos y yo es un mero accidente biológico —comenté—, y en el caso de Jeff Mont Blanc un mero trámite biológico. No hay nada más con ninguno.

—Curiosa forma de definirlo.

—¿Qué han hecho esta vez?

—Que no han hecho, diría más bien. —El tono de su voz se tornó serio—. Porque no hacen nada. Absolutamente nada. —Se pasó una mano por la cabeza. Estaba agobiada—. Ahora también me toca hablar con los bancos...

—La están dejando sola luchando contra mí —afirmé con sinceridad—. Eso es de cobardes.

La señorita Summers se mordisqueó el labio de abajo, nerviosa.

—Quizá ellos no tengan tanto que perder como yo —respondió, y por primera vez desde que la conocía, se permitió mostrar una pizca de vulnerabilidad.

En aquel momento me pareció más frágil que nunca.

Y os confieso que me jodía verla así. No me paraba a pensar por qué, pero me jodía. Igual que me jodía que fuera una víctima de los Mont Blanc, y dadas las circunstancias, también era una víctima mía.

Elizabeth Summers estaba en medio de nuestra contienda y de una u otra forma era un daño colateral tanto de un bando como de otro.

Enseguida cambió el semblante para no dejar entrever ni un atisbo de esa debilidad que había mostrado unos minutos antes.

—Yo puedo hablar con los bancos —me ofrecí.

—No, no... es algo que nos corresponde a nosotros —se apresuró a contestar.

—Señorita Summers, ahora soy el dueño de *Mont Blanc Enterprise*, no creo que la gente de los bancos se niegue a hablar conmigo, aunque fuera una tarea que tuvieran que hacer... mis hermanos —dije para tratar de convencerla.

Negó con la cabeza.

Era sorprendente el sentido de responsabilidad que tenía, como el capitán de un barco que se está hundiendo y que es el último en abandonarlo. Otro en su lugar trataría de quitarse los marrones de encima a manotazos sin importarle qué ocurriera ya con la empresa. Total, la habían perdido y poco se podía hacer para recuperar algo de ella. Solo era un negocio agonizante dando los últimos coletazos antes de acabar en el fondo del océano.

—No se cargue con cosas que no le corresponden y menos si eran Rod, Henry y Joe quienes se tenían que encargar de ellas. Déjemelas a mí.

Siguió mordisqueándose el labio un rato, sopesando qué hacer después de lo que le acababa de decir. En silencio, cogió un papel de encima de la mesa y me lo tendió.

—Esta es la persona con la que tiene que hablar. La entidad bancaria es U.S. Bancorp —dijo—. No sé exactamente el motivo, pero por lo que me ha dicho mi secretaria, tiene que ver con el último préstamo que pidió la empresa.

Estiré la mano y tomé el papel. No era muy difícil concluir que probablemente el motivo fuera el impago de varias de las cuotas mensuales del préstamo.

—Vale, yo me encargo —dije.

La señorita Summers se movió incómoda y se colocó el pelo detrás de la oreja mientras fruncía los labios. Ella poseía el pudor por todo lo que estaba pasando que no tenían ni Jeff ni mis hermanos.

—¿Para qué ha venido a mi despacho? —me preguntó como si quisiera cambiar de tema.

—Necesito que actualice la agenda de teléfonos de clientes, proveedores, distribuidores... Mi secretaria anda todavía un poco perdida —dije.

—La actualizaré esta misma mañana —respondió la señorita Summers sin protestar.

—Perfecto. —Consulté la hora en mi reloj de muñeca—. Tengo que irme, ya llego tarde. — Ella asintió—. La veo esta tarde para que me comente ese asunto de los contratos de publicidad.

—Vale —murmuró.

—Que tenga un buen día.

—Igualmente.

Me di la vuelta y enfilé los pasos hacia la puerta. Cuando salí del despacho de la señorita Summers tenía un regusto extraño en la boca, que nada tenía que ver con el sabor dulce de la venganza.

CAPÍTULO 47

LIZZIE

La verdad es que no entendía por qué me costaba tanto ceder determinadas tareas a Logan. Supongo que tenía que ver mucho con el hecho de que eso significaba que *Mont Blanc Enterprise* era ya más suya y un poco menos mía (si es que en algún momento lo había sido).

Pero lo mejor era no pensar demasiado en ello. Ya no. Las cosas eran como eran y estaban como estaban y poco se podía hacer para cambiarlas. Además, estaba hasta arriba de trabajo como para andar perdiendo el tiempo en cosas que no tenían solución.

Me senté en el sillón, encendí el ordenador y me dispuse a actualizar la agenda para que Logan pudiera hacer uso de los teléfonos cuando los necesitara.

Entre unas cosas y otras me planté en la media mañana. Tenía que ir al despacho de Judy a recoger los contratos de la campaña publicitaria para echarlos un vistazo y explicarle a Logan cómo estaban las cosas.

Salí del despacho y me fui a la máquina de café para coger un té. Ni siquiera tenía tiempo para bajar a la cafetería, así que me tendría que conformar con el que salía de la máquina. Me lo bebí con prisa mientras me dirigía a la zona de los ascensores y bajaba a la planta donde estaba Judy.

Tiré el vaso de cartón en una de las papeleras de la recepción de la planta.

Mi hermana no tenía secretaria (por eso a veces compartíamos a Mery), así que toqué directamente en la puerta y esperé a que me diera paso, pero nadie respondió al otro lado. Era raro porque me parecía estar escuchando ruido en el interior del despacho.

Volví a llamar. No obtuve ninguna respuesta, solo el silencio.

Fruncí el ceño.

No tenía que haber abierto la puerta, sin embargo la abrí. Maldita la hora.

Madre de Dios.

Me encontré a Judy y a Fredd en plenos preámbulos sexuales. Sí, tal cual lo leéis. ¡A punto de follar!

Mi hermana estaba sentada encima de su mesa, con la camisa de color rosa desabotonada y un hombro al descubierto. Fredd se encontraba colocado entre sus piernas, inclinado sobre ella besándole el cuello, con el cinturón del pantalón desabrochado y la camisa por fuera.

—¡Oh, Dios! —exclamé.

No estaba escandalizada por lo que estuvieran haciendo, sino por haberlos pillado. ¿Es que yo no tenía otro momento de haber bajado a por los contratos publicitarios?

Inmediatamente me llevé la mano a la cara y me tapé los ojos. Noté como mi rostro enrojecía hasta la raíz del cabello de la vergüenza.

—¡Lizzie! —dijo mi hermana, que volvió el rostro hacia mí y me miró con los ojos como platos, sin saber muy bien qué decir.

Fredd se apartó de un salto cuando se percató de mi presencia y se apresuró a meterse la camisa por dentro del pantalón, como si eso pudiera hacerme olvidar lo que había visto.

—Lo siento. Lo siento... —me excusé, con la mano todavía ocultando mis ojos.

No tenía ni puñetera idea de qué hacer. ¿Me iba? ¿Me quedaba? ¿Qué hace una persona cuando pilla a una pareja en plenos preliminares de apareamiento, aparte de querer que se abra un socavón en el suelo y de que te trague la tierra? ¿O de desear tener el súperpoder de dar marcha atrás en el tiempo y no abrir la dichosa puerta detrás de la que dos personas están desfogando su pasión?

Nerviosa, me giré para irme, después me giré otra vez para pedir disculpas de nuevo (no sé cuántas veces dije «lo siento») y finalmente me giré una tercera vez hacia la puerta.

—Acabad —dije, saliendo del despacho.

—¡Lizzie, espera! —gritó mi hermana, al tiempo que se bajaba de la mesa y se recolocaba la camisa en el hombro. Pero yo lo único que quería era echar a correr a lo Usain Bolt y no parar hasta llegar a Sebastopol.

Judy me alcanzó en el pasillo.

—Lizzie, espera... —repetió, sujetándome del brazo para que me diera la vuelta.

Me detuve en mitad del pasillo aún con los ojos tapados con la mano.

—Siento mucho haber entrado —me disculpé por décimo octava vez.

—Yo... Fredd... —Judy se atusó el pelo—. Bueno, Fredd ha subido para traerme un café, porque llevo varios días sin bajar a la cafetería y... —Se pasó la mano por la frente—. Nos hemos puesto a hablar y una cosa ha llevado a la otra y...

—Judy, no tienes que darme explicaciones —la corté, y era cierto. Ella podía hacer con su vida lo que quisiera. Además, a mí Fredd me caía genial—. La culpa ha sido mía por entrar. He llamado dos veces a la puerta y al no abrimme... Pero, por favor, seguid.

Judy sonrió y dejó caer los hombros.

—¿Cómo vamos a seguir, Lizzie? —dijo.

En ese momento Fredd salió del despacho de Judy, algo cabizbajo. Ya estaba completamente vestido, con la camisa metida perfectamente en el pantalón.

—Judy, me voy —se adelantó a decir. Tenía las mejillas ligeramente ruborizadas—. Nos vemos... Nos vemos en otro momento.

—Espera... —Mi hermana lo paró—, tienes un poco de carmín en los labios —dijo.

Se acercó y con el dedo pulgar le limpió cuidadosamente la comisura de la boca.

—Gracias —dijo Fredd, rascándose la cabeza.

Joder, no sabéis lo mal que me sentí. Los había cortado el rollo totalmente. Me iban a odiar toda la vida. ¿Cómo había sido tan inoportuna?

—Lo siento —me disculpé con ojillos de cordero degollado y una mueca de disgusto en la boca.

—Tranquila —dijo Fredd, alzando la mano en una señal que quitaba hierro al asunto.

Me tranquilizó verlo sonreír. Al menos no tenía ganas de matarme por haber hecho que la erección se le bajara de golpe.

—Hasta luego —se despidió y miró de reojo a Judy.

—Hasta luego —dijo ella en tono cómplice.

—Adiós —dije yo, sin saber dónde meterme.

Fredd se alejó por el pasillo. Cuando desapareció tras una esquina, me giré hacia Judy con las manos juntas en un gesto de súplica y mordéndome los labios.

—Lo siento, lo siento, lo siento mucho, de verdad... Perdóname —repetí una y otra vez.

—No pasa nada —dijo, resignada.

—No era mi intención, Judy...

—Lo sé —Suspiró—. Anda, vamos a mi despacho.

Se giró sobre sus talones y yo la seguí como a un perro al que acaban de echar una bronca, aunque ellos se habían tomado la interrupción genial.

CAPÍTULO 48

LIZZIE

Entré en el despacho de Judy y cerré la puerta a mi espalda.

—Solo venía a recoger los contratos de publicidad —comencé—. Esta tarde a última hora voy a comentárselo a Logan y quería echarlos un vistazo antes.

—Tengo la información lista —contestó Judy.

Se fue hacia uno de los archivadores, lo abrió y cogió un par de carpetas.

—Te lo agradezco un montón.

Se giró de nuevo hacia mí.

—Aquí tienes.

Al coger las carpetas fui incapaz de evitar que se me escapara una sonrisilla.

—¿Así que Fredd y tú? —dije.

Hizo un aspaviento con las manos de forma teatral.

—Ya sé lo que vas a decir: que es una locura —se apresuró a afirmar.

—No. No. Me encanta que Fredd y tú por fin hayáis decidido dar un paso más. Os gustáis desde hace un montón de tiempo... ¿Es que no te habías dado cuenta? —le pregunté.

Judy se quedó unos segundos pensando.

—No sé... Yo... —Alzó un hombro—. Tal vez no me había dado cuenta... —titubeó.

—Y luego me dices a mí... —Meneé la cabeza—. Pero vamos al meollo, a lo importante... ¿Cómo ha sido? ¿Ha entrado y te ha tirado sobre la mesa? —bromeé.

—No, joder —respondió Judy—. Como llevaba unos días sin bajar a la cafetería, ha subido para traerme un café y de paso preguntarme cómo estaba, porque hacía mucho que no me veía.

Judy lanzó al aire un suspiro.

—Y te echada de menos... Oh, qué bonito... —apunté, poniendo voz ñoña.

—Te juro que no sé cómo hemos acabado encima de la mesa. Hemos empezado a hablar, después a tontear, y cuando me he querido dar cuenta nos estábamos besando como si no hubiera un mañana.

—No sabes cuánto siento haberos cortado el rollo, de verdad —dije—. Me siento fatal.

—No te preocupes, Lizzie, la culpa es nuestra. ¿A quién se le ocurre liarse en el despacho? ¿... sin echar el pestillo? ¿Te imaginas que en vez de entrar tú lo hubiera hecho alguno de los Mont Blanc? —planteó con espanto.

—Bueno, ninguno te hubiera podido despedir. Esto tiene los días contados —me mofé.

—Aún todo, no es una situación por la que me hubiera gustado pasar... Casi me da algo cuando te he visto a ti, imagínate si llega a ser uno de *los hermanísimos*. Me hubiera muerto de la vergüenza.

—De la vergüenza casi me muero yo. Qué mal rato he pasado.

Judy se echó a reír y se tapó la cara con las manos.

—Madre mía... —murmuré.

—Ojalá terminéis de echar el polvo en otro momento. Por favor, no lo dejes pasar. Fredd es un tío estupendo y te gusta, Judy. Te gusta mucho. Te lo digo por si no habías caído en ello.

Judy bajó los brazos a ambos lados del cuerpo y se descubrió la cara.

—Quizá tienes razón... —reconoció. Se colocó el pelo tras las orejas—. Joder, qué tonta he sido...

—Ya sabes lo que ocurre a veces... El problema es que la cabeza no quiere admitir lo que el corazón ya sabe —dije, y de pronto pensé en mí misma y en lo que estaba pasando con Logan Mont Blanc.

Judy debió captar algo en la expresión de mi cara, porque me miró con una ceja arqueada en un gesto interrogativo.

—¿Y a ti que te pasa? —me preguntó.

Rodé los ojos hasta encontrarme con los suyos, pero me mantuve en silencio.

—Lizzie, desembucha —me apremió mi hermana—. Te conozco como a la palma de mi mano y sé que pasa algo. Venga, habla.

¿Tan transparente era?

Exhalé el aire que tenía en los pulmones y lo solté a bocajarro.

—Ay, Judy, creo que Logan Mont Blanc me gusta —confesé al fin.

Dio un grito.

—Pero eso yo ya lo sabía —afirmó.

—Y yo sabía que a ti te gustaba Fredd —le dije, como si se tratara de una competición.

—Vale, las dos sabíamos que a la otra le gustaba un chico antes de darnos cuenta nosotras mismas... —dijo Judy, dándome la razón como a los tontos—. Pero dime ¿qué te ha hecho caer del guindo? —curioseó.

—No sé..., lo que siento cuando lo tengo cerca. Me apetece lanzarme a sus brazos y besarlo, y también lo sumamente mal que me cae su secretaria. Me pone enferma cada vez que la veo insinuándose a él. —Judy rio. Chasquéé la lengua contra el paladar—. Dios, soy una idiota. Una idiota de verdad.

—No eres ninguna idiota.

—Sí lo soy, Judy —le rebatí—. Solo a mí se me ocurre fijarme en Logan Mont Blanc. ¡Logan Mont Blanc! —repetí, levantando las manos.

—Deja de nombrar a Logan Mont Blanc como si estuvieras nombrando al demonio—dijo Judy.

Resoplé.

—No es el demonio, pero es alguien en quien no debería de haberme fijado —repuse.

—¿Y desde cuándo elegimos de quien nos enamoramos? —planteó Judy.

La miré con una expresión de horror plasmada en los ojos. ¿Enamorada? ¿De Logan Mont Blanc?

—¡Ah, no, no, no! —Agité el dedo, negando—. Yo no estoy enamorada de Logan, esos son palabras mayores —salté rápidamente como una escopeta de feria—. Solo... me gusta.

—De acuerdo, solo te gusta.

—Logan Mont Blanc está prohibido para mí, Judy. Joder, de todos los hombres que hay en el mundo, me tiene que gustar él. ¿Qué broma es esta?

—Bueno, muchas veces es lo prohibido precisamente lo que nos atrae.

—Pero a mí nunca me ha gustado... trasgredir las normas... —traté de explicarme.

—A lo mejor por eso te gusta Logan.

Moví la cabeza.

—No te entiendo —dije.

—Lizzie, siempre has sido una persona correcta... excesivamente correcta, diría yo. Te gusta tenerlo todo bajo control, no dejar nada al azar —respondió Judy—. Cuando pasó lo de Steven, tu mundo se vino abajo, y con él tu control y los esquemas bajo los que guiabas tu vida. La respuesta a la pregunta de por qué te gusta Logan Mont Blanc, aparte de ser obvia, el tío hace que nuestros ovarios hagan piruetas de alegría porque el cabrón está como quiere —apuntó, enfatizando con cierta lascivia las últimas palabras—, creo que atiende al deseo o la necesidad de romper con esos viejos esquemas, de superar los límites, de sentirte libre. Incluso de un acto de rebeldía.

Me quedé unos segundos mirando a Judy y pensando en sus palabras.

—El mundo se ha perdido una psicóloga de la hostia —dije, flipada por todo lo que acababa de decir.

Ella rompió en una risotada.

—No digas bobadas.

—No son bobadas, Judy. Creo que esa es la clave.

—Pero lo que menos debería importarte es la razón que hace que Logan te guste. Sea porque quieres romper con los viejos esquemas o por un acto de rebeldía lo importante aquí es que te gusta.

—Pero es que no me tendría que gustar —insistí.

—Pero es que nosotros no elegimos quién nos gusta y quién no, de quién nos enamoramos y de quién no.

Me senté en una de las sillas de cuero situadas delante de la mesa de Judy. Suspiré y alcé los ojos hacia mi hermana con preocupación.

—¿Qué voy a hacer? —pregunté—. A Logan no le intereso lo más mínimo.

—¿Qué te hace pensar que no le interesas?

—Nos besamos... Bueno, me besó él para callarme, y no sintió nada.

—Eso no lo sabes... A lo mejor le pasa lo mismo que a ti —dijo Judy.

—Ni siquiera recuerda mi nombre —apunté.

Ese detalle me seguía repateando.

—Eso es una chorrada.

—Pero, aunque me hiciera caso, no... no habría nada que hacer... Es el tío que va a hundir la empresa de papá y el que nos va a dejar en la calle, sin trabajo.

Verbalizado en voz alta sonaba todavía peor. Noté una opresión en el pecho. ¡¡Joder!!

—Me siento como si estuviera traicionando a papá, Judy. —Me mordisqueé el labio—. Como si os estuviera traicionando a todos —dije angustiada.

Me pasé las manos por el pelo. La opresión en el pecho crecía por momentos.

—Lizzie, eso da igual.

—¡No!, ¡no da igual!

—Cariño, nosotros somos un daño colateral. Logan no tiene nada en contra de papá ni es su enemigo. Es el enemigo de los Mont Blanc, es de ellos de quienes quiere vengarse.

—Pero igualmente nos va a llevar por delante. A Logan nosotros le damos lo mismo. Da igual si es enemigo de papá o no, va a acabar con todo. Eso tendría que haber sido suficiente motivo como para no haberme fijado en él.

Me levanté de la silla. Judy siguió mi movimiento con la mirada hasta que me detuve frente a los ventanales. Tras ellos, el día estaba despejado y los edificios se recortaban contra el cielo azul pálido. Algunos pájaros sobrevolaban las azoteas.

—Esas cosas funcionan así, Lizzie —dijo, con voz comprensible.

Me acaricié los brazos con las manos. De repente sentía frío.

Sí, las cosas funcionaban así, pensé con impotencia. Cuando menos te lo esperas, la vida te pone una trampa, en la que caes como una tonta, sin ser consciente del juego sucio al que te está sometiendo.

—Por favor, Lizzie, no pienses que nos estás traicionando, porque no es así. No mandamos sobre el corazón. —Mi hermana trataba de hacerme entrar en razón, pero a mí no me convencía.

—Sí que es así, Judy. —Me giré hacia ella—. Joder, esto es una mierda —añadí.

—¡Ya! Al final vas a hacer que me enfade contigo —dijo Judy.

Inhalé una profunda bocanada de aire y lo solté despacio.

—Vale, voy a tranquilizarme —repuse—. Además, no tiene por qué pasar nada. Mantendré la distancia con él el tiempo que esté aquí. Después se irá y el problema habrá terminado.

Qué ingenua fui al pensar eso... Qué ingenua.

CAPÍTULO 49

LOGAN

Después de una jornada interminable, volví a la empresa. De buena gana me hubiera ido directamente a casa, pero había quedado en ir al despacho de la señorita Summers, para comentarme no sé qué sobre unos contratos de publicidad y si no me presentaba, al día siguiente mandarían cortar mi cabeza. Además, no lo negaré, me apetecía verla. Tenía necesidad de ella.

El ascensor se abrió, salí y me dirigí a su despacho. La puerta estaba abierta de par en par.

—Buenas noches —la saludé.

La señorita Summers levantó la cabeza. Aun llevando todo el día trabajando y fuera de casa, estaba impecable, haciendo gala de esa elegancia innata en ella.

El escote recto del jersey negro que llevaba acentuaba la línea suave de su cuello. Su cuello... Me imaginé besándolo y recorriéndolo de arriba abajo con mi lengua.

Sentí que el deseo recorría todo mi cuerpo hasta ponerme la polla como el cemento armado. Empezaba bien (ironía).

—Buenas noches —contestó escueta.

Avancé hasta una de las sillas, cogí el borde del respaldo, la empujé hacia atrás y me senté. Vi que la señorita Summers miraba el reloj.

—¿No ha podido venir un poco antes? —me preguntó.

¿Así que estaba guerrera?

Vaya, vaya... Nunca me defraudaba.

Recosté la espalda en el respaldo y estiré las piernas, cruzándolas a la altura de los tobillos.

—He tenido un día muy largo y bastante... estresante, podría ser un poco más amable —respondí.

Frunció el ceño de esa forma tan característica suya cuando algo la molestaba.

—¿Amable? ¿Por qué tendría que ser amable con usted?

En ese momento lancé mi golpe maestro.

—Señorita Summers, ¿por qué no deja de fingir que no siente un cosquilleo en el estómago al verme? —dije.

Observé que sus mejillas se teñían de un ligero rubor.

—¡¿Qué?! —exclamó indignada—. ¿Cómo es posible que sea tan arrogante, tan insolente y tan...? —Se calló súbitamente, apretando los labios con fuerza.

—Tan bastardo. ¿Es eso lo que iba a decir? —Sonreí.

Suspiró exasperada.

Tuve la sensación de que la señorita Summers trataba de ocultar algo o de no dejar que algo se entreviera, como si por algún motivo tuviera que mostrarse hostil conmigo, imposter una antipatía hacía mí que tal vez no sentía del todo.

—Me desespera, señor Mont Blanc —dijo.

Se levantó del sillón y caminó hacia los ventanales, al otro lado del despacho. Parecía querer poner distancia entre nosotros. Cierta impaciencia y frustración en su voz me lo indicaban.

Imité su acción y me levanté, acercándome a ella.

—¿Por qué la desespero tanto, señorita Summers? —le pregunté. Ella no contestó—. ¿No será que la desespero porque no la toco? ¿Porque no la beso?

Le estaba echando un órdago con aquellas preguntas. No sabía lo que la señorita Summers sentía por mí, aunque intuía que no le era tan indiferente como pretendía hacerme creer.

Me puse detrás de ella.

Se giró hacia mí con la mirada echando chispas y con una expresión en el rostro que mostraba las ganas que tenía de arrancarme los ojos.

—¡Pero ¿qué se ha creído?! —dijo crispada—. No es tan irresistible como piensa.

Eché a andar dispuesta a irse, pero la agarré de la cintura para detenerla.

—¿Ah no? —dije en tono de incredulidad.

Alzó ligeramente la barbilla.

—No —respondió—. De hecho..., me resulta bastante desagradable —añadió con suficiencia.

Solo le dio tiempo de dar un par de pasos hacia atrás antes de verse atrapada entre los ventanales y mi cuerpo. Me incliné hacia ella con un movimiento lento de la cabeza.

—¿En serio? —dije, con una mueca burlona en los labios.

—¡Capullo! —exclamó, mirándome a los ojos.

No me pude resistir.

Era imposible aguantarme las ganas. Estaba tan guapa que me resultaba insoportable y cuando sacaba las uñas me ponía a cien.

Quería besarla, como nada en este mundo. Me lancé a su boca como si de ello dependiera mi vida entera. El contacto con sus labios fue electrizante, igual que el día que la besé en el garaje.

El beso fue furioso, firme, demandante, voraz...

Pensé que se apartaría y me daría una bofetada. Y no hubiera dicho nada si lo hubiera hecho. Pero no fue así. Sus labios respondieron con la misma ansia con la que los míos se movían.

De pronto las bocas apenas nos daban de sí, captando cada sensación de aquella deliciosa fricción. Mi lengua jugueteó un rato con la suya antes de hundírsela en la boca. Su sabor y ese olor tan femenino me embriagaba los sentidos. Sentía que me embotaba la mente, hasta el punto de ser incapaz de pararme a pensar en lo que estábamos haciendo, que podía ser muchas cosas, pero ninguna conveniente, desde luego.

Me podía más el deseo, las ganas de ella, el momento...

Deslicé mis manos por su espalda hasta llegar a la cintura y de un leve empujón la atraje más hacia mí. Necesitaba tener pegado a mi cuerpo cada centímetro del suyo, como si tuviera hambre de su piel.

Los besos que no parábamos de darnos se convirtieron en jadeos, resuellos y gemidos ahogados que insinuaban lo que queríamos.

Pegué mi cadera a la suya para que sintiera la dureza de mi polla contra su vientre y no le quedara ninguna duda acerca de lo que (me) estaba sucediendo.

La señorita Summers echó la cabeza hacia atrás y se separó un poco de mi boca. Inspiró aire con fuerza.

—¿Qué estamos haciendo? —me preguntó en un susurro, con la voz entrecortada—. Esto... Esto no puede ser... Esto no está bien...

Sin embargo, no se apartó para evitarlo (y me hubiera decepcionado si lo hubiera hecho). Permaneció ahí, inmóvil frente a mí, como si quisiera que fuera yo quien tomara la decisión de pararlo, de detener todo aquello, que no dejaba de ser una locura, pero no lo iba a hacer. Estaba en un punto de no retorno, en una especie de trance que me impulsaba a seguir hacia adelante, a

llegar hasta el final.

—¿Crees que hay otro camino para nosotros? —dije a modo de respuesta.

No volvimos a hablar.

Nuestras bocas se enzarzaron de nuevo en un beso que pretendía dejarnos sin aliento.

Nos exploramos mutuamente con prisas en los dedos. Yo metí las manos por debajo de su jersey y le estrujé los pechos por encima del sujetador. Joder.

La señorita Summers gimió y yo creí que me volvía loco cuando sus pezones se endurecieron debajo de la tela.

Pensar en saborearlos, lamerlos y succionarlos hasta que se le pusieran tan duros que le dolieran, provocó que se me hiciera la boca agua. Os juro que incluso salivé, como cuando tienes mucha hambre y te ponen un chuletón delante.

Solté el aire de los pulmones en una larga exhalación.

Tiré del borde del jersey hacia arriba y se lo saqué por la cabeza. Lo lancé a un lado. Me estorbaba todo lo que no fuera su piel... y mi lengua sobre ella.

También me deshice del sujetador. Fue muy fácil porque se abría por delante, justo entre ambos pechos. Cuando quedaron al descubierto, sin tela que los ocultara, pensé que me daba algo. Tenían un tamaño medio; ni grandes ni pequeños. Simplemente perfecto.

Me mordí el labio con gusto mientras los contemplaba.

Sujetándola por la cintura, incliné la cabeza y me metí un pezón en la boca. Acabé de empalmarme cuando noté cómo se contraía al pasar la lengua por encima y rozarlo con los dientes.

—¡Oh, Dios! —jadeó la señorita Summers.

CAPÍTULO 50

LIZZIE

Apenas era consciente de lo que sucedía. Estaba demasiado aturdida (y excitada) como para darme cuenta de algo que no fuera la boca de Logan mordisqueando mi pezón.

¡Santa Madre de Dios, qué gusto!

Alcé las manos hasta su cabeza y, arqueando mi espalda contra él, acaricié su espeso pelo negro. Mientras saboreaba mis pechos, yo disfrutaba de la suavidad de sus mechones entre mis dedos.

Era una locura, una puñetera locura, pero yo no tenía la suficiente fuerza de voluntad para pararlo. Sabía que estaba perdiendo el control, pero no me importaba. En ese momento no. Aun sabiendo que era un error, aun sabiendo que probablemente sería la mayor equivocación de mi vida. Dejé de pensar y cedí a la intensísima pasión que nos arrastraba a los dos. A los gemidos, a los jadeos...

Judy tenía más razón que un santo cuando decía que entre nosotros había tensión sexual no resuelta. Me di cuenta en aquel preciso momento, cuando estábamos dispuestos a «resolverla», ¡y de qué manera!

Todas mis zonas erógenas despertaron de golpe con los besos y las caricias de Logan después de dos años de letargo. Mi cuerpo empezó a vibrar, como si nunca lo hubieran tocado, como si fuera la primera vez que las manos de un hombre estuvieran sobre él.

Continué lamiéndome los pechos contra la pared mientras me deshacía de placer por dentro. Tras un rato me cogió y me levantó del suelo.

—Rodéame la cintura con las piernas —me susurró en el oído con voz ronca.

Dios, me estremecí de la cabeza a los pies.

Hice lo que me pidió y le abracé la cintura con las piernas al tiempo que le echaba los brazos por el cuello. Logan me sujetó por las nalgas con las manos y me apretó contra él para que notara su erección. La dureza de su polla, que os juro que parecía una anaconda, me rozó el clítoris y la corriente de placer que sentí con esa simple caricia me recorrió la espina dorsal.

—Joder... —suspiré.

Atravesamos el despacho sin dejar de besarnos. Nuestras bocas parecían estar hechas la una para la otra, porque encajaban con una precisión matemática.

Me sentó sobre la mesa de conferencias y colocado ya entre mis piernas, me afané en desnudarlo. Tiré de la sedosa corbata para aflojársela y él terminó de quitársela mientras le desabotonaba la camisa con dedos impacientes.

Cuando su torso quedó al descubierto solo me faltó relamerme. Era realmente una pasada. Los músculos se definían a la perfección dándole forma como si hubieran sido cincelados por el mejor escultor. Pectorales, abdominales, dorsales... Ufff...

El resplandor que provenía de las luces de la ciudad recortaba su fabulosa figura.

En mi fuero interno me reconocí por fin las veces que había soñado con los besos y las caricias de Logan Mont Blanc, y ahora lo tenía ahí, entre mis piernas; desnudándose para mí. Sentí un pellizco extraño en el estómago. No supe interpretar qué significaba, pero hizo

preguntarme dónde estaría el truco, porque aquello parecía demasiado bueno para ser verdad.

No necesitamos muchos preámbulos. Yo estaba ya a mil y lo que quería era culminar la faena de la mejor manera posible. Sobre todo cuando Logan se bajó los pantalones y los bóxer hasta la mitad del muslo y dejó a la vista su erección. Apuntaba en mi dirección firme y directa como si fuera una pistola.

—¿Tienes preservativo? —le pregunté, deshaciéndome yo misma de la falda y de las bragas.

Logan asintió, al tiempo que echaba la mano hacia atrás para coger la cartera del bolsillo.

La abrió rápidamente y extrajo de ella un condón. Rasgó el colorido envoltorio con los dientes, se lo colocó en la punta y lo estiró a lo largo de su miembro.

Me levantó un poco las caderas para tener mejor acceso a mi sexo y se colocó en la abertura.

Buscó mi mirada y me penetró sin apartar los ojos de los míos, estudiando mi reacción a la poderosa invasión de su pene. Sus ojos ardían de deseo, de ganas.

Su polla se fue abriendo paso centímetro a centímetro dentro de mi cuerpo. Eché la cabeza hacia atrás y lancé un gemido. ¡Dios!

Instintivamente apreté las caderas contra él y clavé las uñas en su espalda. Logan gruñó.

—Trata de no matarme a arañazos —dijo.

—¿Te marea la sangre? —me burlé con mordacidad.

Sin apartar la vista de mi rostro se hundió dentro de mí hasta el fondo con una fuerte estocada. Aquel profundo envite y la mueca de placer que atisbé en la cara de Logan cuando estuvo completamente en mi interior, me produjeron una oleada de placer que hizo estremecerme de la cabeza a los pies.

Era algo al mismo tiempo sorprendente y turbador. Lo que sentía, lo que notaba en mi cuerpo, el modo en que vibraba entre sus manos...

Colocó los brazos a ambos lados de mis costados y cediendo parte de su peso en ese punto de apoyo empezó a penetrarme enérgicamente.

Cada acometida era más fuerte que la anterior, más frenética, más placentera. Sus caderas golpeaban el interior de mis muslos moviendo todo mi cuerpo y haciendo que mis pechos rebotaran arriba y abajo.

—¡Dios! —gemí.

No sabía si era porque llevaba mucho tiempo sin tener relaciones sexuales o porque era Logan el que me ponía como una moto, pero estaba a punto de correrme.

Él seguía empujando contra mis caderas, moviéndose rápidamente mientras yo me agarraba a sus brazos, tensionados por el esfuerzo. Algunas gotitas de sudor brillaban en su frente.

—No te imaginas las ganas que tenía de follarte —dijo con voz entrecortada—. Joder, no te lo imaginas...

Sus palabras me pusieron la piel de gallina.

Y estallé sin más.

—Me corro... Joder, me corro... —siseé, al tiempo que el orgasmo ganaba intensidad.

El placer inundó cada rincón de mi cuerpo, explotando como si fueran cientos de fuegos artificiales detonando en todas direcciones. Sentí cómo si me derritiera en torno a él. Agarrada a los fuertes brazos de Logan (y creo que clavándole las uñas en la carne), me sacudí y me retorcí sobre mí misma mientras cada nervio de mi cuerpo se estremecía, liberándose.

Seguidamente los rasgos de su cara se tensaron. Logan me embistió una vez más, profundamente, y luego se quedó quieto con un gesto casi doloroso en el rostro.

—¡Ah, Dios...! —gruñó entre dientes mientras se iba dentro de mí.

Durante un rato ninguno de los dos se movió, ninguno de los dos habló. Estábamos exhaustos, flotando en una nube, sin ningún pensamiento en la cabeza; saboreando los últimos coletazos del que para mí había sido el polvo de mi vida. Un acto irreverente, salvaje, intenso...

Giré un poco el rostro y miré a Logan. En ese momento no tenía ni idea de qué le estaría pasando por la cabeza, pero el silencio empezó a preocuparme.

Logan salió de mí, se apartó unos cuantos pasos y dio un chasquido con la lengua mientras volvía a guardar la compostura y se deshacía del preservativo.

—Joder... —masculló molesto, subiéndose el pantalón y el calzoncillo.

Y, por la expresión de su rostro, supe que algo iba mal, supe que en ese instante hizo consciente lo que acabábamos de hacer, lo que acababa de pasar entre nosotros, y en que no nos podíamos permitir ese error. No, no podíamos.

—Esto no tenía que haber pasado, señorita Summers —dijo, cerrando la cremallera del pantalón.

La cara se me quedó a cuadros, como si me hubieran pegado con una alpargata en la boca. ¿Señorita Summers? ¿De dónde mierda salía esa formalidad ahora? Joder, hacía solo unos minutos estábamos follando y corriéndonos como animales en celo.

Un torbellino de emociones me invadió.

Instintivamente, cogí el jersey y me tapé como pude con él. Es difícil aguantar la dignidad cuando se está completamente desnudo.

—¿Qué? —fue lo único que alcancé a decir, no me salían más palabras.

Logan se pasó la mano por el pelo y reusó mirarme. La cosa era peor de lo que pensaba.

—No... No hemos debido de llegar...

—¿A dónde? —lo corté, porque intuí por dónde iban los tiros.

—A esto —dijo, abriendo ligeramente los brazos. Su voz era modulada.

—¿Y te has dado cuenta después de correrte entre mis piernas? —le espeté.

—Las circunstancias que nos rodean...

—Las circunstancias ya estaban antes de que me metieras la lengua en la boca.

—Nosotros no podemos traspasar algunas líneas —dijo.

En silencio, me bajé de la mesa y empecé a recoger mi ropa interior con toda la dignidad que pude reunir. Menuda mierda.

No esperaba que me propusiera matrimonio, pero tampoco que al minuto de echar el polvo se arrepintiera. Me sentí fatal. Como si lo que hubiera pasado fuera solo culpa mía, como si yo me hubiera tirado a su cuello y él no hubiera tenido nada que ver.

De lo que me di cuenta aquella noche es de que en el fondo Logan Mont Blanc no era muy diferente al resto de los tíos.

—Espera... —dijo, al ver el modo en que había empezado a vestirme.

Por último me puse el jersey y me coloqué el cuello sin hacerle caso. Ya no pintaba nada allí y no iba a quedarme para seguir sintiéndome como una mierda. Lo que me apetecía era largarme del despacho cuanto antes y perder de vista a Logan.

Cogí el bolso, me lo colgué al hombro y eché a andar.

—Espera un momento... —volvió a decirme.

Al ver que lo ignoraba, me agarró del brazo y me dio la vuelta para que lo mirara. Pero, sinceramente, lo que menos me apetecía era mirarlo.

—Esto no tiene por qué acabar así. Hemos pasado un buen rato...

Estiré el brazo y con la palma de la mano en su pecho lo empujé, tratando de zafarme de él.

Estaba cabreadísima. No quería verlo, no quería hablar con él, no quería escuchar lo que tuviera que decirme. ¿Qué se había pensado? ¿Que estaba ahí para que me echara un polvo y ya?

Lo miré a los ojos con la barbilla ligeramente levantada.

—Al final va a ser verdad que eres un bastardo —dije, y si no se lo decía reventaba. No tenía ganas de guardar la compostura.

Di un tirón y cuando dejé de notar la presión de su mano en mi brazo, me giré en redondo y me fui, haciendo repiquetear en el suelo los tacones de mis zapatos con un ruido acompasado.

Salí del despacho erguida y con la cabeza alta, aunque por dentro me sentía como una mierda, pero desde luego no tenía ninguna pretensión de demostrarlo. ¿Me había utilizado Logan Mont Blanc? ¿Era eso lo que había pasado? ¿Se había aprovechado de que sabía que me atraía de alguna manera para quitarse el polvo a mi costa?

Pensarlo hacía que me entraran ganas de volver al despacho y darle un puñetazo.

Me paré en mitad de la recepción, vacía a esas horas. Tuve que parpadear varias veces para tragarme las lágrimas que ardían en mis ojos y evitar que se me escaparan. Pero solo estuve unos pocos segundos. Nadie me aseguraba que Logan no fuera a salir, y lo que menos me apetecía es que me viera allí aguantándome las ganas de llorar. Ya me había sentido bastante humillada.

Apreté los dientes y me lancé a andar a toda prisa hacia los ascensores.

CAPÍTULO 51

LOGAN

—¡Joder!

Llevado por la rabia, cogí una carpeta con documentación que había encima de la mesa y la tiré al otro lado del despacho sin pararme a pensar en si su contenido era importante o no. Un montón de papeles salieron disparados de ella y se esparcieron por el suelo, formando una especie de alfombra blanca.

¿Qué había hecho?

Me acaricié el pelo y resoplé.

¿Acaso se me había olvidado quién era Elizabeth Summers? ¿Se me había olvidado quién era yo y qué había ido a hacer a *Mont Blanc Enterprise*?

Miré a mi alrededor para localizar dónde estaba la camisa. La encontré tirada en el suelo al lado de los ventanales. Me acerqué a por ella, la recogí, me la puse y empecé a abrocharme los botones.

Maldita fuera, estaba perdiendo el rumbo de mi objetivo, del propósito del que me había nutrido desde que tenía uso de razón. De otro modo no se explicaba que hubiera sucumbido de aquella forma a la señorita Summers, y nada podía estar por encima de mi venganza. Nada. Era por y para lo que vivía, para vengarme. Nada debía importarme más que eso.

Pero es que Elizabeth Summers era una tentación con patas para mí. Eso no podía negarlo, porque sería engañarme a mí mismo, y uno solo puede engañarse a sí mismo hasta cierto punto. Después hay que enfrentarse, darse la cara y apechugar con la verdad, por más terrible e inconveniente que esta sea.

Me abroché el último botón y me metí la camisa por el pantalón, al tiempo que me daba media vuelta y me ponía a contemplar la panorámica que regalaba Nueva York de noche.

Joder, follarme a la señorita Summers había sido de pronto imperativo, una necesidad que me nacía del fondo de las tripas. Me hubiera vuelto loco si no lo hubiera hecho. ¿De dónde salía esa necesidad física? Y lo de «física» no lo digo solo porque mi polla se pusiera dura como una piedra cuando la tenía cerca, sino porque era una necesidad del cuerpo, algo material, como comer. Mi lujuria parecía seguir ese tipo de mecanismo. Pero solo con ella.

Si hubiera sido una necesidad fisiológica sin más, me hubiera quitado el calentón de encima yéndome a ligar a un pub o llamando a alguna de mis «amigas con derecho a roce».

Sin embargo le había dado a entender que había echado con ella un polvo sin más.

Me sonreí a mí mismo irónicamente.

Eso es lo que me hubiera gustado, que hubiera sido un polvo más, como el que echaba con cualquier mujer que me llevara a la cama un sábado por la noche. Pero Elizabeth Summers no era cualquier mujer, y eso era lo peor de todo, que no me era tan indiferente como me gustaría que fuera. ¿Qué se me estaba pasando por la cabeza para fijarme en ella? ¿Es que no había mujeres en el mundo?

No comprendía nada, de verdad. Debía ser fuerte, mantener la mente fría. Debía tener el control de la situación

—Mente fría, Logan. Mente fría —me dije—, y no sucumbir a las piernas interminables de la señorita Summers.

Volví a resoplar, frustrado. Solo pensar en que hacía un momento había estado metido entre ellas, provocó que el cuerpo se me tensara. Quería guerra otra vez. La madre que me parió.

—¡Ya, joder! —me regañé a mí mismo.

¿Tan poco autocontrol tenía?

Sacudí la cabeza enérgicamente, intentando ahuyentar cualquier pensamiento que tuviera que ver con Elizabeth Summers.

La solución, mientras duraran las negociaciones, sería mantener la distancia con ella. Levantar un muro entre nosotros que no fuera capaz de tumbar.

Parecía optimista con esa medida, y no tendría que ser difícil llevarla a cabo, si no fuera porque ya lo había intentado días atrás y el resultado, como podéis ver, había sido terminar echando un polvo salvaje sobre la mesa de conferencias de su despacho.

Estaba claro que lo del control, autocontrol o disciplina, con la señorita Summers cerca, no era lo mío.

Dios, necesitaba salir de allí. El aire de aquellas cuatro paredes seguía albergando el aroma de su perfume y unas notas del olor ácido que deja el sexo, sobre todo cuando ha sido bueno.

Me palpé los distintos bolsillos para comprobar que tenía todo: móvil, llaves del coche, etcétera..., y me dirigí a la puerta. Finalmente apagué la luz del despacho y me fui.

CAPÍTULO 52

LIZZIE

No tenía ningunas ganas de ir a la oficina. Lo único que me apetecía era quedarme en la cama, taparme la cabeza con la almohada y desaparecer durante unos minutos, que el mundo se esfumara a mi alrededor, que nada ni nadie me molestara.

Pensar en verle la cara de nuevo a Logan Mont Blanc me ponía un mal estómago de la leche.

Incluso estuve a punto de no ir. Podría llamar a Judy y ponerle cualquier excusa, que me había bajado la regla y que los calambres menstruales me estaban haciendo polvo. Pero luego lo pensé bien, y con eso solo conseguiría alargar el momento de encontrarme con Logan, y dado que compartíamos espacio de trabajo, era inevitable. Así que cuanto antes pasara el mal rato, mejor.

Aparte, yo había lujos que no me podía permitir. No, dados mis precedentes. Lo mejor era ver las cosas desde una perspectiva diferente y seguir adelante.

Me levanté de la cama y me arrastré hasta el cuarto de baño, donde me di una ducha rápida. Rápida... y fría, porque mi mente estaba que trinaba con Logan, pero mi cuerpo todavía se estremecía de gusto cuando pensaba en lo que habíamos hecho sobre la mesa de conferencias de mi despacho.

Incliné la cabeza y apoyé la frente en el frío alicatado de la pared. Aquello iba a traer cola.

Salí de la ducha, me sequé con una toalla limpia y ya en la habitación me vestí. Para ese día escogí un traje azul oscuro, con pantalón de pata de elefante y americana entallada, y di al conjunto un toque de color con un top ajustado verde manzana. No me apetecía estar alisándome el pelo con las planchas, por lo que opté por hacerme una coleta alta tirante, que me aportaba cierta sofisticación. Por último, me calcé unos taconazos de Louboutin, a juego con el top, y tiré millas para la oficina.

Mientras aparcaba en el parking de la empresa me dije que lo mejor era actuar con tranquilidad, como si no hubiera pasado nada. No había que escandalizarse por follar con un compañero de trabajo. Ocurría todos los días en todo el mundo.

Había echado el mejor polvo que recordaba con el hombre que iba a hundir la empresa en la que trabajaba y de la que mi padre tenía una parte, del hombre que iba a arruinar a mi familia, pero no pasaba nada.

Eso es lo que me repetía una y otra vez como un mantra: «que no pasaba nada», mientras el ascensor me subía a la planta junto con un grupo de ejecutivos.

Era demencial, pero tenía que fingir que no pasaba nada. ¡Con lo mal que se me daba a mí fingir!

El trayecto desde el ascensor a mi despacho lo hice como si fuera una delincuente en busca y captura: medio encogida sobre mí misma, a zancadas y mirando hacia todos lados. Solo me faltó correr por el pasillo para llegar cuanto antes sin encontrarme a Logan.

Cuando entré, me apoyé en la puerta y me di cuenta de que eso de dar naturalidad a lo que había pasado entre Logan Mont Blanc y yo la noche anterior iba a llevarme un tiempo... Tal vez con un siglo y medio tuviera suficiente.

Incluso me sobresalté (pensando que podía ser Logan) cuando Mery tocó a la puerta para

decirme que había llegado y que si necesitaba algo. Por necesitar, necesitaba irme de vacaciones al Caribe, o adonde fuera que no estuviera Logan Mont Blanc (ni el recuerdo de sus manos acariciándome), pero evidentemente no se lo dije a Mery.

Me lo iba a encontrar. Más tarde o más temprano nos veríamos y lo peor es que no sabía cómo iba a reaccionar. Yo era impredecible. Me podía dar por no molestarme en mirarlo o se me podía despertar el instinto asesino y querer estrangularlo.

Inspiré hondo para tranquilizarme.

Estaba empezando a emparanoíarme, porque me pareció advertir en el aire unas notas del olor de su fragancia. ¿Todavía duraba desde anoche? ¿O eran imaginaciones mías? Tenían que ser imaginaciones mías...

Dios, me estaba volviendo loca. Lo olía en todas partes. Lo siguiente era que se me apareciera como una Virgen. Menos mal que no estaba muerto...

Sacudí la cabeza y me arranqué a andar hasta la mesa como si me persiguiera un fantasma. Tenía que deshacerme de él como fuera. Deshacerme del sabor de sus labios sobre los míos, de sus manos acariciándome la piel, de sus caderas clavándose en mi entrepierna...

A media mañana Judy vino a verme al despacho. Yo ni siquiera me había atrevido a asomar la cabeza fuera de sus cuatro paredes.

—He bajado a la cafetería a por un café y te he traído un té matcha. Te lo ha preparado especialmente Fredd —dijo al entrar, llevando en las manos sendos vasos.

Sonreí. Mi hermana hablaba de Fredd como si fuera una estrella de Hollywood. Estaba por él hasta las trancas.

—La próxima vez que lo veas, dale las gracias de mi parte. —Alargué el brazo y cogí el vaso de cartón de su mano.

—Lo haré, no tengas ninguna duda.

Me acerqué el vaso a los labios y di un sorbo. Estaba delicioso.

—Está en su punto —dije, después guardé silencio.

Di otro trago del té y miré a Judy, mordisqueándome el labio. Ella estaba pendiente de su café, dándole vueltas con la cucharilla.

—Tengo que decirte algo... —comencé.

No sabía muy bien cómo abordar el tema, aunque con Judy no iba a tener problema, pero es que era muy FUERTE. MUY, MUY FUERTE.

Judy alzó los ojos hacia mí, prestándome su atención.

—Ayer... —Carraspeé.

—¿Qué pasó ayer?

Carraspeé otra vez. De pronto sentía mucho calor.

«Allá voy.»

—Logan y yo nos liamos —solté de carrerilla.

Judy, que estaba bebiendo de su vaso, empezó a toser como una loca por la sorpresa y, pese a que se puso la mano (con bastante agilidad, todo hay que decirlo), el café salió disparado de su boca. Algunos papeles que tenía encima de la mesa, con los que estaba trabajando, se vieron salpicados, y a mi cara también fueron a dar un par de gotas. Por suerte los papeles no eran importantes, solo unas cuantas anotaciones.

—Judy, por Dios... —dije, mientras me limpiaba con los dedos.

Mi hermana me miraba con los ojos fuera de las órbitas.

—¡¡¡¿Cómo?!!!

De pronto la vi moviendo la cabeza de un lado a otro del despacho, como si buscara algo.

—¿Dónde está la cámara?

—¿Qué cámara?

Judy centró sus ojos en mí.

—Tienes por ahí una cámara oculta para grabar mi reacción, ¿verdad? —me preguntó con incredulidad en la voz.

—No hay ninguna cámara oculta, Judy —respondí seria. De verdad que no estaba para bromas.

Mi hermana soltó una carcajada, o algo parecido a una carcajada.

—¿Te has tirado a Logan Mont Blanc?

—Ha sido un error —fue mi respuesta.

—¿Un error? —Frunció el ceño—. Echar un polvo con Logan Mont Blanc nunca puede ser un error, Lizzie.

—Judy, te lo estoy diciendo en serio.

—Pero ¿por qué fue un error? ¿Qué pasó? —me preguntó. Pero cuando abrí la boca para contestar, Judy me cortó—. Espera, lo primero: ¿dónde fue? —curioseó.

En silencio, miré por encima de su hombro y le señalé la mesa de conferencias con la barbilla.

—¡¿Aquí?! —Giró la cabeza como si su cuello fuera el de un robot y miró hacia la mesa—. Yo me tuve que conformar con la superficie de mi escritorio —añadió en tono de broma, acordándose de su intento de coito con Fredd el día anterior.

—No comprendo cómo me he permitido sucumbir tan fácilmente... —comenté.

Judy se volvió hacia mí de nuevo.

—Por Dios, Lizzie, no seas antigua. No salgas con esos rollos recalentados de que las mujeres nos tenemos que hacer respetar en el sexo y esas gilipolleces...

—No tiene nada que ver con eso —dije, después de dar un sorbito a mi té matcha.

—Entonces, ¿con qué?

—Logan se arrepintió nada más de acabar, joder —respondí con fastidio—. En cuanto terminamos fue consciente de qué habíamos hecho y de que no debía de haber sucedido.

—¿Te lo dijo? —Judy bebió un trago largo de su café.

—No con esas palabras..., pero dijo que no debíamos haber llegado a... donde llegamos, que si las circunstancias, que si nosotros no podemos traspasar algunas líneas... Luego lo adornó diciendo que bueno, que lo habíamos pasado bien.

—Pero tú todo eso también lo piensas, porque a mí me lo has dicho —apuntó Judy.

—Sí, pero... —resoplé.

—¿Qué pasa?

Alcé los hombros.

—No sé... —murmuré.

—Sí lo sabes. Cuéntamelo, Lizzie.

Tardé unos segundos en contestar. No estaba segura de estar preparada para reconocer determinadas cosas.

—Me he dado cuenta de que quiero más de él... No solo un polvo —reconocí—. Quiero más de lo que nunca conseguiré, dadas nuestras circunstancias.

—¿Te has enamorado de Logan Mont Blanc? —me preguntó Judy.

Me mordí el labio de abajo.

—No creo que esto se trate ya de una cuestión de desearlo solo porque sea algo prohibido para mí —dije con pesimismo, temiéndome lo peor.

Judy torció el gesto.

—Yo tampoco... —dijo sinceramente.

Me entraron unas enormes ganas de llorar; de rabia, de impotencia, de frustración... Pero no quería preocupar a Judy ni hacer de aquello el *Romeo y Julieta* de Shakespeare, así que me conformé con dejar salir el aire que tenía en los pulmones y morder las lágrimas que luchaban por salir.

—Debo mantener los pies en la tierra y tratar de que sea lo que sea lo que siento, no vaya a más y se convierta en un problema.

En realidad, yo pensaba que ya tenía un problema (gordo), porque el tiempo que le quedara por estar a Logan en la empresa, a mí me iba a tocar lidiar con lo que sentía por él, y eso iba a complicarme la vida. Iba a complicármela mucho.

—Joder... —Mi voz sonó como un lamento—. Cuando Steven me dejó plantada en el altar me prometí que no volvería a enamorarme, nunca, que no me volvería a ocurrir. Por eso durante estos dos años he estado centrada exclusivamente en el trabajo. —Gesticulé con las manos—. He dado largas a todos los tíos que se han interesado por mí, y me vengo a enamorar de Logan Mont Blanc. Es un despropósito —concluí.

—Cupido es así —dijo Judy.

—Cupido es un hijo de puta —atajé.

—La verdad es que es bastante cabrón.

En ese instante sonó mi móvil, interrumpiendo nuestra conversación. Lo cogí de encima de la mesa. El nombre de Joss apareció en la pantalla. Descolgué.

—Hola, Joss —lo saludé.

—Hola, Lizzie. ¿Qué tal estás?

—Bien, ¿y tú?

—No me quejaré, aunque estar tumbado en una playa del Caribe con un mojito en la mano no me vendría mal —bromeó.

Me eché a reír.

—A mí tampoco —dije.

—Lizzie, esta semana al final no puedo quedar. Un acuerdo con una empresa china me tiene hasta arriba de trabajo y con la agenda a tope. Ya sabes cómo son...

—Sí, he tenido que lidiar con los asiáticos en más de una ocasión —afirmé—. Son meticulosos hasta la saciedad. Tanto, que a veces te dan ganas de mandarlos a la mierda o de vuelta a su país.

Joss carcajeó al otro lado de la línea.

—Los conoces bien.

—Muy bien.

—Pero para que no pienses que soy un malqueda —continuó hablando Joss—, ¿qué te parece si cenamos juntos el miércoles de la próxima semana? Lo tengo libre y, si tú puedes quedar, ahora mismo le diré a mi secretaria que reserve el día.

—Espera un momento que lo miro.

Sujeté el móvil entre el hombro y la oreja y abrí mi agenda, que la tenía siempre a la vista encima de la mesa para cuando tuviera que echar mano de ella, y busqué si tenía algún compromiso el miércoles de la siguiente semana. Desde que la empresa se había ido a pique mi

agenda se había reducido a la mitad —o a menos de la mitad—, pero podía tener alguna cita o reunión en el despacho a última hora, cerrada de tiempo atrás. Por suerte, estaba desocupado.

—Yo también lo tengo libre —le informé a Joss.

—Perfecto. Entonces, ¿te veo el miércoles?

—Sí, nos vemos el miércoles. —Sonreí.

—¿Sobre las ocho y media?

—Estaré lista a las ocho y media en punto.

A todo esto, mi hermana andaba poniendo caras raras y haciendo muecas frente a mí. Yo creo que alucinando un poco al ver que estaba quedando con Joss para ir a cenar.

—Que tengas una buena semana, Lizzie —se despidió Joss.

—Igualmente —dije.

—Hablamos.

—Hablamos.

Cuando colgué la llamada, Judy me miraba con ojos entre asombrados y curiosos.

—¿Vas a tener una cita con Joss? —me preguntó.

—No es una cita.

—¿Quedar para cenar un miércoles por la noche no es una cita?

—No, no lo es —negué—. Es eso, una cena, no una cita romántica.

—Que yo sepa, la empresa ya no tiene compromisos profesionales con él —apuntó Judy.

Puse los ojos en blanco.

—Solo vamos a quedar como amigos —le aclaré. Me acaricié la frente—, y la verdad, no sé si he hecho bien... —dudé.

—¿Por qué no ibas a hacer bien, Lizzie? Estás soltera, puedes hacer con tu vida lo que te dé la gana. Como si te apetece quedar con siete a la vez.

—Ya, pero...

—Pero nada —me cortó Judy con suavidad—. Sal con Joss y disfruta. Es un tío genial y además está cañón.

Bueno, hasta la semana siguiente tenía tiempo de darlo alguna vuelta más en la cabeza y de anularlo si finalmente no terminaba de convencerme, porque me empeñaba en decir que no era una cita, pero en el fondo tenía todos los visos y las características de serlo.

CAPÍTULO 53

LIZZIE

Aquel día por la tarde me topé con Logan. Fue de lleno, de sopetón, sin esperarlo, sin estar preparada (todavía). Iba distraída por el pasillo, con la cabeza gacha, embebida en la lectura de unos documentos cuando levanté el rostro y lo tenía delante, a un par de palmos. El corazón me empezó a latir a mil por hora.

Nuestras miradas se cruzaron en silencio. Me maldije por dentro al notar que mis mejillas se enrojecían. ¡Por Dios, no era una adolescente! ¿Qué pensaría Logan al verme ruborizarme?

Quizá no fuera de adultos, pero ni siquiera me apetecía saludarlo.

Di un paso lateral, para sortearlo y pasar por el hueco que quedaba libre entre su cuerpo y la pared, pero él hizo lo mismo y de nuevo quedamos uno frente al otro. Joder, era como una mole. Di un paso para el lado contrario y volví a toparme con él. Eso pasó otro par de veces.

—¿No va a hablarme, señorita Summers? —me preguntó.

Me repateaba que me llamara «señorita Summers» cuando unas horas antes habíamos follado como conejos salidos.

—No tengo nada que decirle, *señor Mont Blanc* —respondí, enfatizando a propósito las palabras «señor Mont Blanc».

Si yo para él era la señorita Summers, él para mí iba a ser el señor Mont Blanc. Pensándolo detenidamente era lo más sensato. De ese modo pondríamos distancia entre nosotros, que según parecía era lo que buscábamos ambos, poner tierra de por medio también con lo que había pasado la noche anterior.

—¿Ni siquiera un saludo? —dijo.

—A partir de ahora, señor Mont Blanc, solo voy a tratar con usted asuntos estrictamente profesionales y el saludo no entra dentro de esos asuntos.

Logan dejó escapar una risilla. Risilla, por cierto, que me irritaba muchísimo.

—¿No cree que está siendo un poco infantil, señorita Summers?

Ladeé la cabeza.

—Señor Mont Blanc, usted es el menos indicado para hablarme de comportamientos infantiles —contesté con intención.

—¿Tiene alguna queja?

Puse los brazos en jarra y sonreí.

—Uy, si yo le contara...

—Pues cuente, cuente —me incitó.

—Ahora no tengo tiempo —atajé, y pasando a su lado, me largué de allí, dejándolo plantado.

No veía el momento de llegar a mi despacho y encerrarme en él. Sentía que solo en su interior estaba a salvo de Logan Mont Blanc.

A pesar de la rabia que viajaba por mis venas, no podía sacarme de la cabeza las imágenes de la noche anterior, y ver la mesa de conferencias, es decir, el lugar donde se había cometido el delito, no ayudaba. No ayudaba nada.

Una y otra vez revivía sus caricias, sus besos, sus embestidas. Todo lo que me llevó a alcanzar

el Séptimo Cielo.

Y aunque debía impedir por todos los medios tener contacto con él, al día siguiente no tuve más remedio que ir a su despacho. El tema de las penalizaciones de los contratos de la campaña de publicidad seguía sin tocarse y cada jornada que pasaba el problema se agravaba.

Cuando llegué, la estirada de su secretaria no se encontraba sentada detrás de su mesa tecleando como una posesa en el ordenador. Cualquiera pensaría que no estaba en el trabajo, sino en un pub ligando con el tío bueno de turno.

Apreté los labios.

No era difícil adivinar que estaría con Logan, en su despacho, porque aprovechaba cualquier momento para acercársele. Era como una lapa pegajosa. No se quitaba de encima de él ni con agua caliente.

Alcé un poco la barbilla cuando pasé delante de la mesa y llamé a la puerta del despacho. No me importaba dónde estuviera o lo que hiciera con Logan. Bueno, sí que me importaba porque estaba celosa, pero no dejaría que se me notara.

—Adelante —le oí decir a Logan desde el otro lado.

Me estiré la chaqueta del traje y abrí. Al entrar... ¡bingo!, ahí estaba su secretaria, mostrándole la panorámica de su escote en primer plano. Cada día se le ponía más amplio, iba a terminar llegándole al ombligo.

—¿Interrumpo? —dije con suficiencia, mirando a uno y a otro.

—No, pase —contestó Logan.

—Señor Mont Blanc, ¿necesita algo más? —le preguntó la secretaria.

¿Su voz era así de melosa siempre o solo con Logan?

—No, Victoria, puedes retirarte —respondió él con amabilidad.

Contraí las mandíbulas. El muy desgraciado se sabía su nombre perfectamente, mientras que el mío era incapaz de recordarlo. Vaya... Mi vida empeoraba por momentos.

—Está bien —dijo ella, con una sonrisa que le iba de oreja a oreja.

Pasó por mi lado, camino de la puerta, y ni se dignó a mirarme. No sé, pero una vocecita interior me decía que yo no era santo de devoción de la secretaria de Logan. No es que me importara demasiado. Si le caía bien o mal era problema suyo.

Cuando cerró la puerta tras ella, Logan me miró.

—Supongo que vendrá a comentarme algo de trabajo —dijo.

—Desde luego no he venido a invitarlo a comer —contesté sarcásticamente.

Logan me miró molesto, pero no hizo ningún comentario.

—Siéntese —dijo seco, indicándome con un gesto que tomara asiento.

Retiré una de las sillas y me acomodé en ella. Crucé las piernas y dediqué unos segundos a alisarme la falda.

—¿A qué ha venido, señorita Summers?

Ya estaba ahí otra vez el dichosito «señorita Summers». Sabiendo que a su secretaria la llamaba por su nombre de pila, me reventaba aún más que conmigo siempre hubiera utilizado tanta formalidad. Pero no tenía que dejar entrever que ese detalle me sentaba como una patada en el estómago, o lo utilizaría en mi contra.

Me aclaré la garganta y adopté una actitud y un semblante profesionales. Si algo se me daba bien, era ser profesional.

—Le comenté el otro día que ya teníamos lista la publicidad de la próxima campaña —comencé. Apoyé la carpeta encima de la mesa y la abrí para empezar a enseñarle la

documentación—. Ya habíamos contratado vallas, banners, así como spots en radio, prensa y televisión. Eso ha generado contratos con diferentes empresas. —Logan estiró el brazo y cogió los papeles que le ofrecía—. Contratos que ahora no se van a llevar a cabo y que por tanto vamos a incumplir, generando una serie de penalizaciones.

CAPÍTULO 54

LOGAN

Admito que dije el nombre de mi secretaria a propósito para que lo escuchara la señorita Summers. Había un pique entre nosotros a cuenta de su nombre e iba a aprovecharlo. Me había dejado plantado como un árbol en el pasillo y había insinuado que tenía cosas de las que quejarse. ¿Se refería a lo que había pasado entre nosotros? ¿Al polvo que habíamos echado? No parecía muy insatisfecha a juzgar por el modo en que gemía...

Tenía que mantener la distancia y, sin embargo, no podía apartar mis ojos de ella. La profesionalidad con la que hablaba y el modo en que gesticulaba era hipnótico. Su forma de mover los labios me incitaba a besarla. Siempre quería besarla.

Constantemente tenía que obligarme a dejar de pensar en ella, porque mi cabeza se empeñaba una y otra vez en revivir lo que había pasado entre nosotros. Su boca, sus manos sobre mi torso, la manera en que me apretaba contra ella con las piernas enroscadas en mi cintura...

¿Iba a ser así todo el tiempo que permaneciera en *Mont Blanc Enterprise* hasta que la vendiera? Porque si iba a ser así, era una puta tortura.

—Señor Mont Blanc, ¿me está escuchando? —me preguntó en tono serio.

Mis ojos enfocaron su rostro. Ese mismo que había tenido a solo unos centímetros del mío, compartiendo aliento, mientras entraba y salía de ella.

—Por supuesto, señorita Summers —respondí con toda la convicción del mundo.

Pero era mentira. Mentira cochina. Era incapaz de concentrarme en algo que no fuera ella y las ganas que tenía otra vez de follarla. Me imaginaba barriendo todo lo que había encima de mi mesa de un manotazo, como en las películas, tumbándola encima, con las piernas apoyadas sobre mis hombros y embistiéndola duro.

Oh, joder...

Bajé la vista hasta los papeles y traté de retomar el hilo de lo que estaba diciendo, aunque me importara una mierda.

—¿A cuánto asciende el montante? —pregunté, porque veía que otra vez empezaba a desvariar.

—Esta es la cantidad —dijo, señalando la cifra con una uña perfectamente pintada de marrón oscuro.

Tuve que sacudir levemente la cabeza para echar de ella la imagen en la que sus uñas se clavaban en mis hombros mientras se corría.

Carraspeé.

—Bien —farfullé.

—En este informe he separado los importes del total y a qué empresa corresponde cada uno, así como todos los datos y condiciones en las que se firmó el contrato. —Alargó el brazo y me lo tendió.

Cogí la documentación de su mano y la eché un vistazo por encima. Pasé las hojas con el dedo. Todo estaba explicado de manera específica y clara.

Y encima no podía ser más eficiente. ¿Tenía algún puto defecto al que agarrarme para que no

me gustara tanto como me gustaba? ¿Roncaba?

Apreté los labios y me obligué a no dejarme arrastrar por las ganas de materializar las ideas que se me pasaban por la cabeza. Dios, me moría por follarla.

Me moví en el asiento.

—No está mal —dije.

La señorita Summers saltó como un resorte.

—¿No está mal? ¿Falta algún dato? ¿O es que sobra? —me preguntó a la defensiva.

Aparté los ojos de los papeles, alcé el rostro y la miré con una ceja arqueada.

—No sea tan tiquismiquis, señorita Summers —apunté.

—¿Tiquismiquis, señor Mont Blanc? —dijo, visiblemente indignada—. Fue usted el que puso un centenar de condiciones para estar cómodo en su despacho y es usted el que parece que siempre tiene algo que decir. Es muy cansino.

—¿Cansino? —repetí—. Podría decir muchas cosas más, pero no lo voy a hacer.

La señorita Summers arrugó el ceño.

—¿Ah sí? —Se echó hacia atrás, recostando la espalda en el respaldo del asiento y cruzó los brazos. No pude evitar fijarme en que la postura irguió sus pechos—. Pues no se corte, y diga todo lo que quiera.

—Creo que habría muchas cosas que decir sobre lo que pasó entre nosotros la otra noche —solté, sin aguantarme. No era eso lo que debería decir, pero no pude frenar mi lengua.

—No voy a hablar de lo que pasó entre nosotros la otra noche —dijo rotunda, y empezó a recoger los papeles que había sobre la mesa.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Porque no fue nada.

—¿Cómo que no fue nada?

—Solo fue un polvo, señor Mont Blanc. La gente echa polvos todos los días. ¿Por qué habría de dar importancia a algo que no la tiene? Usted lo dejó muy claro. Lo pasamos bien y punto. Unos mejor que otros, eso es verdad...

Hice una mueca con la boca.

—¿Cómo que unos mejor que otros? ¿Acaso usted no lo pasó bien, señorita Summers?

Ella continuó recogiendo los papeles de la mesa de forma teatral mientras yo esperaba su respuesta.

—Bueno..., lo he pasado mejor otras veces —afirmó.

Contraí la mandíbula.

De repente me picaba todo el cuerpo y la ropa me molestaba sobre la piel. Ladeé el cuello y me aflojé un poco la corbata. ¿Era diversión lo que veía en los ojos grises de la señorita Summers?

—Señorita Summers... —dije con los dientes apretados, dispuesto a decirle cuatro cosas bien dichas.

—¿Se cree que es un *machoman* o algo así? —me cortó, y en su mirada seguía estando ese brillo de diversión que me estaba sacando de quicio. ¿Cómo se las ingeniaba para irritarme tantísimo?—. Hay hombres que no son capaces de dejar un buen sabor... de boca —añadió en tono despreocupado, casi indiferente.

Me estaba hirviendo la sangre.

—No la oí quejarse... ni una sola vez —dije en mi defensa, tiñendo las palabras de mordacidad—, y eso que a usted quejarse se le da de maravilla.

Sabía sobradamente que le había gustado y que había disfrutado tanto o más que yo. No era idiota. Me había acostado con suficiente número de mujeres como para saber si les gustaba lo que les estaba haciendo o no. La señorita Summers lo estaba haciendo para joderme, y lo peor es que lo estaba consiguiendo.

—No es tan buena actriz —añadí con suficiencia. No iba a dejar que me ganara la partida, y fui más allá—. Me juego el cuello a que si ahora mismo me levantara y la besara, usted caería de nuevo rendida a mí.

La señorita Summers dejó de recoger la documentación que había esparcida por la mesa y me taladró con la mirada. Después lanzó al aire un bufido.

—Pero ¿qué... coño se ha creído? —dijo—. No es usted más que un vanidoso, un insolente, un pretencioso y un...

—¿Un qué? —la animé.

—Un capullo de mierda —escupió con rabia.

Metió los papeles en la carpeta de mala manera y se levantó de golpe de la silla.

—Es muy mal hablada para ser tan *esnob* —apunté.

Su rostro se llenó de indignación.

—¿*Esnob*? ¿Yo *esnob*? —repitió.

Me incorporé de mi sillón.

—Sí, no puede ser más pija de lo que es —dije.

—Y usted no puede ser más gilipollas de lo que es. Un día le van a dar un premio.

La señorita Summers empujó la silla hacia atrás. Al darme cuenta de que su intención era irse, rodeé la mesa y la atrapé a medio camino de la puerta, cogiéndola por la cintura. Cuando la giré hacia mí, la tenía más cerca que nunca. El olor del sensual cóctel de flores exóticas de su perfume me envolvió como un narcótico. Durante unos segundos, que se me antojaron eternos, nuestros rostros adoptaron una expresión seria, sin rastro de las fugaces notas de diversión que brillaban en nuestros ojos mientras discutíamos.

—¿Dónde cree que va? No he acabado de hablar —dije, haciendo un esfuerzo por mantener los pies en la tierra.

—Donde no esté usted —respondió la señorita Summers—. No lo soporto.

Sabía que si estábamos unos segundos más así la besaría, y si era tan insensato de besarla, acabaríamos follando encima de mi mesa, en el sofá, sobre la alfombra, o contra los ventanales... Y lo sabía porque me di cuenta del modo en que reaccionaba el cuerpo de la señorita Summers al mío. Ella podría decir lo que quisiera cuantas veces quisiera, hasta que se le secara la boca, incluso, pero su cuerpo la contradecía. Su cuerpo me confesaba muchas cosas...

—Se va porque no me soporta, ¿o porque cree que no podrá controlarse si estoy cerca de usted? —dije.

CAPÍTULO 55

LIZZIE

Dios, lo odiaba.

Lo odiaba con todo mi corazón.

Lo odiaba porque tenía razón. Si permanecía un segundo más cerca de él, terminaría lanzándome a su boca. A esa boca que tantísimo me gustaba. O aferrada a su pierna.

Y me odiaba a mí misma por mi incapacidad para ignorarle. ¿Por qué no podía mandarlo a tomar viento fresco?

Pues porque me atraía como un maldito abismo. Eres consciente de que es peligroso, de que no te puedes acercar porque puedes despeñarte, y sin embargo te quedas inmóvil en el borde, sintiendo el vértigo y la adrenalina en cada célula de tu cuerpo.

—Sufre un deplorable exceso de confianza —dije, cambiando de tema e intentando que pareciera que lo que había dicho no iba conmigo. No podía dejar traslucir lo que realmente sentía cuando lo tenía cerca, o estaría perdida (si es que no lo estaba ya)—. Cualquier día de estos, tanta confianza en sí mismo le va a caer encima y le va a aplastar la cabeza.

Di un paso hacia atrás para zafarme de él y librarme de su efecto. El contacto de sus manos en mi cintura me quemaba como si fueran de fuego. Y por si no fuera suficiente se me habían endurecido los pezones debajo del sujetador. Joder, podría cortar el diamante con ellos. Le di gracias a Dios por tener la carpeta de la documentación en las manos y poder esconderme tras ella.

Al parecer mi cuerpo no odiaba tanto a Logan Mont Blanc como mi cabeza... Y lo peor es que quizá él no lo ignoraba del todo, por eso me ponía al límite, por eso actuaba como actuaba y me preguntaba lo que me preguntaba. Algo tenía que sospechar.

—¿Por qué finge que lo que ocurrió entre nosotros la otra noche no le gustó, señorita Summers? —me preguntó, y lo hizo con una voz tan aterciopelada que se me erizó el vello de la nuca.

¡Maldito fuera!

—Yo no finjo nada, señor Mont Blanc...

La puerta del despacho se abrió en ese instante, cortando lo que iba a decir. Giré un poco el rostro. Era la tal Victoria, la secretaria de Logan, tiesa en el umbral como si se hubiera tragado el palo de un cepillo.

—¿No sabe que tiene que llamar a la puerta antes de entrar? —la amonestó Logan muy serio con voz autoritaria.

—Perdón, señor Mont Blanc —se disculpó ella—. Siento haber interrumpido.

Yo creo que no lo sentía. No se la veía muy afectada, la verdad. De hecho, creo que lo había hecho a propósito. Pienso que no le hacía mucha gracia la idea de que Logan y yo estuviéramos solos en el despacho. ¿Y qué más daba si se llevaba una bronca del jefe en contraposición a saciar la imperiosa curiosidad de ver lo que estábamos haciendo? ¿Y de interrumpirnos?

Me alegré de haberme separado de Logan un minuto antes, de haber puesto cierta distancia entre nuestros cuerpos. No es que a su secretaria le importara lo que hiciéramos, ni que

tuviéramos que darle explicaciones, pero nunca se sabía para qué podía utilizar la información, fuera del tipo que fuera.

—Tranquila, no se preocupe. —Sonreí como si no pasara nada—. No ha interrumpido nada... importante —dije con recochineo, mientras le mantenía la mirada a Logan, que ni siquiera pestañeaba.

Él dibujó en los labios una sonrisa, aunque de manera forzada. Estaba molesto de que le restara importancia a nuestra conversación.

—Tiene razón, no ha interrumpido nada importante, *Victoria* —repitió utilizando la misma entonación que había utilizado yo—. De hecho, no recuerdo de qué estábamos hablando —añadió.

Comprobé en mis propias carnes que jodía que banalizara el tema, «nuestro» tema.

Alcé un poco la barbilla.

—Ya le he pasado todos los datos sobre los contratos publicitarios que teníamos pendientes, hágame saber la solución cuando la tenga, por favor —concluí.

Lo positivo de que su secretaria estuviera allí es que se cortaba de raíz hablar de cualquier cosa que tuviera que ver con nosotros, y yo podía aprovechar para escabullirme, porque empezaba a ponerme en apuros con sus inoportunas preguntas. No estaba preparada para hablar con Logan en ese momento. Necesitaba tiempo para controlarme. Al final iba a tenerle que estar agradecida a la lagarta de Victoria.

—Todavía no hemos terminado de hablar, señorita Summers —dijo Logan.

En sus ojos dorados brilló un gesto de advertencia.

—Yo creo que sí que hemos terminado, señor Mont Blanc —repuse con una sonrisilla burlona. Me había salido con la mía.

—Le aseguro que no —dijo él, contundente, mirándome con tal intensidad que me hizo tragar saliva.

Y aunque traté de que la expresión de mi rostro no variara y se mantuviera imperturbable (y creo que lo logré), en mi fuero interno sabía que Logan tenía razón: no habíamos terminado de hablar. El rollo que nos traíamos no había hecho más que empeorar con el polvo que habíamos echado. Aquello se estaba transformando, sin apenas darnos cuenta, en una lucha de voluntades, en una batalla a dos. En un «tú o yo». ¿Quién saldría victorioso? ¿Quién ganaría? ¿Quién perdería?

Mi vocecilla interior me advirtió de que debía andar con cuidado, con mucho cuidado. Logan había ido a la empresa con un único cometido: llevar a cabo su venganza contra los Mont Blanc, y no dudaría en hacer rodar cabezas. Nada iba a detenerlo de conseguir su objetivo. Mientras que yo, sin quererlo y sin buscarlo, había puesto encima de la mesa mi corazón y había posibilidades de que lo perdiera o saliera dañado si no estaba al loro.

Estábamos jugando a un juego peligroso y yo tenía todas las papeletas para salir perdiendo.

—Que tenga buen día —me despedí.

—Igualmente —contestó Logan.

Di media vuelta y salí del despacho, dejando a Logan y a su secretaria solos.

Una vez fuera dejé de sonreír y solté el aire que había estado conteniendo en los pulmones. En mitad de la recepción me tomé unos segundos para respirar, tranquilizarme y recomponerme. Siempre que tenía a Logan cerca se me cortaba la respiración y el cuerpo se me descomponía, aparte de otras cosas.

Desde su regreso a *Mont Blanc Enterprise*, ese hombre se había apoderado de mi mundo. Lo

hacía tambalear. De repente muchas cosas (más de las que quería) giraban en torno a él. ¿Cómo se había apropiado de mi vida con esa habilidad? No es que él fuera consciente o lo estuviera haciendo a propósito, pero lo estaba consiguiendo de una forma magistral.

Finalmente resoplé, me coloqué unos pelitos detrás de la oreja y me fui echando patas para mi despacho. Cuanto más lejos estuviera de Logan mejor.

CAPÍTULO 56

LOGAN

—¿Qué quiere? —le pregunté con poca amabilidad a mi secretaria, mientras volvía a tomar acomodo en el sillón.

Me había sentado fatal que nos hubiera interrumpido. ¿Es que no sabía llamar a la puerta? La hubiera dejado golpeando todo el día. Joder, había cortado la conversación entre la señorita Summers y yo en un punto muy interesante. Qué inoportuna había sido.

Victoria se acercó hasta mi mesa.

—Aquí tiene el informe que me pidió. —Alargó el brazo y me tendió un dossier.

—Gracias —dije al tiempo que lo cogía y lo depositaba encima de la mesa.

—¿Necesita alguna cosa más? —me preguntó.

—No, puedes retirarte.

No quería hablar con nadie, ni siquiera de trabajo. Quería estar solo.

—Bien.

Victoria se giró y se marchó.

Ya solo, di un golpe en el reposabrazos del sillón con la palma de la mano mientras chasqueaba la lengua contra el paladar de manera exagerada.

La señorita Summers iba a volverme loco.

¿De dónde había salido? ¿Y qué hacía allí? ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué tenía que ser precisamente la hija de Hank Summers, uno de los socios de la empresa? ¿De la misma empresa que yo quería destruir?

Desde que había regresado a *Mont Blanc Enterprise* y la había ido conociendo, había dejado de pensar con claridad. Yo tenía las cosas muy claras. Sabía exactamente qué quería hacer y de qué manera. Pero en ese momento todo era caos en mi cabeza. ¿Por qué? ¿Por qué la señorita Summers tenía aquel efecto en mí? ¿Cómo era posible que me olvidara de quién era? ¿Que se me hubiera metido de aquel modo en los sentidos?, ¿en la piel?, ¿en el corazón...?

Fruncí el ceño con gravedad.

¿En el corazón?, me repetí. ¿Estaba enamorándome de la señorita Summers?

El pulso empezó a palpitarme frenéticamente en los oídos, con tanta fuerza que apenas escuchaba nada de lo que había a mi alrededor.

¡No, joder, no! Eso no podía ser. Sacudí la cabeza, incrédulo. Era imposible que me estuviera enamorando de ella. Elizabeth Summers era la última mujer en el mundo de la que me podía enamorar.

Me levanté del sillón y me volví hacia los ventanales. El sol de media mañana de finales de abril me calentaba la piel del rostro a través de los cristales.

Bastaba que estuviera cerca de mí para desearla de una forma que se volvía una tortura. No poder tocarla, no poder besarla, no poder...

¡Señor!

Emití un gemido de desesperación y me pasé la mano por el pelo.

¿Por qué me tenía que pasar algo así? ¿Y encima en aquel momento? ¿Cómo iba a llevar a

cabo mi venganza con Elizabeth Summers en medio?

No sabía exactamente qué sentía por ella, pero fuera lo que fuera no podía dejar que interfiriera en mi plan.

—No, no puedo —dije en voz alta, serio.

Contraí la mandíbula y fijé los ojos en un punto impreciso del cielo neoyorkino.

No podía permitirme sentir nada por ella. Absolutamente nada. Yo solo tenía una misión, un objetivo a cumplir: la venganza. Un acto que clamaba por ser satisfecho, y ahora tenía la oportunidad. Lo tenía muy cerca. Era mi momento. Con *Mont Blanc Enterprise* hecho pedazos, reducido a cenizas, lo que viniera después no me importaba demasiado. Ni siquiera había pensado en el futuro. Me daba lo mismo. Me era indiferente. Desde que era un crío me había enfocado en la manera de destruir a Jeff Mont Blanc, mi padre biológico. Solo en eso.

Lo di vueltas un rato. Quizá solo fuera un capricho que se alimentaba del hecho de que la señorita Summers era una persona prohibida para mí. A veces esas cosas pasan. Deseamos y nos atrae aquello que no es para nosotros (por eso precisamente nos gusta), y lo enmascaramos con sentimientos cuando no es así. El propio tiempo lo deja después al descubierto y se encarga de hacernos ver que estábamos equivocados, que no era amor, sino una ilusión, un espejismo; un simple capricho que termina desvaneciéndose en la nada.

El sonido del teléfono fijo del despacho me metió de nuevo en la realidad. Me di la vuelta, me acerqué a la mesa y alargué el brazo para coger el auricular.

—¿Sí?

—Señor Mont Blanc, su abogado está aquí —habló mi secretaria al otro lado de la línea.

—Hágalo pasar —le ordené.

—Ahora mismo.

Apenas dejé el auricular en su sitio cuando entró Simon en el despacho.

—Buenos días, señor Mont Blanc.

—Buenos días.

Al tiempo que avanzaba, agitó una carpeta que traía en las manos.

—Lo tenemos —dijo.

El estómago me dio un vuelco. Por fin.

Las últimas semanas había tenido a mi equipo asesor trabajando casi día y noche en los tejemanejes de los Mont Blanc. Indagando qué había detrás de la fachada y de los intentos de sacar a la empresa del pozo en el que estaba metida.

—¿Qué tenemos? —pregunté, sentándome en el sillón de cuero.

—Cohecho, tráfico de influencias, blanqueo de dinero, fraude, delitos fiscales de varia índole... —enumeró Simon.

—No se dejan nada —comenté con ironía.

Simon tomó asiento en una de las sillas situadas frente a mi mesa y depositó en la superficie de madera la carpeta que traía en las manos. La cogí y admito que, con impaciencia, la abrí.

Fui pasando las páginas una por una, prestando especial atención a las cifras.

—¿Todo lo que hay aquí se puede demostrar? —le pregunté a mi abogado, sin dejar de leer.

—Todos y cada uno de los delitos expuestos —afirmó él.

—¿Así que les tengo agarrados de los huevos? —dije, sin poder ocultar cierto entusiasmo en mi voz.

Me producía una profunda satisfacción tener algo para hundir a los Mont Blanc en la más absoluta miseria y que terminaran con sus huesos en la cárcel. ¡Qué placer ver su caída! Ya

empezaba a saborearla.

—Totalmente —respondió Simon.

—Bien. Muy, muy bien... Es un excelente trabajo —le halagué.

—Gracias, señor.

Pero de pronto algo empañó el momento, como si una sombra hubiera pasado por el despacho, abandonando su oscuridad en él.

—¿Está implicado en todo esto Hank Summers, el socio minoritario de la empresa? —le pregunté.

Me interesaba muchísimo saber si el padre de la señorita Summers estaba tan podrido como los Mont Blanc. No por él, evidentemente, sino por su hija.

—Es muy probable que sí, es socio minoritario, así que para algunas transacciones es necesaria su firma —dijo Simon.

—No —mascullé, torciendo el gesto.

—¿Ocurre algo?

Me recosté en el sillón, cerré la carpeta y la dejé sobre la mesa.

—No me gustaría que Hank Summers estuviera implicado en estos chanchullos.

—¿Por alguna razón en particular? —me preguntó mi abogado, algo desconcertado por mi respuesta.

—Por su hija —se me escapó decir.

Simón me miró largo y tendido con una ceja arqueada en gesto de interrogación. Seguía sin entender nada.

—Me cae bien —dije a modo de explicación—. No lo pasaría bien si su padre termina en la cárcel.

En aquel momento no estaba preparado para admitir lo que sentía por Elizabeth Summers. Ni a mi abogado ni a mí mismo. Mucho menos a mí mismo.

—Claro que no. Pero es necesario si realmente ha cometido esos delitos —dijo Simon.

Preferí no hacer ningún comentario.

—Simon, necesito que investigues a fondo si Hank Summers es parte implicada en lo que hay dentro de esta carpeta. —La señalé con el dedo índice—. Si ha tenido algo que ver o no en los delitos que habéis descubierto.

—Me pondré a ello de inmediato —dijo mi abogado, solícito y profesional como era.

—Bien, te lo agradezco.

—En cuanto tenga la información la pondré en su conocimiento.

—Perfecto.

CAPÍTULO 57

LIZZIE

Las cosas no cambiaron mucho las jornadas siguientes. Todo seguía su tónica y su curso. *Los hermanísimos* pisaban cada vez menos en la empresa (como las ratas, fueron los primeros en abandonar el barco y dejarlo a la deriva, a su suerte, incluyéndome a mí), y cuando lo hacían, cuando se dignaban a ir, terminaban con algún enfrentamiento con Logan. Era imposible que compartieran espacio sin que volaran los cuchillos, ni siquiera por procurar unas negociaciones pacíficas, o más o menos pacíficas.

La tensión se hacía cada vez más patente, pero el malestar también, y el aire se volvía cada día un poco más irrespirable. Todo el mundo estaba muy nervioso, alterado, irritable. Se acercaba el fin.

Yo, entre tanta vorágine, seguía tratando de mantener a raya lo que sentía por Logan. Haberme enamorado de la persona por quien debía sentir solo indiferencia o desprecio me estaba destrozando. Un intenso sentimiento de traición sobrevolaba mi cabeza. ¿Qué pensaría mi padre? ¿Y mi madre?

Pero ni las mariposas del estómago (que a veces parecían murciélagos) ni él, me ponían fácil la tarea de no traspasar según qué líneas. Porque os confieso algo, quitando las ocasiones en que quería matarlo, Logan Mont Blanc era un puto encanto.

Si se hubiera parecido un poco más a su medio hermano Henry, yo no me hubiera fijado en él. No le hubiera dado ni la hora. Porque Henry Mont Blanc era el anti todo de lo que me gustaba en un hombre: juerguista, vividor, prepotente, vago... Pero dejando a un lado el aspecto físico, no se parecían en nada.

Y no solo me pasaba a mí. No solo yo estaba hechizada por el encanto de Logan Mont Blanc.

Todas las mujeres que trabajaban en la empresa y que tenían algún tipo de contacto con él, daba igual la edad y el estado civil; si estaban casadas o solteras, babeaban por él. Solo le faltaba provocar desmayos a su paso. Dios, me ponían mala, porque no me quedaba más remedio que darles la razón. Logan Mont Blanc estaba de muerte y el efecto que provocaba en nosotras, aunque fuese el enemigo, era brutal.

Y entre todas ellas estaba incluida su secretaria, que competía con las demás por su atención, por supuesto. Ella era la más odiosa de todas, porque parecía que la conseguía siempre que se lo proponía, con sus escotes de vértigo estilo antro de última hora de la noche (o primera de la mañana) y su amabilísima sonrisa de oreja a oreja en la que podías verle hasta las caries.

Sé que no tenía ningún derecho a estar celosa, porque no había nada entre Logan y yo, porque no lo iba a haber nunca, y porque ambos estaban solteros y podían hacer lo que quisiesen, pero soy humana y adolezco de muchos de los defectos que tienen los seres humanos. Como, por ejemplo, los celos. ¿Qué le voy a hacer?

No soy una celópata, pero sentía que se me retorcían las tripas cuando veía a Victoria coqueteando con Logan. Es que no perdía oportunidad de insinuarse. Lo estuvo haciendo todo el tiempo durante una reunión que tuvimos una mañana con el director de U. S. Bancorp en una de las salas de juntas. «Que si le he traído un café», «que si necesita algo», «que si está cómodo»,

«que si no se preocupe que ya voy yo».

No podía evitarlo, pero siempre que me daba la vuelta o no me veía nadie la imitaba. Hacía muecas con la boca y ponía su voz repipi, igual que ella. Al final acababa poniendo los ojos en blanco, súper molesta. Maldita la hora en que la habían contratado.

En un descanso, me encontraba hablando con el director de U. S. Bancorp, cuando sonó mi teléfono.

—Discúlpeme... —le dije.

Me volví, cogí el bolso, que lo tenía colgado en el respaldo de la silla, y abrí la cremallera para sacar el móvil. Era Joss.

—Un minuto —pedí al director de U. S. Bancorp.

Él asintió con la cabeza.

Me levanté del asiento y me dirigí hacia uno de los rincones de la sala. Logan estaba comentándole no sé qué a Victoria con una carpeta abierta, a un par de metros de distancia. Ignoro qué me llevó a ponerme casi a su lado, supongo que las ganas de tocarle un poco las narices, como me las estaba tocando él a mí con su secretaria.

—Hola, Joss —lo saludé al descolgar.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás?

—Bien, bien...

Miré de reojo a Logan. Había levantado la cabeza de los papeles de la carpeta y tenía puesto el oído en mi conversación con Joss.

—¿Y tú qué tal, Joss? —le pregunté, enfatizando su nombre.

—Bien. Espero no pillarte en mal momento —dijo.

—No, tranquilo. Estoy en el descanso de una reunión. Ya sabes cómo son estas cosas... Agradezco que me hayas llamado, me encanta hablar contigo —solté.

Joss rio halagado al otro lado del teléfono.

Me di cuenta de que Logan cada vez me prestaba más atención. Se le iba a desencajar el cuello de tanto estirarlo para poder escuchar.

—Me alegro de servirte de distracción entre las tediosas horas que dura una reunión —bromeó mi interlocutor.

Me eché a reír. Tal vez de una forma más escandalosa y teatral de lo que lo hubiera hecho de estar sola en la sala de juntas, pero la ocasión la pintan calva.

—Te llamo para ultimar los detalles de nuestra cena. ¿Al final te viene bien quedar a las ocho y media? —me preguntó Joss.

La cena... Había estado pensando mucho en la cena con Joss. Aunque había dicho que no era una cita, la verdad es que lo parecía, y pensar que era una cita me ponía nerviosa. No quería que se malinterpretaran las cosas y tener después problemas, así que en algún momento se me había pasado por la cabeza anular la cita, poniendo cualquier excusa. Pero Logan estaba ahí, demasiado inclinado sobre su secretaria. ¿Por qué coño se le acercaba tanto? ¿Era necesario que se le acercara tanto? ¿Acaso ella estaba sorda o tenía algún problema de audición?

Intentaba seguir la conversación de Joss, pero con Victoria pegada a Logan no podía. No sabía si a él le interesaba su secretaria o no, o si estaba utilizando la oportunidad para darme celos, sobre todo porque sabía que yo estaba hablando con un hombre por teléfono. Pero si no le interesaba, tenía una forma extraña de demostrar una supuesta falta de interés.

Apreté los dientes. Los dos eran odiosos. Tanto ella como él. Por mí se podían ir al mismo infierno.

—Sí, me viene perfecto, Joss —contesté, aceptando finalmente la invitación.

—Genial. Hay un restaurante en la Quinta Avenida, *The Capital Grille*, en el que se come muy bien. Es alta cocina.

—Sí, lo conozco.

The Capital Grille era un restaurante de lujo situado en plena Avenida. Lo había visitado en un par de ocasiones, porque en él habían tenido lugar un par de comidas de negocios.

—¿Y te gusta?

—Oh, sí, me encanta. La comida es exquisita.

—Perfecto. ¿Te paso a recoger a casa?

—Como está cerca de la empresa, prefiero que vengas a buscarme aquí. De ese modo ahorraremos tiempo.

—¿No prefieres ir a casa a cambiarte?

Sonreí.

—Me conoces, Joss, sabes que soy una todoterreno. No es la primera vez que me cambio en la empresa para acudir a una comida de negocios o una fiesta. No hay problema —dije.

—Es cierto, eres una todoterreno. Bien, entonces me paso por la empresa.

—Estaré lista a las ocho y media, no te voy a hacer esperar —dije en tono cómplice—. Soy una maniática de la puntualidad.

Rodé los ojos hacia Logan. Estaba completamente erguido, mirándome. Tenía la expresión de la cara descompuesta, como si algo le hubiera sentado mal en el estómago. ¿O era mi conversación con Joss lo que le estaba revolviendo?

—Lo sé. Pues te veo el miércoles, Lizzie.

De repente Logan se plantó delante de mí y se señaló el reloj con unos toquecitos del dedo índice, para meterme prisa.

Giré la cabeza y miré al director de U. S. Bancorp, por si fuera él el de la urgencia por retomar la reunión, pero estaba muy cómodo hablando por teléfono. ¿Qué mierda le pasaba entonces a Logan? ¿A qué venía esa cara de perro que tenía?

Le devolví la atención a Joss.

—Nos vemos el miércoles. Ahora tengo que dejarte, Joss —me despedí con suma amabilidad—. Por aquí anda una mosca cojonera que no deja de tocarme las narices —agregué con mordacidad.

No le gustaba a Logan el caldo, pues iba a tener dos tazas.

—Un beso, guapa —dijo Joss.

—Un beso, guapo —rematé la jugada.

¡Jódete, Logan!

Colgué la llamada y me volví hacia él, que continuaba delante de mí, inmóvil, como si tuviera los pies clavados al suelo, dedicándome una mirada que venía a decir que quería tirarme a un lago infectado de cocodrilos.

—¿Qué demonios le pasa? —le pregunté, sin ocultar que estaba molesta.

—Señorita Summers, ¿no tiene otra cosa mejor que hacer que estar ultimando citas... —buscó la palabra. Parecía que le costaba esfuerzo pronunciarla—... amorosas durante las reuniones de trabajo? —me dijo con malas pulgas.

Paseé la mirada a mi alrededor y lo señalé con las manos.

—Por si no se ha dado cuenta, estamos en un descanso —le rebatí.

—Pero sigue estando en horas de trabajo —arguyó él.

—Pues aplíquese ese mismo argumento a usted —dije.

Colocó los brazos en jarra por debajo de la chaqueta que llevaba desabrochada.

—¿A qué se refiere?

—Al tonto que se trae con su secretaria —espeté.

Ya, ya sé que debería de callarme algunas cosas. Esa, por ejemplo, era una de ellas. Pero ya me vais conociendo... Mi lengua va unos cuantos metros por delante de mí. Tiene voluntad propia.

—Así que se trata de eso... —masculló Logan.

¿A qué coño se refería ahora?

—¿De qué? —pregunté ceñuda.

—Como usted está celosa de Victoria, quiere ponerme celoso a mí. ¿Es eso? ¿Esperaba ponerme celoso?

Aquella pregunta fue como una patada en el hígado. ¿Podía leer mi pensamiento o qué?

—¿Y lo he conseguido? —dije con suficiencia, y la entonación era más de afirmación que de pregunta. Porque él diría lo que quisiera, pero de que estaba celoso, lo estaba.

—No, por supuesto que no —negó.

—Entonces deje de comportarse como un crío.

Sin darle lugar a réplica, me di media vuelta, maldiciendo. Logan Mont Blanc era insufrible. Insufrible. ¿Cómo podía estar enamorada de él?

CAPÍTULO 58

LOGAN

Me pareció escuchar una maldición en la boca de la señorita Summers mientras se dirigía a la mesa de conferencias de la sala de juntas.

—¿Ha murmurado algo, señorita Summers? —le pregunté.

Giró el rostro por encima del hombro con los ojos entornados. Tenía una expresión de verdadera antipatía.

—Váyase al infierno, señor Mont Blanc —dijo en voz baja, pero con suficiente fuerza y vocalizando perfectamente cada palabra para asegurarse de que yo la oyera.

—Estoy en él cada vez que la tengo cerca —repuse, exasperado—. Va a volverme loco. —Levanté las manos y crispé los dedos.

—No tendré esa suerte —apuntó ella—. Así lo perdería de vista cuando lo metieran en el manicomio.

¡¡¿Qué?!! Sería cabrona.

Se giró de nuevo con descaro y se alejó con ese cimbreo de caderas que me ponía enfermo.

—Agrrr... —gruñí.

Hasta en esos momentos me apetecía estamparle un beso en la boca, meterle la lengua hasta la laringe y follarla contra la pared como si no hubiera un mañana.

¡Claro que estaba celoso, joder!

La había escuchado quedar con un tío. Con un tal Joss. ¿Joss? A saber Dios quién cojones era y qué quería de ella. Aunque podía imaginarme qué querría...

Habían quedado para cenar y tenía todas las perspectivas de ser una cita romántica. Por el tono que capté en la conversación ya se conocían, se percibía cierta complicidad entre ellos, y la señorita Summers no había parado de sonreír en todo el rato. Estaba cómoda con él. ¿Sería el mismo que le había regalado las flores? ¿Sería ese cliente amable del que habló?

La verdad es que no me hacía demasiada gracia que se fuera a cenar con otro hombre, por eso había reaccionado de ese modo, metiéndole prisa para que cortara la llamada, como si con eso fuera a conseguir que no quedaran.

Negué para mí.

Los seres humanos a veces podemos llegar a ser muy estúpidos.

Y no solo lo afirmo por eso. Es cierto que había estado tonteando a propósito con Victoria para poner celosa a la señorita Summers. Era un método como otro cualquiera para llamar su atención. Porque, ¡mierda!, me gustaba tener su atención. Ser el centro de su mirada. Sé que era una conducta infantil e idiota propia de adolescentes con las hormonas revolucionadas, pero también era algo que no podía evitar.

Apreté los dientes mientras la observaba. Me dolía toda la cara de la presión que estaba ejerciendo. Elizabeth Summers era un encanto. Ya se había metido en el bolsillo al director de U. S. Bancorp, y eso que era un tipo duro de pelar. Por eso me gustaba, porque aparte de las veces que quería matarla, era puro encanto.

—Señor Mont Blanc, ¿está bien? —La voz de mi secretaria a mi espalda me sacó de mi

ensimismamiento.

—Sí, estoy bien —respondí.

Respiré hondo y le pedí a Dios paciencia para terminar la reunión en paz y no a la gresca con la señorita Summers.

El miércoles estuve todo el día como si me corretearan hormigas por el cuerpo. El día de la cita de la señorita Summers con ese tal Joss había llegado y yo estaba que no me aguantaba.

No me concentraba en el trabajo y a duras penas había cogido el hilo de lo que se había hablado en las reuniones que había tenido. Lo único que hacía era dar vueltas de un lado a otro de mi despacho y vocear a todo el que se me acercaba.

Había ido varias veces a su despacho. La excusa siempre giraba en torno al trabajo: que me proporcionara alguna información, que me explicara algún informe, que si tal, que si cual..., pero en realidad solo quería verla.

A última hora de la tarde, a eso de las ocho y media, volví a ir de nuevo a su despacho y os puedo asegurar que no me acuerdo ni con qué pretexto. Había puesto tantos ya...

—¿A qué viene esta vez, señor Mont Blanc? —me preguntó con voz cansina cuando entré.

Había perdido el número de veces que había hecho esa misma acción a lo largo del día.

Ya se había cambiado de ropa y, joder, estaba radiante. Pero radiante de verdad, y puñeteramente sexy. Llevaba un vestido palabra de honor rojo con falda de tubo a la altura de las rodillas y unos tacones de vértigo que estilizaban hasta el infinito sus ya de por sí largas piernas. Los hombros, desnudos y dejando a la vista las clavículas, invitaban a llenarlos de besos y de darlos algún que otro mordisquito.

¡Cristo bendito!

Un atuendo así debería ser censurado porque se pegaba a su cuerpo como una segunda piel, hasta ponerme cardiaco.

—Señorita Summers, puedo venir las veces que quiera —contesté.

—No se lo discuto, pero sea lo que sea que quiera, dese prisa en decírmelo, porque he quedado —respondió tranquila, al tiempo que ordenaba la mesa.

Giró la muñeca y miró el reloj.

—Ha quedado... Ya veo... —«Cállate, Logan. Cállate», pero lo solté—: ¿Con el mismo tipo que le regaló el ramo de flores? ¿Ha quedado con él?

—Eso a usted no le importa —dijo—. ¿Le pregunto yo con quién queda o qué hace con su vida fuera de aquí?

Abrí la boca para responderle, pero alguien tocó a la puerta.

—Adelante —dijo la señorita Summers.

La puerta se abrió y un hombre de treinta y largos años enfundado en un caro traje entró en el despacho. Debía de ser el tal Joss. Lo miré de arriba abajo. Era un tipo alto, con buena planta y bien parecido. Un tipo de esos a los que la mayoría de las mujeres encontraría atractivo.

En algún rincón de mi cabeza albergaba la esperanza de que el tal Joss fuera un hombre bajito, calvo y entrado en años, con escaso encanto físico, pero no era así. Era un tío guapo, mal que me pesara.

Me miró y después dirigió los ojos hacia la señorita Summers.

—Perdón, no sabía que estabas ocupada. Puedo esperarte fuera hasta que acabes.

Y encima era educado. Lo que faltaba. Que mal pintaba todo.

—Oh, no, no... Pasa —dijo, haciendo un gesto desenfadado con la mano.

Joss cerró la puerta tras de sí con una sonrisa amable prendida en los labios y avanzó hasta la mitad del despacho mientras la señorita Summers rodeaba la mesa e iba en su busca para recibirlo. Se acercó a él y le dio un beso en las mejillas.

Apreté los puños. Qué puto buen rollo había entre ellos.

—Joss, te voy a presentar a Logan Mont Blanc. —Se volvió hacia mí—. Señor Mont Blanc, él es Joss Mills, dueño y gerente de *Diamond Clothes*.

Había oído hablar de su empresa. Cotizaba en bolsa con buenas perspectivas y las últimas temporadas había tenido bastante éxito con sus colecciones de ropa para señora y caballero.

Joss se apresuró a tenderme la mano

—Un placer conocerle, Logan —dijo.

—El placer es mío, Joss —contesté, estrechándole la mano.

—De verdad, si tenéis alguna cosa que hacer puedo esperar —dijo.

—No te preocupes, el señor Mont Blanc ya se iba —intervino la señorita Summers.

Me miró y yo le devolví la mirada con expresión seria. No, no tenía ningunas ganas de irme a ningún lado.

—Usted ya se iba, ¿no? —me preguntó, invitándome a que me fuera de allí. Y a ser posible, cuanto antes.

Me limité a mirarla con expresión de enterrador.

—Necesito que... —No necesitaba nada, lo que no quería es que se fuera con ese tío. No quería a ningún otro hombre en escena.

—Mañana hablamos de lo que quiera, señor Mont Blanc —me cortó. Sus ojos tenían una expresión burlona—. Joss me está esperando.

Apreté los labios. No supe que deseaba más, si estrangularla o besarla.

—Que tengan... una buena velada —dije, arrancándome las palabras de la boca y forzando una sonrisa. Falsa, por supuesto.

—Gracias —dijo ella.

Solo quedaba marcharme.

A regañadientes, me di media vuelta y salí del despacho.

CAPÍTULO 59

LIZZIE

Respiré aliviada cuando Logan finalmente salió del despacho. Se marchó después de obsequiarle con una última sonrisa.

Estaba completamente segura de que había ido a verme a esa hora a propósito para fastidiarme o tratar de amargarme la noche de alguna manera. Era como un niño pequeño. Se había pasado un millón de veces a lo largo del día, no sé con qué intención, pero para molestarme era la más probable.

Y quería mortificarlo, o que reaccionara, o que se rebelara, o qué se yo... Algo que desestabilizara esa actitud imperturbable que mostraba. Por eso había estado más efusiva de lo normal con Joss.

Soy una perra porque no debería utilizarlo de ese modo, pero es que me venía al pelo, como se suele decir.

—¿Nos vamos? —me preguntó.

—Sí, cojo el bolso y nos vamos.

Me acerqué al sillón, en cuyo respaldo colgaba el bolso, lo cogí y me lo eché al hombro.

—Déjame decirte que estás preciosa —me halagó Joss.

—Muchas gracias, he de decir que tú también estás muy guapo.

Sonreí y él me devolvió el gesto.

Y lo estaba. Os aseguro que no exageraba ni un poco. Si algo no se podía discutir es que Joss Mills era un hombre atractivo. Pero ya os he descrito con anterioridad cómo era y no me voy a repetir. No quiero aburriros. Solo diré que aquella noche vestía un traje gris oscuro con camisa negra y corbata plateada que le quedaba de lujo. También era estiloso, por supuesto. Dedicándose al mundo de la moda sería un delito si no lo fuera.

Joss se adelantó un par de pasos para salir y yo me quedé apagando la luz y cerrando la puerta del despacho.

Aunque el restaurante estaba relativamente cerca de la empresa, fuimos en el coche de Joss, que dejó aparcado en un parking situado en una calle contigua a la Quinta Avenida.

The Capital Grille era un lugar sobrio y lujoso con varios comedores con distintas decoraciones. Desde los más conservadores con mesas de madera, asientos de cuero en color granate y cuadros clásicos colgados en las paredes, hasta otro de arquitectura postmodernista, donde los protagonistas eran el cristal y el acero, con los muros formando una pirámide, y lámparas de diseño vanguardista.

Uno de los metros nos guio a un rincón de los que formaba la pirámide de cristal donde había una mesa preparada con platos, cubiertos y copas para dos comensales. El ambiente era agradable e íntimo, producto del resplandor acaramelado de las lámparas.

—Es muy bonito —comenté cuando el camarero se fue tras dejarnos las cartas.

—*The Capital Grille* es una buena elección para celebrar una ocasión especial —dijo Joss, cogiendo la carta de los vinos.

—¿Tenemos algo que celebrar? —pregunté.

—Si finalmente decides venir a trabajar a mi empresa, sí.

Sonreí. Abrí la carta y eché un vistazo a los platos.

—*Mont Blanc Enterprise* tiene los días contados y todos los que trabajamos en ella también. Así que vamos a tener que ir abriéndonos camino por otro lado. *Diamond Clothes* siempre es una buenísima opción.

Joss esbozó una sonrisa.

—¿Qué tal lo llevas? —se interesó.

Alcé un hombro.

—Bueno..., a ratos. Unos ratos bien y otros no tan bien. No está siendo un proceso fácil —respondí con sinceridad.

—La situación no es la más ideal.

—Desde luego que no.

—¿Y qué tal con Logan Mont Blanc? He oído que no ha venido en son de paz.

En ese momento me di cuenta de que hablar de Logan Mont Blanc era difícil. Muy difícil. Lo era por la extraña relación que teníamos, por lo que pasaba entre nosotros... Naturalmente no me iba a poner a desgranar delante de Joss los pormenores del rollo que nos traíamos. Más que nada porque ni yo misma podría haberle dado una explicación coherente, excepto para decir que parecíamos dos adolescentes, o dos idiotas, no sé cómo calificarlo mejor, y porque no creo que a Joss le interesara mucho esa parte. Por lo que me limité a hablar del aspecto estrictamente profesional.

—No, está dispuesto a hacer rodar todas las cabezas que sean necesarias hasta completar su venganza —contesté.

—¿Es duro?

—No, con los empleados no, con Jeff y sus hijos sí. No tiene ninguna piedad con ellos —comenté.

El camarero se acercó a nosotros para tomarnos nota. Joss le preguntó si el pescado era fresco y el hombre le aseguró que sí. Por el desorbitado precio bien podían pescarlo en el momento de algún río que atravesara la cocina.

Finalmente pedimos cardos salteados con foie y trufa de primero y de segundo Joss se decantó por lomo de lubina con pil-pil de boletus y yo por una boloñesa de pavo.

El camarero se retiró para dar la orden en la cocina, pero regresó al ratito para dejarnos una botella de Mara Moura, un vino rosado aromatizado con fruta roja ácida, flor blanca y hierbas balsámicas. Un *blac noir* de procedencia española que Joss había pedido para la ocasión.

—¿Y contigo? ¿Cómo se porta contigo? Tu padre es socio de la empresa —dijo Joss una vez que estuvimos de nuevo a solas.

Sin saber por qué me ruboricé. Carraspeé.

—Los Mont Blanc me eligieron para que me encargara de ponerlo al día sobre todos los asuntos de la empresa, así que imagínate...

—No deja de ser el enemigo —comentó Joss.

Bajé la vista hasta la copa que Joss acababa de llenar de vino mientras me mordía el labio de abajo.

—Sí, es el enemigo...

Logan Mont Blanc era el enemigo, y yo me había enamorado de él. Cuando me paraba a pensarlo me daba un bajón de tres pares de narices, porque gravitaba por mi cabeza ese sentimiento de culpa, como si estuviera traicionando a los míos, y no había forma humana de

deshacerme de él. Estaba ahí, machacándome cada vez que le daba la oportunidad.

—¿He dicho algo que te ha molestado? Te has quedado muy callada —dijo Joss.

—Oh, no. —Hice un gesto con la mano, indiferente—. Es que me he quedado pensando en algo del trabajo.

El camarero se presentó con los primeros platos. Impasse que aproveché para quitarme del medio el tema.

—Huele delicioso —dije, y creo que logré mantener la sonrisa.

—Sí, huele muy bien.

Joss estiró la servilleta y se la colocó en las rodillas. Yo lo imité. Tomé en mi tenedor un trozo de cardo, lo empapé de la salsa y me lo llevé a la boca.

—Mmmm... —Lo saboreé—. Realmente está riquísimo.

Pinché otro trozo. Me lo iba a meter en la boca cuando me pareció ver a Logan al final del comedor, en la barra que había en el extremo. Pestañee un par de veces, perpleja.

No, no podía ser. Tenía que tratarse de una alucinación. Sí, tenía que ser una alucinación de las gordas. Pensaba tanto en él que ya me lo imaginaba en todas partes.

¿Estaba comiendo cardo o setas alucinógenas?, me pregunté.

Pero por más que pestañeaba su imagen no desaparecía. Ahí seguía, con su fachada de hombre de éxito y su porte seductor. Joder.

¿Lo había conjurado de tanto como pensaba en él? ¿Lo había atraído yo misma hasta el restaurante con mis pensamientos?

Noté que enrojecía hasta la raíz del pelo. ¿Qué hacía allí? ¿Para qué había ido? Fruncí el ceño. ¿Sabía que iba a ir a *The Capital Grille* con Joss? No recordaba haberlo mencionado durante la conversación que había tenido con él el día que nos reunimos con el director de U. S. Bancorp, y Logan había puesto la oreja. Entonces, ¿me había seguido? ¿Había tenido el atrevimiento de seguirme?

Pues no iba a quedarme con las ganas de saberlo. Por supuesto que no. Antes de que me parara a pensar lo que iba a hacer ya me había levantado de la silla.

—¿Pasa algo? —me preguntó Joss, algo alertado por mi reacción.

—Necesito... ir al baño un momento —me excusé, apoyando la servilleta en la mesa.

Joss asintió en silencio y yo me lancé a andar, sorteando las distintas mesas del comedor. Ya nada me importaba. Logan giró la cabeza y me vio justo cuando estaba a punto de alcanzarlo. Arrugó la frente. Parecía sorprendido de verme allí, pero podía ser un teatrillo. A mí no me engañaba tan fácilmente.

—¿Qué demonios hace aquí? —espeté sin ningún tipo de amabilidad, parada frente a él.

—¿Qué hace usted aquí? —me preguntó a su vez.

—¿Usted qué cree? —dije con mordacidad—. Cenar.

Logan estiró el cuello y por encima de mi hombro echó un vistazo hacia la dirección por la que yo había llegado.

—Vaya... qué casualidad —dijo con una nota de diversión en la voz al ver a Joss.

—¿Casualidad? —repetí en tono agudo—. Las casualidades no existen. ¿Me ha seguido?

—¡¿Qué?! —Su rostro se llenó de incredulidad ante mi pregunta. Si estaba fingiendo se le daba muy bien—. ¿Cree que no tengo otra cosa mejor que hacer que seguirla? Usted no es el centro de mi mundo, señorita Summers.

Aquella afirmación me jodió, me jodió mucho, porque eso era exactamente lo que quería ser: el centro de su mundo.

—Entonces, ¿qué hace aquí? —volví a preguntarle.

—Es un bar. ¿No lo ha visto? Voy a tomarme una copa —contestó.

—Hay miles de bares en Nueva York y un montón de ellos en la Quinta Avenida, ¿y ha tenido que venir precisamente a este?

—Vengo a menudo aquí —dijo—. Me gusta.

Respiré hondo.

—Aquí tiene, señor Mont Blanc. —La voz del camarero de la barra sonó a su espalda.

Logan giró un poco el cuerpo hacia él.

—Gracias —dijo.

El chico inclinó la cabeza y se alejó. Por la confianza con la que lo había llamado, sí que parecía que se conocían y que era un bar al que Logan iba habitualmente.

Cogió la copa, dio un trago y se volvió hacia mí.

—¿Y no puede marcharse? —le pregunté.

—¿Marcharme? Acabo de llegar, señorita Summers.

Tomé aire de nuevo. No podía perder la paciencia en mitad de uno de los restaurantes más lujosos de la ciudad. Capaz y los del *Globe*, el periódico más sensacionalista del país, me sacaban en portada.

—Por favor, señor Mont Blanc —siseé entre dientes.

Logan apoyó el codo en la barra.

—¿Por qué habría de irme?

—Porque va a amargarme la cena.

—No entiendo por qué iba yo a amargarle la cena.

—Su presencia me incomoda —dije.

Se llevó la mano al pecho.

—Me parte el corazón, señorita Summers —dijo, poniendo un puchero.

Tuve que apretar los puños con fuerza para no darle la bofetada que quería darle. No sabía de qué tenía más ganas, si de matarlo o de lanzarme a su boca. Mierda.

Miré hacia atrás rápidamente, por suerte Joss estaba distraído hablando por teléfono.

—Ja, ja, ja —me burlé, volviendo la vista hacia Logan—. Es muy gracioso. ¿Por qué no se va con sus gracias a otro lado?

—No me voy a ir —insistió él con voz pausada y un brillo de diversión en los ojos—. Ni siquiera me ha dado tiempo de beberme la copa.

—¡Señor Mont Blanc! —gruñí entre dientes al borde de la exasperación.

Algunas cabezas se giraron hacia nosotros, dispensándonos miradas de curiosidad.

—Señorita Summers, le aconsejo que vaya a cenar, se le va a quedar la comida fría.

Apreté los labios. Solo me faltaba echar humo por las orejas.

—Lo odio —dije con rabia.

Logan me agarró por la cintura y de un envite ágil y rápido me acercó ligeramente hacia él. Sentir su cuerpo duro contra el mío fue como una descarga eléctrica.

—Tenga cuidado, señorita Summers, que del odio al amor hay solo un paso. Un paso muy pequeñito... —me susurró bajo al oído, mirándome largamente.

Noté cómo el vello se me erizaba con su respiración pegada a mi piel.

¡Dios Santísimo!

Enrojecí a mi pesar.

Incapaz de aguantar su cercanía, su olor, su aliento, su magnetismo... di un tirón (discreto

para no armar un escándalo, porque en serio que me veía saliendo en el *Globe*), y me solté.

Sin decir nada, me di media vuelta.

—Que le aproveche —dijo, cuando ya me alejaba.

Giré la cabeza por última vez. Logan me miró a los ojos y me sonrió canalla. Yo le dediqué una mirada asesina. Encima con cachondeos.

CAPÍTULO 60

LOGAN

Vi como la señorita Summers se alejaba con su cuerpo de sirena en dirección a su mesa, donde la esperaba el tal Joss, con ganas de arrancarle la cabeza a alguien. Si hubiera tenido a una persona a quien gritar, lo habría hecho, pero estaba solo, atrapado en mitad de un restaurante.

Había puesto buena cara, había guardado el tipo como buenamente había podido bajo una apariencia de indiferencia, pero no me hacía ni puta gracia ser el espectador en primera fila de su cena... romántica.

Juro por lo más sagrado que no lo hice a posta, que no la seguí ni nada que se le pareciera. No soy un acosador. Había sido mera casualidad coincidir, aunque ella afirmara que las casualidades no existían. Pues yo podía asegurar rotundamente que sí.

Fui a *The Capital Grille* porque era un lugar al que acudía a menudo. Me gustaba tomarme una copa en el bar, y después de haberla visto en el despacho con el hombre con el que iba a cenar, necesitaba relajarme con un buen vodka escocés. Incluso llamé a John, mi chófer, para que me viniera a recoger a la empresa. Ingiriendo alcohol no iba a coger el coche, por supuesto.

Me quedé pasmado cuando me giré y la vi avanzando hacia mí como si quisiera comerme, y no de la manera que me gustaría.

No podía ser, joder. No podía ser que *The Capital Grille* fuera el restaurante que había escogido para cenar con su amiguito. ¿Qué puta broma era esa?

Me hubiera ido de allí pitando, corriendo, volando, si hubiera podido. Como os he dicho, no me apetecía lo más mínimo contemplar la escena como un voyeur. No soy masoca. Pero no podía irme sin más solo porque la señorita Summers me lo hubiera pedido. Hubiera dejado al descubierto algunas cosas, entre ellas, que me molestaba soberanamente tener que ser testigo de su cita. Al menos me terminaría la copa.

La observé sentarse de nuevo a la mesa y regalarle una sonrisa a su acompañante. Me hervía la sangre. Aparté la vista molesto conmigo mismo. ¿Cómo podía ser tan idiota? Con quién cenara la señorita Summers debería serme totalmente indiferente. Pero no me lo era, mierda. No me lo era, y eso conseguía desesperarme.

Sentir lo que sentía no entraba en mis planes. Se suponía que no tenía que gustarme. Se suponía que no tenía que importarme. Se suponía que ella solo era un trámite por el que debía pasar antes de reducir a cenizas *Mont Blanc Enterprise*. Pero jamás me hubiera imaginado conocer a alguien como ella. Era tan distinta a todas las mujeres con las que había estado.

Tan genuina.

Tan auténtica.

Tan ella...

Me giré hacia la barra y di un trago de vodka.

—Espero no molestar...

Una voz femenina sonó a mi lado. Volví el rostro. Una mujer rubia, con el pelo largo liso me sonreía con un gesto dulce. Era muy atractiva, con grandes ojos azules y aspecto sofisticado.

La verdad es que no estaba para nadie. Ni siquiera la idea de invitarla a casa y follármela me

parecía apetecible. Podríamos pasar un buen rato juntos, sí, y no dudo de que así sería, pero no era plan de follármela a ella y estar pensando en la señorita Summers. Porque eso era lo que iba a ocurrir.

—No molestas —dije, tratando de ser amable.

—Soy Elene —se presentó.

—Yo Logan.

—¿Un duro día de trabajo? —me preguntó.

—Se podría decir que sí —respondí.

La chica hizo una señal con la mano al camarero.

—Un gin-tonic, por favor —le pidió.

—Enseguida.

—A veces sirve de terapia desahogarse con un desconocido —me dijo, mientras el camarero le preparaba la consumición.

—¿Tú crees? —le pregunté con cierto escepticismo.

—Prueba.

Me llevé el vaso a los labios y di un sorbo de mi vodka.

—¿Qué haces cuando tienes una lucha interna entre la cabeza y el corazón? ¿Entre el deber y el querer? —le planteé, apoyando el vaso en la barra.

—Supongo que hablas de una mujer.

—Supones bien.

—Seguir al corazón, siempre.

Esbocé una débil sonrisa. «Seguir al corazón...»

—Las decisiones que se toman con el corazón no siempre son las correctas ni las que convienen —argumenté.

—Pero son de las que nunca te arrepientes.

Fruncí el ceño.

El camarero se acercó con el gin-tonic de Elene.

—Aquí tiene, señorita.

—Gracias —le dijo ella.

Esperó a que el camarero se alejara para volver a hablar.

—Tiene que darse un punto medio, claro —prosiguió—. Si solo nos guiáramos por el corazón, estaríamos a merced de un montón de sentimientos de los que terminaríamos perdiendo el control, y no nos llevarían a ninguna parte, y si nos guiáramos solo por la cabeza, nunca llegaríamos a tomar decisiones. Pero el corazón es un buen punto de referencia para saber qué hacer.

—Quizá tengas razón.

Pero, aunque tuviera razón, no era una decisión sencilla, y para mí he de decir que se trataba de algo nuevo. Nunca me había visto en una tesitura así. Nunca había tenido enfrentado el corazón con la cabeza, las emociones con la razón... Tenía las cosas muy claras. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer, hasta que había aparecido Elizabeth Summers. Todo se había complicado de manera extraña desde que había aparecido ella.

Había caído en una trampa muy peligrosa... e inesperada. Porque lo último que me hubiera imaginado habría sido sentir algo por una persona que estaba en el bando enemigo.

—Lo único que tengo claro —comencé—, es que no puedo dejar que lo que siento interfiera.

Corté ahí la frase porque no me parecía sensato hablarle de venganza a una desconocida, por

mucho que sirviera de terapia (que no lo discutía). Pero lo que quería decir es que no podía dejar que lo que sentía por la señorita Summers interfiriera en mi venganza.

Y no podía porque sentía que me estaba traicionando a mí mismo. Sentía que todo por lo que había estado luchando durante mi vida no había valido para nada si no culminaba mi venganza, si no les hacía pagar a Jeff Mont Blanc y a sus *retoños* todo lo que me habían hecho y, sobre todo, lo que le habían hecho a mi madre.

Mi madre me seguía doliendo en el fondo del pecho. Me seguía doliendo mucho. Había una herida abierta que ni el tiempo, que dicen que todo lo cura, había sido capaz de cerrar. Yo solo había aprendido a convivir con ella. Nada más.

CAPÍTULO 61

LIZZIE

¿Quién era la mujer que estaba con Logan? ¿Y de dónde diablos había salido? Se había acercado a él y habían entablado una conversación que parecía muy amena, a juzgar por cómo se dirigían el uno al otro. Incluso había visto alguna sonrisilla deslizándose por ahí. ¿Acabarían la noche uno en casa del otro? Tenía toda la pinta de ser la típica historia de chico liga con chica en un bar y terminan follando como descosidos en casa.

Pensarlo me ponía mal estómago. De verdad, se me estaba revolviendo. Incluso me estaba sentando mal la cena. La boloñesa de pavo que me había pedido y que olía deliciosamente bien, se me estaba indigestando. Al final iba a tener diarrea.

Intentaba mantener el hilo de la conversación con Joss, distraerme, pero de vez en cuando (muy a menudo) se me escapaba una miradita fugaz hacia ellos.

Sabía que de una u otra forma Logan Mont Blanc iba a amargarme la cita. Lo sabía. Nada podía salir bien estando él cerca. Por esa razón le había pedido que se fuera. La otra solución hubiera sido irme yo.

Y de buena gana le hubiera dicho a Joss que nos fuéramos a otro sitio, pero cuando vi a Logan en la barra ya habíamos pedido los platos y nos habían servido el primero. ¿Cómo íbamos a irnos? Hubiera pensado que estoy mal de la cabeza. Así que me senté, echando casi humo por las orejas, y procuré pasar la velada lo mejor posible. Pero viendo a Logan y a su nueva amiguita a unos metros era francamente difícil.

Me regañé a mí misma un centenar de veces por no ser capaz de ignorarlos, por dejarlos que estuvieran tan presentes.

Dios, era horrible.

Se supone que había quedado con Joss para pasar un buen rato, tener una conversación agradable, echarme unas risas, distraerme y olvidar a Logan, pero el muy puñetero tenía que haber aparecido en el mismo restaurante en el que estábamos cenando, y realmente parecía haber sido una casualidad, o una broma del destino; una jugarreta del azar. Porque Logan hablaba con mucha seguridad cuando se lo pregunté y, para ser sincera con vosotras, no me lo imaginaba siguiéndome. Él no era así.

—Entonces, ¿aceptarás mi oferta de trabajo cuando todo lo de *Mont Blanc Enterprise* pase? —me preguntó Joss.

Dejé a un lado mis pensamientos y me centré en la conversación.

—Sí, es muy probable que la acepte —contesté.

Piqué con el tenedor un poco de pavo y me lo llevé a la boca.

Joss se limpió las comisuras de los labios con la servilleta.

—En *Diamond Clothes* estaremos encantados de que tu hermana y tú trabajéis con nosotros. Las dos sois unas excelentes profesionales.

—No puedo hablar por mi hermana, pero para mí será un placer —dije—. Solo espero que como jefe no seas muy duro —bromeé.

Joss rio.

—Tranquila, como soy fuera del trabajo, soy dentro. Además, ya hemos trabajado juntos y sabes cómo soy.

Asentí con una sonrisa.

Me acerqué la copa de vino a la boca. Me encontraba bebiendo cuando me di cuenta de que Logan ya no estaba, y su nueva amiguita tampoco. Rodé los ojos hacia un lado y hacia otro por si se hubieran movido del sitio o se hubieran sentado en alguna mesa. Nada. Ni rastro. La sonrisa se me esfumó de un plumazo. La noche empeoraba por momentos, y mi vida también.

—Oh, joder... —mascullé.

—Perdona, ¿has dicho algo?

Miré a Joss y carraspeé un par de veces al tiempo que apoyaba la copa en la mesa.

—No, es que empiezo a estar llena —me excusé.

No sabéis que mal estómago se me puso. No se podían haber ido juntos... O sí. Bien pensado, claro que sí. Era lo más lógico, ¿no? Además, parecía haber buen rollo entre ellos...

En ese momento que quería ver a Logan, que estuviera allí, acodado en la barra bebiéndose su copa, no lo veía, y lo peor es que estaba segura de que se había ido con esa mujer.

Sentí un pellizco dentro del pecho.

El tiempo que trascurrió hasta que acabó la cita con Joss fue una tortura. Mi cabeza no dejaba de imaginárselos retozando en la cama (probablemente en la de él, que sería de dimensiones astronómicas) en todas las posturas humanamente posibles.

Para más inri, me los imaginaba con todo lujo de detalles; gimiendo, sudando, jadeando, restregándose los cuerpos, suspirando...

¡Qué cabrona puede llegar a ser la mente!

Llegué a ponerme tan mal, con tal desazón, que en cuanto nos acabamos el postre, le pedí a Joss que por favor me acercara a casa. Tenía un bajón anímico serio.

—Muchas gracias por la velada —le agradecí en el coche, aparcados frente a mi casa.

—Gracias a ti, Lizzie. Siempre es un placer compartir un ratito contigo.

Sonreí.

Me incliné hacia él y le di un beso en la mejilla, cuando fui a darle otro en la otra mejilla, él se adelantó a mi intención y me besó en la boca. Tal vez debía haberlo intuido, pero no me lo esperaba y me pilló totalmente por sorpresa, por eso no reaccioné y durante unos segundos nuestros labios se tocaron, hasta que finalmente, consciente de lo que estaba sucediendo, me aparté. Fue todo un poco confuso, extraño, impreciso...

—Joss, yo... no estoy en ese punto —susurré con algo de vergüenza por verme en la obligación de rechazarlo. Nunca me han gustado ni se me han dado bien esas situaciones.

Él sonrió con un gesto ligero, de esa manera tranquilizadora suya, que te decía que no pasaba nada, que todo estaba bien.

—Lo siento —se disculpó—, me han podido las ganas y no he interpretado correctamente las señales —dijo.

Las sombras alojadas en el coche ocultaban parte de sus rasgos.

—La que lo siente soy yo, te lo aseguro —hablé con el corazón en la mano.

Y no había mayor verdad que esa en todo el mundo. Lo sentía profundamente, porque nada me hubiera gustado más que estar enamorada de Joss y que una posible relación con él hubiera funcionado, ya que era un tío que merecía muchísimo la pena. Pero todos sabemos que las cosas del corazón no funcionan así. No elegimos de quién nos enamoramos ni elegimos cuando el amor por una persona se desvanece, a veces sin darnos cuenta. Tanto una cosa como la otra son

inevitables.

No nos enamoramos de quien merece la pena o de quien nos conviene (en el buen sentido de la palabra). Yo era un claro ejemplo de ello. Me había enamorado de la persona más inconveniente del mundo, de Logan Mont Blanc, el hombre que iba a acabar con todo lo que mi familia y yo misma habíamos construido hasta ese momento, el hombre empeñado en fragmentar la compañía que había sido mi vida. Todo el mundo sabía que Logan estaba allí para destruir la empresa y vengarse de los Mont Blanc. Todo el mundo sabía que era el enemigo.

—¿Por qué dices eso? —me preguntó Joss.

Sonreí.

—Porque eres el hombre perfecto —contesté.

Él se echó a reír.

—Bueno, no soy tan perfecto si no he logrado que te fijaras en mí —bromeó.

—No tiene nada que ver con eso —dije.

—Sí, lo sé. No elegimos quién nos gusta y quién no. —Me miró a los ojos—. Espero que al menos podamos ser amigos.

—No hay ninguna razón para que no podamos serlo.

—Eres increíble, Lizzie —dijo, después de unos segundos—. No me explico cómo algunas personas te dejaron escapar...

Estaba claro que lo decía por Steven. Aunque yo evitaba hablar de él, su plantón en el altar era un pequeño secreto a voces, un pequeño secreto que quienes me rodeaban sabían, aunque no habláramos de ello.

Me encogí de hombros.

—El amor es así —dije sin más, sin querer ahondar en el tema.

Pero en realidad más que el amor o, mejor dicho, el desamor, lo que había primado en Steven había sido un egoísmo recalcitrante y hasta obsceno, y una mala baba de la leche. Lo he dicho mil millones de veces y lo diré mil millones de veces más. Pudiendo haber roto la relación conmigo antes, en un centenar de oportunidades, hacerlo el día de la boda, dejándome como una imbécil esperándolo en la iglesia, había sido la más macabra, la más retorcida y la peor de todas. Pero de Steven tampoco se podía esperar gran cosa. Él era como era. Narcisista, pedante, aparentador y tenía la misma profundidad que un charco. Él solo miraba por sí mismo y los demás le importábamos un bledo. Su «yoísmo» y esa puta manía de creerse el centro del universo era lo que regía su vida, que siempre tenía que ser perfecta, aunque fuera mentira. Pero aparentar también se le daba muy bien, aunque en el fondo no fuera más que un perdedor.

Steven no tenía ningún don para los negocios ni para nada, vivía de lo que le había dejado su padre. Era como *los hermanísimos*, un bueno para nada lleno de frustraciones (aunque con menos vicios que los Mont Blanc), cuya existencia se basaba en aparentar y hacerle ver y creer a la gente lo que no era y lo que estaba muy lejos de ser.

—Creo que será mejor que me vaya —dije.

—Llámame cuando todo lo de la empresa pase.

Asentí.

Abrí la puerta del coche y me bajé. A mitad de camino de mi casa, me di media vuelta y me despedí agitando la mano. Joss imitó mi gesto.

No podía evitar sentirme mal. Una persona no está cómoda rechazando a otra. Yo por lo menos no. Me dejaba muy mal sabor de boca, aunque Joss me lo había puesto muy fácil, porque él era así. Un hombre sencillo que hacía la vida agradable a los que le rodeaban.

Suspiré mientras rebuscaba las llaves en el bolso. Cuando las encontré, abrí la puerta y me metí en casa, que de repente sentía como un refugio de todo lo que había fuera. Unos segundos después, escuché el motor del coche de Joss alejarse.

CAPÍTULO 62

LIZZIE

—¿Qué tal la cita con Joss? —Mi hermana apareció de la nada en el pasillo, dándome un susto de muerte.

—¡Judy! —grité con el corazón a mil por hora—. Mi corazón no está para estos sobresaltos —dije.

—Siempre tan exagerada. —Mi hermana puso los ojos en blanco—. Cuéntame, me muero por saber todo. ¿Qué tal con Joss?

—¿Sabes quién apareció en el restaurante? —dije.

A esas horas todavía estaba que echaba las muelas.

—¿Quién?

—Logan Mont Blanc —respondí.

—No me jodas...

Puse el dedo índice sobre mis labios.

—Shhh... —siseé—. Es omnipresente, como Dios. Está en todos lados —repuse, hablando bajito.

—¿Fue con alguna mujer? —murmuró mi hermana.

Agarré a Judy por el brazo y la arrastré hasta mi despacho.

—Es mejor que hablemos aquí —dije, cerrando la puerta a nuestra espalda—. Las paredes tienen oídos y no quiero correr el riesgo de que nos escuche alguien.

Judy frunció el ceño.

—¿Lo dices por alguna persona en especial?

—Lo digo por la secretaria de Logan. Cada día me gusta menos —le confesé.

—Vale, vale..., la secretaria de Logan te cae como el culo, pero dejemos de hablar de ella y vayamos a lo realmente interesante. ¿Fue Logan con alguna mujer? —me preguntó otra vez Judy, retomando la conversación que habíamos iniciado en el pasillo.

—No, fue solo, pero luego una tía se le acercó.

—¿Se liaron? ¿Los viste liándose en el restaurante, Lizzie?

—No los vi, Judy. Hubo un momento en que desaparecieron. Los estaba viendo y de repente los dejé de ver —le expliqué, manoteando con las manos.

—¿A los dos a la vez?

—¡Sí, a los dos a la vez! —exclamé enfadada, dejando caer el bolso sobre el sofá que había en mi despacho.

—Veo que no te hizo ninguna gracia —observó Judy.

—¿Cómo me va a hacer gracia? Solo imaginármelos follando se me pone un mal cuerpo que no veas...

—¿Y qué hacía en el restaurante?

—Según me dijo, va a menudo a tomarse una copa al bar —respondí.

—¿Se lo preguntaste? —Mi hermana no daba crédito. Me miraba con los ojos como platos.

—Claro, en cuanto lo vi me acerqué a él y le dije que si me había seguido.

—¿Que le dijiste qué?

—Lo que te he dicho, le pregunté que si me había seguido —repetí, como si fuera lo más normal del mundo.

—Joder, Lizzie, los tienes cuadrados —afirmó Judy.

—Es que cuando lo vi en la barra te juro que pensé que estaba alucinando y me vino a la cabeza la idea de que me había seguido para ver cómo iba mi cita con Joss. Incluso le pedí que se fuera otro sitio, porque me iba a amargar la cena.

—¡La madre que te parió!

—Y me la amargó, Judy —me adelanté a decir—. ¿Tú sabes la cara de imbécil que se me quedó cuando lo vi hablando con esa tía? A partir de ese momento me empezó a sentar mal la cena.

—Ay, Dios, Lizzie.

Me dejé caer en el sofá. Estaba agotada de toda aquella situación.

—No sabes las ganas que tengo de que todo esto acabe y de que Logan Mont Blanc desaparezca de mi vida, que se vaya al infierno si quiere. No veo la hora de que llegue. De verdad que no la veo. —Mi voz se escuchaba cansada.

Judy se acercó a mí, se sentó a mi lado y me pasó la mano por la espalda cariñosamente.

—Ya no queda nada. En unas pocas semanas todo habrá acabado.

Giré el rostro para mirarla y lancé al aire un suspiro.

—Por cierto, Joss me besó.

—¡¡¡¿Te besó?!!!

—Shhh... —la silencié otra vez, porque la debieron de oír en la otra punta de Nueva York.

—¿Y lo dices así?

—¡Y cómo quieres que te lo diga? —le pregunté.

—¿Cuándo te besó?

—Cuando nos despedimos en la puerta de mi casa.

—¿Y qué pasó?

Alcé un hombro e hice una mueca.

—Solo fue un beso.

—¿Hubo lengua?

—Judy, por favor.

—No hubo lengua, ¿verdad?

No iba a dejarme en paz.

—No dio tiempo, me aparté antes de que me metiera la lengua.

—¿Y qué le dijiste?

—Que no estaba en ese punto.

—Pobre Joss. Es tan mono... —comentó Judy, haciendo un mohín con la boca.

—Me encantaría enamorarme de él, porque es el hombre perfecto. En serio, es perfecto. Guapo, inteligente, divertido... No tiene ningún «pero», sin embargo...

—Sin embargo estás enamorada de Logan Mont Blanc. —Mi hermana terminó la frase por mí.

—Hasta los huesos —afirmé—. Por eso tengo tantas ganas de que todo esto acabe y de que se vaya de aquí. Para olvidarme de él —dije. Hice una pequeña pausa—. Ah, Joss nos ha ofrecido trabajo para las dos en *Diamond Clothes*. Con todas las historias que tengo en la cabeza y se me olvida lo más importante.

—Lo que he dicho, es tan mono... —Judy puso voz ñoña.

—Ay, Judy, ¿por qué coño tiene que ser todo tan complicado? ¿Por qué? —Hice un aspaviento con las manos—. ¿Por qué me he tenido que enamorar de Logan Mont Blanc?

—La vida no es fácil, cariño. Pero tú puedes con esto y con más. Eres mucho más fuerte de lo que parece.

Me mordí el labio.

—Por suerte, Joss se tomó muy bien mi rechazo. Me pidió disculpas y me dijo que esperaba que pudiéramos ser amigos —comenté.

—¿Y le dijiste que sí?

—Claro, ¿qué duda cabe? No me hubiera gustado que se hubiera enfadado. Además, es un tío genial, ya lo sabes. Tiene un sentido del humor muy particular que me encanta.

—Lizzie, no pienses demasiado en lo de Joss. A todos nos han rechazado alguna vez y no pasa nada. No hay que darle más importancia de la que tiene.

—No, tranquila. Estoy bien —dije—. Admito que me dejó un poco de mal sabor de boca, pero que se lo tomara del modo que se lo tomó para mí fue un alivio.

—Y en su caso, estoy segura de que más pronto que tarde encontrará a alguien, porque es otro hombre de esos que está como quiere, para mojar pan. Candidatas no le faltarán —añadió Judy. Sonreí.

—Estoy de acuerdo contigo. Oye, a todo esto, ¿cómo te va con Fredd? —le pregunté.

Judy se levantó del sofá.

—Te lo cuento luego mientras tomamos un café. En la cafetería, por supuesto. Ahora tengo algunos asuntos que atender.

—Está bien. Entonces luego me cuentas.

Se inclinó y me dio un beso en la mejilla.

—Te veo luego.

—Hasta luego.

Cuando se volvió, le di un pequeño azote en el culo.

—Y no seas mala —dije.

Me lanzó una mirada pícara por encima del hombro que acompañó de un mohín. Negué con la cabeza para mí, al tiempo que sonreía. No había dos como mi hermana.

—Te quiero —le dije justo antes de que saliera del despacho.

—Y yo a ti —respondió cariñosamente. Después desapareció tras la puerta—. Buenos días, señor Mont Blanc —le oí decir antes de cerrar.

—Buenos días —la saludó él.

Puse los ojos en blanco. Nada mejor para espabilarme que una buena dosis de Logan Mont Blanc a primera hora de la mañana. Mejor que un café, me burlé para mis adentros.

CAPÍTULO 63

LIZZIE

Me puse en pie.

—Buenos días, señorita Summers —dijo.

Madre mía de mi vida, ¿cómo no me iba a gustar con esa percha que tenía?

Fue verlo entrar y fue cortárseme la respiración. Iba impecable con uno de sus habituales trajes hechos a medida. El pantalón se ceñía a sus piernas hasta el punto de quererte morir (de placer). Al igual que la camisa negra y el chaleco que se pegaban a su maldito torso, haciéndome casi gemir. Ese torso que habían acariciado mis manos y que me moría por volver a acariciar.

A él no se lo diría jamás, antes muerta, pero a vosotras sí puedo confesároslo. Todos los adjetivos que utilizara para describir a Logan serían insuficientes, irrisorios, escasos. Parecía hecho a mano por el mismísimo Dios. Aunque bien pensado quizá hubiera sido el diablo, y lo había puesto en mi camino para castigarme por algo que hubiera hecho muy malo en otra vida.

—Buenos días, señor Mont Blanc —contesté, tratando de no pensar en lo que no debía, y en cómo verlo avanzar por el despacho con pasos seguros y las manos metidas en los bolsillos en actitud ciertamente indiferente me ponía taquicárdica.

Giré el rostro para dejar de mirarlo, cogí el bolso del sofá y lo llevé hasta el cajón de la mesa, donde lo guardaba habitualmente. Al darme la vuelta, Logan me miraba de una forma extraña, que no me paré a analizar.

—No tiene buena cara, ¿no ha dormido bien? ¿O es que su cita de ayer no fue todo lo satisfactoria que esperaba? —dijo, con esa nota mezcla de diversión y mordacidad que tan de mala leche me ponía.

Puede que tuviera mala cara. No había dormido todo lo bien que hubiera deseado. Me había despertado varias veces durante la noche por su culpa y por la culpa de esa amiguita con la que presumiblemente se había ido. En cambio él estaba como si nada, con su rostro reluciente y su expresión de júbilo. Claro, seguramente había estado toda la noche follando con esa mujer y por eso estaba tan de buen humor.

Dios, qué asco me daba. Se me revolvían las tripas.

—La cita fue perfecta —exageré con voz de ensoñación—. De hecho, hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien con un hombre.

La expresión de la cara le cambió. Vaya, parece que mi comentario no le había hecho mucha gracia. Eso le pasaba por preguntar y por meterse donde no le llamaban.

—Ya veo... —masculló—. ¿Así que fue bien? —Sacó las manos de los bolsillos y se aferró con ellas al respaldo de una de las sillas.

—Muy bien —contesté—. Joss es un hombre encantador. —Delineé una sonrisa en mis labios que iba de lado a lado de mi rostro.

—Claro, encantador... —repitió Logan con cara de acelga.

—Es guapo, inteligente, divertido...

—Señorita Summers, no me apetece escuchar la lista de beldades del hombre con el que salió ayer —me cortó—. Tengo mejores cosas que hacer.

Me mordí el labio de abajo para contener una risilla.

—¿Y usted qué tal se lo pasó? ¿Terminó bien su velada? —le pregunté, fingiendo despreocupación.

Estiré la mano y encendí el ordenador.

—Sí, muy bien —dijo.

Ese «muy bien» me retumbó en el fondo de la cabeza como el badajo de una campana. Follador desgraciado.

—Lo vi... en muy buena compañía —apunté, como si la cosa no fuera conmigo.

Sí, soy consciente de que esta era otra de esas ocasiones en que estaba más guapa callada y que no le debería de haber hecho ese comentario, que debería de haberlo masticado y habérmelo tragado, pero ya me conocéis. Hay cosas que no me puedo callar.

—Oh, Elene... —contestó.

Alcé las cejas.

—Vaya, se acuerda de su nombre —dije.

Mi voz empezó a adoptar un deje de enfado. ¿Es que se sabía todos los putos nombres menos el mío?

—¿Por qué no habría de acordarme? —preguntó.

—Por la mala memoria que tiene para recordar cómo se llama la gente... —le eché en cara.

—Yo me sé el nombre de toda la gente.

—Si usted lo dice —mascullé. Evidentemente no le iba a confesar que lo que me jodía es que no se acordara del mío—. Espero que lo pasara muy bien en compañía de... ¿Elena? —me equivoqué a propósito.

—Elene —me corrigió él.

Fruncí los labios y lo imité burlescamente por lo bajo como haría una niña pequeña.

—Sí, claro, Elene —dije, cogiendo la agenda.

Elene, Elena, Gunilda, *Golfa*, qué más daba como se llamara.

—Una chica encantadora..., como Joss —afirmó Logan. Sonreía cuando lo miré. Tuve que contenerme para no tirarle la agenda a la cabeza—. Nuestro encuentro fue muy enriquecedor...

—¿Puede decirme a qué ha venido? —lo corté—. Tengo la mañana muy ocupada.

Por supuesto, a mí tampoco me apetecía en absoluto que empezara a enumerar las beldades de la tal Elene. Se la había follado y punto. Ya no quería saber nada más.

—Está bien, seré breve —dijo—. Ya me he ocupado de pagar las penalizaciones de los contratos de publicidad que la empresa no ha cumplido —me informó.

—Perfecto. —Alcé el rostro—. ¿Quiere alguna cosa más? —le pregunté.

CAPÍTULO 64

LOGAN

Lo que quería en aquel momento de la señorita Summers no lo podía verbalizar. No, si no quería que me consideraran un puto perverso.

Pero lo que quería era empujarla contra la mesa, de espaldas a mí, arrancarle la falda y las bragas de un tirón y con el culo en pompa embestirla desde atrás mientras enrollaba su larga melena negra en mi mano y le echaba la cabeza hacia atrás, obligándola a pedirme que la diera más y más fuerte, que la follara tan duro que le hiciera perder la noción de toda realidad existente, incluso de nuestros propios cuerpos.

—No —respondí templado, haciendo un esfuerzo.

Tuve que luchar contra mí mismo y contra el deseo para no lanzarme a ella. ¡Era peor que un animal! Me sentía como uno cuando la tenía cerca.

Había algo en la señorita Summers que me hacía sentir primitivo, como un macho alfa, como una bestia, como si toda mi masculinidad emergiera a la superficie para reclamarla, como si fuera mía, como si siempre lo hubiera sido. Era algo instintivo y casi irracional.

Suena a cavernícola, y seguramente lo sea, pero, a pesar de la evolución, todavía hay ciertas reminiscencias primarias en nosotros. Para mí eran desconocidas hasta que había aparecido en mi vida la señorita Summers. Con su largo pelo moreno, sus misteriosos ojos del color del mercurio, el contoneo de sus caderas al andar; su fuerte carácter, esa voluntad de acero a la hora de trabajar, su energía y el modo en que tenía de enfrentarse a mí para defender todas aquellas cosas en las que creía, como el futuro de los empleados de la empresa.

—Bien, entonces si es tan amable... —dijo, haciendo un ademán con la mano, señalando la puerta.

Y con esas palabras y ese gesto me invitó a irme.

Había algo en nuestra conversación que la había molestado y puede que fuera cuando había salido a colación Elene, la chica que se me había acercado en el restaurante y con la que realmente había tenido una conversación bastante enriquecedora.

Quizá se pensaba que me había liado con ella o que habíamos acabado retozando en la cama de la casa de alguno de los dos, pero nada más lejos de lo que había ocurrido. Simplemente estuvimos charlando. Nada más. Yo le conté por encima mi problema y ella me comentó que estaba separada y que su ex le estaba poniendo muchas trabas para conseguir el divorcio, pese a que el matrimonio se había roto por una infidelidad de él.

Podría haber sacado a la señorita Summers de su error, haberla dicho que entre esa chica y yo no había habido sexo, pero yo tampoco sabía qué había pasado con su amiguito Joss. Ese hombre que era inteligente, y guapo y divertido. Un puto encanto, vamos. No sabía cómo habían acabado.

Ella no parecía haber dormido mucho y quizá fuera debido a que había pasado una noche loca de sexo y lujuria.

No quería pensarlo. No quería, de verdad, porque cuando lo hacía, me volvía loco de celos. Imaginarme a otro hombre tocándola, acariciándola, haciéndola gemir, llevándola a alcanzar el

Séptimo Cielo...

—La dejo trabajar —dije—. Que le cunda.

—Igualmente —contestó, ya sentada detrás de la mesa con expresión indiferente en el rostro.

Había momentos en que dudaba de si esa expresión era fingida, una pantomima para hacerse la dura, para ocultar todo lo que sentía, o realmente es que le importaba una mierda.

Tras unos segundos en silencio, me giré de mala leche y me largué. No sé si más enfadado con ella o conmigo mismo. En ese tipo de situaciones no sabía qué pensar. Es difícil cuando no hay comunicación, ni se habla claro.

—Buenos días, señor Mont Blanc —me saludó la secretaria de la señorita Summers al salir.

—Buenos días —dije.

—¿Está la señorita Summers ya en su despacho? —me preguntó.

—Sí, está dentro —contesté, pasando de largo por delante de su mesa.

—Que tenga buen día.

Giré un poco la cabeza.

—Igualmente —respondí escueto.

No me apetecía hablar con nadie.

Llegué a mi despacho a zancadas, como si quisiera destrozar el suelo a mi paso.

—Señor Mont Blanc... —me llamó mi secretaria.

—Dígame.

—Su abogado lo está esperando en el despacho —dijo.

—Gracias.

Giré el pomo de la puerta y entré. Simon, que estaba en una de las sillas frente a mi mesa, se dio la vuelta en cuanto me sintió.

—Buenos días, señor Mont Blanc.

—Buenos días —dije.

Rodeé la mesa y me senté en el sillón de cuero.

—¿Va todo bien? —me preguntó Simon.

Me apreté el puente de la nariz con los dedos y suspiré.

—No, Simon, nada va bien —dije.

Simon puso cara de desconcierto.

—Señor Mont Blanc, todo va sobre ruedas. Las cosas están saliendo tal y como usted las había planeado.

—¿Cuánto tiempo crees que queda? —le pregunté.

—Tres semanas, más o menos.

—Tengo ganas de que todo esto acabe ya, de que acabe de una puta vez —le confesé.

La confusión de Simon crecía por momentos. Lo advertía en su cara.

—¿Hay algo que le preocupe en especial?

—La señorita Summers —respondí, sin ni siquiera pararme unos segundos a pensar que quizá ese tema no fuera algo que le concerniera a mi abogado.

—¿Le está poniendo algún impedimento? Podemos ver el modo de...

Agité la mano para cortarlo y que no fuera por ese camino.

—No, Simon, no. No tiene nada que ver con eso.

—Entonces, ¿cuál es el problema, señor Mont Blanc?

—Estoy enamorado de ella.

Los ojos de mi abogado se abrieron como platos.

No solo se lo estaba reconociendo a él, me lo estaba reconociendo a mí mismo. Hasta aquel día era una idea que había esquivado (malamente), una idea que no verbalizaba por miedo a que se materializara. Como si no hacerlo, como si guardar las palabras en las cuerdas vocales, fuera a impedir que ocurriera.

—¿Cómo dice, señor?

—Es una locura, ¿verdad?

A mí me lo parecía.

Creo que Simón se puso de algún color raro. El pobre estaba alucinando.

—¿Está... seguro? —preguntó con cautela.

Sonreí con condescendencia, hacía mí mismo y hacia mi abogado. No esperaba una pregunta así.

—Totalmente —le respondí.

—Ya, pero...

—Si a lo que te refieres es si a es un capricho, una tontería o simplemente atracción física..., te diré que la respuesta es no —contesté con aplomo—. No es ninguna de esas cosas, Simon. Durante estas semanas yo me he negado una y otra vez a que me pudiera estar enamorando de la señorita Summers. Pensaba que era algo pasajero, la atracción que se siente hacia la fruta prohibida, hacia lo que no se te permite, pero no es así. Estoy enamorado de ella. —Suspiré—. Se ha hecho un hueco en mi corazón de una manera completamente inesperada.

Cuanto más lo repetía más peso parecían adquirir las palabras y su significado. Me había enamorado de la persona menos conveniente y de la manera más inesperada.

—¿Y qué va a hacer? —me preguntó Simon.

Me tomé unos segundos para responder.

—Seguir con lo planeado hasta ahora —dije—. En la venganza no hay sitio para los sentimientos.

No iba a renunciar a mis planes, a mi objetivo, a la razón de ser que había dictado mi vida. Solo había un camino que quería seguir, el camino que me había marcado desde que era un niño.

CAPÍTULO 65

LIZZIE

Estaba más quemada que pinocho en una hoguera. Lejos de tranquilizarme, a medida que habían ido pasando las horas me había ido encabronando más. Logan Mont Blanc también tenía ese efecto sobre mí. Me enfadaba. Mucho.

Qué ganas de perderlo de vista para siempre, joder.

Había estado evitándolo todo el día, y lo había conseguido, pero a última hora de la tarde tuve que ir a su despacho para que me firmara unos papeles.

De pronto había hecho tarde y por no querer verlo, ahora andaba pillada de tiempo porque su firma era urgente.

—¿Puede decirle al señor Mont Blanc que estoy aquí? —le pregunté a su secretaria.

—El señor Mont Blanc no está en el despacho —contestó.

—¿Está en alguna reunión o con su equipo de asesores?

—No, se ha ido a casa.

Entré en pánico. Todas mis alarmas saltaron.

—¿A casa? Pero necesito que me firme unos documentos. Es urgente —dije.

—Lo siento, pero no está.

—Llámele y dígame que venga, por favor.

—No creo que...

—Le he dicho que es urgente —la corté y no lo hice con cara de buenos amigos.

—Está bien —accedió, transcurridos unos segundos.

Abrió el cajón superior de su mesa y sacó una agenda. Pasó varias páginas con los dedos y buscó el teléfono de Logan. Recé para que cuando marcara el número respondiera.

Victoria descolgó, se llevó el auricular a la oreja y pulsó las teclas con su índice de inmaculada manicura francesa.

«Que conteste, que conteste, que conteste...», me repetí en silencio.

—Señor Mont Blanc... —Cerré los ojos un instante y respiré con alivio—. La señorita Summers está aquí. Necesita verlo con urgencia.

—....

—Dígale que tiene que firmar unos papeles —intervine con prisa.

—Dice que tiene que firmar unos papeles —repitió la secretaria—. ¿No puede acercarse? —le oí decir.

¡¡¿Qué?!! Puse el grito en el cielo. No, no, esos papeles tenían que firmarse del modo que fuera.

—¡Necesito que firme unos papeles! —casi grité, para que Logan me oyera al otro lado de la línea.

Victoria giró el rostro hacia mí.

—Dice que se ponga al teléfono —habló, pasándome el auricular.

Lo cogí.

—Señor Mont Blanc, necesito que firme unos documentos sí o sí —dije.

—Señorita Summers, ¿no ha tenido tiempo en todo el día de acercarme esos papeles al despacho para que los firmara? —me preguntó.

Claro que lo había tenido, pero no lo había hecho porque no quería verlo, hasta que no me había quedado más remedio.

—No, señor Mont Blanc, no he tenido tiempo. He estado muy ocupada —respondí con cierto retintín en la voz.

Él soltó el aire al otro lado de la línea.

—Me es imposible ir a la empresa ahora, en quince minutos tengo una videollamada con uno de mis directores ejecutivos —me informó.

—¿Y no puede venir después? Puedo esperarlo.

—No sé cuánto tiempo puede durar la reunión. Ha surgido un problema con una filial de Australia y tenemos que solucionarlo. Venga a mi casa con los papeles y se los firmo.

—¿A su casa?

—Sí, a mi casa. Tranquila, no es el infierno. —Cuando me lo dijo, la vi como tal, como el mismísimo infierno—. Meteré a cancerbero en su jaula para que no la muerda —ironizó.

—De verdad que no tengo tiempo para chistes —me quejé.

—Señorita Summers, yo no puedo hacer otra cosa. Si quiere que firme esos dichosos papeles, venga a mi casa. Victoria tiene la dirección. Le diré que se la facilite.

Bajé la vista hasta la carpeta en cuyo interior estaban los documentos. Realmente necesitaba que los firmara. Aquel mismo día tenía que enviarlos a Hacienda, o nos meteríamos en un problema gordo. No tenía salida. O iba a casa de Logan o los papeles se quedaban sin firmar.

Suspiré.

—Está bien —accedí al fin en tono de resignación.

—Pásame con mi secretaria —dijo Logan.

Le di el teléfono a Victoria, que lo cogió de inmediato.

—Dígame, señor Mont Blanc...

—...

—Ahora mismo.

—...

—Hasta mañana, señor Mont Blanc.

—...

En mi cabeza no pude evitar imitarla con su voz solícita y excesivamente atenta, dispuesta siempre a todo por complacer a Logan, incluso en las cosas que no tuvieran nada que ver con su puesto.

Empecé a preguntarme si no serían paranoias mías y Victoria no estuviera más que ejerciendo su trabajo. Dios, me iba a volver loca. Sacudí la cabeza mientras apuntaba la dirección de Logan en un papel y me lo tendía.

—Aquí tiene la dirección del señor Mont Blanc —dijo.

Estiré la mano y lo tomé.

—Gracias —le agradecí.

—De nada.

Mientras me dirigía a mi despacho, eché un vistazo al papel para ver dónde vivía Logan. Residía en *Garment District*, uno de los barrios más exclusivos de Nueva York, considerado el centro de moda de la ciudad.

Al menos no estaba lejos de la empresa.

Cuando regresé al despacho, Mery me esperaba con un recado. Tenía que devolver la llamada al director de U. S. Bancorp lo antes posible.

Consulté mi reloj de pulsera. Todavía tenía algo de margen para que Logan firmara la documentación y enviarla a Hacienda. Podría escanear los papeles con la Tablet y mandarlo por email una vez firmados.

Me metí en el despacho y llamé al director de U. S. Bancorp. La conversación duró bastante más de lo que esperaba, pero como os he dicho, Logan vivía cerca, por lo que ganaba tiempo por ese lado.

Ordené rápidamente mi mesa, apagué el ordenador, me colgué el bolso al hombro y salí pitando con la carpeta y la tableta hacia el parking.

El edificio estaba prácticamente vacío y mientras corría hacia el ascensor, pensé en lo que me gustaba el silencio y el ambiente tranquilo que se respiraba a esas horas en la empresa. Por eso me quedaba tan a menudo a trabajar fuera del horario laboral.

Dejé de pensar en cosas que no venían a cuento y me subí al ascensor.

CAPÍTULO 66

LIZZIE

De camino al piso de Logan, rodeé la Sexta Avenida y al coger la Séptima, pasé por delante de *The garment worker*, la estatua urbana del costurero cosiendo ropa en una máquina de coser de pedal, realizada por Judith Weller en 1984. Al lado, a unos pocos metros, había otra escultura de un botón gigante atravesado por una aguja. Estaba claro porque a esa zona de la ciudad la llamaban también *Fashion District*. De hecho, la calle en la que se encuentran ambas tallas es la *Fashion Avenue*.

Como gran parte de la ciudad, *Garment District* estaba formada por altos edificios y locales de comercios en las plantas bajas. Publicidad y letreros de todos los estilos se alzaban en las construcciones dando un toque de color al paisaje serio y sobrio de la piedra oscura de los inmuebles.

Tuve un pequeño acceso de histeria al preguntarme si encontraría aparcamiento cerca, o al final tendría que bajar Logan y firmar los papeles dentro del coche. Aunque no era hora punta, ¡estaba en pleno *Garment District*!

Por suerte, Dios se apiadó de mí aquel día y encontré un estacionamiento que dejaba libre un camión de refrescos en la calle que hacía esquina con el edificio en el que vivía Logan.

La construcción en la que se alojaba su piso tenía la fachada negra y contrafuertes de hormigón en color plata se alzaban soberbios hasta la azotea.

El portero, un hombre de unos cincuenta años, alto, corpulento y con el pelo canoso, me abrió muy amablemente la puerta de cristal cuando le dije que iba a ver a Logan Mont Blanc. Ya estaba al tanto de mi visita, porque no me hizo ninguna pregunta más antes de dejarme acceder al edificio.

Me dirigí a la zona de los ascensores, situada a la derecha del enorme vestíbulo de mármol, y subí en uno que estaba casualmente parado en él.

Las puertas de acero se abrieron cincuenta plantas después y a mis pies salió un sofisticado rellano con paredes granates y apliques plateados, en el que había varias puertas. Busqué el número diez y cuando lo localicé, caminé hacia ella.

Tengo que reconocer que estaba nerviosa. Parecía tener un hormiguero en el estómago. No me hacía gracia estar a solas con Logan en su piso. Y no por él, que conste, sino por mí. Cada día llevaba peor tenerlo cerca y aquello era meterse de lleno en la guarida del león. Pero me había buscado solita esa situación, por no haberle llevado los papeles antes.

Al llegar toqué el timbre.

Oí pasos al otro lado y un cerrojo que se descorría.

Logan abrió la puerta y me recibió (desnudo no, no seáis mal pensadas, aunque no hubiera estado mal, ¿eh?) en ropa de deporte, con uno de esos pantalones que caen por la cadera de color negro, y una camiseta de algodón de manga corta en un tono rosado. ¡Encima!, con lo que me gusta a mí el color rosa en los hombres. En jerséis, camisas, camisetas, polos, corbatas...

—Buenas noches —dije, con algo de vergüenza. Era mi culpa tener que andar así.

—Buenas noches, señorita Summers —me saludó tranquilo.

Su voz no sonaba enfadada ni molesta, más bien sonaba resignada, aunque bien podría sacarme los colores. Me lo hubiera merecido.

—Gracias por... por dejarme venir para que pueda firmar los papeles —murmuré.

Logán dio un paso atrás, y se hizo a un lado.

—Pase —dijo, con un ademán de la cabeza, invitándome a entrar.

Tomé aire y entré.

Él cerró la puerta tras de mí y yo esperé a que me guiara por la casa.

—Por aquí —dijo.

Lo seguí por el ancho pasillo hasta un salón muy grande, de techos altísimos y cristalerías. Al otro lado de ellas una Nueva York engalanada por la oscuridad de la noche se desplegaba en una panorámica única. Lo malo de vivir en una casa a pie de calle, como yo, es que no podías disfrutar de vistas como aquellas.

Lancé un vistazo fugaz al resto de la estancia.

Los sofás eran de cuero en tono camel, a juego con los muebles, de diseño minimalista. Una enorme televisión de plasma se empotraba en el mural de enfrente como si fuera parte de él. Las paredes estaban pintadas de color gris oscuro y el ambiente era sofisticado e íntimo. No parecía una casa de catálogo o de museo, más bien daba la sensación de ser práctica y utilitaria.

De fondo, en el equipo de música, sonaba *Sacrifice* de Elton John. Muy de los ochenta, claro, como le gustaba a Logan.

Cuando en mi periplo de curiosidad vi el portátil abierto encima de la mesa de cristal, noté que las mejillas se me teñían de rubor.

—¿He interrumpido su videollamada? —le pregunté a Logan con aprensión en la voz.

—No, la reunión ha terminado hace diez minutos —contestó. Respiré aliviada—. Dígame qué papeles tengo que firmar —añadió después.

—Los tengo en la carpeta —dijo, levantándola en alto.

Nos dirigimos a la mesa, saqué la documentación y se la tendí.

—Es el procedimiento de acreditación del certificado como representante de la empresa sin personalidad jurídica —le expliqué.

La cogió y le echó un vistazo.

—¿Cuándo tiene que presentarla?

—Dentro de media hora.

Logan levantó la vista de los papeles y me miró con una ceja arqueada.

—¿En media hora? —repitió.

—Sí, en media hora. Por eso he traído la tablet. Escanearé el documento y lo enviaré al email de Hacienda correspondiente antes de que se agote el plazo.

—Señorita Summers...

Alcé las manos.

—Lo sé, he estado a punto de meter la pata —lo corté, antes de que me regañara.

—No iba a decirle nada, pero me alegra que reconozca las cosas —dijo.

—Yo sé reconocer las cosas —repuse.

—No siempre —contradijo él.

Alargó el brazo y cogió un bolígrafo que había al lado del portátil junto a una libreta donde había varias notas apuntadas.

—Hay cosas que no es capaz de reconocer —añadió, echando una rúbrica en los papeles.

Mientras hablábamos yo estaba preparando la aplicación que tenía en la tablet y que me

permitiría escanear el documento. El tiempo apremiaba.

—¿Que hay cosas que no soy capaz de reconocer? ¿De qué narices habla? ¿Qué no he reconocido?

—Que se ha puesto celosa cuando esta mañana he hablado de Elene, por ejemplo.

Me quedé de piedra. Joder, ¿tanto se me notaba?

Carraspeé.

Cogí los papeles ya firmados por Logan y comencé a fotografiarlos con la tablet para que la aplicación los escaneara.

—¿Ya está otra vez con esa tontería de los celos? —dije sin mirarlo, tratando de disimular de alguna forma.

—¿Ve como no lo reconoce? —insistió él muy seguro.

Trasteé con la Tablet hasta escanear todos los papeles y finalmente envié el email con la documentación en orden. Milagrosamente logré hacerlo bien, porque aquella conversación me estaba poniendo nerviosa.

—No lo reconozco porque no es cierto —me defendí, terca como una mula.

Dejé la Tablet sobre la mesa intentando mantener la compostura.

—Sí que lo es.

Me volví hacia Logan. Sus ojos estaban fijos en mí. Su mirada dorada reflejaba un brillo peligroso. Algo que me decía que tuviera cuidado.

—No lo es —repetí.

—Sí que lo es.

—No lo es.

—Sí que lo es. —Logan inclinó su barbilla hacia mí, desafiándome.

—No lo es.

Nuestros rostros se iban acercando cada vez más, como queriéndose imponer al otro, sin que ninguno tuviera la voluntad de ceder.

—¿Por qué no lo reconoce? —me preguntó—. ¿Por qué no reconoce que se pone celosa cuando tengo cerca a alguna mujer? A Victoria, a Elene...

Empecé a ponerme nerviosa. Mi corazón latía tan fuerte que podía oírlo por todo mi cuerpo con un sonido amplificado. Los nombres... Cada vez que los oía, cada vez que pensaba que se acordaba de los nombres de todas menos del mío, la sangre bullía dentro de mis venas. Me sentía como una olla a presión a punto de explotar. Mi respiración se volvió superficial.

—¡¡Sí!! —grité—. Tengo celos —reconocí abiertamente, sin importarme lo que pudiera pasar—. Me revienta que te acuerdes del nombre de todas menos del mío. Te sabes el de tu secretaria, te sabes el de la tía esa que se te acercó anoche —enumeré, tuteándolo—. Te acuerdas de todos. ¡De todos! ¡Menos del mío! —le vomité con rabia.

Logan dio un paso hacia adelante, me cogió de la mano y tiró de mí para acercarme a él sin que la expresión de su cara cambiara. Nuestros cuerpos se juntaron. Se inclinó sobre mí y empezó a hablarme al oído muy despacio, con esa voz aterciopelada que me ponía la piel de gallina.

—Me sé tu nombre mejor que el de nadie, Elizabeth Anne Summers Cooper —afirmó rotundo.

Me quedé flipada cuando soltó aquella retahíla, incluido mi segundo nombre, un nombre que no utilizaba nunca y que no conocía casi nadie, pero él sí. Desde luego me cogió por sorpresa.

CAPÍTULO 67

LIZZIE

—Y se muchas más cosas de ti, Elizabeth... —musitó tranquilo en mi oído. Mi nombre en sus labios se escuchaba distinto: suave, sexy, como si cada sílaba fuera suya, como si le perteneciera, como si traspasara todas las dimensiones del tiempo—. Sé que te rascas el cuello con los dedos cuando te pones nerviosa y que carraspeas para ganar tiempo. Sé que cuando te ruborizas bajas la cabeza para que no te vea. Sé que tus preciosos ojos grises tienen unas motitas de color azul en el iris. Sé que eres tenaz, perfeccionista, orgullosa, a veces un poco insoportable y que muchas veces tienes que contar hasta diez para no tirarme a la cabeza lo que tengas a mano.

Sonreí débilmente.

No podía hablar, parecía haber perdido toda capacidad de reacción. Solo podía escucharlo, sin moverme, meciéndome con el sonido tibio y queda de su voz, sintiendo su aliento en mi oído, el olor de su colonia, el calor de su cuerpo... Sus palabras eran como una dulce nana, como una canción de cuna.

—Sé que tu piel se enciende con mis caricias, que tu cuerpo vibra cuando estoy cerca... Sí, sé muchas cosas de ti, Elizabeth Anne Summers Cooper.

—Pero lo que no sabes es que la gente me llama Lizzie —susurré.

Logan frunció un poco el ceño.

—Lizzie... —lo pronunció como si lo estuviera paladeando, como si estuviera degustando cada una de sus letras—, es muy bonito —musitó—. ¿Me perdonas por no saber eso? —dijo.

Afirmé varias veces con la cabeza. Él sonrió sin despegar los labios, con una sensualidad que me volvía loca.

Yo me encontraba en una especie de burbuja, de nube, con la misma sensación de atontamiento en la cabeza que te produce estar ebrio. Tal vez estuviera ebria de Logan Mont Blanc, tal vez tuviera los sentidos extasiados de él.

Incapaces de podernos contener por más tiempo, como si lo que estuviéramos sintiendo nos desbordara, nos besamos. Nuestras bocas se juntaron formando una sola. Labios y lengua se acompañaron provocando una explosión de deslumbrantes sensaciones.

Las caricias de su lengua en la mía, con movimientos que iban y venían, y sus manos en mi espalda, fueron despertando una terminación nerviosa tras otra.

Sentía mis labios arder bajo los suyos y a mi cuerpo despertarse, como si solo Logan tuviera ese poder. Era inexplicable la necesidad y el hambre que me creaba de él y que él mismo me saciaba. Toda mi feminidad se ponía en pie.

Gemí.

—No me acosté con Elene —susurró Logan.

—Ni yo con Joss —dije.

Ambos sonreímos con complicidad. Habíamos estado haciendo el imbécil.

—No somos más que un par de tontos —dijo.

—Dos tontos muy tontos —me reí en su boca.

Logan me cogió y me apretó contra él para volver a besarme. Llevé las manos a su cuello y le

acaricié la nuca con las uñas por debajo del pelo.

Pat Benatar con la balada *We Belong* llenaba el aire. El ambiente era de pronto mágico.

—Oh, joder... —gimió de gusto.

Sin dejar de besarnos me arrastró hasta el dormitorio, esquivando todos los muebles que nos encontrábamos para no darnos un golpe.

Me dejó caer en la cama y él se colocó encima. Ladeó la cabeza y manteniendo el peso con sus brazos, comenzó a besarme el cuello. Pasó los labios por la línea de la garganta, por el escote, por el nacimiento de los pechos...

¡Dios todopoderoso!

Toda yo se estremecía como un instrumento de música bien afinado.

Los pechos inflamados por el deseo empujaban el encaje negro del sujetador implorando ser liberados. Suspiré con suavidad cuando Logan empezó a desabotonarme la camisa. Nunca había deseado tanto el contacto de un hombre como en aquel momento deseaba (y necesitaba) el de Logan Mont Blanc.

Le ayudé a que se deshiciera de mi camisa y con pericia me quitó el sujetador. Mis tetas quedaron expuestas a él, para que las acariciara a placer.

Colocó las manos sobre ellas y de inmediato los pezones se irguieron, como por arte de magia, como si hubiera tocado un interruptor.

Eché la cabeza hacia atrás y gemí.

Bajó la cabeza y se metió el pezón en la boca. Sus dientes rozaban la punta haciéndome sentir escalofríos.

—¿Te gusta? —me preguntó.

—Mucho —suspiré.

Su mano recorrió el centro de mis pechos, mi estómago, mi vientre, hasta colarla por dejado del elástico de la falda. Creí que me moría cuando sus dedos se metieron en mi tanga y rozaron mi clitoris.

Cerré los ojos y gemí de nuevo. Instintivamente separé más las piernas para que tuviera mejor acceso.

Logan levantó la cabeza y volvió a besarme en la boca. El borde de sus dientes atrapó mi labio de abajo y lo mordisqueó suavemente mientras sus dedos jugueteaban con mi sexo. Me lancé a él como si me fuera la vida en ello y mi lengua se abrió paso en su boca, deleitándome con su sabor. El sabor de Logan Mont Blanc era tan especial... Quizá porque sabía a fruto prohibido.

La furia nos invadió (o más bien se apoderó de nosotros) y Logan respondió a mi beso uniéndole su lengua a la mía en un gesto frenético.

Jamás me había sentido tan deseada, tan femenina, tan mujer. Jamás me habían hecho sentir como me hacía sentir Logan. Ese era su poder, su efecto sobre mí. Lo que me atraía a él una y otra vez.

Aceleró el movimiento de sus dedos en mi entrepierna sin dejar de besarme y antes de que me diera cuenta me había quitado la falda y el tanga y era su boca la que estaba dándome placer.

—Quiero probar tu coño, probar tu sabor... —susurró en ese tono de voz que simplemente con escucharlo hacía que me corriera.

Noté la punta dura de su lengua en los pliegues húmedos y cómo escalofríos de placer recorrían mi cuerpo de arriba abajo.

—Logan, joder... —gemí.

Bajé las manos, las introduje entre su pelo negro y apreté su cabeza contra mí. Él continuó lamiendo, succionando, chupando... Saboreándome, en toda la amplitud de la palabra.

Dios, deseaba que pasara aquello y lo deseaba a él, hasta el punto de no importarme nada más.

Cada una de mis fibras nerviosas comenzó a contraerse, enviando una sucesión de olas de placer a lo largo de mi cuerpo y tensando mis músculos.

Seguidamente me dejé ir en la boca de Logan, que no paró de estimularme hasta que mi cuerpo no dejó de estremecerse.

—Santo Dios... —jadeé con la voz entrecortada.

Inhalé buscando aire para tratar de recuperar el resuello.

Logan se tumbó encima de mí. Lo miré. Sonreía. Le devolví la sonrisa.

Pero yo también quería jugar...

CAPÍTULO 68

LOGAN

Sin decir palabra, Lizzie me rodeó con las piernas y de un fuerte impulso, me hizo rodar sobre el colchón para colocarse a horcajadas sobre mí.

Su glorioso desnudo (porque era glorioso y bendito) es una imagen que no olvidaré en mi puta vida. Sé que se quedará en mis retinas cada uno de los días de mi existencia.

No sé si llegué a decirle que era preciosa, o estaba tan embobado que al final no lo hice.

—Tiene demasiada ropa encima, señor Mont Blanc —dijo en tono pícaro.

Hice un mohín con la boca.

—¿Usted cree, señorita Summers?

—Sí —asintió—. Te quiero desnudo.

Se me escapó una sonrisa.

Llevó las manos hasta el borde de mi sudadera y tiró de ella hacia arriba para quitármela. Me incorporé un poco, sacudí los hombros y de un solo movimiento nos deshicimos de ella y también de la camiseta. Toda barrera, aunque fuera tela, estorbaba entre nosotros.

Sus preciosos ojos grises como el mercurio brillaron lobunos cuando mi torso quedó al descubierto.

—Joder... —musitó impaciente, acariciando con suavidad los músculos.

Pasó las manos por el pecho, el estómago y las costillas, marcando el relieve con las uñas.

Wow.

A continuación, se inclinó y comenzó a besarme los pectorales. El vello se me puso de punta al lamerme un pezón. Como ocurría con los suyos, el mío se endureció al instante cuando lo tocó con la lengua.

Después de hacer lo mismo con el otro, depositó una retahíla de besos sobre el torso. Allí y acá.

—Qué gusto —dije.

Escuché a Lizzie sonreír, satisfecha.

Dios, cómo la deseaba.

Suspiré y me dejé llevar...

¡Al diablo con todo! Con las circunstancias, con la venganza, con el deber... En aquel momento no me importaba nada que no fuera ella y el impulso primario de satisfacer la necesidad que me quemaba la piel.

Lizzie se movió a lo largo de mi torso, dejando un camino de besos en el estómago, el vientre, las costillas, tal y como había hecho yo con ella.

Se incorporó y cogió el elástico del pantalón de deporte. Ahuequé las piernas para ayudarla a quitármelo. Arqueó una ceja en un gesto de interrogación.

—¿No te gusta llevar ropa interior? —me preguntó, al ver que no llevaba calzoncillos.

Solté una risotada.

—Cuando estoy en casa no —respondí.

—Vaya, vaya... de qué cosas se entera una —bromeó.

Lanzó el pantalón a un lado cuando terminó de sacármelo y se centró en la erección que tenía entre las piernas y que apuntaba hacia arriba como un cañón, dispuesta a entrar en guerra.

Mi cuerpo se sacudió con la anticipación.

Solté un gemido cuando su mano rodeó mi polla. La calidez que desprendía su piel se expandió por todo mi miembro. Comenzó a moverla de arriba abajo con una fricción suave y prolongada que hacía estremecerme.

Si solo masturbándome con la mano era capaz de hacerme explotar, imaginaos lo que sentí cuando tomó el relevo su boca.

La humedad envolvió tibiamente mi pene cuando se lo introdujo casi por completo. Apretó un poco con los labios para que el roce fuera más intenso y bombeó de dentro afuera rítmicamente. Santo Dios.

Mi excitación se extendió por el estómago, tensando mis músculos.

Verla hacerme una mamada fue muy, muy erótico. No era la primera vez, pero la viví como si lo fuera, como si nunca me hubiera chupado una mujer la polla.

Cuando noté en la punta unas gotas de líquido preseminal, supe que tenía que pararlo o me correría en su boca, y quería otra forma de acabar.

Ya, cariño... —susurré con la voz entrecortada.

Lizzie se sacó la erección de la boca y me miró con expresión traviesa en los ojos mientras se relamía con la lengua las comisuras de los labios.

Estiré la mano y le acaricié el clítoris. Mis dedos resbalaron por los pliegues.

—Estás empapada —comenté morbosamente.

Tenerla así, en ese estado de excitación, de entrega, me excitaba muchísimo. Mucho más de lo que podáis imaginar.

—Sí, así es como me pones —masculló.

Solo me faltó ponerme a aullar, mientras sacaba un preservativo de la caja que tenía guardada en el cajón de la mesilla y me lo colocaba.

Ya listo, cogí a Lizzie por las caderas y la guie hasta mi miembro enhiesto y duro como una piedra. Ella lo agarró con la mano y tanteó la entrada antes de hundírselo poco a poco hasta el fondo.

Cerré los ojos y gemí cuando noté las paredes humedecidas de su vagina presionando mi polla.

—Abre los ojos, quiero verte —me pidió.

Los abrí y le ofrecí una sonrisilla cómplice.

Lizzie empezó a moverse despacio sobre mí, arrastrando las caderas hacia adelante y hacia atrás, dejando que mi erección se colara totalmente en su interior.

Clavé las yemas de los dedos en sus muslos y la ayudé a moverse. Adelante y atrás. Adelante y atrás.

Transcurrido un rato cambió el movimiento. Se levantó y se dejó caer hasta que su clítoris entró en contacto con mi pelvis.

—Sí, así... Oh, sí, así... —mascullé.

Llevé mi mano hasta su entrepierna y deslicé el pulgar hacia abajo para acariciarla. Lizzie alzó un gemido al aire que me puso como una moto. Levanté la mano que tenía libre y le estrujé los pechos.

—Joder...

El golpeteo de nuestros cuerpos se mezcló con el sonido de los gemidos y de los jadeos que

salían de nuestros labios, creando una banda sonora erótica y estimulante.

Pasé la mano que tenía en el pecho por su nuca mientras con la otra le sujetaba la cadera, y la incliné hacia mí para controlar sus movimientos. Elevé mis caderas y que así las embestidas fueran más fuertes. Su melena morena y ondulada caía hacia un lado, agitándose de una forma muy sexy.

—¿Te gusta que te dé así? ¿Fuerte? —le pregunté, posando mi mirada en la suya.

Ella me observaba con esos preciosos ojos grises nublados por el deseo.

—Sí —jadeó Lizzie.

Durante un rato nos movimos al unísono, como si lleváramos follando siglos y nuestros cuerpos estuvieran perfectamente sincronizados.

—¡Logan...! ¡Ah...! —gritó, sacudiéndose sobre mí con los fuertes temblores del orgasmo.

Ver cómo se iba fue el último acicate para que yo alcanzara el clímax.

—Lizzie... Oh, sí, Lizzie... —jadeé cuando mi cuerpo empezó a temblar, deshaciéndose de placer debajo del suyo.

«JODER». Sí, en mayúsculas.

CAPÍTULO 69

LIZZIE

El orgasmo me dejó exhausta, como si hubiera corrido una larga maratón. Me saqué el miembro de Logan y dejé que mi cuerpo resbalara a su lado.

Nuestros pechos subían y bajaban uno al lado del otro, mirando al techo, buscando un resquicio de oxígeno que llevarnos a los pulmones.

Desde el salón nos llegaban las notas de *Total eclipse of the heart* de Bonnie Tyler. Me gustaba Bonnie Tyler y me gustaba esa canción. Me sentí identificada con la letra. «*No hay nada que pueda hacer, mi corazón está totalmente eclipsado...*». Así me sentía, totalmente eclipsada por Logan. «*Juntos podemos llevarlo hasta el final de la línea...*», «*Vivimos en un barril de pólvora, emitiendo chispas*».

Suspiré.

No sabía muy bien qué hacer ni qué decir. Nuestra situación no era normal. No, no lo era. Había algo detrás de ella, algo muy gordo que no la hacía normal ni fácil de gestionar, mal que nos pesara.

Logan se tumbó bocarriba, me rodeó con el brazo y tiró de mí para llevarme contra su cuerpo. Sin decir nada me acurruqué contra él, apoyando la cara en su pecho. Él se inclinó y me dio un cariñoso beso en la frente. Ninguno de los dos habló, ninguno de los dos medió palabra. Creo que no nos atrevíamos.

Hicimos nuestro el silencio y la prudencia. Puede que ninguno de los dos dijera nada por miedo a estropearlo todo. Por miedo a volver a la realidad a la que pertenecíamos.

Después de follar, el peso de la verdad pinchaba la burbuja en la que nos sumergíamos cuando dábamos rienda suelta a los cuerpos y a la pasión que nos desbordaba. Todo se venía abajo, todo se derrumbaba a nuestros pies, como un castillo de cartas. Y entonces el contexto en el que nos encontrábamos, en el que vivíamos, nos abrió los ojos de golpe, como si nos diera una fuerte colleja.

Con la mejilla apoyada contra su corazón me invadió una languidez profunda. La somnolencia nubló mi mente. Sin saber cómo, me quedé dormida con esos pensamientos rondando mi cabeza. Supongo que fue debido a la neblina post-orgásmica, que me atontó hasta abandonarme en los brazos de Morfeo.

Cuando desperté, ignoro cuánto tiempo después (todavía seguía siendo de noche), Logan tenía cogida mi muñeca y su pulgar acariciaba devotamente mis cicatrices. En otro momento hubiera dado un tirón para que dejara de tocarlas. Sin embargo me quedé quieta, observando la escena. El movimiento de su dedo sobre mi piel era hipnótico.

—¿Qué pasó? —me preguntó en tono dulce, continuando con sus caricias.

Tardé unos segundos en responder.

—Lo que parece y lo que probablemente te estás imaginando —dije al fin.

—¿Por qué? —Antes de dejarme contestar, dijo—: No te lo pregunto por curiosidad y tal vez no me corresponde preguntártelo, pero me gustaría entenderlo. Te las vi un día por casualidad

y... —dejó el final de la frase suspendida en el aire.

Me mordí el labio inferior. Me costaba un mundo hablar de mi intento de suicidio. Era un motivo de vergüenza. Algo de lo que me arrepentía y me arrepentiría lo que me quedara de vida y, porque no vamos a negarlo a estas alturas, pero el suicidio sigue siendo un tema tabú en nuestra sociedad.

—Solo si quieres... —agregó comprensivo.

Sí, quería contárselo, quería que supiera que había detrás de aquellas líneas rosas e irregulares que surcaban mi piel, pero no era fácil. Nada fácil.

—¿No lo leíste en la prensa amarillista? —le pregunté.

—No soy consumidor de cotilleos ni noticias del corazón —dijo.

—Mi prometido me dejó plantada en el altar —contesté—. Salió en todos los tabloides sensacionalistas del país.

Sus ojos se abrieron de par en par al tiempo que se llenaban de asombro.

—¿Lo estás diciendo en serio? —dijo con visible incredulidad en la voz.

—Parece uno de esos sucesos de película, ¿verdad?

—Sí..., bueno, no pensé que esas cosas ocurrieran en la vida real.

—Pues ocurren —dije—. Mi novio esperó al día de la boda para dejarme delante de los trepocientos mil invitados que estaban en la iglesia.

—Lo siento mucho —repuso.

—No tienes por qué sentirlo, tú no eras el novio —bromeé.

Logan sonrió.

—Nunca me he sentido tan humillada como ese día, como en el momento en que me di cuenta de que no iba a presentarse —continué—. Todo mi mundo, que era el suyo, se me vino encima. Todo se derrumbó... y yo caí. —Tomé aire para imbuirme fuerza—. Caí en un pozo oscuro y profundo del que no sabía cómo salir. Empecé a tener problemas de sueño, me quedaba llorando dormida en el sofá todas las noches, vestida, con los zapatos puestos. Ni siquiera me molestaba en desmaquillarme. No comía, no cenaba, solo lloraba... —Suspiré—. Cuando Steven me dejó perdí mi identidad, me perdí a mí misma, porque en cierto modo, formaba parte de él. Me mimeticé con su vida y con sus costumbres sin darme cuenta. Poco a poco su vida pasó a ser la mía. Me olvidé de quién era, no me encontraba de ninguna manera, aunque lo intenté de todas. No sabía cuál era mi lugar. Estaba totalmente perdida y rota en tantos pedazos que no podía contarlos. Todo empezó a hacérseme una bola en la cabeza. Una maraña de confusión y negrura. Y, bueno..., la única solución que encontré fue... irme.

—Lizzie, por Dios... —masculló Logan.

Lo miré. Sus ojos mostraban dolor. Algo que reconozco que me sorprendió porque no esperaba encontrar tanto sentimiento.

—Yo no quería morir, lo que quería era dejar de sufrir. Eso es lo único que quería —aseveré—. Acabar con ese sufrimiento que me envenenaba cada día y que me llevó a querer quitarme del medio.

De repente, sin esperármelo, Logan tiró de mí y me abrazó.

—Joder, siento tanto que hayas pasado por algo así. Lo siento tanto... —dijo, estrechándome contra él muy fuerte. Tanto que pensé que me rompería algún hueso.

—Pero ya pasó, Logan. Es algo que forma parte de mi pasado —le expliqué, deshaciendo el abrazo—. Ya no queda en mí nada de aquella etapa. Absolutamente nada. Ya no hay ese sufrimiento, esa desazón, esa confusión, esa oscuridad... Estas cicatrices ahora solo son el

recuerdo de la estupidez que cometí, y de lo mal que se lo hice pasar a mi familia.

—¿Puedo preguntarte quién te salvó?

—Mi hermana. Judy fue mi ángel de la guarda. Ella fue... —Al nombrarla no pude evitar emocionarme. Los ojos se me llenaron de lágrimas—. Ella fue la que se encontró con la escena más dantesca que te puedas imaginar. Al ver que aquella mañana no iba a trabajar y que no respondía a las llamadas, fue a mi casa y..., y al entrar en el cuarto de baño se encontró a su hermana desangrándose en la bañera.

—Dios santo...

Me enjuagué las lágrimas que ya corrían por mis mejillas precipitadamente.

—Haberla obligado a pasar por eso, a verlo, a verme de aquella manera tan.... —no me salían las palabras—, es algo que no me voy a perdonar nunca. Nunca —dije.

—Pero tienes que perdonarte. Tienes que hacerlo... Estoy seguro de que tu hermana ya lo ha hecho, de que ya te ha perdonado y que se siente feliz de haber llegado a tiempo para salvarte la vida.

Apreté los labios conteniendo el llanto y asentí.

—Sí, ella solo quiere que esté bien. A día de hoy todavía sigue cuidándome y estando pendiente de mí, aunque yo soy mayor que ella. A día de hoy continúa siendo mi ángel de la guarda. Y yo la admiro, y la amo, la amo por encima de todas las cosas, y cada día lucho porque se sienta orgullosa de mí.

—Ya está orgullosa de ti. Veo cómo te mira y te aseguro que sus ojos están llenos de orgullo.

Aquel comentario me hizo sonreír.

Logan me acarició la mejilla y me secó las lágrimas con el dedo pulgar.

CAPÍTULO 70

LOGAN

Estaba en estado de shock. Desde que por casualidad le vi a Lizzie aquellas marcas en las muñecas, intuía lo que podía haber sucedido, lo que había detrás de ellas, pero oírla contarle de su propia boca de ese modo tan cruel, tan visceral; con el dolor que había en sus ojos, en la expresión de su cara mientras lo relataba, me había dejado tocado.

Y todo por un hijo de la gran puta sin un poco de sentido común para hacer las cosas. ¿Por qué había gente así en el mundo? A ese tío alguien le tendría que enseñar qué es ser un hombre.

Le cogí la muñeca, me la acerqué a la boca y le besé las cicatrices, posando con dulzura mis labios sobre el suave relieve.

—Logan..., no tienes que... —susurró Lizzie.

—Shhh... —la corté, depositando tibios besos en su piel.

Me dolía que hubiera tenido que pasar por una situación así, haberse sentido tan mal como para haber llegado a ese extremo, a ese punto de no encontrar una salida más que la de... irse, de terminar con su vida. Cuánto había tenido que sufrir. Dios, cuánto.

—¿Sabes cuánto te admiro en estos momentos? —le dije con los ojos fijos en los suyos.

—¿A mí? ¿Por qué? —preguntó extrañada.

—Por haberle plantado cara a la vida, por haberle echado dos cojones; dos ovarios en tu caso —sonreí—, por seguir luchando... Porque de eso se trata esto de vivir... —aseveré—. De luchar, de superar los obstáculos y las adversidades, de echarse el mundo a los hombros y tirar hacia adelante. Como sea. Siempre. Recuperarse de la caída y seguir proyectando nuestro futuro. Va de que, si la vida te hace caer siete veces, tú tienes que levantarte ocho.

—Se trata de resiliencia —apuntó Lizzie.

—Sí, exactamente de eso.

—No conocía lo que significaba esa palabra hasta que me lo enseñó mi psicóloga. Ahora gracias a ella y a la resiliencia, yo estoy aquí —bromeó.

—La vida es un constante desafío y como tal hay que tomársela.

—Sí, y lo importante es la actitud. El *cómo* te tomes las cosas. La forma en este caso es muy importante.

—A veces, lo más conveniente es no tomarse la vida demasiado en serio —dije.

Las comisuras de Lizzie se elevaron en una sonrisa.

—Eso es lo que me dice Judy. Sobre todo cuando me pongo melodramática —rio.

Reí con ella.

—Un poco melodramática sí que eres —apunté.

Frunció el ceño de ese modo que solo lo fruncía ella. Lizzie tenía gestos que eran únicos suyos.

—Mira quién fue a hablar... —se quejó.

Me dio un golpe en el hombro con la mano. Solté una risotada.

—¿Te confieso una cosa?

—Sí.

—Me encanta pelearme contigo —dije.

—¿Ah sí? —Estrechó los ojos hasta formar una línea con ellos.

Moví la cabeza.

—Sí. Me encantan tus histriónicos enfados —contesté. Me acerqué unos centímetros a ella—. Me ponen. No sabes cómo me ponen... —susurré muy bajito.

—Eres un perverso.

Volví a mi posición.

—Sí, lo soy. Siempre que te veo me dan ganas de empotrarte contra la primera pared que vea y follarte hasta que grites de placer mi nombre.

—Por Dios... —susurró Lizzie con un ligero rubor en las mejillas.

Le di un beso en los labios.

Pero lo que empezó como un beso sin más, un beso suave y tibio, casto, se convirtió en unos segundos en una maraña de labios y lenguas con un coro de jadeos y suspiros por detrás.

Cuando probaba la boca de Lizzie mi cerebro se convertía en un manojo de deseos y pensamientos incoherentes. Todo se enfocaba en ella y en el reclamo que hacía mi polla.

De un solo movimiento me coloqué encima de su cuerpo. Ninguno de los dos necesitaba mucho para encenderse. Sus pechos, erguidos y con los rosados pezones endurecidos por el beso, parecían suplicarme que los tocara.

Mientras acariciaba y estrujaba uno con la mano, tomé el otro en mi boca y lo succioné tanto como pude.

—Oh, joder... —se quejó Lizzie con placer, arqueando la espalda.

Lamí alrededor del pezón con la lengua para endurecerlo todavía más. Lizzie deslizó los dedos entre los mechones de mi pelo y me apretó contra ella. Me volvía loco que hiciera eso.

Estuve un buen rato con sus pechos, mordisqueándolos, chupándolos, succionándolos, deleitándome con ellos hasta que la polla empezó a dolerme.

Cuando me retiré, Lizzie tenía la cabeza echada hacia atrás en la almohada y gemía de placer. Abrió los ojos y me miró mientras se humedecía los labios con la punta de la lengua. No sé si era una provocación, pero me lancé a su boca como si dentro hubiera un tesoro.

Nos besamos otra vez hasta acabar aturridos.

—Necesito follarte ya, o me va a reventar la polla —mascullé con voz agónica.

Lizzie no pudo evitar esbozar una sonrisilla traviesa.

Me senté sobre mis muslos, alargué la mano y rápidamente me hice con un preservativo de los que tenía en el cajón de la mesilla. Rasgué el envoltorio y lo saqué. Iba a ponérmelo cuando Lizzie dijo:

—Déjame a mí.

—Te dejaría hasta que me operaras a corazón abierto —dije.

Lizzie rio al tiempo que colocaba el condón en la punta de mi miembro y comenzaba a desenrollarlo hasta la base. Solo el roce de sus dedos me hizo estremecer.

Sin perder más tiempo, me situé entre sus piernas, tiré de sus caderas y la embestí con fuerza.

—Dios, tu coño está tan apretado... —gemí cuando enterré totalmente mi erección en ella.

Lizzie jadeó. Enroscó sus largas piernas alrededor de mi cintura y me apretó contra su cuerpo.

—Me encanta tenerte metido hasta el fondo —susurró.

Salí y sin detenerme empujé de nuevo mi polla dentro de ella. Apreté los dientes al notar la presión que los músculos de su vagina hacían sobre mi erección. ¡Cristo bendito!

—¿Te gusta que te dé fuerte?

—Sí.

—¿Quieres que te dé más fuerte?

—Sí, Logan, sí... —gimió.

Lancé un gruñido mientras la penetraba con una embestida seca, que hizo que nuestras pelvis chocaran. Sus pechos rebotaron arriba y abajo. La visión de sus tetas balanceándose era de otro mundo. Me mordí el labio inferior.

Le cogí las caderas y las sostuve para deslizarme hacia fuera y prepararme para otro envite. Rodé mis ojos hacia su rostro y sin apartarlos de los suyos empujé de nuevo con fuerza. Sus pechos volvieron a rebotar y yo pensé que me corría.

Me tomé unos segundos para respirar hondo y me incliné sobre ella.

Hice acopio de todo mi autocontrol para no terminar en ese punto, pero con las uñas de Lizzie clavadas en mi culo la cosa se ponía difícil. Tras un par de acometidas más, aceleré el ritmo.

—Eres una puta pasada —jadeé en sus labios.

—Tú tampoco estás mal —dijo.

Sonreí. Su larga melena morena estaba esparcida sobre la almohada, en una estampa que asemejaba la de una antigua deidad de tiempos remotos. Sus ojos grises desprendían luz propia.

Agaché la cabeza para besarla. Nuestras lenguas se enroscaron en un baile lujurioso y húmedo mientras las caderas de Lizzie salían al paso para encontrarme en cada impulso, y follarnos sin parar como si nuestra vida dependiera de ello, como si no hacerlo nos fuera a matar.

Seguí aumentando el ritmo y a darle más duro. Mis embestidas eran cada vez más fuertes, más profundas. El choque de nuestros cuerpos se volvió música celestial para mis oídos.

El sexo con Lizzie era... No sé..., no tengo palabras para describirlo, como una experiencia trascendental; algo que iba mucho más allá de los cuerpos y del sexo en sí. Algo que trascendía dimensiones y nos elevaba a un nivel que nada tenía que ver con lo terrenal ni con el plano físico.

Todo mi cuerpo se contrajo.

—Lizzie..., joder... —dije con voz ronca.

Apreté sus caderas contra mí y la penetré de nuevo con dureza, deslizando mi polla hasta el fondo. Ella se arqueó y gritó un gemido que probablemente hubieran oído los vecinos de no ser porque el piso estaba insonorizado.

Con un rugido gutural me corrí como no me había corrido nunca. Mi orgasmo llenó el preservativo por completo mientras mi cuerpo no paraba de estremecerse sobre el de Lizzie.

—Joder... Sí, joder... —musité, con voz ida. Puse los ojos en blanco—. Cómo me gusta correrme dentro de ti...

Noté que debajo de mí, los músculos de Lizzie se tensaban. Sus piernas, enrolladas en mi cintura, se aferraron a ella con fuerza, al tiempo que liberaba todo el placer que se había estado acumulando en sus terminaciones nerviosas.

Me quedé quieto dentro de ella. Sentí su coño palpar en mi miembro mientras se corría. ¡Madre de Dios! (me hubiera ido en ese momento si no fuera porque me acababa de correr).

Clavó las yemas en mis hombros hasta que los dedos se le pusieron blancos y gritó mi nombre.

—¡¡Logan...!! ¡¡Dios, Logan...!!

Durante un rato permanecí dentro de ella, hasta que poco a poco comenzamos a recuperar el aliento y el ritmo de las respiraciones se normalizó.

Me incliné y le di un beso en los labios, rodando despacio la lengua entre ellos, como si fuera

una acción a cámara lenta. Lizzie dejó escapar un suspiro tenue, mientras saboreaba cada centímetro de su boca.

Sabía tan bien.

Era tan perfecta.

Salí de ella con pereza y me dejé caer sobre su vientre, donde apoyé la cabeza.

CAPÍTULO 71

LOGAN

La luz de la luna neoyorkina entraba por los ventanales del balcón, derramando un resplandor plateado por toda la habitación, que apenas dejaba atisbar los vagos contornos de los muebles. Daba la sensación de que estábamos en medio del claro de un bosque.

—¿En qué piensas, Lizzie? —le pregunté.

—En que hemos vuelto a caer —contestó.

—Eso es inevitable —dije.

—Y también pienso en que me gusta cómo suena el diminutivo de mi nombre en tu voz —añadió a continuación—. Sobre todo cuando lo dices mientras te corres.

Sonreí.

—A mí también me gusta cómo suena mi nombre en tu voz mientras te corres —confesé, abrazado a su cintura y con la cara todavía sobre su vientre.

Sentí la vibración de su risilla.

Nos quedamos un ratito en silencio.

—Eres una mujer increíble —dije.

Lizzie no dijo nada, se limitó a acariciarme la cabeza, pasando suavemente los dedos entre los mechones. Era tan relajante...

—Y eso que al principio me dejé llevar por los prejuicios —añadí.

—¿Así que caíste en esa trampa? —repuso Lizzie.

—Como un completo idiota —afirmé—. Pensaba que eras una *esnob*, una «niña de papá» a la que le habían dado todo hecho, que no habías tenido que mover un dedo para estar en el puesto de directora adjunta que ocupas en *Mont Blanc Enterprise*. Pensé que eras igual que mis hermanos. Ellos no han tenido que esforzarse nada para estar donde están.

—Yo no soy como ellos —repuso.

—Lo sé... Sé que no eres como ellos.

—Mi padre no quería que trabajara en la empresa y me puso todas las trabas posibles.

Abrí los ojos, sorprendido, y me incorporé para poder mirarla.

—¿Lo estás diciendo en serio? —le pregunté.

Lizzie asintió con la cabeza.

—No creía que estuviera cualificada para desempeñar el puesto —contestó—. Ni yo ni ninguna otra mujer. Mi padre piensa que no se nos dan tan bien las finanzas como otras cosas...

—Pero eso es...

—Machismo. —Lizzie terminó la frase por mí—. Sí, lo es. Todavía hay muchos hombres machistas por el mundo, y me duele admitir que mi padre es uno de ellos. —Cogió aire—. Me gradué magna cum laude en la carrera y lo primero que me dijo es que no pensara que iba a trabajar en la empresa por ser su hija.

—Joder... —mascullé.

—¿Sabes cómo entré en *Mont Blanc Enterprise*? —Se sentó en la cama, con la cabeza en el cabecero, y se subió la sábana hasta los pechos para tapárselos con ella.

Me apoyé en un codo y me dispuse a escucharla.

—No, pero seguro que me va a sorprender —dije.

—La empresa estaba inscrita en el programa de prácticas de la Universidad y los alumnos que mejores notas habíamos sacado podíamos elegir dónde hacer las prácticas. Yo fui la primera de mi promoción y pude elegir en primer lugar, y elegí *Mont Blanc Enterprise*.

—¡Hostia puta! —exclamé—. Eres un poco masoquista, ¿no crees?

Se echó a reír.

—Sí, un poco. Pero lo que quería era demostrarle a mi padre que se equivocaba, que estaba tan cualificada para trabajar en la empresa como cualquier otra persona, como cualquier hombre que se hubiera preparado para ello.

—Aparte de inteligente y puñeteramente preciosa, los tienes bien puestos, Elizabeth Anne Summers Cooper.

—Soy una temeraria —bromeó.

—¿Y qué dijeron los Mont Blanc al respecto?

—Ellos tampoco estaban de acuerdo en que trabajara en la empresa.

Bufé.

—¿Por qué no me sorprende en absoluto? —dije con mordacidad—. Tienes más cerebro que Rod, Henry y Joe juntos. Pero es que ninguno de los tres es capaz de ver a alguien válido, a alguien que merezca la pena. No son más que unos ineptos.

—Fue una época muy dura para mí, muy difícil. Tenía que demostrar una y otra vez, un día tras otro, que estaba perfectamente capacitada para trabajar en *Mont Blanc Enterprise* y que podía desarrollar sin problema un alto cargo. Al final, tras luchar mucho, accedí al puesto de directora adjunta.

—Era un puesto injusto para ti, Lizzie. Vales más que todos los Mont Blanc juntos. Tenías que haber estado en el Consejo de Administración y haber formado parte de la Junta Directiva —dije—. Perdona que te diga esto, pero tu padre estuvo ciego al no apoyarte para darte el puesto que te merecías. Sobre todo, cuando dejó la empresa. Tú tenías que haber tomado su lugar como socio minoritario que era.

Aquello me sentó a cuerno quemado. Era indignante. Las personas valen o no valen para hacer algo o para desempeñar un puesto de trabajo en función de sus capacidades, aptitudes, inteligencia..., no en base al género, no en base a si se es hombre o mujer. ¿En ese nivel estaban todavía algunos? ¿Qué clase de valores y de principios había enseñado Jeff Mont Blanc a sus retoños? Era repugnante.

—Puede que tengas razón, Logan, pero, aunque hubiera optado a un puesto más alto, me hubieran seguido tratando igual. Ellos nunca me han tenido en cuenta en la toma de decisiones importantes.

—No te sientas mal por eso. Mira donde les han llevados sus decisiones —me mofé—. Si te hubieran tenido más en cuenta, probablemente yo no estaría aquí.

—¿Lo crees de verdad? —me preguntó Lizzie.

—En este tiempo te he visto trabajar y he visto la capacidad que tienes para las finanzas, y estoy seguro de que, con tus decisiones en lugar de las suyas, *Mont Blanc Enterprise* no estaría donde está en estos momentos —respondí con total sinceridad. Realmente lo creía—. Conozco muy bien a los hijos de Jeff Mont Blanc —continué—. He seguido sus pasos a lo largo de estos años. Sé que son unos inútiles, unos vagos, unos negados para los negocios y sé que son ellos los que han llevado a la compañía a la quiebra por su mala cabeza. —Miré fijamente a Lizzie a los

ojos. Quería que viera en los míos la verdad—. No dudes jamás de tus capacidades, Lizzie. Eres una de las personas más válidas para el mundo de las finanzas. Tu único problema es que, a pesar de todo, has estado en el lugar equivocado. Aquí te han limitado, te han cortado las alas...

—¿Crees que cometí un error entrando a trabajar en *Mont Blanc Enterprise*? —me preguntó con voz apesadumbrada.

Estiré la mano y le acaricié cariñosamente la mejilla.

—No, cariño. Tú no has cometido ningún error, el error lo han cometido ellos al no reconocer tu valía, y también el error es de tu padre por no apoyarte lo suficiente —contesté.

Lizzie bajó la cabeza y se miró las palmas de las manos.

—Me he dejado la piel en esa empresa —comenzó—. Desde que pasó lo de la boda y todo lo que vino después, me enfoqué en mi trabajo. Solo en mi trabajo en *Mont Blanc Enterprise*. Necesitaba que mi vida girara en torno a algo estable, o que creía estable, como mi carrera profesional, y no a algo tan voluble y caprichoso como el amor. No quería dejar mi felicidad en manos de nadie ni de un sentimiento tan inconsistente como a veces puede serlo el amor.

Me sentí como una puta mierda, porque yo era la persona que iba a destruir todo por lo que había luchado Lizzie. Ese era mi objetivo en *Mont Blanc Enterprise*; acabar con todo, que nadie se acordara de los Mont Blanc considerados legítimos. Ese era el motor que había conducido prácticamente toda mi vida, por lo que me había convertido en quien era. Poder llevar a cabo algún día mi venganza era el motivo con el que me había alimentado para seguir adelante después de la muerte de mi madre. Solo ese.

La vida de Lizzie no era como me la había imaginado. Al principio, como le dije, me había dejado arrastrar por los prejuicios. Pensaba que era una «niña de papá», consentida y caprichosa a la que su padre había puesto a dedo en la empresa de la que era socio minoritario, al igual que Jeff Mont Blanc había hecho con mis medio hermanos, aunque ninguno valiera una mierda para los negocios.

Pero en realidad era una persona luchadora, incansable, con un hecho trágico en su pasado que la marcaría para siempre, que se había ganado a pulso todo lo que tenía y a quien nadie le había puesto las cosas fáciles. Había llegado donde había llegado por méritos propios, independientemente de ser una Summers. Y yo me sentía como si estuviera allí para rematar una fea jugada del destino, como el verdugo que daba la estocada final.

—Siento ser yo quien... —no acabé la frase. Era duro hacerlo.

Lizzie movió la cabeza, negando para sí. Apoyé los dedos debajo de su barbilla y le levanté el rostro para obligarla a mirarme. El corazón se me encogió cuando vi que tenía los ojos anegados en lágrimas.

Aquella era nuestra verdadera realidad. Una mujer y un hombre enfrentados por una venganza.

—Lizzie, no puedo parar ahora —hablé—. Lo único de lo que me he alimentado desde que tengo uso de razón es de la venganza.

—Hay otras cosas aparte de la venganza —dijo.

—No para mí —aseveré.

Me miró con los ojos llenos de interrogantes.

CAPÍTULO 72

LIZZIE

Fue tan tajante cuando dijo que para él no había otra cosa aparte de la venganza, que me pregunté qué coño hacía yo allí. ¿Qué mierda pintaba yo allí? Me sentí tan gilipollas como el día que follamos en el despacho. Yo enamorada de él como una imbécil y él pasándose la bomba conmigo, quitándose la picazón a mi costa.

—Será mejor que me vaya —dije, apartando la sábana con mala leche.

—Lizzie, por favor...

Logan me retuvo por el brazo cuando ya tenía un pie en el suelo. Giré la cabeza hacia él.

—¡Lizzie nada! ¡Ni por favor ni nada! —exclamé, sentada en la cama—. Esto ha vuelto a ser un puto error, Logan. ¡Un puto error!

Me levanté, zafándome de su mano, y di un fuerte tirón de la sábana para envolverme el cuerpo con ella mientras buscaba mi ropa.

Dios, mis polvos con él eran un constante *déjà vu*: follábamos como animales en celo, nos peleábamos, y yo acababa recogiendo la ropa esparcida por el suelo con unas ganas locas de largarme.

—No puedes pedirme que abandone, no puedes pedirme que lo deje —le oí decir mientras recogía el tanga y el sujetador.

—No te lo he pedido —contesté.

—No lo has hecho, pero mira cómo te pones.

Me volví hacia él con una mano llena de ropa, la otra sujetándome la sábana a la altura del pecho para que no se cayera, y los ojos echando chispas. Estaba que bramaba.

—¿Y cómo quieres que reaccione, joder? ¿Es que no te das cuenta? —Comencé a ponerme el tanga—. Caemos y caemos, sin ser conscientes de que no puede haber nada entre nosotros, ni siquiera un maldito polvo. Lo que nos separa es insalvable, Logan. —Desanudé la sábana y la dejé caer al suelo para ponerme el sujetador—. Tú estás empeñado en llevar a cabo tu venganza y eso implica llevarte el patrimonio de mi familia y todo mi trabajo por delante.

—No puedo hacer otra cosa. No ahora que estoy tan cerca —afirmó Logan—. Es algo que me debo a mí mismo y que le debo a... —se calló de pronto. Cerró los ojos unos instantes e hizo un gesto de dolor.

¿Por qué se callaba súbitamente? ¿A qué era debido ese gesto? ¿Qué más había detrás de su venganza? Esperé a que continuara hablando.

—Es igual, es algo que tengo que hacer —concluyó sin dar más explicaciones.

Su rostro había adoptado una expresión seria e impertérrita, como si se hubiera colocado una máscara para impedir que pudiera acceder a sus pensamientos, para no dejar que sus emociones llegaran a sus ojos.

Me cagué en su puta venganza unas mil veces. Por ella nos habíamos conocido, porque lo había llevado hasta *Mont Blanc Enterprise*, pero ella (su sed de ella) era la que nos separaba, la que abría entre nosotros un abismo insalvable... para ambos.

Suspiré, en cierto modo resignada. Había poco que hacer. Todo estaba perdido.

—Entonces quédate con tu venganza —dije, al tiempo que me ponía la falda y la camisa, tan rápido que parecía que la tela me quemaba las manos.

—Lizzie, no puedes ser tan egoísta.

¿Había oído bien?

Di un tirón de los puños de la camisa para bajármelos y alcé los ojos hacia él como si me hubieran dado un calambrazo.

—¿Egoísta? Logan, cuando vendas la compañía, nos vamos a quedar sin nada. ¿Lo oyes bien? Sin nada —dije—. Al contrario que los Mont Blanc, mis padres no cuentan con inversiones o rentas que les reporten otros beneficios. Mi padre invirtió toda su fortuna en comprar las acciones de *Mont Blanc Enterprise*, y los dividendos de esas acciones ha ido reinvirtiéndolos en la empresa para tratar de salvarle el culo a esos *hermanísimos* tuyos, que a veces dudo de que tengan dos dedos de frente —dije cabreada—. ¿Y dices que no puedo ser tan egoísta? ¡Joder, esto es el colmo!

Salí de la habitación en dirección al salón para buscar mi bolso.

No lo recuerdo muy bien, pero creo que sonaba *Forever Young* de Alphaville.

—Lizzie, has malinterpretado mis palabras... —dijo Logan, que venía detrás de mí.

No sé cómo, pero se había puesto el pantalón de deporte. Lo agradecí, porque no era plan de discutir con sus genitales colgando, cual badajo de campana de iglesia a punto de replicar.

—No he malinterpretado nada —dije.

Miré a un lado y a otro. Localicé el bolso en el respaldo de una de las sillas y me fui a por él.

—Por favor, Lizzie, relájate y hablemos.

—No quiero relajarme, Logan. No quiero hablar. Esto siempre acaba igual. No vamos a ponernos de acuerdo nunca —repuse—. Cuando termino de follar contigo me siento como una gilipollas.

—¿Qué?! —dijo ceñudo.

—Sí, me siento como una gilipollas —repetí. No quería llorar, pero noté como se me formaba un nudo en la garganta.

—Pero ¿por qué te sientes así? —me preguntó, descolocado.

Ni loca iba a decirle que estaba enamorada de él como una imbécil. Eso solo me hundiría más en el fango. Me enterraría hasta el cuello en unas arenas movedizas de las que no podría salir. Era una trampa en la que no debía caer.

—Porque solo nos acordamos de la realidad en la que vivimos después de follar —contesté, masticándome las lágrimas. No quería llorar. No, no quería—. Es en ese momento en el que todo se nos cae en la cabeza. Solo en ese momento nos damos cuenta de que esto es una mierda, ¡y estoy harta!

—Lizzie...

No quería escuchar nada de lo que quisiera decirme. Si lo hacía era muy posible que volviera a caer en sus brazos; pensar que podíamos salvar el escollo que nos separaba, que nos ponía a uno y a otro al lado opuesto de la cuerda. Y yo no era un lujo que no podía darme. Ya había tropezado dos veces con la misma piedra, y lo peor, como dicen, no es tropezar, es que me gustaba la piedra, joder.

—Creemos que nos podemos permitir este error y no es así —dije.

—Esto no es un error. Lo que pasa entre nosotros no es un error —apuntó Logan.

—¿Ah no?

—No.

—Entonces, ¿qué es? Dime... —me mofé, cruzándome de brazos.

Logan se pasó la mano por el pelo.

—Joder... —maldijo.

Esperé unos segundos a que siguiera hablando, pero no continuó. Otra vez guardaba silencio. Otra vez se escudaba detrás de él.

Negué para mí.

—¿Esa es toda la respuesta que vas a darme? ¡Perfecto! —exclamé sarcástica.

Me colgué el bolso en el hombro con mala leche y salí disparada hacia la puerta, sin querer saber nada más.

No sé si fue producto de mi mente o del cabreo que tenía encima, pero me pareció escuchar algo hacerse añicos contra la pared cuando cerré de un portazo a mi espalda.

Sacudí la cabeza pensando que eran ideas mías y me centré en marcharme de allí a toda prisa. Ni siquiera me despedí del portero cuando a las cinco y pico de la madrugada salí del edificio. Pero es que no lo vi, a pesar de que me abrió amablemente la puerta.

Solo me permití llorar cuando me senté en el coche. Solo en ese momento fue cuando me permití derrumbarme. Cuando todo cayó sobre mí. Enrabiada, pegué un par de golpes con las palmas de las manos en el volante, apretando los dientes, y di rienda suelta a todas las lágrimas que había estado conteniendo mientras discutía con Logan.

Necesitaba deshacer el nudo que tenía en la garganta y que me estaba estrangulando, y os juro que lloré hasta que se me secaron los ojos.

CAPÍTULO 73

LOGAN

Estaba jodido.

Jodidísimo.

Cuando Lizzie salió del piso con un portazo, llevado por la rabia y por un arrebató de profunda frustración, cogí lo primero que tenía a mano y lo arrojé contra la pared. Al suelo fue a parar hecho pedazos un jarrón de cristal de Saint Laurent de más de dos mil dólares.

Me froté la cara con las manos mientras maldecía una y otra vez, y me dejé caer en el sofá.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué cojones estaba pasando?, me pregunté un par de veces. ¿Cómo había llegado a esa situación? Es que no me lo explicaba.

Tenía tantas cosas dentro, tantas emociones dándome vueltas que me veía incapaz de ponerles orden. Se me había escapado el control por completo. ¿Dónde estaba el Logan con las ideas claras? ¿El Logan duro que había llegado a *Mont Blanc Enterprise* con el objetivo de acabar con la empresa? ¿Dispuesto a lo que fuera para que Jeff Mont Blanc y sus *retoños* pagaran por lo que me habían hecho a mí y a mi madre?

Ahora todo era confusión y dudas, y Lizzie..., y lo que sentía por ella. Porque ya era inútil negar que sentía algo por ella, y algo fuerte. Aunque no me había atrevido a decírselo, porque sacarlo a la luz complicaría más las cosas, y bastante complicadas estaban ya sin necesidad de aditivos.

A veces se me pasaba por la cabeza dejarlo todo, abandonar el cometido por el que había luchado toda mi vida. Pero no llevar a cabo mi venganza, no saciar finalmente la sed que tenía de ella, hacía crecer en mí un sentimiento de traición hacia mí mismo que me costaba digerir. Pensaba en mi madre, en lo que Jeff Mont Blanc le hizo, en que la dejó morir por un puñado de dólares, y las ganas de castigarlo crecían dentro de mí como una bestia negra. Imparable.

Apoyé los codos sobre las rodillas y hundí la cara entre las manos. Se me estaba yendo la cabeza por completo. Iba a volverme loco.

Resoplé sonoramente.

Consulté el reloj. Eran casi las seis de la mañana. Evidentemente ya no iba a dormir, así que me levanté y me fui al cuarto de baño para darme una ducha. Iría antes al despacho y adelantaría trabajo. Al menos así estaría distraído... o lo intentaría.

Al entrar de nuevo en la habitación los vestigios de la colonia de Lizzie me asaltaron como una bofetada. Joder, toda la estancia olía a ella.

Reconocería su olor entre cien, entre mil, entre un millón... Pero no solo su olor. Reconocería su risa, el tacto suave de su piel, el sonido cadencioso de sus pasos al caminar... Lo reconocería todo de ella.

Cuando tenía a Lizzie cerca no pensaba en nada. No existía nada. Solo ella. Estaba en lo cierto cuando afirmaba que solo nos acordábamos de la realidad en la que vivíamos después de haber follado. Antes solo estaba el deseo, la pasión y las ganas de saciar el hambre de los cuerpos. Solo queríamos tenernos el uno al otro. Y nos teníamos.

Al llegar a *Mont Blanc Enterprise* me encontré a Simon en el ascensor. Aquella mañana no tenía ganas de conducir, así que le pedí a John que viniera a recogerme a casa.

—Señor Mont Blanc, tengo que hablar con usted —dijo mi abogado.

Conocía a Simon de muchos años y por el rictus que había en su cara supe que no me tenía buenas noticias.

—¿Qué pasa? —le pregunté en tono discreto.

—Mejor se lo comento en el despacho —respondió.

En el ascensor coincidimos con un grupo de ejecutivos de la empresa, por lo que concluí que lo que tenía que decirme era precisamente algo sobre *Mont Blanc Enterprise*.

—Está bien —asentí.

Al llegar a mi despacho cerré la puerta y le hice tomar asiento. Su rostro no había variado un ápice desde que nos habíamos encontrado.

—¿Qué pasa, Simon? —le pregunté, ya solos.

—Tengo que hablarle de Hank Summers —dijo.

Al oír el nombre del padre de Lizzie un temor se apoderó de mí. No me gustaba nada.

—Dime...

—Hank Summers está tan implicado como los Mont Blanc en los delitos que hemos descubierto. Su firma aparece en la mayoría de los documentos a los que hemos tenido acceso.

Mientras Simon hablaba mis miedos se cristalizaban y el mundo se me venía encima. Las cosas se estaban complicando de mala manera.

Me recosté en el sillón y lancé al aire un resoplido, pasándome las manos por la cabeza.

—Lo... siento —comentó Simón.

Mi abogado ya estaba al tanto de los sentimientos que tenía por Lizzie, y sí, era para sentirlo, la verdad, y hasta para acompañarme en el sentimiento, porque me ponía en una tesitura peliaguda. Mi posición en la situación pasaba de ser delicada, a ser muy, muy delicada, más todavía que en la que me encontraba.

—Todas las pruebas que lo incriminan están aquí —dijo Simon, apuntando con el dedo una carpeta que había dejado en la mesa cuando se había sentado.

Alargué el brazo y la tomé.

El estómago se me empezó a revolver cuando al ir pasando las hojas, se hacía patente la implicación que el padre de Lizzie tenía en todos los delitos en los que también estaban los Mont Blanc: cohecho, fraude, tráfico de influencias, blanqueo de dinero...

Asqueado, cerré la carpeta con mala hostia y di una fuerte palmada sobre la mesa, que hizo retumbar lo que había encima.

—¡Joder! —exclamé.

Estaba cabreado con todo: con el mundo, con la vida, con la situación, con el modo en que se complicaban las cosas cada vez más; cabreado con Lizzie por tener una personalidad tan especial y tan genuina y unas putas piernas tan infinitamente largas que no me había dejado otra opción más que enamorarme de ella como un idiota, cabreado conmigo mismo precisamente por eso, por no haber podido evitar caer rendido a sus pies cuando lo que tenía que haber hecho es haberla mantenido a distancia.

Alcé la vista y la fijé en Simon, que me miraba con cara de circunstancias.

—¿Se podría hacer algo para que Hank Summers saliera menos perjudicado que los Mont Blanc de todo esto? —le pregunté. Hank Summers no me importaba, pero Lizzie sí, y tenía que buscar la manera de minimizar el daño que podría causarle a ella saber que su padre iría a parar a

la cárcel.

Simon negó reiteradamente con la cabeza.

—Si denuncia a los Mont Blanc, la implicación de Hank Summers quedará al descubierto en cuanto las autoridades correspondientes comiencen con la investigación —dijo—. Como ha podido ver en la documentación, su firma está en todas las transacciones importantes.

Chasquéé la lengua contra el paladar.

—No puedo hacerle eso a Lizzie —dije, poniendo voz a mis pensamientos.

No, no podía.

Ser el culpable de meter a su padre en la cárcel era una losa en los hombros con la que no sabía si podría cargar, aunque fuera culpable de los delitos de los que se le acusara, y lo justo fuera que pagara por ellos, como cualquier ciudadano que se salta las leyes.

CAPÍTULO 74

LIZZIE

—Lizzie, cariño, ¿estás bien? —me preguntó Mery cuando me vio llegar.

Debía tener una cara de muerta recién desenterrada de la leche, con lo movidita que había estado la noche... en todos los sentidos.

—Sí —mentí—. Es solo que he dormido a ratos y ya sabes que a mí la falta de sueño me mata. O duermo mis ocho horas seguiditas o se me pone cara y cuerpo de zombi.

—¿Quieres que baje a la cafetería a por un café cargadito? —se ofreció amable.

Agité la mano, negando.

—Gracias, pero no te preocupes. Me tomaré uno de la máquina.

—Como quieras. —La voz de Mery se fue apagando. Fruncí el ceño. ¿Qué le pasaba?

—Señorita Summers, ¿puede venir a mi despacho? —preguntó Logan a mi espalda.

A eso venía la extraña reacción de Mery.

¿Tan temprano venía Logan buscando guerra? Porque seguro que es lo que buscaba. Cuando no follábamos como conejos lo que hacíamos era estar a la gresca. Pero ¿qué os voy a contar a estas alturas que no hayáis visto?

Me giré hacia él, muy digna.

—Señor Mont Blanc, tengo cosas que hacer. Me pasaré después —dije.

—Es importante, señorita Summers.

—Señor Mont Blanc...

Estaba dispuesta a protestar, pero Logan no me dejó continuar. Mery nos miraba a uno y a otro alternativamente.

—Le repito, señorita Summers, que es importante.

El tono extremadamente serio que utilizó y la expresión grave que reflejaban sus ojos y que no había visto en muchas ocasiones, me llevó a pensar que realmente se trataba de algo importante. Vamos, que me acojonó tanto que accedí sin protestar, y ya me conocéis cómo soy.

—Está bien —dije.

—Acompáñeme —me pidió.

Dio la vuelta y echó a andar hacia su despacho. Lancé una última mirada a Mery, que parecía tan descolocada con el comportamiento de Logan como yo, y lo seguí en silencio mordiéndome el labio. Algo me decía que las cosas no iban bien.

Al pasar por delante de su secretaria, esta lo interceptó.

—Señor Mont Blanc, le ha llamado...

—Ahora no —la cortó él, tajante, sin ni siquiera pararse. Daba igual que la llamada fuera urgente o no, a Logan no parecía importarle.

—Se lo comentaré después... —farfulló su secretaria, cuando Logan abrió la puerta y me cedía el paso para entrar en su despacho en primer lugar.

Accedí mordisqueándome el labio y me quedé en medio de la estancia, de pie.

—¿Qué quieres, Logan? —dije, un tanto a la defensiva.

Me acaricié los brazos. Estaba inusualmente nerviosa.

—Escúchame, Lizzie, no quiero discutir contigo. No quiero que nos peleemos.

—Entonces, ¿qué quieres?

Señaló las sillas que había delante de su mesa.

—Siéntate, por favor —me pidió.

Me adelanté unos pasos, retiré una de las sillas y me senté. Delante de mí había una carpeta con las solapas negras.

—Abre esa carpeta.

Ya no me apetecía protestar ni andar llevándole la contraria. Solo quería que lo que tuviera que decirme me lo dijera ya.

Impaciente, tomé la carpeta entre mis manos y la abrí. Pasé uno por uno los documentos que había dentro de ella. El corazón empezó a latirme con fuerza. Aparté la vista del papeleo con angustia en los ojos y miré a Logan.

—¿Qué es esto, Logan? —le pregunté, aunque sabía perfectamente la respuesta.

Él se mantenía de pie al otro lado de la mesa, con expresión seria.

—Llevo meses investigando las cuentas de Jeff Mont Blanc y sus hijos, porque había cosas que no cuadraban —comenzó a hablar. Mi corazón estaba en vilo—. Los últimos años, para tratar de sacar a la empresa del estado de déficit en el que estaba, han incurrido en varios delitos: tráfico de influencias, cohecho, fraude, infracciones fiscales, blanqueo de dinero... —enumeró—. Tu padre está implicado, Lizzie. —Su voz era serena, condescendiente, incluso. No estaba disfrutando con ello, aunque mi padre fuera también su enemigo—. Su nombre y su firma aparecen en muchos de los documentos.

Un escalofrío me viajó por toda la espina dorsal. Sentí como un latigazo. La sangre se me heló en las venas. Nunca había sentido tanto miedo en toda mi vida como cuando saqué la conclusión de que mi padre podría ir a la cárcel.

—Eso... Eso no puede ser, Logan —balbuceé. Estaba tan impresionada que apenas podía articular palabra. Las manos me temblaban—. Mi padre no es perfecto y quizá no es el mejor padre del mundo, pero no es un hombre corrupto.

—Lizzie, está todo en las pruebas que te estoy mostrando —dijo él.

—¡Pero es que no puede ser! ¡Joder, no puede ser! Mi padre... No, mi padre no...

Lo único que hacía era balbucear palabras sin mucho tino. No sabía qué decir ni de qué manera defenderlo.

—¿Qué tienes pensado hacer? —le pregunté.

Si llevaba meses investigando a Jeff Mont Blanc y a Rod, Henry y Joe, estaba claro que no era para guardar esos papeles en el fondo de un cajón.

—Denunciar a los Mont Blanc —respondió.

Me metí el pelo detrás de las orejas. Estaba muy nerviosa y apenas era capaz de pensar con coherencia, pero tenía que hacer algo. ¡Maldita fuera, era mi padre!

Necesitaba tiempo. No sé exactamente para qué, pero necesitaba tiempo.

—Logan, dame unos días. Por favor —le supliqué—. Es mi padre...

Se me quedó mirando unos instantes.

—Claro, Lizzie —respondió. Respiré aliviada—. Pero ¿qué vas a hacer?

—No sé... —Me pasé las manos por la cabeza—. Hablaré con él... Tiene que haber una explicación... Tiene que...

Estaba atacada de los nervios. Ni siquiera me di cuenta de que Logan se había acercado, hasta que no lo vi acucillado delante de mí.

—Tranquila, Lizzie. Tranquila... —dijo con voz sosegada, imbuyéndome algo de calma. Una calma que realmente necesitaba.

Asentí con los ojos llenos de lágrimas. Me mordí el labio hasta hacerme daño para no romper a llorar como una niña pequeña. No sabía qué pensar... Sentía la cabeza embotada, como si el cerebro se hubiera hinchado y no cupiera entre los huesos del cráneo.

Logan me cogió las manos y las envolvió con las suyas. Su calor era agradable.

—Es que mi padre no puede ser un corrupto... No puede haber cometido todos esos delitos... —dije. Me negaba a que fuera un delincuente.

—Está bien. Si eso es lo que piensas, habla con él... Llévate la carpeta, enséñale las pruebas que contiene y que te dé una explicación... —dijo Logan.

Lo miré a sus preciosos ojos de color del oro viejo.

—Vale —musité.

CAPÍTULO 75

LIZZIE

Pasé el día fatal. Aunque lo raro hubiera sido que no lo hubiera pasado tan mal como lo pasé, dadas las circunstancias.

Las desgracias nunca vienen solas, como bien dicen. Y a la discusión de Logan y todo el lío de nuestra situación, que me tenía subiéndome por las paredes como Spiderman, ahora se unía todo el asunto de mi padre. Quería encerrarme sola en el despacho (o en cualquier otro sitio) a llorar. A llorar mucho. Joder, yo podía con todo, pero no con todo al mismo tiempo.

Lo que empeoraba el día es que no podía hablar con Judy. No podía ir a su despacho a desahogarme, a berrearle, o a cagarme en el mundo entero (y me hubiera faltado mierda). Se había ido dos días a un Congreso sobre Mercadotecnia y Publicidad que se celebraba en Connecticut. No quería hablar con ella del tema de mi padre por teléfono, porque me parecía muy serio, y tampoco quería amargarle la estancia en el Congreso. Se lo contaría cuando volviera a Nueva York. Yo también tenía que protegerla a ella, y sabía que sería muy capaz de dejarlo todo y regresar en cuanto se enterara.

Pero no poder hablar con mi hermana me cargaba el alma, como si los problemas tuvieran peso. Si se pudieran medir en kilogramos, los míos tendrían tonelada y media cada uno.

Dios, cómo la echaba de menos.

Esa carga fue haciéndose mayor a medida que pasaban las horas. No dejaba de dar vueltas al asunto de mi padre. Me estaba rayando.

Me pasé parte de todo el día sentada en el sillón de mi despacho, con la carpeta abierta, leyendo y releendo una y otra vez toda la documentación que había recabado Logan en su investigación, y quisiera verlo o no, quisiera creérmelo o no, la firma de mi padre estaba allí.

La idea de verlo en la cárcel era horrible. Mi padre... en la cárcel. ¿Y mi madre? ¿Qué pasaría con ella si mi padre acababa en la cárcel? Pensarlo era angustioso.

Y la situación empezó a poder conmigo. Cada vez más.

Llegó un momento al final de la tarde que me agobié. El peso que habían ido adquiriendo las emociones a lo largo del día me desbordó, como un vaso en el que echas más agua de su capacidad.

Sentí una intensa opresión en el pecho. Respiraba, pero tenía la sensación de que los pulmones no se expandían. Inhalé dos veces más, profundamente, sin embargo seguía ahí. La opresión no desaparecía. Tenía calor y sudaba. Tomé la carpeta y me abaniqué, pero no sirvió de nada.

La angustia se juntó con el agobio. La opresión creció.

Me levanté de la silla y me llevé la mano al cuello. El latido era frenético y la respiración se hizo irregular y errática. Me estaba dando un ataque de pánico.

Me volví hacia los ventanales y apoyé la frente en ellos. Agradecí el frío del cristal en la piel. Traté de racionalizar lo que me estaba pasando e intenté calmarme, aunque era difícil. Me ahogaba.

No era consciente de lo que había a mi alrededor, de lo que pasaba; solo de que me costaba

mucho respirar, de que necesitaba oxígeno y de que no me entraba en los pulmones. Por eso me sorprendí cuando oí la voz de Logan justo detrás de mí.

—Lizzie, estoy aquí... —susurró.

Cuando sus brazos me rodearon protectoramente por la espalda se me escapó un sollozo. No podía más. Me sentía sobrepasada por las circunstancias: Logan, mi padre, la empresa...

—Respira, mi niña... —dijo.

—No me entra el aire. Los pulmones... —gemí, sin poder acabar la frase.

—Sí que te entra aire. Haz una inhalación profunda por la nariz —me indicó con voz pausada.

Cerré la boca y respiré hondo por la nariz, tratando de llenar los pulmones. Durante unos instantes temí que mi equilibrio saltara por los aires. Me veía que iba cuesta abajo y sin frenos.

—Ahora expúlsalo por la boca, despacio, hasta que no quede nada.

Sin abrir los ojos solté todo el aire.

Logan me recogió el pelo y me lo colocó por detrás de la cabeza para que no me molestara en la cara. El suave tacto de sus dedos en mi cuello era electrizante. De milagro no me caí al suelo, porque las rodillas me temblaron.

No quería sentir lo que sentía cuando lo tenía cerca, o cuando me tocaba. Pero negarlo era de necios, porque el cuerpo reaccionaba ajeno a lo que quisiera o no, a si Logan era una persona conveniente o no.

—Dios... —jadeé todavía con la sensación de opresión en el pecho, echando la cabeza hacia atrás para apoyarme en su torso. Su bendito torso.

—Céntrate en mi respiración. En cómo mi pecho sube y baja.

Hice lo que me pidió y enfoqué toda mi atención en sus inhalaciones.

—¿Lo notas? ¿Notas cómo mi pecho sube y baja?

Asentí débilmente.

—Sí —musité.

—Muy bien. Lo estás haciendo muy bien, Lizzie.

Y aunque lo estaba haciendo muy bien me eché a llorar. Me rompí por dentro como si fuera una figurita de porcelana que se estrella contra el suelo haciéndose mil pedazos. Lloraba tanto que los hombros me temblaban por los fuertes sollozos.

—Lo siento —susurró Logan en tono apenado—. Lo siento mucho...

Hubiera sido muy fácil echarle la culpa de todo lo que me estaba pasando a él. Hubiera sido fácil pero injusto, y quizá una cobardía por mi parte. Logan estaba en todo su derecho de reclamar lo que era suyo y de hacer pagar a los Mont Blanc lo que le habían negado durante toda su vida. Podía ser una situación arbitraria para mí, eso también era cierto, porque yo no era uno de ellos ni tenía nada que ver, pero las cosas a veces son así. La misma vida, a veces, es así.

—¿Por qué tiene que ser todo tan complicado? —murmuré, y la pregunta iba más dirigida a lo nuestro. A la relación imposible que teníamos.

—Porque la vida es complicada.

Continué llorando sin consuelo. Lloré por tres reencarnaciones. A mí que la vida fuera complicada no me servía de alivio. Yo había comprobado en mi propia piel que la vida puede ser muy cabrona, pero lo que quería es que, por una vez, la vida fuera amable conmigo, que pudiera estar con Logan sin los problemas y las circunstancias que teníamos alrededor y que lo impedían, y quería que mi padre no hubiera cometido todos esos delitos de los que hablaban las pruebas que había en aquella infernal carpeta.

—No llores, Lizzie... Por favor... Se me parte el corazón cuando te veo llorar...

Sollocé de nuevo. Logan me apretó con más fuerza contra él.

—Todo va a ir bien.

—¿Y si no va bien? —dije.

—No pienses en eso ahora, Lizzie. En este momento lo único que importa es que recuperes la serenidad. Has sufrido un ataque de pánico —respondió.

Suspiré.

Logan apartó el pelo a un lado y depositó un beso en mi nuca. De inmediato mi cuerpo respondió con un escalofrío. Siguió bajando por la columna vertebral.

Me hubiera rendido a él, como pasaba siempre. La parte animal podía con la racional. Pero en aquella ocasión, no podía dejar que fuera a más. Por él y por mí.

—No podemos seguir con esto —dije. Intenté sonar firme.

Logan irguió la cabeza.

—Perdóname. No volveré a hacerlo. Es solo que... —se disculpó. Me enjuagué las lágrimas y me volví hacia él—... me cuesta mucho tenerte cerca y no tocarte. Necesito tanto acariciar tu piel... —Lanzó al aire un suspiro—. Pero lo que menos quiero es complicarte la vida. De verdad —añadió.

—Nos separan muchas cosas, Logan.

—Sí, lo sé. —Se me quedó mirando durante unos instantes—. Joder, necesito olerte una vez más... Una última vez...

No pude reaccionar. Me abrazó, hundió el rostro en el hueco de mi cuello y aspiró mi olor.

—Mmmm... —musitó.

Y envuelta en sus brazos, con el calor de su aliento en mi piel, yo también lo abracé y olí su perfume mezclado con ese aroma masculino tan característico suyo.

Y de repente sentí como si me dieran una bofetada en plena cara, o un puñetazo.

—¿Lizzie?

CAPÍTULO 76

LIZZIE

Escuchar la voz de Henry dentro del despacho bien podía haber sido el retazo de una pesadilla. Pero no era ninguna pesadilla, ni mucho menos. Henry estaba en mitad de la estancia, real como la vida misma, mirándonos de pie con la misma frialdad que un verdugo mira a la siguiente víctima a la que va a ejecutar. Y os confieso que había visto esa mirada en alguna ocasión y no me gustaba nada, porque estaba vacía, hueca, desprovista de todo lo que te podía hacer pensar que detrás había un ser humano. Era una mirada como las de los muñecos de cera de los museos.

Cerré los ojos unos instantes y deseé con todas mis fuerzas que el suelo nos tragara a Logan y a mí.

—¿En serio, Lizzie? ¿Con el bastardo? —preguntó con ironía, y su voz me pareció que sonaba como el chasquido de un latigazo.

Logan se vio obligado a darse la vuelta hacia él mientras yo trataba de recuperar el color de la cara, porque se me había esfumado por completo, y también se me había esfumado la compostura.

Henry nos miraba atónitos, como si lo que acababa de ver y las conclusiones que había sacado no pudieran ser reales. Si las miradas matasen, Logan y yo habríamos caído muertos en el acto.

—Ten cuidado con lo que dices, Henry —le dijo Logan en tono de advertencia.

Solo con aquellas palabras fui consciente de la extrema tensión que había surgido en el ambiente y que se hubiera podido cortar con una catana.

—¿Y qué es lo que digo? ¿Acaso no eres un bastardo? —se burló él.

—Bastardo o no puedo partirte la cara si te pones tonto —dijo Logan, que seguía hablando en el mismo tono de advertencia.

Henry pasó de él con un gesto que se podía tildar de desdeñoso, y rodó sus ojos hasta mí. Ahora yo era el foco de su mirada huera y seguramente su blanco.

—¿Así que la temperamental y dura Lizzie se está follando al hermano bastardo? ¿Crees que si le dejas meterse entre tus piernas y le haces unas cuantas mamadas obtendrás alguna concesión económica cuando acabe con *Mont Blanc Enterprise*?

La sangre me hirvió en las venas. Si fuera hombre, os juro que le hubiera partido la boca.

—Deja de decir tonterías, Henry —dije con cara de pocos amigos.

—¿Tonterías, Lizzie? ¿Tonterías? —se burló. Hablaba con calma, pero solo era una calma aparente. Detrás de aquella máscara de indiferencia había toda una tormenta—. Dime una cosa... —Se cruzó de brazos en actitud chulesca—. ¿Es tu padre el que te ha aleccionado para que te lleves a la cama al bastardo rico o ha sido iniciativa tuya?

Lo que pasó después no podría describirlo con detalle. Pero en un segundo Logan estaba junto a Henry. Fue tan rápido que apenas me di cuenta, o quizá los nervios del momento evitaron que fuera consciente de todo. El caso es que con un par de movimientos le sujetó las muñecas a la espalda con una mano y con la otra le estrelló la cara contra la superficie de la mesa de conferencias que había en mi despacho.

Logan era más alto, más fuerte y más poderoso que Henry, pero aun eso temía por él. Si se enzarzaban en una pelea, quién sabe lo que pudiera pasar.

—Te he dicho que tengas cuidado con lo que dices, Henry, o puedes salir muy mal parado —le dijo con los dientes apretados, mientras su cuerpo hacía fuerza para que Henry no se moviera.

—Quítame las manos de encima, imbécil —farfulló él furiosamente.

—Deja de insultarnos —le ordenó Logan, aplastando aún más su cara contra la madera—. Deja de hacerlo o te partiré la cabeza.

Henry se revolvió, tratando de liberarse. Tenía el rostro congestionado por la ira y por la presión con que Logan lo sujetaba contra la mesa.

—No eres más que un bastardo, Logan, y ella —me miró—, no es más que una zorra barata, como lo era tu madre.

La expresión del rostro de Logan se contrajo en una mueca de dolor. Lo vi contraer las mandíbulas y apretar tanto los dientes que podría haberlos oído chirriar.

—No eres más que un gusano, Henry... Un hijo de puta... —dijo.

Observé cómo el brazo de Logan se levantaba y cómo en el aire cerraba el puño para hacerlo caer sobre la cara de Henry. Si le pegaba un puñetazo literalmente se la partiría. Tenía que hacer algo para detenerlo o el asunto se nos podría ir de las manos.

Corrí hacia él y por detrás lo sujeté de los hombros. Sobra decir que físicamente no podría evitar que pegara a Henry, pero me aferré a la posibilidad de que reaccionara cuando oyera mi voz, y le hiciera poner los pies en la tierra.

—No le pegues, Logan —le supliqué con la voz tomada por los nervios del momento.

—¿Por qué no habría de pegarle? —gruñó él, apretando los dientes—. ¿Por qué? Se merece que le rompa la boca por ser un maldito cerdo.

No voy a discutir que Logan tenía razón, Henry se merecía que le partieran la boca, pero lo único que conseguiría sería empeorar las cosas y tener más problemas, y ya teníamos un buen elenco de ellos.

—No te rebajes a su nivel —dije.

Logan pareció entrar en razón al percibir en mi voz la ansiedad y la preocupación que me estaba causando todo lo que estaba pasando. Relajó los hombros y bajó el brazo despacio.

Con esfuerzo y supongo que analizando la situación y las consecuencias de la misma, soltó a Henry, que se incorporó de inmediato, fingiendo que no le había afectado que Logan hubiera estado a punto de partirle la cara y que el único perdedor era él. Con la cara roja y una dignidad que no había tenido nunca, pero que creía que le daba el dinero y el apellido Mont Blanc, se enderezó las solapas de la chaqueta del traje con un tirón que dio con las manos.

—Eso está mucho mejor —dijo.

Su chulería era un auténtico despropósito. Durante una décima de segundo me arrepentí de haber frustrado la intención de Logan de partirle la boca y darle un escarmiento.

—Henry, vete —dije.

No sabía si sonaba a petición, a súplica o a orden. Pero sonara a lo que sonara, quería que se fuera, porque si no se marchaba, estaba segura de que Logan se lanzaría de nuevo a él. Podía ver la tensión acumulada en su cuerpo y la rabia que brillaba en sus ojos. Estaba listo como un perro de presa para arrojarle de nuevo sobre Henry, y no tenía claro que en esa ocasión pudiera detenerlo.

—Esto no se va a quedar así —le dijo a Logan.

Después me miró a mí unos segundos. No sé de qué modo lo hizo o con qué expresión, pero a

Logan no le gustó, porque soltó un gruñido de advertencia. Henry desvió los ojos de nuevo hacia él.

—Empieza a moverte, Henry, si no quieres que te mueva yo... —dijo Logan en tono amenazador.

Henry se estiró la chaqueta con un gesto de suficiencia y dio media vuelta.

—Nos veremos pronto, bastardo —dijo antes de salir del despacho.

¿Es que siempre tenía que decir la última palabra? ¿Cómo si fuera un niño de quince años con el pavo subido, en lugar de un hombre hecho y derecho? ¿Por qué alguien no le metía un calcetín sudado en la boca para que se callara y dejara de decir estupideces?

Ni Logan ni yo nos movimos del sitio hasta que Henry finalmente se marchó. Cuando la puerta se cerró tras él, giré la cabeza. El cuerpo de Logan aún estaba visiblemente en tensión. Tenía los hombros cuadrados y las manos cerradas formando un puño.

—Debiste haberme dejado que le partiera la cara —dijo, sin dejar de mirar a la puerta.

—No vale la pena, Logan. Aunque se lo merece, no vale la pena —repetí.

Volvió el rostro hacia mí. Sus rasgos cincelados por el mismísimo Dios se habían suavizado.

—Siento mucho que hayas tenido que presenciar una escena tan desagradable —dijo.

—Siento mucho que te hayas tenido que enfrentar a él —dije yo.

Logan negó con la cabeza.

—Estoy harto de ellos —murmuró. Parecía agotado y, por primera vez, incluso vulnerable—. No se cansan de humillarme, de tratar de hacerme daño, de insultar a mi madre... Y ahora de insultarte a ti. Son unos hijos de puta.

—Pronto te desharás de la empresa y todo habrá acabado —atajé.

CAPÍTULO 77

LOGAN

De buena gana le hubiera roto todos los huesos de la cara a Henry. Le tenía que dar las gracias a Lizzie de que no lo hubiera hecho, de que no le hubiera dejado como un eccehomo.

Detestaba a todos y a cada uno de los Mont Blanc, y si no fuera porque en su día me correspondía limpiar el nombre de mi madre, que ellos ensuciaron hasta la saciedad, jamás me hubiera puesto ese apellido. Era maldito para mí.

Renegaba de él porque detrás había hombres sin escrúpulos y sin ningún tipo de valores o principios; hombres capaces de hacer cualquier cosa para conseguir sus propósitos.

—¿Podrás perdonarme algún día, Lizzie? —le pregunté de pronto.

Me miró extrañada.

—¿A qué te refieres?

—A no detener esto, a llevar hasta el final mi venganza y todas sus consecuencias —dije.

—Tienes tus motivos, Logan, aunque no sé si cuando termines recibirás la satisfacción que buscas —respondí con sinceridad—. Me da miedo que la obsesión por vengarte de los Mont Blanc te destruya también a ti.

Fruncí el ceño algo descolocado por las palabras de Lizzie.

—¿Por qué dices eso?

—El deseo de vengarte te obliga a entrar en una lógica destructiva que no te hace bien. Al final puede ser más dañina para ti que para la persona de la que te quieres vengar.

—¿Tú crees? —le pregunté con una nota de mordacidad en la voz.

Alzó un hombro.

—Creo que te estás olvidando de vivir mientras consigues vengarte —contestó—. Creo que, si no te quitas a tiempo, se va a llevar por delante todo, incluido a ti —agregó.

Retiré una silla de las que había situadas alrededor de la mesa de conferencias, me desabroché el botón de la chaqueta con una mano y me senté en ella.

—Para mí esto no es venganza... —dije.

—¿No? ¿Y qué es?

—Justicia —afirmé—. Es justicia. Los actos nocivos tienen consecuencias negativas y consecuencias que hay que pagar, de una manera u otra. Pero hay daños que se quedan en la nada, y el universo no es un ente que conspire para que haya un resarcimiento a ese daño. Y es en ese momento cuando tiene que hacerse cargo uno mismo de hacer pagar a cada persona lo que le deben.

—Espero que lo que estás sacrificando, al menos merezca la pena, Logan —aseveró.

Sé que lo decía por ella.

Abrí las manos y me las miré.

—Sacrificarte a ti nunca merecerá la pena, Lizzie —dije, alzando el rostro hacia ella—. Probablemente sea algo que no me perdone nunca. Pero esto no lo hago solo por mí. Si los Mont Blanc me hubieran hecho únicamente daño a mí, seguro que hubiera desistido de mi venganza hace muchos años.

Las cejas perfectamente definidas de Lizzie se arrugaron.

—Entonces, ¿por qué lo haces? —me preguntó, confusa.

—Por mi madre —respondí.

Noté como una sombra oscurecía mis ojos. La expresión de mi cara se endureció. Apreté la mandíbula. Bajé la vista de nuevo hasta mis manos y comencé a girar en mi dedo anular el anillo que siempre llevaba puesto y que había pertenecido a mi madre.

—Jeff Mont Blanc estaba encantado de acostarse con mi madre —tomé de nuevo la palabra—. De acostarse con la guapa y dulce camarera de la cafetería a la que todas las mañanas acudía con su grupo de ricos y ostentosos amigos. No fui fruto de una noche de pasión, ni de un polvo cualquiera, y por supuesto mi madre no me tuvo para cazar a Jeff Mont Blanc. Ella no era así. Ella estaba enamorada de él. Lo estuvo hasta el último día de su vida —dije con vehemencia y mucho resentimiento (lo reconozco), porque me seguía doliendo que mi madre hubiera amado tanto a un hombre que no se lo merecía—. Pero cuando ella le dijo que estaba embarazada de mí y él no logró convencerla para que abortara, se desentendió totalmente. Mi madre jamás le pidió nada y aun todo, los Mont Blanc se dedicaron en cuerpo y alma a insultarla, despreciarla y calumniarla.

—¿Qué pasó, Logan? —me preguntó Lizzie. En sus ojos había una expresión de cautela.

—Jeff Mont Blanc dejó morir a mi madre.

Los ojos de color mercurio de Lizzie se abrieron de par en par.

—¿Qué? —farfulló.

—Mi madre tenía un linfoma y muy pocos recursos económicos para hacer frente a un tratamiento tan costoso. Siendo un crío, vine a este mismo edificio a pedirle ayuda a Jeff Mont Blanc, a mi padre, al hombre que había tenido una relación durante varios años con mi madre... Le supliqué que se hiciera cargo del tratamiento. Para él no suponía nada. —Seguí hablando mientras daba vueltas y más vueltas en el dedo al anillo de mi madre—. Un hombre que facturaba millones de dólares al día se negó a costear un tratamiento médico de unos cuantos miles para la mujer que había sido su amante, para la mujer que le había dado un hijo, aunque fuera un bastardo. Le lloré, le supliqué, le ofrecí mi alma, como quien se la vende al diablo, para que me ayudara... —Cogí aire, el anillo continuaba dando vueltas en mi dedo anular—. Jeff Mont Blanc se limitó a llamar a los guardias de seguridad. Bajo su fría mirada me echaron a la calle, como si en vez de ser su hijo fuera un perro.

Lizzie se llevó las manos a la boca.

—Dios mío... —musitó.

—Recuerdo que llovía. Llovía mucho... Recuerdo que me dolían las rodillas porque chocaron con el asfalto y recuerdo llorar como no he llorado en mi vida, porque la negativa de Jeff Mont Blanc era la sentencia de muerte de mi madre.

—Logan... —Cuando alcé la cabeza hacia Lizzie un par de lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Lizzie —dije alarmado, al verla así.

—Yo... no sé qué decir, Logan... No conocía la historia de tu madre, no sabía que Jeff se había comportado así con ella. No sabía que...

Me levanté y fui a abrazarla.

—Ya, mi niña... —dije, estrechándola entre mis brazos.

—¿Cómo pudo hacer algo así? ¿Cómo pudo ser tan cruel? —Se abrazó a mí y levantó los ojos para mirarme.

—Jeff Mont Blanc no tiene alma y sus hijos tampoco. Los ha criado a su imagen y semejanza. Son igual que él. Mis hermanos se creen que tienen derechos, pero no deberes ni obligaciones. Por eso se han comportado toda su vida como si fueran Dioses.

Lizzie deshizo el abrazo y se pasó las manos por el rostro para limpiarse las lágrimas.

—Tú vales más que tus tres hermanos juntos —afirmó.

—Sin embargo ellos me ven como si yo ensuciara el apellido —apunté.

—Tú eres el único que salva el apellido —enfaticó Lizzie.

—Si hubiera sido por mí, nunca me hubiera puesto el apellido, pero lo hice por mi madre, para limpiar su nombre, porque el hijo de puta de Jeff se atrevió a decir que yo no podía ser su hijo porque él jamás había estado con ella.

Lizzie bufó con incredulidad.

—Eso fue una estupidez por su parte, Logan. Es indiscutible que eres su hijo, porque físicamente os parecéis muchísimo, al igual que ocurre con Rod, Henry y Joe. Si no lo quieren admitir es su problema, pero es algo que salta a la vista.

—Sea como sea, ni Jeff ni mis hermanos soportan que haya tenido éxito en la vida el hijo de una camarera; el bastardo, el ilegítimo... —dije—, porque eso desafía la superioridad con la que se pasean por el mundo y deja a la vista lo mediocres que son.

—Conociéndolos, no me sorprenden ese tipo de pensamientos añejos. Ellos son unos necios y unos completos negados para los negocios. Solo se les da bien salir de fiesta y vivir de la fortuna de su padre, que es lo que los tres han estado haciendo toda la vida —dijo Lizzie—. En estos años que he trabajado con ellos no he visto que hayan tomado una buena decisión ni una sola vez. Ni siquiera por estadística o probabilidad. Es penoso el estado en el que han dejado la empresa. Es penoso que entre los tres hayan hundido el imperio que levantó Jeff Mont Blanc. El único que ha sacado su habilidad para los negocios y su buen ojo para las finanzas eres tú, y eso es algo que ni ellos ni tu propio padre tampoco pueden negar.

Esbocé en mis labios una breve sonrisa.

—No creo que sea bueno nunca a ojos de mi padre —dije con mordacidad—. Para él sigo siendo el hijo de una camarera; sigo siendo un bastardo, a pesar de todo lo que he conseguido.

—Yo tampoco soy suficientemente buena a ojos del mío —apuntó Lizzie—. Me he pasado media vida tratando de demostrarle mi valía.

Estiré la mano, la puse en su cuello y con el pulgar le acaricié la mejilla.

—Algún día tu padre se dará cuenta de que has nacido para las finanzas —le dije—. Aparte de preciosa, eres jodidamente inteligente. —Lizzie sonrió, aunque sin muchas ganas. Solo una mueca de esas que se quedan en la superficie de los labios—. Tienes las puertas abiertas en cualquiera de mis empresas —dije—, y es una propuesta en firme.

Levantó el brazo y me acarició la mano con la suya. Se mordió el labio.

—No creo que sea una buena idea... —dijo.

Tomé una bocanada de aire y suspiré.

—Quizá tengas razón, quizá no es una buena idea... —murmuré—. Bueno, no es que quizá tengas razón, estoy seguro de que la tienes. Eres bastante más lista que yo —bromeé.

Nos quedamos en silencio, hasta que Lizzie dio un paso atrás y nuestros cuerpos se separaron. Me dolía que pusiera distancia entre nosotros, incluso aunque fuera la de un simple paso, pero lo entendía y tenía que respetarlo. Era lo mejor para los dos.

—Lizzie, ¿le has comentado ya algo a tu padre? —le pregunté.

—No, estoy esperando a que regrese mi hermana a Nueva York para contárselo juntas. Está

en un Congreso de Mercadotecnia y Publicidad en Connecticut. Estará de vuelta en un par de días. ¿Por qué? ¿Te... Te corre prisa?

—Oh, no, no... —Moví la mano, que ya no estaba en su mejilla—. Tranquila. Te dije que tenías unos días y los tienes. No te preocupes por eso. Puedes comentárselo cuando lo creas oportuno.

—Gracias. Te lo agradezco mucho, Logan.

—No tienes que agradecerme nada.

Me quedé mirándola. Era preciosa hasta el dolor, y aunque no lo admitiera ni muerta, había una vulnerabilidad en su mirada que se empeñaba en esconder, pero que no siempre lo lograba.

—¿Estás mejor?

Hizo un ademán afirmativo con la cabeza.

—Sí.

—¿Quieres que te lleve a casa? —me ofrecí.

—No hace falta, gracias.

—Lláname si se te queda el tacón del zapato enganchado en la rejilla —me mofé.

—Mira que eres tonto —dijo con una sonrisilla nerviosa.

—Tenía que decirlo. Tenía que hacerlo... —Hice una breve pausa—. Voy a echarle mucho de menos, señorita Summers.

—Y yo a usted, señor Mont Blanc.

Llevado por un impulso (joder, con mis impulsos), le cogí por la nuca, la atraje suavemente hacia mí y le di un beso en los labios. Lo necesitaba. Juro que lo necesitaba. Por eso lo hice, sin pensar en las consecuencias. Fue solo un pequeño y suave beso. Pero antes de que pudiera deleitarme de nuevo con el sabor de sus labios, Lizzie se apartó con suavidad.

—No, Logan... No lo pongamos más difícil —dijo con voz tierna—. Nuestro destino no es estar juntos y tenemos que aceptarlo.

¿Y cuál era nuestro destino? ¿Para qué nos había puesto uno en la vida del otro si no podíamos estar juntos? ¿Si todas las circunstancias tiraban de nosotros para separarnos? ¿Para mantenernos a cada uno en el lado opuesto? ¿Para convertirnos en enemigos?

Por primera vez desde que murió mi madre, mis ojos se llenaron de lágrimas cuando Lizzie salió de aquel despacho. Me dejó un hueco extraño en el pecho, un vacío que sentía tan profundo como un pozo insondable. Dolía. Dolía como nunca pensé que me dolería.

Contraí las mandíbulas y respiré hondo para tragarme las lágrimas.

Era lo que había.

Era lo que habíamos elegido.

CAPÍTULO 78

LIZZIE

Qué fácil es hablar... Qué fácil fue decirle a Logan que teníamos que aceptar que nuestro destino no era estar juntos, y qué puñeteramente difícil aplicarse el consejo. Lo que costaba a veces esto de vivir.

Dolía. Dolía mucho pensar que no podíamos estar juntos, que cada uno estábamos en un bando distinto, y que eso era insalvable, como encontrarse de pie en un lado diferente del abismo.

Ni yo era una Capuleto ni él pertenecía a los Montescos, pero a mí nuestra historia empezaba a parecerse cada vez más a la tragedia de Shakespeare.

Debía olvidarlo, como fuera. Debía olvidarme de lo que había pasado entre nosotros y centrarme en lo que era de rigor centrarme: en mi padre.

Los dos días hasta que regresó Judy se me antojaron eternos. Cuando por fin le conté lo de nuestro padre y le mostré todo lo que había en la carpeta que me había dejado Logan, sentí que respiraba... un poco. Compartir la carga a veces es muy beneficioso.

Al igual que yo, Judy miraba y remiraba los papeles una y otra vez, sin creernos que la firma de nuestro padre y su nombre apareciera en ellos.

—Tenemos que contárselo —dijo.

—Te he estado esperando para ir a casa juntas —dije

—Has hecho bien.

—Judy, ¿crees que papá... has sido capaz de cometer todos esos delitos?

Se encogió de hombros e hizo una mueca con las cejas.

—Te diría que no, Lizzie. Papá tiene muchos defectos, pero siempre ha sido muy moralista.

—¿Pero? —pregunté.

Porque mi hermana parecía tener uno en la punta de la lengua.

—Pero a saber... —dijo—. La empresa lleva muchísimo tiempo yendo mal y nunca se sabe lo que puede llegar a hacer una persona para tratar de salvar su patrimonio.

Me acaricié la frente.

—Yo pienso como tú, Judy. No creo que papá haya hecho todo lo que está en esa carpeta, pero también es cierto que estamos hablando de salvar el patrimonio familiar...

—Y, joder, Lizzie, su firma está ahí —apuntó con el dedo hacia la carpeta, que estaba encima de la mesita auxiliar de su salón, abierta de par en par.

Fui a ver a mi hermana en cuanto me dijo que estaba en casa después de que Fredd hubiera ido a recogerla al aeropuerto. Lo suyo iba de maravilla, como podéis ver.

Judy miró su reloj de pulsera.

—¿Qué te parece si vamos ahora?

—Me parece perfecto.

Una hora después estábamos en casa de mis padres, sentadas en el sofá frente a ellos. Mi madre había preparado café para todos y un té matcha para mí y había abierto una caja de

galletitas, que había colocado en una pequeña bandeja, como si fuera una visita familiar. Probablemente no consumiéramos nada y el café y el té se quedasen fríos.

—¿Qué pasa? ¿Logan Mont Blanc ya ha acabado con la empresa? —nos preguntó mi padre en tono irónico.

Era más que evidente el desprecio que mi padre sentía por Logan. No voy a decir que no lo comprendiera, pero me dolió. Quizá porque él no sabía lo que sabía yo.

Miré a Judy antes de hablar. Carraspeé.

—Tenemos que comentarte algo, papá... —comencé.

Mi padre se echó hacia adelante con sus cejas medio canosas fruncidas.

—¿Qué pasa, Lizzie? ¿Quieres hablar de una vez? —me exigió.

¿Había alguna manera buena de preguntarle a un padre lo que nosotras teníamos que preguntarle al nuestro? ¿De preguntarle si era un hombre corrupto?

La respuesta es no. No la hay. Así que lo mejor era empezar por algún lado e ir improvisando...

Cogí aire.

—Papá, Logan Mont Blanc ha investigado a los Mont Blanc... En los últimos años han cometido varios delitos para tratar de sacar la empresa a flote. Cohecho, fraude, tráfico de influencias... —Alargué el brazo por encima de la mesa y le tendí la carpeta—. Tu firma aparece en muchos de los documentos.

La expresión de mi padre se frunció con una gravedad que no había visto nunca, ni siquiera cuando nos enteramos de que Logan había comprado la compañía. Estudié su reacción y no daba la impresión de que estuviera sorprendido porque finalmente le hubieran pillado, sino extrañado y asombrado de lo que le estaba diciendo.

—¿De qué estás hablando, Lizzie? —dijo muy serio.

Eché mano a las gafas que siempre tenía guardadas en el bolsillo superior de la camisa, le abrió las patillas y se las colocó en el puente de la nariz.

—Está todo en la carpeta —contesté.

Mi padre abrió la carpeta, extrajo la documentación que contenía y comenzó a leer.

A mi madre se le había ido el color de la cara. Durante unos segundos se quedó petrificada, sin dar crédito a lo que estaba escuchando de boca de su hija, y del alcance del mensaje.

—Lizzie, ¿qué contiene la carpeta? —me preguntó.

—Pruebas, mamá —respondí—. Copias de todos los documentos en los que aparece la firma de papá.

Mi madre se volvió hacia mi padre. Una oscuridad robó la luz de sus ojos grises.

—Hank, ¿qué has hecho? —dijo, con el horror crispando su cara.

—Nada —contestó mi padre—. ¡Yo no he firmado ninguno de estos documentos! —exclamó. Y para mí, oírle decir aquello fue una bendición. Os lo juro.

Durante un rato mi padre siguió escrutando detenidamente las copias de los documentos que había en la carpeta que me había dado Logan. Su cara pasó del asombro a la indignación.

—¡Hank, di algo! —lo apremió mi madre, haciendo un aspaviento con las manos.

—Ya lo he dicho. Yo no he firmado ninguno de estos documentos.

—¿Entonces qué hace ahí tu firma?

—Los Mont Blanc han tenido que falsificarla.

—¿Falsificarla? —dijimos Judy y yo al unísono.

Intercambiamos una mirada.

—Sí, falsificarla —ratificó mi padre—. De otro modo no encuentro explicación a que mi firma esté en estos papeles.

—Papá, ¿no puede ser que los hayas firmado sin leerlos, como un acto de confianza o buena fe hacia los Mont Blanc? —le preguntó Judy.

—No, Judy, no —negó mi padre con vehemencia—. Yo siempre he leído todos y cada uno de los documentos que he firmado. Cuando te asocias con alguien, tienes que saber qué firmas. Aunque te asocies con tu mejor amigo, o con algún miembro de la familia. Siempre tienes que saber qué estás firmando. Los negocios son negocios.

—Pero Hank... —comenzó mi madre.

—¡Esos cabrones han intentado jugármela! —la cortó mi padre, enfadadísimo.

Cerró la carpeta y la lanzó contra la mesita auxiliar. A punto estuvo de tirar las galletitas que había preparado mi madre. Se quitó las gafas y se echó las manos a la cabeza.

—Hijos de puta... —masculló.

Tuve la sensación de que cada segundo que pasaba, mi padre iba siendo más consciente de lo que le habían hecho los Mont Blanc. Ni mi madre ni mi hermana ni yo teníamos ninguna duda de que mi padre estaba diciendo la verdad. Confiábamos plenamente en él.

—¿Cómo han podido? —Se levantó del sofá y comenzó a pasear por el salón—. ¿Cómo han podido hacerme algo así? Estábamos juntos en esto. ¡Estábamos juntos! —gritó.

Mi madre también se levantó y fue a su lado.

—Hank, cálmate... —dijo, agarrándole cariñosamente del brazo.

Mi padre la miró y puso la mano encima de la suya, para tranquilizarla a su vez. Mi madre también estaba con la cara desencajada.

—Sí, tengo que calmarme —repuso—. Se piensa mejor con la cabeza fría...

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó mi madre.

—Denunciarlos, por supuesto —respondió mi padre con obviedad.

Entonces yo salté como un resorte.

—Papá, no puedes denunciarlos.

Mi padre giró el rostro hacia mí y me miró con expresión confusa en los ojos.

—¿Por qué? Esos hijos de puta han falsificado mi firma, me han engañado. Me han traicionado y han intentado meterme en sus tejemanejes.

—Papá, está información me la ha pasado Logan... Mont Blanc —pronuncié el apellido transcurridos unos instantes porque me salía nombrarlo solo por su nombre—... de manera confidencial. Podría haberos denunciado a todos y sin embargo consultó antes conmigo tu caso. Tenemos que esperar a que él actúe del modo en que iba a hacerlo.

—Sí, papá. Además, antes tenemos que probar que la firma que aparece en todos esos documentos es falsa —intervino Judy para echarme un cable.

Mi padre se pasó la mano por el mentón, reflexionando sobre nuestras palabras.

—Quizá tenéis razón... —concluyó.

—La tenemos, papá —dije

—Sí, Hank, las niñas tienen razón. —Mi madre nos seguía llamando niñas, aunque ya éramos dos mujeres hechas y derechos.

—Y se lo debemos a Logan Mont Blanc —añadí.

No sé para qué dije eso ni si serviría de algo, pero quería que mis padres no lo vieran con tan malos ojos como probablemente lo hacían. Quería que ganara puntos con ellos, y no solo que lo vieran como la persona que había venido a hundir *Mont Blanc Enterprise*.

—Está bien. Seguiré las instrucciones de Logan Mont Blanc —accedió finalmente mi padre.

CAPÍTULO 79

LIZZIE

Judy se frotó la cara con las manos y suspiró.

—Dios, Lizzie, he respirado cuando papá ha dicho que él no había firmado ninguno de esos putos papeles —dijo cuando la llevaba de vuelta a casa.

—Y yo —afirmé—. Es verdad que no me lo imaginaba cometiendo todos esos delitos, pero también es verdad que cuando una persona está desesperada, y cuando supimos lo que iba a pasar con la empresa todos nos desesperamos —aclaré—, es capaz de cualquier cosa, incluso de hacer tonterías.

—Menos mal que al final no está implicado en todos esos delitos. Joder, por un momento me lo imaginaba en la cárcel...

Se me puso la carne de gallina solo con decirlo mi hermana. Me acaricié uno de los brazos sin quitar la vista del tráfico.

—Solo espero que se pueda demostrar sin problemas que las firmas que hay en esos documentos son falsas —dije.

—Sí, esperemos que no tengamos problemas.

—Tengo que decírselo a Logan. —Giré el rostro unos instantes hacia Judy—. No sabes lo que ha pasado estos días que no has estado...

Judy me miró y yo le devolví la atención a la calzada.

—Henry nos pilló a Logan y a mí abrazados.

—¡¡¿Cómo dices?!! —gritó mi hermana.

—Logan me estaba consolando porque con todo lo de papá y lo de él estaba muy nerviosa... —comencé. No quise contarle a mi hermana que me había dado un ataque de pánico para no preocuparla—. En ese momento el inoportuno de Henry entró en el despacho y nos vio.

—No me quiero imaginar cómo se puso —comentó Judy, que conocía muy bien a Henry.

—El muy gilipollas lo único que hizo fue insultarnos, hasta que Logan le paró los pies estrellándole la cara contra la mesa de conferencias —le seguí contando.

Judy echó la cabeza hacia atrás en el asiento y soltó una carcajada con gusto.

—Qué pena habérmelo perdido. Me hubiera encantado ver cómo Logan le daba una paliza —dijo entre risas.

La miré de reojo.

—Logan no le dio una paliza. Le pedí que no le pegara cuando iba a darle un puñetazo —dije.

—¿Y por qué se lo impediste, Lizzie? —me regañó Judy—. Tenías que haber dejado que le pusiera la cara como un cromo, por gilipollas.

—¡Judy, por Dios! Lo único que hubiera logrado Logan es empeorar las cosas.

Judy se retrepó en el asiento.

—Pero le hubiera dado su merecido a esa sabandija —farfulló.

Me tuve que reír, aunque no quisiera. Judy y su modo de decir las cosas.

—No te creas que a mí no me hubiera gustado que Logan lo hubiera puesto en su sitio —le confesé—. Pero lo mejor es dejar las cosas como están. Ahora todo el mundo va a saber que

Logan y yo nos hemos liado.

—¿Y cómo están las cosas con él?

Hice una mueca con los labios.

—Nosotros no podemos estar juntos, Judy —respondí seria—. La venganza que está llevando a cabo contra los Mont Blanc nos separa. Él no va a desistir y yo no puedo estar con la persona que va a dejarnos en la calle. —La voz se me quebró.

—Lizzie...

Sacudí la cabeza y me mordí la lengua para no llorar. Ya había llorado bastante entre unas cosas y otras. Al final iba a deshidratarme.

—Y ahora entiendo muy bien que no desista de querer venganza. Si supieras la historia que hay detrás...

—¿Qué historia? Cuéntamela...

—Jeff Mont Blanc dejó morir a la madre de Logan —dije.

—¡¡¿Qué?!! ¿Que la dejó morir?

—Sí, Logan le pidió a Jeff ayuda para pagar el tratamiento para el linfoma de su madre, y él lo único que hizo fue echarle de la empresa.

Judy se tapó la boca con las manos.

—Joder, qué cabrón...

—La madre de Logan fue amante de Jeff durante mucho tiempo. Estaba enamorada de él. Lo estuvo siempre, hasta que murió —dije—. Judy, ¡era la madre de su hijo! —La miré unos segundos—. ¿Qué suponían para él unos cuantos miles de dólares? Jeff Mont Blanc ya era multimillonario. —Me aferré con fuerza al volante, hasta que los nudillos se me pusieron blancos. Me parecía indignante—. Dejó huérfano a su propio hijo cuando solo era un niño, y encima lo sacó a patadas de la empresa, como si fuera un perro.

—Ese tío es un miserable —dijo Judy—, y sus hijos también. Los Mont Blanc se han cebado con Logan. A nosotras todo esto nos ha pillado en medio, pero entiendo que él quiera llevárselos por delante y hacerles pagar todo lo que le han hecho.

—Yo también lo entiendo —admití—. Al principio pensaba que Logan estaba obsesionado con vengarse, que quizá no fuera para tanto, pero cuando me ha contado lo de su madre... No soy partidaria de venganzas ni de desagravios ni de nada de eso, pero entiendo que Logan necesite resarcirse de alguna forma...

Judy estiró la mano y me acarició el brazo arriba y abajo.

—Es una pena que os hayáis conocido en medio de unas circunstancias tan poco favorables —dijo.

Alcé un hombro.

—Sí..., bueno..., pero así son las cosas...

No quería hablar mucho más del tema. No estaba preparada todavía para verbalizar todo lo que Logan significaba para mí, todo lo que me hacía sentir, todo lo que él era en mi vida, todo lo que lo necesitaba... Sobre todo ahora que sabíamos que lo nuestro no podía ser y que lo mejor que podíamos hacer era dejar las cosas como estaban para no hacernos daño.

—Todo va a ir bien, Lizzie —me dijo mi hermana, acompañando las palabras con una cálida sonrisa.

Intenté sonreír. Pero no sé si logré que el gesto llegara a los labios, o que se quedara en una mueca simplona carente de emoción, como la de los comerciales que vienen a casa tratando de venderte algo que ni siquiera ellos comprarían.

No estaba nada convencida de que las cosas entre Logan y yo fueran a ir bien, o distintas a cómo estaban en ese momento. Nos encontrábamos en un punto final, sin retorno; pero admito que necesitaba terriblemente oírle decir a alguien que todo iba a ir bien (aunque fuera una utopía) con una de esas sonrisas que entibian la sangre cuando todo se ve negro, como un té calentito después de volver de la calle un frío día de invierno.

CAPÍTULO 80

LIZZIE

Dejé a Judy en casa y volví corriendo a la empresa. Tenía que hablar con Logan para decirle lo de mi padre. Cuando fui a buscarlo a su despacho, su secretaria me informó de que acababa de bajar a la cafetería. Así que sin perder un segundo de tiempo cogí un ascensor y me fui a buscarlo allí.

Lo encontré en la barra, pidiendo un café.

—Logan, tengo que hablar contigo —dije con voz apremiante al alcanzarlo.

—¿Qué pasa, Lizzie?

—Es sobre el asunto de mi padre —respondí en voz baja, moviendo los ojos a un lado y a otro para asegurarme de que no había oídos indiscretos cerca.

—Hola, Lizzie —me saludó Fredd, al tiempo que dejaba la taza con el café de Logan encima de la barra.

Me fijé en su rostro. Se le veía feliz. Se notaba que las cosas le iban bien con mi hermana. Me alegré muchísimo por ellos. Judy se merecía vivir una historia de amor bonita y Fredd era un tío de los que llamamos legales.

—Hola —correspondí, levantando la mano para enfatizar el saludo.

—¿Te pongo un té matcha? —me preguntó con amabilidad.

—Sí, por favor.

—Marchando.

Logan rodó los ojos hasta mí cuando Fredd se alejó.

—¿Té matcha? —repitió con cara rara.

—¿Por qué me miras como si hubiera pedido petróleo recién extraído de la perforación del pozo? —dije.

—¿Quién bebe té matcha? —me preguntó con mofa.

—Yo —contesté, tajante—. ¿Tú sabes la cantidad de beneficios que tiene?

Logan apoyó el codo en la barra después de dar un sorbo de su café.

—No, pero seguro que vas a decírmelos todos, ¿verdad?

—Me sorprende que lo dudes, y ponte cómodo porque va para largo —atajé, y me lie la manta a la cabeza—. Previene el cáncer, fortalece el sistema inmunitario, estimula la mente, controla la hipertensión —comencé a enumerar con los dedos—, ayuda a prevenir los síntomas del Alzheimer, relaja el cuerpo...

—Vamos, que gracias a ese té de sabor a alfalfa vas a vivir eternamente —me cortó, sin dejar a un lado el tono socarrón.

—¡No sabe a alfalfa! —me quejé.

—¿Ah no?

—No —negué, haciendo un mohín.

Fredd llegó con mi humeante té y lo colocó delante de mí. Una pequeña nube de vapor emergió de la tetera, llenando el aire con su aroma.

—Aquí tienes.

—Gracias.

Logan agitó la mano para disipar la nube de vapor.

—Es como si bebieras un vaso de agua con unas cucharaditas de incienso —dijo.

—Es como si bebieras un vaso de agua con unas cucharaditas de incienso —imité su voz de forma teatral haciendo muecas con la boca—. ¿Pues sabes una cosa? Deberías empezar a tomarlo tú, también reduce el estrés y mejora el mal humor. —Eso último me lo inventé, pero quería tener algo que decirle para quedar por encima de él como fuera.

—Estás locas si piensas que yo voy a tomar algún brebaje de hierbas de esos en algún momento de mi vida —dijo—. Antes muerto.

—Eres insoportable cuando te pones así —afirmé.

Le vi sacudir la cabeza, como si me dejara por imposible.

—¿Has hablado con tu padre? —me preguntó.

El cambio de tema hizo que Logan adoptara una expresión seria en el rostro.

—Sí, pero preferiría hablarlo en el despacho —contesté.

—Sí, es lo mejor.

Cuando él se terminó su café y yo mi té, subimos a mi despacho.

—¿Qué te ha dicho tu padre, Lizzie? —volvió a preguntarme ya solos, sin nadie que pudiera escucharnos.

—Logan, mi padre dice que no ha firmado ninguno de esos papeles —respondí.

Él frunció el ceño.

—¿Seguro? —preguntó con cierto recelo, y entiendo que lo tuviera porque no conocía a mi padre, y podría estar mintiendo.

—Sí, incluso Judy le ha preguntado si los podría haber firmado sin saberlo, confiando en la buena fe de los Mont Blanc y mi padre asegura que no, que él siempre ha leído absolutamente todo lo que ha firmado, que es algo que hace habitualmente.

—Te voy a hacer una pregunta, Lizzie, y quiero que me respondas con sinceridad.

—Claro, dime...

—¿Crees a tu padre? Quiero que me digas la verdad.

—Sí, Logan. Le creo —afirmé rotunda—. Te lo dije cuando me enseñaste la documentación. Te dije que mi padre no es perfecto, que tiene muchos defectos, pero que no es un hombre corrupto —le expliqué—. Ha alucinado cuando le he enseñado todo lo que había en esa carpeta. Dice que los Mont Blanc se la han jugado.

Logan se desabrochó el botón de la chaqueta y puso un brazo en jarras.

—Es cierto que se la han jugado —repuso.

—¿Es difícil probar que no es la firma de mi padre? —pregunté con cierta angustia en la voz. Logan me miró.

—Supongo que no, si buscamos a un buen perito calígrafo —dijo.

Sin añadir nada más, sacó su móvil del bolsillo interior de su chaqueta, buscó un número, lo marcó y se lo acercó al oído.

—Simon, ¿estás en Mont Blanc?

—...

—¿Puedes acercarte al despacho de la señorita Summers?

—...

—Gracias.

—...

Colgó la llamada y devolvió el teléfono a su bolsillo.

—He llamado a mi abogado y mano derecha. Él sabrá qué pasos tenemos que seguir.

—Gracias, Logan —le agradecí, cuando nos quedamos en silencio.

—¿Por qué?

—Por la buena disposición que estás mostrando para solucionar este problema.

—Lizzie, ¿cómo no voy a ayudarte? —dijo en tono obvio.

—Bueno, no es un problema tuyo —respondí.

—Si es tuyo es mío —fue su respuesta.

Fue inevitable no sonreír.

Unos nudillos tocaron a la puerta.

—Adelante —dijo Logan.

Todavía nos estábamos mirando. Ninguno de los dos había sido capaz de apartar los ojos del otro.

—Señor Mont Blanc... —Era su abogado.

—Pasa, Simon.

Logan por fin reaccionó y dirigió la vista a Simon.

—Hola, señorita Summers.

—Hola —lo saludé.

—Simon, ¿qué procedimiento hay que seguir para comprobar que la firma de un documento es falsa?

—¿Ocurre algo? —Simon me miró a mí con las cejas blancas ligeramente fruncidas.

—Toda la documentación que incrimina al padre de la señorita Summers en los delitos que han cometido los Mont Blanc no la ha firmado él —habló Logan de nuevo.

—¿Cómo dice? —El rostro de Simon se llenó de una mezcla de asombro y desconcierto.

—Al parecer los Mont Blanc tienen otro delito que añadir a su larga lista: falsedad documental —dijo Logan.

—Mi padre asegura que él no ha firmado ninguno de los documentos de la carpeta —intervine—. No es su firma.

Simon se quedó pensativo unos segundos.

—Bien, para comparar una firma dudosa con una firma reconocida por el firmante tenemos que acudir a un perito calígrafo. Él llevará a cabo el análisis pertinente para que haga el informe judicial que defenderá en el juicio —dijo en tono profesional.

—¿Conoces a alguno de confianza? —le preguntó Logan.

Simon se pasó la mano por la barba.

—Sí, y justamente es de aquí, de Nueva York.

—¿Puedes ponerte en contacto con él?

—Claro.

—Dile que el dinero no es un problema.

—Por supuesto. Puedo ponerme a ello ahora mismo, si quiere.

—Si, por favor.

—En cuanto tenga noticias les informo.

Simon se giró.

—Muchas gracias —me adelanté a decir yo, antes de que saliera del despacho.

Logan ladeó la cabeza y me miró.

—Vamos a desenmascarar a los Mont Blanc —dijo, optimista—. En cuanto esté resuelto el

tema de tu padre, lo siguiente que haré será denunciarlos. Es hora de que paguen todo lo que han hecho.

—Sí, ya es hora —susurré.

Logan se metió las manos en los bolsillos del pantalón y me dirigió una mirada cautelosa.

—Ya tengo compradores para la empresa y también para el edificio —dijo.

Me mordí el labio.

Se completaba el ciclo. Su venganza. El objetivo por el que Logan había regresado a *Mont Blanc Enterprise* se cumpliría el día que los compradores firmaran los contratos de compraventa.

Tragué saliva.

—Me alegro —dije. Logan me miró con ojos dubitativos—. Aunque no lo creas, hay una parte de mí que se alegra de verdad de que por fin vayas a hacer justicia.

Logan tenía razón hasta cierto punto, y lo que estaba impartiendo era justicia. No sé si era la manera correcta o no, pero sí creo que era justo. Los Mont Blanc tenían que pagar por sus pecados, y Logan era el único que podría hacerlo.

—Ah, por cierto... Una de las condiciones que he puesto a los compradores para que se lleve a cabo la venta es que mantengan a los empleados en sus empresas. No habrá ni un solo despido.

Se me iluminaron los ojos de golpe.

—¿De verdad?

Logan inclinó la cabeza.

—Sí, después de la turra que me diste, cualquiera se arriesgaba a no hacerlo —bromeó.

Sonreí.

—Eres un buen tío, Logan Mont Blanc —dije.

—Me alegro de que ya no quieras despellejarme vivo —apuntó.

—Bueno... —Meneé la cabeza a un lado y a otro, titubeando—. Cuando te conocí lo único que quería era que te atropellara un coche..., o un autobús. Ahora solo lo quiero algunas veces —dije en tono de broma.

Logan esbozó media sonrisa.

—Al final voy a caerte bien, Elizabeth Anne Summers Cooper —dijo con expresión cómplice en el rostro.

—Es posible —sonreí.

CAPÍTULO 81

LIZZIE

Los días siguientes fueron una vorágine. A las mil cosas que teníamos que hacer Logan y yo para comprobar lo de las firmas de mi padre, estaban las mil cosas que hacía yo por mi cuenta para mantener la cabeza ocupada y no pensar en nada. Porque eso era lo que quería, no pensar en absolutamente nada. Sobre todo, no pensar en Logan. Porque siempre era él: Logan, Logan, Logan y otra vez Logan.

A ratos me olvidaba de que lo mejor para ambos era mantener las distancias. Sobre todo me perdía cuando el deseo vibraba entre los dos y se hacía tan tangible que casi se podía palpar con la mano. Era durísimo estar a su lado y no poder tocarlo.

La mañana que fuimos a ver al perito calígrafo estaba echa un manojo de nervios. Pensamos que lo mejor era hacer todas esas diligencias fuera de la empresa, para no levantar sospechas entre los Mont Blanc. Eran idiotas, pero no el tipo de idiota que no se entera de nada.

Para ello, el profesional me pidió que le llevara un papel en el que mi padre hubiera firmado varias veces y, a ser posible, los documentos originales en los que estaba la firma falsa, ya que las fotocopias (que era lo que había en la carpeta) podían distorsionar los rasgos de la rúbrica.

Hacerme con los originales no fue sencillo del todo, teníamos que entrar en el despacho de Henry para conseguirlos. Se ofreció Logan en mi lugar, arguyendo que era el dueño de la empresa y que se excusaría diciendo que podía ir donde quisiera, en el caso de que Henry lo pillara husmeando.

—Es mejor que entre yo en su despacho —dije—. Si te ven a ti merodeando, les pondrás sobre aviso de que pasa algo raro o de que te has dado cuenta de algo.

Logan se cruzó de brazos.

—No me gusta la idea de que entres a escondidas en el despacho de Henry —dijo—. No quiero que se dé la oportunidad de que te quedes a solas con él y menos ahora que sabe que tú y yo hemos tenido algo. Tiene que estar despechado.

—No me va a pasar nada —lo tranquilicé—. Además, yo conozco mejor sus horarios y su despacho y sé a qué horas se va de la empresa. Bueno, eso el día que viene —me burlé, porque desde hacía semanas *los hermanísimos* solo iban a la compañía cuando les parecía, que era casi nunca. Se habían desentendido de todo de una manera alucinante.

Logan seguía sin estar convencido, pero finalmente accedió. Yo era la mejor opción.

La noche que iba a poner en práctica el plan, se quedó de guardaespaldas en su despacho. Si tardaba más de lo debido o si veía algo raro, echaría la puerta abajo y se lanzaría a quien fuera.

Soy una tonta de remate, pero me encantaba que me protegiera de ese modo. El hombre que había regresado a *Mont Blanc Enterprise* como un ángel vengador, ahora era mi ángel de la guarda. En el fondo conmigo lo había sido casi desde el principio, porque Logan me había tratado mejor en la empresa que *los hermanísimos* y mejor que mi propio padre. Me había respetado profesionalmente, a pesar de que pensaba que era una pija, una *esnob* y una «niña de papá», pero jamás había dudado de mis capacidades ni había pensado que no valía por ser simplemente mujer, en vez de hombre.

Se lo dije a él y se lo diría a quien fuera necesario: Logan Mont Blanc era un buen tío, y no solo lo decía porque estuviera enamorada de él. Lo decía porque poseía una nobleza como pocas personas.

Pero sigamos, que es nombrar a Logan y es empezar a desvariar...

El plan salió bien. A última hora del día, cuando el edificio estaba ya vacío, sin empleados, ni siquiera el personal de limpieza, mientras Logan me esperaba en su despacho, yo entraba a hurtadillas en el de Henry.

El silencio reinaba en cada rincón.

Cuando entré y empecé a abrir armarios y archivadores, me di cuenta de que ya se habían llevado buena parte de la documentación de la empresa. ¿Por qué tanta prisa? Logan se había guardado muy bien las fechas en las que se procedería a la venta de la empresa y del edificio, precisamente para no ponerles sobre aviso, pero al parecer, los Mont Blanc tenían mucha prisa, probablemente para hacer desaparecer pruebas incriminatorias. A saber en qué chanchullos más estaban metidos, aparte de lo que había descubierto Logan y su equipo de asesores.

Por un momento temí no encontrar ningún documento original de los falsamente firmados por mi padre. Pero por fortuna, di con un par de ellos al fondo de un archivador.

Sonreí mientras los echaba un vistazo y rápidamente los enrollé y me los guardé entre los pechos. Nos habíamos asegurado de que no hubiese nadie en el edificio, pero nunca se sabía dónde estaba el peligro.

De hecho, aunque aparentemente nuestro plan había salido a pedir de boca, no fue así. Algo fue mal, y las consecuencias casi las pagamos muy caras.

Apagué la luz, abrí la puerta, saqué la cabeza para mirar a un lado y a otro y comprobar que no había nadie y me fui del despacho de Henry. Ya había conseguido lo que necesitaba, así que no pintaba nada allí. Llegué al despacho de Logan con el corazón latiéndome en la garganta.

—¿Has conseguido algo? —me preguntó nada más de entrar. A él también se le veía nervioso.

—Sí —afirmé.

Tiré un poco del escote del vestido para ahuecarlo y saqué los papeles enrollados. Logan me miró alucinando.

—Buen sitio para esconder cosas —comentó. Le sonreí satisfecha—. Se te da bien hacer esto... —añadió, mirándome con una ceja arqueada en plan escrutador.

—¿Tú crees? —bromeé, mirándolo de reojo.

—Lo creo, lo creo. —Desenrollé los documentos entre risillas y se los tendí—. Perfecto —dijo.

Logan los cogió y los hojeó durante unos segundos, pasando una hoja tras otra. Estaba súper sexy cuando se concentraba.

—Con esto servirá —concluyó.

El perito calígrafo nos explicó el modo en que iba a analizar las firmas: la dudosa y la reconocida.

Estudiaría las analogías y posibles diferencias entre ambas; los ángulos del trazo, la distancia entre grafías, la lateralidad, el tamaño de los óvalos... Incluso las miró con una lupa y con un microscopio estereoscópico.

Me di cuenta de que aquello era todo un mundo. De verdad. Era flipante ver cómo trabajaba.

En varias ocasiones lo observé fruncir el ceño, y en ese momento Logan y yo

intercambiábamos una mirada, a veces de preocupación.

El hombre, de mediana edad, con rostro de sabio griego y ojillos pequeños, no era de muchas palabras. Daba la sensación de que estaba metido en su mundo y de que no era el mismo en el que el resto de los mortales nos encontrábamos.

—Quien haya realizado la firma falsa no es la primera vez que lo hace —dijo al fin.

—¿Eso qué significa? —me adelanté a preguntarle.

—Que tiene mucha práctica en falsificaciones. La firma de su padre está muy lograda. Nunca había visto algo igual —respondió.

—¿Pero puede probar que no es la firma de Hank Summers? —quiso saber Logan.

Los instantes hasta que el perito calígrafo contestó se me antojaron infinitos. ¡Dios Santísimo!

—Por supuesto —dijo. Solté el aire que había estado conteniendo en la garganta—. Pero hubiera sido complicado de no ser por los años que tengo de experiencia en este campo. Como le he dicho a la señorita, la firma está muy lograda. Por suerte, en las falsas siempre se escapa algún gesto inconsciente de los que realiza el firmante de forma automatizada y que el falsificador no logra captar. Pero está claro que quien ha falsificado estos documentos ha elegido al mejor.

—Pero nosotros también hemos elegido al mejor —intervino Simon, que nos había acompañado, puesto que era él el que conocía al hombre.

El perito calígrafo inclinó levemente la cabeza para aceptar el halago que le había hecho el abogado de Logan.

—Haré un informe provisional detallando los pasos realizados en el proceso de análisis comparativo para que lo presenten en la correspondiente denuncia con el testimonio de Hank Summers —tomó de nuevo la palabra—. Después, en el juicio, se ha de presentar un informe en formato judicial. Pero eso es más adelante. Lo tendré listo en un par de días.

Logan estiró la mano hacia él.

—Muchas gracias por su trabajo —le agradeció.

El perito echó hacia atrás la silla de madera en la que estaba sentado y se levantó.

—A ustedes por confiar en mí —dijo cordialmente, estrechándole la mano a Logan.

Seguidamente se la di yo, agradeciéndole también el minucioso trabajo que había hecho, porque realmente había sido encomiable, y después se despidió Simon.

—Ya está —me dijo Logan cuando salimos del despacho del perito calígrafo.

—Ya está —murmuré con una sonrisa en los labios. Pero era una sonrisa agri dulce.

Ya estaban muchas cosas. Ahora, resuelto el problema de mi padre, Logan tenía vía libre para denunciar a los Mont Blanc y hacer efectiva la compraventa de la empresa y del edificio.

Logan había conseguido el objetivo por el que había regresado a *Mont Blanc Enterprise*. Después se iría, y todo acabaría.

Había deseado muchas veces que llegara aquel momento, sobre todo cuando empecé a darme cuenta de que sentía algo por él y de que entre nosotros no podía haber nada. Como me había pasado desde que lo conocía, tenía sentimientos encontrados. Siempre moviéndome entre el amor y la lealtad. Entre el deber y el placer.

Ahora prevalecía una suerte de vacío que me ocupaba por entera, como si tuviera un hueco desocupado en mitad del pecho. Logan se marcharía en unos días y olvidaríamos nuestra historia de Capuletos y Montescos en los brazos de otras personas que nos darían cobijo y nos prestarían un trocito de corazón.

Para mí no iba a ser fácil olvidarme de él. Por supuesto que no. Desde que apareció con su

aire de ángel vengador había puesto mi vida patas arriba y mi corazón también. Ya nada volvería a ser como era antes y yo nunca volvería a ser la misma, porque nunca volvemos a ser los mismos que antes de que una persona pase por nuestra vida.

Pero ante aquella situación no quedaba más que resignarse. Las cosas eran como eran y las circunstancias no pueden cambiarse. Son las que son.

CAPÍTULO 82

LIZZIE

Al día siguiente Logan reunió a los ejecutivos y jefes y jefas de todos los departamentos para comentarles que había vendido la empresa a varios compradores, pero que lo había hecho con la condición de que siguieran manteniendo sus trabajos en las ampliaciones de las compañías que habían adquirido *Mont Blanc Enterprise*, si así lo deseaban.

Un murmullo de extrañeza se extendió por toda la sala de juntas. Nadie se esperaba un gesto así, desde luego. Pero nunca vi tantas caras de alivio como ese día.

Logan les confesó con sinceridad que al principio no tenía pensado poner esa condición, que su interés era únicamente vender la empresa lo antes posible y nada más, pero que alguien lo había convencido, y me miró a mí, y yo creí que me derretiría por dentro. Tanto fue así que bajé la mirada, porque creo que me estaba poniendo roja.

Sonreí, y dejadme decirlos que lo hice con satisfacción. Joder, yo había tenido algo (o mucho) que ver en no mandar al paro a los miles de empleados de la compañía. Las familias con hijos e hipotecas a su cargo no tendrían que verse en la calle.

Aunque Logan era oficialmente «el enemigo», después de decir aquello muchos le aplaudieron, y lo hicieron con respeto. Eso es lo que vi en las miradas de aquellas personas. Algo que jamás vi cuando estaban los Mont Blanc «legítimos» al mando, y algo que no tendrían jamás: el respeto de sus trabajadores.

Después de esa reunión todos empezamos a vaciar los despachos, las oficinas... Se contrató a una empresa especializada para que se deshicieran de toda la documentación que había acumulada de años y que ya no servía para nada. Lo que implicaba a los Mont Blanc (y a mi padre), estaba claro que ya se habían encargado ellos mismos de llevárselo o de hacerlo desaparecer. Para eso sí que habían andado listos.

Logan no paró mucho en la empresa aquellos últimos días. Las firmas de los contratos de compraventa lo tuvieron viajando de un lado a otro del país. De hecho, no nos vimos. Quizá también porque procuramos no vernos.

—¿Estas bien, Lizzie? —me preguntó Judy, mientras metía en una caja de cartón los últimos objetos personales que tenía en el despacho.

Andaba un poco rezagada respecto al resto, lo admito, pero creo que de esa procrastinación se estaba encargando mi inconsciente, porque no estaba siendo nada fácil para mí. Ver la empresa vacía, con ese aire desangelado, era desolador.

Giré la cabeza. Estaba apoyada con el hombro en el marco de la puerta.

—Sí —contesté.

Se acercó a mí y por detrás me acarició los hombros. Mi hermana sabía que no estaba tan bien como pretendía aparentar.

—Es solo una etapa que se cierra —dijo—. Al principio duele, pero después comprendes que tenía que ser así. Es parte de la vida.

Puse mis manos encima de las suyas y suspiré ruidosamente.

—Estoy de acuerdo, Judy —dije, trascurridos unos segundos, y en ese momento creía

firmeramente que tenía razón—. A partir de ahora empezamos una nueva etapa, como tantas a lo largo de la vida. Siempre que se acaba algo empieza otra cosa.

Judy sonrió.

—Estoy segura de que van a venir cosas muy buenas —dijo optimista.

Me di la vuelta y me apoyé en el borde de la mesa del despacho, ya totalmente vacía.

—Yo también. —Asentí—. Dicen que cuando una etapa se acaba, cuando un ciclo se cierra, es porque hicimos todo lo que teníamos que hacer; ya no es necesario permanecer más en ese lugar o con esa persona —dije.

—*Mont Blanc Enterprise* ya forma parte de nuestro pasado. Desde este mismo instante. Hemos dado todo lo que podíamos dar a esta empresa, pero como bien has dicho, este ya no es nuestro lugar, Lizzie.

Cogí la última caja de cartón con las manos y miré a Judy.

—Es hora de irse —dije.

—Sí, es hora de irse —dijo ella.

—¿Ya lo has recogido todo? —le pregunté.

—Sí, acabo de bajar la última caja al coche.

—Entonces ya no tenemos que hacer nada aquí —afirmé.

Judy echó a andar hacia la puerta. En mitad de la estancia miré por última vez el que había sido mi despacho los últimos años. Cogí aire y lo expulsé en forma de suspiro. Sonreí con nostalgia, y salí antes de que la tristeza se apoderara de mí.

Los pasillos estaban vacíos, las puertas de los despachos, las oficinas y las salas de juntas abiertas. No había cuadros, ni jarrones, ni plantas, ni máquinas de café y refrescos... No había nada. Parecía un edificio abandonado, sin alma. La vida que le dábamos los que trabajábamos allí se había esfumado, como si nunca hubiéramos estado, dejando un lugar triste y sombrío. ¿Sabéis lo que se siente al estar dentro de un rascacielos de decenas de plantas totalmente vacío? Diría que incluso es escalofriante.

Me alegré mucho de que mi hermana estuviera conmigo.

Cargadas con nuestras cajas, cogimos uno de los ascensores y bajamos hasta el garaje. Teníamos las plazas de aparcamiento contiguas, así que hicimos el trayecto juntas.

Cuando fui a echar mano a las llaves del coche, me di cuenta de que no las tenía. Dejé la caja de cartón sobre el capó y las busqué en todos los bolsillos: en los de los pantalones, los de la americana, pero no aparecían por ninguna parte. Torcí el gesto.

—Creo que me he dejado las llaves en el despacho —le dije a Judy.

—¿Has buscado bien en los bolsillos?

—Sí —contesté, aunque volví a palparlos, por si acaso—. Las he dejado encima de la mesa de conferencias —recordé.

—¿Quieres que te acompañe a por ellas? —se ofreció.

—No, subo en un momento yo. Ahora vengo —dije, desandando el camino que habíamos hecho.

—Vale, mientras tanto voy metiendo la caja de mis cosas en el coche.

—Vale —dije.

Al salir del ascensor en la planta, llamó mi atención la cuña de luz que emergía del despacho de Henry, situado al final de uno de los pasillos. Era extraño porque cuando Judy y yo bajamos al garaje no estaba.

Antes de que pudiera pararme a pensar en nada, ya me dirigía hacia allí, como si mis pies

tuvieran voluntad propia, porque no recuerdo haber dado la orden a mi cerebro de echar a andar. Me regañé a mí misma por no darle un par de vueltas en la cabeza a algunas cosas antes de lanzarme a ellas. Por suerte y debido al trasiego de la mudanza, no llevaba unos de mis acostumbrados zapatos de tacón, sino unas manoleínas, así que me protegía el silencio y la oscuridad del pasillo.

Unos metros antes de llegar oí el rumor de varias voces masculinas. Reduje el paso y comencé a caminar cautelosamente. Mi vocecilla interior me decía que tuviera cuidado.

A medida que avanzaba distinguí la voz de Henry y la de Rod. Con cuidado para no hacer notar mi presencia, me situé al lado de la puerta y agucé el oído.

—Esos dos están tramando algo —dijo Henry.

—¿Por qué estás tan seguro? —le preguntó Rod.

—Porque vi a esa zorra de Lizzie en este pasillo y estoy seguro de que estuvo en mi despacho husmeando...

Por poco no se me salió el corazón por la boca cuando lo escuché. Henry intuía que Logan y yo andábamos detrás de algo.

—Quizá fue una casualidad.

—Yo no creo en las casualidades —volvió a hablar Henry, rebatiendo a su hermano—. Eran las tantas de la noche y estaba demasiado cerca de mi despacho, Rod, y en este pasillo no hay ninguna estancia más. Además, están liados. A ella le ha faltado tiempo para meterlo entre sus piernas. Después del tiempo que yo he estado detrás de ella y ha tenido que liarse con ese puto bastardo.

La bilis que rezumaba en cada palabra que pronunciaba daba asco. Cada día que pasaba me alegraba más de no haberle hecho ni caso las veces que me hablaba de lo que supuestamente sentía por mí, que no era nada, excepto unas ganas locas de llevarme a la cama para después, seguramente, dejarme tirada. Como hacía con todas. Henry tenía de señor lo que yo de marciala.

Y que se refiriera a Logan como «bastardo», con el desprecio y la crueldad con que lo hacía era poco menos que una indecencia, y lo decía él, que junto con sus hermanos habían arruinado a su padre.

«Desgraciado», pensé.

Tuve que morderme la lengua hasta hacerme daño para no entrar y decirle cuatro cosas bien dichas.

—Es una pena que hoy no haya ido en el coche con él...

Fruncí el ceño. ¿De qué mierdas hablaba? ¿Por qué era una pena que yo no fuera en el coche con Logan?

—¿Lo van a hacer hoy? —le preguntó Rod.

Agucé de nuevo el oído.

—Ya está hecho. Mañana los periódicos de Nueva York darán la noticia en primera plana del fatídico accidente de coche que ha sufrido Logan Mont Blanc —respondió Henry con voz maliciosa.

¿Qué?

El corazón me dio un vuelco.

¿Había escuchado bien? ¿Henry había dicho lo que parecía? ¿Por qué estaba tan seguro de que Logan iba a tener un accidente de coche?

Mi cabeza empezó a ir a mil por hora atando cabos.

Esos hijos de puta le habían hecho algo en el coche para que tuviera un accidente.

—¡Joder! —mascullé.

Tenía que hablar con Logan como fuera. Tenía que ponerlo sobre aviso. Eso si no había tenido el accidente ya. Se me revolvió el estómago.

Me giré y me fui de allí a toda prisa. Noté que se me debilitaban las piernas. En el ascensor, saqué el móvil del bolsillo de la americana y busqué el número de Logan. No sé cómo atiné a llamarlo porque estaba nerviosísima. Me temblaban las manos y apenas era capaz de teclear.

Un tono...

«Que lo coja, por favor.»

Dos tonos...

«Que lo coja..., que lo coja.»

Tres tonos...

«Que lo coja. Por favor, por favor...»

Me mordisqueé los labios.

Cuatro tonos...

—Lizzie... Hola.

Cerré los ojos un instante y me llevé la mano al pecho, aliviada mientras el ascensor seguía bajando.

—Menos mal que lo has cogido —suspiré.

—Lizzie, te oigo muy mal. ¿Qué pasa?

—Para el coche, Logan.

—¿Qué?

—¡Para el coche! ¡Detente donde estés! —le grité a través del teléfono.

—Lizzie..., te escucho fatal... ¿Me has preguntado dónde estoy? Voy... Filadelfia... He salido... algo más de una hora de Nueva...

Joder, no me estaba entendiendo y para colmo de males se estaba entrecortando la llamada. Puta cobertura. Estar metida en el ascensor e inmersa ya en las plantas del sótano no ayudaba nada.

—¡¡¡Para el coche, Logan!!! —volví a gritarle.

—Lo siento..., pero no... escuch...

—¡¡JODER!!

Asombrosamente logré bajar hasta el garaje sin que me diera un síncope. Las puertas del ascensor se abrieron y yo salí disparada hacia el aparcamiento.

—Los Mont Blanc han hecho algo a tu coche, Logan. Lo han manipulado —le dije—. Logan, para el coche, por favor. Detente donde estés.

—Lizzie, lo siento... pero... no... entiendo...

Chasqué la lengua, molesta por no poder hacerme entender.

Y de repente todos los sonidos que había a mi alrededor desaparecieron, para escuchar lo que ocurría al otro lado de la línea.

Un fuerte frenazo, un chirrido de ruedas, y un golpe seco, abrupto. Brutal. El crujir de metales que me heló la sangre.

Y después silencio.

Un silencio ensordecedor y siniestro.

Me quedé clavada en mitad del garaje, sin poder respirar, sin poder reaccionar, sin poder pensar.

No podía ser verdad.

Acababa de escuchar en directo cómo Logan se estrellaba con el coche.
Todo se ralentizó a mi alrededor.
Todo se paró.
Todo adquirió una dimensión extraña, irreal, ilusoria, vertiginosa...
Tenía que ser un mal sueño. Sí, tenía que ser un puto mal sueño.

CAPÍTULO 83

LIZZIE

—¡¡No, no, no!! —grité. Las paredes del garaje me devolvieron el eco de mi voz llena de horror—. Por favor, no... ¡Logan! ¡Logan!

Los gritos alertaron a mi hermana, que vino corriendo hacia donde me encontraba.

—Lizzie, ¿qué pasa? Tienes la cara desencajada —dijo, cuando me alcanzó.

—Es Logan, Judy, es Logan... —No era capaz de articular más palabras que su nombre.

Me moví, inquieta.

—¿Qué pasa con Logan? —me preguntó.

—Los Mont Blanc... su coche... han hecho algo... —Mi respiración se volvió superficial.

—Lizzie, necesito que te tranquilices para que me expliques qué está pasando. —La voz de mi hermana me calmó un poco.

Tomé aire y traté de hablar más claro.

—Logan ha tenido un accidente, Judy. Estaba... Estaba hablando por teléfono con él y lo he escuchado. He escuchado cómo se estrellaba...

Sentí un escalofrío como un latigazo cuando lo decía. Las lágrimas empezaron a correr precipitadamente por mis mejillas.

—¿Estás segura?

Me di cuenta de que todavía tenía el teléfono en la oreja.

—¡¡Logan!! —grité de nuevo, desesperada—. ¡Logan, respóndeme! ¡Por favor, respóndeme! —le suplicaba una y otra vez—. Por favor...

No oír nada al otro lado me desesperaba todavía más. Todo se había quedado en un silencio raro y extremadamente perturbador. Pensar en la posibilidad de que Logan pudiera estar muerto, atrapado entre los amasijos de hierro del coche me estaba volviendo loca.

—Sí, estoy segura —le respondí a mi hermana después de un rato. Estaba tan angustiada que no coordinaba bien—. Tenemos que ir a buscarlo, Judy, tenemos que ir...

—¿Sabes dónde está?

Me mordí el labio nerviosamente.

—No —dije con desesperanza.

—¿Y no te ha dicho nada que te pueda dar una pista? —planteó mi hermana.

Me obligué a pensar. Necesitaba tener la cabeza fría, o medianamente fría. Rememoré la conversación que habíamos mantenido mientras me frotaba la frente con la mano.

—Me ha dicho que... que iba a Filadelfia —empecé a recordar—, que había salido de Nueva York hacía una hora. —Me quedé pensando unos segundos para cerciorarme de que era eso lo que me había dicho y no producto de mi imaginación—. Sí, me ha dicho que iba a Filadelfia —concluí.

—Bien, ya tenemos algo. Vamos —dijo Judy con resolución.

—Vamos —dije.

—Mejor en mi coche, Lizzie. No estás en condiciones de conducir —apuntó Judy, al advertir que me dirigía a mi vehículo.

—Sí, tienes razón. Además, al final no he cogido las llaves de mi coche del despacho —caí en la cuenta.

Metí rápidamente la caja de mis cosas, la que había dejado sobre el capó, en el maletero del coche de Judy, nos subimos a él y salimos zumbando del garaje.

—Seguro que ha cogido la Interestatal 95 dirección sur —dijo Judy.

Asentí mecánicamente. Por asentir, vamos.

Menos mal que al menos mi hermana era capaz de pensar de forma medianamente coherente, porque yo, en el estado de aturdimiento en el que estaba, no sé si hubiera sido capaz siquiera de haber salido del garaje.

—Voy a llamar a emergencias para contarles la situación —dije.

—Bien —contestó Judy, que ya tomaba la Octava hacia Central Park.

Me costó convencer a la señorita que atendió la llamada de emergencias para que una ambulancia acudiera a socorrer a un herido por accidente de tráfico, pero que no sabía ni siquiera donde había sido el accidente. Todo era rocambolesco y extraño. Pero finalmente, supongo que al ver el nivel de desesperación y angustia que tenía, accedió a avisar a una unidad móvil.

Ya en la Interestatal 95, con las pistas que me había dado Logan por teléfono y el GPS, acotamos un tramo de carretera en el que pudiera haber tenido lugar el accidente.

El camino fue una agonía. Algo que no desearía ni a mi peor enemigo. La angustia, la incertidumbre y la ansiedad que tenía eran inhumanas.

—No quiero que le pase nada, Judy... —dije agobiada—. Me muero si le pasa algo malo a Logan.

—No le va a pasar nada, Lizzie —trataba de consolarme ella.

Negué para mí. Me horrorizaba la idea de pensar que Logan pudiera morir. El nudo que se me hacía en la garganta era de tal tamaño que sentía como si una mano invisible me estuviera estrangulando.

Al acercarnos a la zona que habíamos acotado, empecé a prestar mucha más atención a la carretera. La visibilidad que teníamos, siendo de noche, no era la más apropiada. Pero lo que en un principio podía ser un obstáculo o una dificultad, se convirtió en un aliado.

Poco después de pasar el embalse de *Fresh Ponds*, en Massachusetts, a unos cincuenta y cinco minutos de Nueva York, percibimos un resplandor azulado que emergía del lado derecho de la carretera.

—Ahí hay una luz —le dije a Judy, señalando impaciente con el dedo el lugar de donde provenía—. Ve disminuyendo la velocidad.

Judy desaceleró poco a poco hasta alcanzar el punto concreto desde el que salía la luz. No había ningún coche, pero era el mismo tono de azul de los faros de Logan.

—¡Para, Judy, para! —le pedí—. Estoy segura de que son las luces del coche de Logan.

Judy dio enseguida la intermitencia y se desvió hacia el arcén con cuidado para no entorpecer el resto de la circulación.

Apenas había parado el coche y puesto las intermitencias de emergencia cuando me bajé de él.

—Lizzie, ten cuidado —me dijo, pero yo ya no la escuchaba. Tenía la mirada puesta en el resplandor azul.

El corazón se me detuvo en seco cuando al asomarme a la zanja, vi el coche de Logan al fondo.

—¡Está aquí! —grité.

Judy ya había acudido a mi lado.

La zanja no era profunda y tampoco estaba muy empinada, así que no me lo pensé y bajé. Judy siguió mis pasos. Donde iba yo, iba ella.

El cuerpo se me descompuso por entero cuando vi a Logan a través del hueco de la ventanilla, ya sin cristal porque se había hecho añicos, algunos de los cuales los tenía él encima.

Di un grito.

¡Dios Santísimo!

Estaba reclinado hacia un lado, con la cabeza ladeada, inconsciente. Tenía los ojos cerrados y la cara surcada de regueros de sangre que goteaban manchándole dantescamente el blanco impoluto de la camisa.

—¡Logan! ¡Logan! —lo llamé histérica.

Agarré el picaporte de la puerta y di un tirón para abrirla, pero no pude. El metal del coche chirrió, como si se estuviera lamentando. Apreté los dientes y tiré de él con más fuerza. Por mis ovarios que la puerta se abría. Por fin el cerrojo cedió y la abrí de par en par. Estaba jadeante y sin aliento.

Metí un poco la cabeza y lo llamé de nuevo. El corazón me latía a toda prisa.

—Logan, Logan... —insistí. Empecé a desesperarme porque no contestaba y ni siquiera abría los ojos. Sus fascinantes ojos de color del oro viejo—. Logan, no puedes morirte, no puedes hacerme esto. No puedes... —sollocé al tiempo que le tocaba la cara—. Judy, no me responde —lloré desconsoladamente, acariciándole la mejilla con mucha suavidad. Las heridas que tenía dolían solo con mirarlas—. No me dice nada, no abre los ojos... —lloré.

—Lizzie, mira si tiene pulso —dijo mi hermana, muy emocionada por la situación que estábamos viviendo.

Bajé la mano hasta el cuello de Logan y traté de encontrarle el pulso. La sangre caliente me impregnó los dedos. Sentí un escalofrío. Palpé el lado por donde pasa la yugular. Un débil aleteo palpó en mis yemas.

—Tiene pulso, Judy —dije, y creo que no he sentido tanta alegría en toda mi puta vida como en ese momento al saber que Logan no estaba muerto.

En ese momento sonó mi teléfono. Me limpié como pude la mano en la tela del pantalón y lo saqué del bolsillo. Era un número muy largo, lo que me llevó a pensar que seguramente fuera el personal de emergencias.

No quería desatender un minuto a Logan, así que se lo pasé a Judy.

—Seguro que son los de emergencias, díles que lo hemos encontrado y el punto exacto en el que estamos —le indiqué.

A mi hermana le faltó tiempo para coger el móvil y hablar con ellos.

—Logan, mi amor... —susurré cerca de su rostro. Tenía un fuerte golpe en la frente, de donde manaba la sangre y rasguños por todas partes de las cortaduras de los cristales—. Logan, despierta... Logan, mírame. Mírame, por favor... —sollocé.

Eché un vistazo al coche. La parte delantera estaba totalmente abollada. De hecho, había desaparecido. Todo hacía indicar que se había estrellado con el enorme árbol que había al pie de la carretera y que después había caído al terraplén.

—Lizzie, la ambulancia está a punto de llegar. Voy arriba para que me vean, y señalarles el lugar —dijo Judy.

—Vale —respondí—. Ten cuidado.

—Lo tendré, no te preocupes.

Judy ascendió por el terraplén y yo me giré de nuevo hacia Logan.

Fue en ese momento extremo, al ver que estaba a punto de perderlo (y para siempre), cuando me di cuenta de que lo amaba como nunca había amado a nadie. Ni siquiera a Steven lo había querido con esa intensidad. Cuando me di cuenta de que nada me importaba, ninguna de las circunstancias que nos rodeaban. NINGUNA. Solo quería pasar el resto de mi vida con él.

Me daba igual quién fuera. Me daba igual que fuera Logan Mont Blanc. También era el hombre del que me había enamorado, y el hombre al que no quería perder, porque dolía. Me dolía el alma pensar que quizá aquella fuera la última vez que lo viera. Me dolía haber sido tan estúpida como para haber dejado escapar la oportunidad de estar con él.

El sonido de una sirena se oyó a lo lejos.

«Por fin», pensé.

Si había una posibilidad de que Logan viviera, estaba en aquella ambulancia que se acercaba a toda velocidad por la Interestatal 95.

CAPÍTULO 84

LIZZIE

Cuando fui a casa a darme una ducha y a coger una muda y algo de ropa para regresar al hospital al lado de Logan, llegaron mis padres. Les había contado un poco por encima lo que había pasado, menos el detalle principal.

—¿Por qué vas al hospital a cuidar a Logan Mont Blanc? —me preguntó mi madre, extrañada.

—Porque no tiene a nadie que lo haga —respondí.

—Pero ese no es tu problema —intervino mi padre—. No eres nada suyo, Lizzie.

—No voy a dejarlo solo —contesté con tenacidad.

—¿Por qué? —quiso saber mi madre.

Metí la camiseta en la mochila que estaba preparando y suspiré.

—Estoy enamorada de él —solté sin anestesia ni preparación de ningún tipo.

Ya no me apetecía seguir escondiéndolo, ni andar mintiendo, y el hecho de haber estado a punto de perderlo, el miedo tan atroz que había sentido, me habían imbuido un valor que probablemente antes no tenía. Antes tenía la sensación de que estaba traicionando a mi familia y a mí misma, ahora solo quería estar con Logan y ayudarle a que se recuperara del gravísimo accidente que había sufrido por culpa de los Mont Blanc.

—¿Cómo que estás enamorada de él, Lizzie? —volvió a hablar mi madre. Mi padre puso cara de circunstancias, o cara de estar dándole un infarto. No sé muy bien...

Me encogí de hombros.

—Lo que habéis oído. Estoy enamorada de Logan Mont Blanc.

—Pero ese hombre es nuestro ene...

—No es nuestro enemigo, mamá —la corté. Abrí la cremallera del neceser e introduje mis enseres personales en él—. No tiene nada en contra de nosotros. Su venganza era contra los Mont Blanc, y no le faltaban razones, ya veis que han querido matarlo.

—Lizzie, no creo...

Me planté en mitad de la habitación, como si fuera un soldado dispuesto a batallar.

—Papá, me da igual lo que me digáis —lo interrumpí con firmeza—. No voy a dejarlo solo en el hospital. Ni loca lo haría. Voy a estar ahí cuando despierte y le voy a decir que le quiero —dije en tono tranquilo. No tenía ninguna intención de discutir con mis padres, y menos en aquel momento, pero sí tenía ganas de dejar las cosas claras—. Me da igual si mi comportamiento os decepciona... —Miré a mi padre—. He estado toda la vida tratando de demostrarte mi valía y no me ha servido de mucho —hablé apenada—, porque yo nunca era una trabajadora lo suficientemente cualificada para tener un alto cargo en *tu* empresa —enfaticé a conciencia el «tu»—. Así que ahora solo quiero hacer lo que me pide el corazón, me equivoque o no —agregué rotunda.

Mi padre se quedó con la expresión del rostro congelada, sin saber qué decir.

—Lizzie, yo... —Bajó un poco la mirada—. Quizá he sido demasiado duro contigo —comenzó—. Quizá no te he apoyado lo suficiente estos años que has estado en la empresa... Pero

soy consciente de que has manejado a la perfección todo el asunto de la quiebra de la compañía y de que, si hubiera dependido de ti, *Mont Blanc Enterprise* no hubiera caído.

Mentiría si dijera que no me sorprendió la reacción de mi padre, porque nunca pensé que reconocería que se había equivocado conmigo y que me había tratado con una dureza con la que no me hubiera tratado de haber sido un hombre.

—Eres una excelente profesional, al igual que tu hermana. Estoy muy orgulloso de las dos —añadió.

Mi madre lo miraba con los ojos como platos, como si le hubieran crecido dos cabezas. Ella también estaba flipando con la reacción de mi padre, y no era para menos, os lo aseguro.

—Podíais daros un abrazo —propuso, así como el que no quiere la cosa.

Mi padre me miró como un niño pequeño al que acabas de regañar por hacer una trastada. La única explicación que encontré a su comportamiento es que los años le estaban ablandando.

Fui hacia él y lo abracé. ¿Os podéis creer que nunca había abrazado a mi padre? O si lo había hecho tenía que haber sido hacía un montón de años porque no me acordaba.

—Sé que no os lo digo a menudo, pero te quiero mucho, Lizzie.

—¿Que no nos lo dices muy a menudo? —dije ceñuda, pero en tono de broma—. Papá, no nos lo dices nunca.

Mi padre se llevó la mano a la cabeza y se rascó la nuca.

—Si..., bueno... —titubeó con vergüenza. Creo que hasta se puso colorado.

Me lancé a él y volví a abrazarlo. Al fin y al cabo era mi padre y con todo lo que había pasado con Logan yo estaba muy sensibilera.

Mi madre nos miraba con los ojos empañados por las lágrimas.

Deshice el abrazo.

—Siento mucho si no estáis de acuerdo con lo de Logan Mont Blanc, pero sobre el corazón no se manda —dije, porque lo iba a llevar adelante costase lo que me costase.

Mis padres se miraron. Llevaban tantos años juntos, que parecían entenderse solo con la mirada.

—Lizzie, para nosotros lo principal es tu felicidad —tomó la palabra mi madre, que se acercó y me cogió las manos para envolverlas con las suyas—. Lo pasaste muy mal por culpa de Steven, tanto que casi te costó la vida.

Su rostro se contrajo ligeramente mientras me acariciaba las cicatrices de las muñecas con los pulgares. El asunto de mi intento de suicidio le seguía doliendo mucho.

—En ningún momento nos vamos a oponer si tienes una relación con Logan Mont Blanc —continuó—. Es algo vuestro. Tuyo y de él. Si es bueno para ti, es bueno para nosotros.

No pude evitar sonreír.

—Es maravilloso —dije con los ojitos brillantes.

Mi madre sonrió.

—Además... —intervino mi padre—. Él fue el que nos puso sobre aviso con todo el lío de las firmas falsas. Te lo dijo a ti primero antes de denunciarnos. A saber qué hubiera pasado si no te lo hubiera comentado... Seguramente los Mont Blanc me hubieran arrastrado con ellos sin ningún miramiento. No tienen escrúpulos. No me extraña que Logan Mont Blanc quiera que paguen por todo lo que le han hecho.

—Eso fue un detallazo, ¿eh? —dije, en tono distendido, guiñándoles un ojo a mis padres.

—Lo fue —afirmó mi padre.

—Voy a terminar de recoger algunas cosas para irme al hospital —comenté—. No quiero

dejarlo solo mucho tiempo.

—Ve —dijo mi padre con media sonrisa en los labios.

Miré a uno y a otro unos instantes.

—Os quiero mucho —dije.

Madre mía, estaba sensiblera de cojones.

—Y nosotros a ti —respondió mi madre.

Me giré en redondo antes de empezar a llorar (ya habíamos tenido suficiente dosis de drama por el momento), y terminé de meter en la mochila las cosas que me quería llevar al hospital.

CAPÍTULO 85

LIZZIE

Logan consiguió salvar la vida, por fortuna, pero entró en el hospital con pronóstico de gravedad. Estuvo tres días en cuidados intensivos debido a varios traumatismos severos que tenía en la cabeza y a las contusiones en el cuerpo que le había provocado el brutal impacto del coche. Los médicos me dijeron que se había salvado de milagro, porque el accidente había sido brutal, y que mi rápida acción probablemente había sido la que le había salvado la vida. Quizá si hubiéramos llegado unos minutos más tarde nos lo hubiéramos encontrado muerto.

Imaginaos cómo se me quedó el cuerpo... Ufff...

Yo estaba con él siempre que me dejaban. En cuidados intensivos el tiempo era reducido, pero aprovechaba cada visita al máximo. Pasaba cada minuto a su lado, cada segundo, esperando el momento en que despertara para poder ver de nuevo sus preciosos ojos del color del oro viejo.

El quinto día lo trasladaron a planta. Fue un alivio que dejara los cuidados intensivos atrás, porque eso significaba que iba mejorando, que ya quedaba menos para recuperarse y que yo podía estar las veinticuatro horas del día con él, ya sin restricciones de tiempo.

Cuando entré la primera vez en la habitación estaba tumbado en la cama, con los ojos cerrados (como desde que había tenido el accidente), tapado con las sábanas con el logotipo del hospital. A su alrededor había varias máquinas que vigilaban sus constantes vitales para que todo estuviera correcto. De un gotero colgaba una bolsa de suero enchufada a la vía de la mano. Su cara, tallada por Dios, permanecía oculta parcialmente por una máscara de oxígeno. Tenía la piel pálida y llena de moratones. El golpe de la frente estaba tapado con un apósito.

No me sorprendía. Lo había visto en peores condiciones los días que había estado en cuidados intensivos.

Le llevé un ramo de flores para que diera un poco de color a la estancia y la perfumara. Lo coloqué en un jarrón que pedí en la recepción y que amablemente me prestaron.

Los días que Logan estuvo sedado el mundo pareció haberse detenido, y en cierto modo así fue, por lo menos el mío. Mi mundo había dejado de girar sin él. Tenía la sensación de que mi vida se había parado y que estaba estancada en un punto indeterminado.

Acerqué el sillón a la cama y me senté a su lado, con la banda de ruidos intermitentes que hacían las máquinas de fondo. Alargué la mano y le aparté un mechoncito de pelo que le caía por la frente.

Se lo estaba colocando cuando por fin despertó. La tarde se escapaba y un sol vaporoso entraba por la ventana, tiñendo la atmósfera de un amarillo empolvado.

—Hola —susurré.

Logan giró lentamente la cabeza hacia el sonido de mi voz. Cuando vi nuevamente sus ojos, el corazón me dio un brinco. Le sonreí con un gesto encantador que me nacía del centro del alma.

—Joder, eres lo más bonito que se puede ver al abrir los ojos —dijo.

Tenía la voz pastosa, como si tuviera resaca, o lo acabaran de desenterrar.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté.

—Ha habido días que he estado mejor —respondió a través de la mascarilla de oxígeno, con ese punto sarcástico que lo acompañaba siempre.

Esbocé una leve sonrisa. Me emocioné mucho al verlo despierto y hablándome. Me mordí el labio mientras tragaba el nudo que se me había formado en la garganta.

—Me has dado un susto de muerte —dije.

—¿Tan mal aspecto tengo? —bromeó.

Moví la cabeza, negando. Lo había pasado realmente mal.

Logan alzó el brazo y puso la mano en mi rostro para limpiarme la lágrima que se deslizaba por mi mejilla. Me había prometido no llorar, pero fue inevitable.

—¿Qué pasa, Lizzie? —me preguntó.

—Pasa que he tenido mucho miedo de perderte. Pensé que te morías, Logan... De verdad que lo pensé —confesé entre lágrimas—. Cuando te vi en el coche... —me callé súbitamente.

Aquella imagen me ponía los pelos de punta. Cuando lo liberaron por fin del coche y lo tendieron en la camilla... Pufff...

Se bajó la mascarilla del oxígeno. Pasó el pulgar por mi mejilla con ternura.

—Yo también he pasado mucho miedo, mi niña... —dijo. Lo miré sorprendida—. Miedo de no volver a verte, miedo de morirme sin haberte dicho antes que te quiero. Que te quiero de una forma que ni siquiera entiendo, porque no me había pasado nunca.

Si antes lo había mirado sorprendida, imaginaos cómo lo miré en ese momento. Por poco no se me descuelga la mandíbula.

—Logan... —balbuceé su nombre, perpleja por la confesión que acababa de hacerme.

—He vuelto por ti, Lizzie —aseveró.

—¿Qué quieres decir?

Se pasó la lengua por los labios, reseco por la máscara de oxígeno.

—No sé si fue un sueño o fue real, pero he visto a mi madre. —dijo—. Yo iba hacia ella, pero me dijo que no era mi momento, todavía no..., y me habló de ti, Lizzie—. Me froté el brazo para paliar el escalofrío que sentí. Se me puso todo el cuerpo con carne de gallina—. Me dijo que luchara por ti, que tenía muchas cosas bonitas que vivir contigo... Me dijo que no dejara que nada fuera más importante que tú, ni siquiera la venganza. —Logan movió la cabeza, como si él mismo no terminara de creerse lo que estaba contando—. Supongo que fue un sueño fruto de la ingente cantidad de sedantes que me han metido en el cuerpo para los dolores, pero sentí mucha paz. Ella estaba bien, Lizzie. La vi feliz, tranquila, y me sonreía de esa manera serena con que me sonreía cuando era niño. —Me miró—. Le caes muy bien a mi madre —bromeó.

Me eché a reír entre las lágrimas que ya corrían por mi rostro sin control.

—Tú tampoco les caes mal a mis padres —dije, enjugándome las mejillas con los dedos.

Logan abrió ligeramente los ojos, atónito.

—¿Saben que...?

—¿Que me he enamorado de ti como una loca? —lo corté con suavidad—. Sí —respondí.

Logan sonrió. Buscó mi mano y me la cogió.

—Seguro que les voy a caer mejor cuando les digas que te quiero. Porque te quiero, Lizzie —confesó—. Como un demente.

—Y yo a ti —dije, sonriendo como una tonta. La sonrisa me debía de dar la vuelta a la cara.

Me incliné y le di un beso en los labios. Un beso pequeño, suave, tierno...

La máquina que medía el ritmo cardíaco se aceleró, aumentando su intermitente pitido. Me erguí y miré el monitor, asustada.

—Logan, ¿qué te pasa? —pregunté—. ¿Llamo a la enfermera?

Él simplemente sonrió.

—No te preocupes, cariño. El corazón se me ha acelerado por las putas ganas que tenía de probar otra vez tus labios —dijo tranquilo. Suspiré—. Ahí tienes la prueba irrefutable de cómo se pone mi corazón cuando estás cerca.

Sacudí la cabeza entre risillas. La máquina había detectado el aumento del latido de su corazón a mi beso. ¡Dios, era de locos!

—Ha tenido que pasar todo esto para que nos demos cuenta de que nos queremos mucho más de lo que pensábamos —dije.

—Creo que ninguno de los dos estaba preparado para sentir lo que ha sentido por el otro, Lizzie. Ha sido algo inesperado —dijo Logan—. Sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias en las que estábamos. Pero esto nuestro es algo muy intenso, muy especial. ¡Joder, tú eres muy especial! —enfaticó.

—Tú también eres muy especial para mí, Logan... —dije—, pero eso no significa que no te quiera estrangular a veces —añadí con mordacidad.

Logan rio, o intentó reírse porque con tanto aparato, tanta herida y tanto moratón no era fácil.

—A lo mejor nuestro destino sí es estar juntos, después de todo —afirmó en tono de complicidad.

—Sí, a lo mejor sí —contesté.

—¿Te arrepientes de haberme conocido, Lizzie?

Hice una mueca.

—No niego que al principio sí. Eras el enemigo y me gustabas más de lo que deberías, pero ahora desde luego que no. Logan, eres una de las mejores cosas que me han pasado en la vida —aseveré—. Por eso he tenido tanto miedo pensando que podía perderte.

—Siento haberte hecho sufrir con ese maldito accidente. No sé cómo ocurrió... Las marchas dejaron de funcionar... —dijo confuso.

—Logan, fueron los Mont Blanc —lo interrumpí—, fueron tus hermanos...

CAPÍTULO 86

LOGAN

Me quedé perplejo ante la afirmación de Lizzie.

—¿Qué dices, Lizzie? —le pregunté.

—Fueron ellos. Ellos provocaron tu accidente —repitió—. Escuché por casualidad decírselo a Henry.

En su rostro no había ninguna duda.

—¿Estás segura?

—Logan, por eso te llamé por teléfono. No me oías bien, la llamada se entrecortaba porque estaba en el garaje, pero te pedí que pararas, que detuvieras el coche allí donde estuvieras —respondió—. Cuando te llamé yo ya sabía que los Mont Blanc habían manipulado tu coche. Oí como se lo decía Henry a Rod. Rod le preguntó que si lo iban a hacer y Henry dijo que ya estaba hecho, que al día siguiente todos los periódicos de Nueva York darían la noticia del fatídico accidente de tráfico que habías tenido.

—¡Grandísimos hijos de puta! —exclamé. Apreté tanto los dientes que por poco no se me rompieron—. Por eso las marchas del coche no iban bien y tampoco los frenos...

Todo encajaba.

Bufé.

Habían intentado matarme, y lo peor es que habían estado a punto de conseguirlo.

—Henry sospecha que tú y yo estábamos tramando algo juntos. Me vio merodear por su despacho la noche que fui a buscar los documentos originales para lo de las firmas falsificadas de mi padre, y llegó a esa conclusión —me explicó Lizzie.

Chasqué la lengua contra el paladar ruidosamente, cabreado conmigo mismo.

—¿Cómo he sido tan tonto? ¿Cómo? —gruñí—. ¿Cómo no he caído en que harían algo para tratar de quitarme del medio? —lancé al aire—. Para los Mont Blanc yo soy un estorbo, lo he sido siempre, y ellos son capaces de cualquier cosa...

Me maldije por no haber sido más precavido. Por no haberlo visto venir. Tenía que haberme dado cuenta de que tramarían algo para quitarme de en medio. Eso es a lo que estaban acostumbrados, a llevarse por delante a quienes les estorbaban. Eran poco menos que unos mafiosos.

—Incluso Henry dijo que era una pena que yo no fuera contigo en el coche —añadió Lizzie.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Se me revolvieron las tripas del asco. Solo pensar que podían haber atentado también contra Lizzie... Joder.

Apreté los puños hasta que los nudillos se me pusieron blancos. Noté cómo la aguja de la vía tensaba la piel de la mano.

—¡Puto despedido! —Me mordí el labio con fuerza—. Si te hubiera pasado algo a ti, te juro que me hubiera levantado de la tumba para matarlo con mis propias manos.

El monitor multiparámetros que medía los signos vitales volvió a pitar al registrar el aumento de los latidos de mi corazón. Aquel tema me estaba alterando de mala manera.

Lizzie colocó su mano en mi hombro en un gesto tranquilizador.

—Cálmate, Logan. Por favor... —me pidió con voz tierna, al ver el estado en el que me encontraba.

Si no fuera porque estaba en una cama, rodeado de un montón de aparatos, hubiera buscado a Henry hasta debajo de las piedras y le hubiera pegado la paliza que no le di, y que me quedé con ganas de darle el día que le estrellé la cara contra la mesa de conferencias del despacho de Lizzie. ¡Cómo me arrepentía en aquel momento de no haberle partido la boca!

Respiré hondo y traté de tranquilizarme, o acabarían viniendo las enfermeras a ver qué pasaba. Además, no quería que Lizzie me viera así. Ya había sufrido bastante con todo lo del accidente.

—La policía ya está investigándolos —tomó de nuevo la palabra—. Yo les conté todo lo que había escuchado y están detrás de ellos. No te preocupes, al final lo pagarán.

—Si no lo pagan de una manera lo pagarán de otra —afirmé contundente—. Voy a hablar con Simon para que prepare la denuncia. No solo les he dejado sin su empresa, voy a hacer que todo el peso de la ley caiga sobre ellos. Van a pagar cada uno de los delitos que han cometido. Voy a acabar con la era de los Mont Blanc en Nueva York. Su alargada sombra ya no va a perjudicar a nadie más.

—Pero llámalo más tarde, ahora quiero estar un ratito contigo —me pidió Lizzie en tono dulce—. Necesito estar un ratito contigo.

—Por supuesto, mi niña... Tus deseos son órdenes para mí —dije.

Resistirle a sus peticiones era muy complicado. Además, a mí me apetecía muchísimo estar con ella. Los Mont Blanc podían esperar... un poco más.

Alargué el brazo y le acaricié el rostro cariñosamente.

La puerta de la habitación se abrió y entró una enfermera joven, de unos treinta años, vestida impolutamente de blanco y con una carpeta en la mano.

—¿Qué tal se encuentra, señor Mont Blanc? —me preguntó.

—Bien —contesté.

Se acercó al monitor y echó un vistazo a los parámetros de las constantes vitales.

—Todo está bien —dijo. Se volvió hacia nosotros—. En un ratito le traerán la cena.

—Señorita... —dije, cuando ya se había dado la vuelta para marcharse.

—Dígame...

—¿Sabe dónde dejaron mis pertenencias cuando me trajeron en la ambulancia? —le pregunté.

—Sí, están metidas en el armario —respondió, señalándolo con el dedo.

—Gracias —dije amable.

Sonrió y enfiló los pasos hacia la puerta. Giré la cabeza hacia Lizzie.

—¿Te importaría mirar si hay un sobre entre las cosas que trajeron?

—Sí, claro.

Se dirigió al armario, lo abrió y sacó una bolsa de plástico. Metió la mano en su interior y tras trastear dentro unos segundos, extrajo un sobre.

—Logan, ¿es este? —me preguntó, mostrándomelo en alto.

—Sí —dije.

Me fijé en que estaba arrugado y que tenía alguna de las esquinas magulladas. No era de extrañar.

—Ábrelo —le pedí.

—¿Es algo de trabajo? —Lizzie me miró con los ojos entornados—. ¿No me digas que te vas a poner a trabajar? —refunfuñó—. Te estás recuperando de un accidente...

—No es nada de trabajo —la corté, poniendo los ojos en blanco. Levantó la solapa y sacó la documentación que contenía—. Léelo.

Lizzie dejó el sobre encima de la cama y comenzó a leer los papeles con curiosidad en la mirada. Estudié su reacción mientras avanzaba en la lectura y tomaba conciencia de lo que era.

—Logan... Esto es... —balbuceó con el asombro pintado en la cara.

—Me he quedado la parte de las acciones que tenía tu padre en *Mont Blanc Enterprise* y las he incluido en la cartera de acciones de mi empresa. Si tu padre acepta, a partir de ahora seremos socios —dije.

Me miró con los ojos brillantes como el mercurio y después volvió a mirar los papeles, incrédula.

—Pero... no podemos aceptarlo —dijo.

Resoplé.

—Ya me imaginaba que dirías algo así... —repuse en tono cansino—. Claro que puedes aceptarlo y, de hecho, vas a hacerlo, Elizabeth Anne Summers Cooper, porque si no, tú y yo vamos a tener un problema... gordo.

—Pero...

—Pero, pero, pero... —repetí—. Mejor que nadie sabes que mi venganza no tenía nada que ver con dinero. No compré *Mont Blanc Enterprise* para sacar beneficio económico alguno. Además, me has salvado la vida, Lizzie. —Me puse serio, porque el tema lo requería—. De no ser por ti y por tu hermana, yo no estaría aquí. Es una decisión que tenía tomada antes del accidente, pero ahora con más razón tenéis que aceptarlo. Eso, o seré tu esclavo sexual para siempre... Cosa que no me desagradaría en absoluto —volví a bromear. Le guiñé un ojo.

Lizzie sonrió. Que sonriera era una buena señal.

—Se lo diré a mi padre —accedió—. Muchas gracias.

—No tienes nada por lo que darme las gracias —dije—. Solo quiero demostrarte que te elijo a ti. Por encima de cualquier cosa, incluso de mí mismo.

Los labios de Lizzie se elevaron en una sonrisa.

—Y yo, Logan. Yo también te elijo a ti. —Después entornó la mirada—. En cuanto a eso de ser mi esclavo sexual por haberte salvado la vida...

—Te gusta la idea, ¿eh?

Levanté las cejas arriba y abajo un par de veces. Lizzie me dedicó una sonrisa llena de picardía y complicidad. Adoraba esa complicidad que había entre nosotros, como si estuviéramos conspirando juntos contra el mundo. Solo nosotros contra todos.

—En cuanto salga de este hospital me tendrás a tus pies —bromeé.

Y aunque bromeaba, era cierto que me tenía a sus pies. Mi corazón era completamente suyo.

Lizzie se empezó a reír.

La amaba. Tanto que ni yo mismo alcanzaba a saber cuánto, pero lo suficiente para morir por ella.

Lo peor de todo era que, como bien había dicho Lizzie, habíamos tenido que pasar por una situación tan extrema como la de mi accidente de coche para darnos cuenta de que no queríamos perdernos, de que no queríamos estar el uno sin el otro.

Como le dije, ninguno de los dos estaba preparado para sentir lo que había sentido por el otro y las circunstancias que nos rodeaban habían impedido que lucháramos por nuestra historia y por nuestro amor. Habíamos dado la batalla por perdida antes de lucharla, y eso es algo que no se debe hacer jamás. JAMÁS.

EPÍLOGO

LIZZIE

—Tranquila, todo va a ir bien —me dice mi padre, dándome una palmadita en la mano mientras acompaña el gesto con una sonrisa cariñosa.

Me restriego los dedos con nerviosismo. No puedo estar tranquila. Lo intento, pero me resulta difícil que no me atenace ese miedo visceral e inoportuno a que se repita la historia de nuevo cuando te han dejado plantada en el altar una vez. Es algo inevitable que esté ahí presente, como una mosca cojonera. Este miedo ha estado siempre dentro de mí, oculto bajo una indiferencia que no era más que impostada.

—Sí, Lizzie, tranquila. Logan no es el gilipollas de Steven —interviene Judy, sin apartar los ojos de la carretera.

Ella es quien conduce el coche que me lleva a la iglesia, al lado va mi madre, y mi padre y yo estamos en el asiento trasero.

—Cariño, no dejes que lo que pasó con Steven no te permita disfrutar de cada segundo de este día —dice mi madre.

Me muerdo el labio.

Tiene razón. Los tres la tienen.

Todo va a ir bien.

Logan no es como Steven.

Y no debo permitir que nada estropee el día de mi boda, el día que me voy a casar con Logan.

Tomo una profunda bocanada de aire y trato de controlar mi miedo, de mantenerlo a raya para que no me amargue el precioso momento.

Dibujo en mis labios una sonrisa para tranquilizarlos también a ellos.

—Hemos llegado —anuncia mi hermana, aparcando el coche frente a la iglesia.

El miedo vuelve y me hace tragar saliva.

Miro a mi padre sin dejar de mordisquearme el labio de abajo.

—Vamos —me anima.

Asiento con la cabeza.

—Vamos —susurro, después de respirar hondo.

Mi hermana y mi madre salen del coche y se adelantan para colocarme el vestido cuando me apeo del vehículo. Entre las dos ahuecan la cola y me colocan el velo.

Judy me guiña un ojo y yo le sonrío.

Al contrario que en la anterior vez, Logan y yo no hemos hecho de nuestra boda un espectáculo circense. Hemos reducido los invitados a más de la mitad y nos las hemos ingeniado para que no haya prensa sensacionalista. Desde el principio estuvimos de acuerdo en que queríamos una boda íntima, nuestra. Para él y para mí, y para nadie más. El resto nos sobra. El mundo nos sobra en nuestra historia de amor.

Algunas personas esperan en la entrada. Por ahí puedo ver a una de las hermanas de mi madre y a unos primos. Me sonríen al verme y me llenan de halagos.

Mi padre me ofrece su brazo. Yo lo tomo y avanzamos juntos por el jardincito que posee la

iglesia a la entrada.

Trato de mantenerme erguida y de no tropezar, porque me tiemblan las piernas. Cuando alcanzamos los enormes portones de madera de la iglesia el corazón me late a toda velocidad. Solo pido que Logan esté en el altar.

Lanzo una mirada al fondo de la iglesia y entonces lo veo. Allí está, esperándome. Tan espléndido y espectacular con su traje negro, su camisa blanca y su corbata dorada, a juego con sus preciosos ojos. Me derrito por dentro.

Él, que está pendiente de mi llegada, extiende una sonrisa en sus labios en cuanto me ve entrar. El gesto es cariñoso, cálido y tranquilizador. Logan sabe el miedo que tenía a este momento. Le ha costado más de dos años y medio que le diera el «sí, quiero». Estaba muy reacia a casarme, no por el matrimonio en sí. Amo a Logan por encima de todas las cosas y sé que es el hombre de mi vida, sino por la ceremonia.

Camino del brazo de mi padre por la alfombra mientras los rostros de los invitados se giran sonrientes para mirarme. A Logan lo ha acompañado al altar una hermana de su madre. Ella es la madrina de boda. Una mujer bellísima, con una de esas bellezas clásicas de los años setenta, que en estos momentos me mira con ternura.

Se emocionó muchísimo cuando Logan le pidió que fuera la madrina y que lo llevara al altar, algo que aceptó de inmediato.

Logan me recibe sonriente y extiende las manos para que se las coja. Me suelto del brazo de mi padre y se las tomo. Se acerca a mí, se inclina y me da un suave beso en la mano derecha.

—Estás preciosa, Lizzie —dice, y sus ojos brillan con un amor que me llena el alma.

—Tú también estás muy guapo, Logan.

Nos sonreímos.

—No veo la hora de casarme contigo, mi vida.

Alzo la mano, se la paso por la nuca y me pongo de puntillas para darle un beso en la mejilla, sin importarme siquiera que llevo el velo. El cura carraspea detrás de nosotros. Las mejillas se me encienden. Se me ha olvidado por completo donde estamos.

Giramos las cabezas hacia él, que nos sonríe con condescendencia.

—¿Listos? —nos pregunta.

Logan dirige sus ojos a mí

—Sí —afirmo en primer lugar.

—Sí —responde él, sin dejar de mirarme de esa forma que hace que se me mueva todo por dentro.

Durante la ceremonia escucho algunos sollozos detrás de nosotros; los de mi madre, los de una tía y los de la tía de Logan y madrina de boda.

«Vaya tres», me digo.

Para el consentimiento, no hemos escogido la forma tradicional, hemos optado por una con la que nos identificábamos más.

El sacerdote nos indica que nos cojamos las manos. Extiendo las mías hacia Logan, que las envuelve con las suyas cariñosamente.

—Elizabeth Anne Summers, ¿quieres ser mi esposa? —me pregunta.

Es inevitable no sonreír cuando pronuncia mi nombre. Madre mía, la de veces que he tenido ganas de matarlo con mis propias manos pensando que no se acordaba de cómo me llamaba. Logan también ha debido de pensar lo mismo, porque me mira cómplice y sonríe.

—Sí, quiero —responde.

Cojo aire. Es mi turno.

—Logan Mont Blanc, ¿quieres ser mi marido?

—Por supuesto que sí —dice. Sonreímos (no sé la cantidad de veces que nos sonreímos durante la ceremonia)—. Elizabeth Anne Summers, yo te recibo como esposo y prometo amarte fielmente durante toda mi vida.

—Logan Mont Blanc, yo te recibo como esposa y prometo amarte fielmente durante toda mi vida.

Después el sacerdote nos bendice y Logan y yo nos ponemos los anillos.

—Yo os declaro marido y mujer —dice el cura finalmente—. Puedes besar a la novia.

Logan se vuelve hacia mí, agarra el borde del velo y lo echa con cuidado hacia atrás. Agacha la cabeza y me besa, antes de que se separe agarro ligeramente entre los dientes su labio inferior y tiro de él.

—Te quiero —le susurro con la boca llena de cada palabra que compone la frase.

—Y yo a ti —contesta Logan, rozando amorosamente la punta de mi nariz con la suya.

Nos cogemos de la mano y salimos de la iglesia ya como marido y mujer. Fuera nos espera una lluvia de confetis que sobrevuela nuestra cabeza con destellos de colores. Me protejo contra el torso de Logan, emocionada, que me rodea con su brazo protectoramente.

Veo a Judy, que me sonrío feliz. A su lado está Fredd. Ellos se casaron hace seis meses. Ahora Fredd tiene su propia cafetería en Park Avenue y está a punto de abrir otra en la Quinta Avenida. Mi hermana y él no pueden ser más felices de lo que lo son. Felicidad que aumentará en unos meses, porque quieren ser padres pronto. Sobra decir que me muero por ser tía.

Logan y yo hemos hablado de tener hijos y hemos decidido esperar un poquito. Queremos disfrutar el uno del otro y de nuestro matrimonio antes de ser padres.

Os estaréis preguntando qué pasó con los Mont Blanc. Pues pasó lo que tenía que pasar, que están pagando en la cárcel por todos los pecados que cometieron. A la retahíla de delitos económicos que descubrió Logan, a Rod, Joe y Henry se los acusó y salieron culpables también de intento de asesinato. En el juicio quedó claramente demostrado que ellos habían sido los autores del accidente que había sufrido Logan y que casi le había costado la vida. Por fin esa impunidad con la que habían vivido se acabó y por fin dejaron de molestar a Logan.

El hijo «bastardo» había resultado ser la persona más noble y más leal de los Mont Blanc, el que enaltecía el apellido, el que lo había sacado del lodo en el que lo habían metido los «legítimos» (sin vergüenzas), y si lo entrecomillo siempre es porque Logan era el más legítimo de todos, y yo había tenido la suerte de que el destino lo hubiera puesto en mi camino y de habernos enamorado el uno del otro como unos tontos.

Salgo a la terraza y observo el precioso paisaje que nos regala Santorini, la isla en la que vamos a pasar parte de nuestra luna de miel, y el mar que la rodea.

La brisa corre cálida, agitándome unos cuantos mechones de pelo. Logan me abraza por detrás y apoya la barbilla en mi hombro. Suspiro.

—¿En qué piensas, mi vida? —me pregunta.

—En el modo en que surgió nuestra historia —contesto—. Juro que eras la última persona de la que pensé enamorarme.

Escucho el sonido de su sonrisa en mi oído y sonrío también.

—Pero así es el amor, Lizzie: inexplicable, inescrutable y fuerte. Pudo con mi sed de venganza y con todo lo que nos rodeaba.

Le acaricio los brazos y entrelazo los dedos con los suyos.

—Madre mía, Logan, yo quería estrangularte porque no te sabías mi nombre... —me echo a reír recordándolo.

—Sí que lo sabía, pero fingía que se me olvidaba para llamar tu atención. Me encantaba llamar tu atención... Bueno, y me sigue encantando.

Me giro hacia él y le paso los brazos por el cuello.

—Tienes toda mi atención, Logan Mont Blanc —le digo melosa.

—Y tú la mía, Elizabeth Anne Summers. Eres el centro de mi mundo, y bendigo a los Mont Blanc porque gracias a ellos te conocí, porque gracias a ellos apareciste en mi vida. Solo espero que te quedes para siempre.

—Me voy a quedar para siempre. No pienses ni por un segundo que te vas a deshacer de mí tan fácilmente —bromeo—. Además, tenemos un negocio juntos.

Mi padre aceptó ser socio de Logan, y Judy y yo somos quienes nos encargamos de administrar ese paquete de acciones. Creamos una filial de moda a la que llamamos *The Two Summers* (Las Dos Summers) y que gestionamos con bastante acierto, y aunque se supone que Logan es nuestro jefe, prefiere no meterse. Nos conocéis, estaríamos todo el día a la gresca si ejerciera realmente como tal.

—Cierto, ¿y quién sino me va a sacar de quicio? No es fácil encontrar una persona como tú —me vacila Logan con ese sarcasmo tan particular suyo.

Le doy un golpe en el hombro.

—¡Logan! —lo regaño.

—¿Lo ves? —dice.

Le pongo un puchero.

Logan me coge de repente en brazos y la sorpresa me hace dar un grito.

—A veces parecemos adolescentes —digo, levantando la cabeza y mirándole—. No es muy normal.

—¿Y por qué tenemos que ser normales? Yo prefiero ser así, como somos. —Se inclina y acerca su boca a mi oído mientras camina hacia la habitación—. Sé de un sitio donde nunca discutimos y donde no parecemos un par de adolescentes —me dice con ojos traviesos.

—Yo también —sonrío—. En la cama nos entendemos muy bien —añado pícara.

Logan derrama pequeños besos en mi rostro, hasta que me besa en los labios. Su lengua se hunde en mi boca llevándome al Cielo.

Al llegar al dormitorio me deja caer con cuidado sobre el colchón.

—Pienso pasarme el resto de mi vida demostrándote lo bien que nos llevamos en la cama —dice, al tiempo que se desabrocha el botón del pantalón.

Y no puedo más que echarme a reír.

Amo a este hombre. Lo amo con todo mi ser, y creo que lo amé desde el primer día que lo vi entrar en la sala de juntas de *Mont Blanc Enterprise* como un ángel vengador.

Oh, Dios, ¿quién me iba a decir a mí que terminaría casándome con aquel ángel vengador?

Qué sorpresas te da la vida.

Un consejo: nunca dejéis de creer en las sorpresas que os tiene preparadas la vida. Abriros a ellas, dejad que entren. Recibidlas. Unas veces nos quita algo que nunca pensamos perder y otras nos compensa con algo que nunca pensamos tener. Y las mejores cosas suceden cuando menos nos las esperamos, mientras estamos distraídos, mientras estamos a nuestras cosas...

Y luchad. Luchad por todo lo que creáis que merece la pena.